

 Seix Barral

Miroslav Penkov

Mil cigüeñas negras



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Primera parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Segunda parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Tercera parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Cuarta parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Quinta parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Sexta parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Séptima parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Un joven inmigrante búlgaro regresa a su país de origen para localizar a su abuelo, quien inesperadamente rompió todo contacto con la familia tres años atrás. Las pistas le conducirán a un pequeño pueblo en la frontera con Turquía y a un paso de Grecia, encaramado a la mítica montaña de Strandja: un lugar envuelto en misterios paganos, en el que las cigüeñas negras anidan en robles gigantescos. Allí, en las montañas, se ve arrastrado por su abuelo a un laberinto de medias verdades y acaba enamorándose irremediabilmente de una chica musulmana que no está a su alcance. Viejos fantasmas cobrarán vida y conflictos que creían olvidados resurgirán de nuevo hasta que al pasado no le quede otra salida que rendirse a sus deshonrosos secretos.

MIL CIGÜEÑAS NEGRAS

Miroslav Penkov

Traducción de Daniel Gascón



Para Kyoko

Visita Interiora Terrae Rectificando
Invenies Occultum Lapidem

LEMA ALQUÍMICO



Primera parte

Uno

Alguien llamaba a la puerta de la estación y oí gritar a un hombre: «Dejadnos entrar, burros. Tenemos la tormenta encima». Pero no había dormido en treinta horas y quizá soñaba con voces. O quizá no quería levantarme, cómodo como estaba en el suelo en un rincón. Los pocos campesinos que había a mi alrededor empezaron a moverse, intranquilos. El hedor a lana mojada, a sudor y a tabaco se extendió como una bruma desde sus viejos cuerpos y la sala de espera se cubrió de niebla. Sabía que esperaban que yo, el joven, abriera la puerta y pusiera a salvo a quien estuviese fuera. Así que fingí dormir.

Había llegado en autobús desde Sofía a primera hora de la mañana, era un viaje agitado de cuatro horas en dirección este, hacia ninguna parte.

—Espera aquí el autobús de Klisura —me dijo el conductor—. Llega a mediodía. Es azul. Tiene un cartel grande. A KLISURA. ¿Podrás leerlo?

Me habló como se habla con los extranjeros, los borrachos o los idiotas. Yo sonreí, asentí y me pregunté en cuál de las tres categorías me situaba.

Fuera, el puño seguía golpeando. Un viento cada vez más fuerte chocaba contra las ventanas y el cristal crujió a punto de romperse. A través del velo de mis pestañas vi a una anciana que se acercaba a la puerta, cojeando. Un anciano se levantó para ayudarla. Un segundo más tarde, el viento rugía a nuestro alrededor, demasiado abrasador para mediados de abril.

Cuando volvieron a cerrar la puerta oí al hombre que la había estado aporreando, ahora dentro. «*Ashkolsun*, abuela.» Luego lo vi quitándose arena de los pantalones, de la cazadora negra de cuero. Besó la frente de la anciana

y, sin dirigir una mirada a la gente que había alrededor, fue a un extremo de la estación donde se habían amontonado viejos bancos hasta el techo.

—Ven a ayudarme —pidió sin darse la vuelta.

Junto a la puerta había una mujer joven. Una chica, en realidad, con un salwar azul y un vestido de seda; parecía que hubiera brotado de la nada. Se estaba quitando el velo, que era blanco con rosas estampadas, y cuando el hombre llamó, ella corrió a ayudarlo. Arrastraron un banco juntos, cinco o seis metros.

—¿Y mi damajuana? —preguntó él—. ¿Se te ha olvidado?

Una vez más, la chica corrió hasta la salida, con la cara roja como las rosas; los pies descalzos soltaban la arena que había pisado.

Me sentí inmediatamente más ligero. Los ojos de los campesinos, que me habían aplastado durante horas, ahora se centraban en la pareja. No los culpaba. Yo también quería saber qué estaba haciendo la chica, pero tenía miedo de que su marido me pillase mirando. Así que fui hacia la ventana para observar en secreto su reflejo.

Y por la ventana vi la tormenta que se acercaba. Había una carretera en el exterior de la estación, resquebrajada por el calor, la escarcha y el granizo, y un campo amplio y yermo detrás. Dos hileras de aerogeneradores se extendían hacia el horizonte, y conté una docena de pequeños montículos esparcidos por el campo. Tumbas tracias; eso lo sabía. A lo lejos, más allá de los montículos y los aerogeneradores, un muro de arena roja caía del cielo, violento, lodoso y avanzando rápidamente hacia nosotros.

—Simún —dijo una voz a mi lado—. Coge arena del desierto del Sahara. La trae hasta aquí; dos mil kilómetros.

Un penacho de humo golpeó el cristal en el interior y rebotó para ahogarme. Cuando el humo se disipó, vi el reflejo de un hombre muy mayor, espectral y transparente, salvo por un bigote grueso del color del metal oxidado.

—Mi santa me obliga a teñirlo —comentó alisándolo y señalando hacia

una mujer marchita sentada en uno de los bancos. Con una falda negra, un delantal negro y un pañuelo negro, parecía una sombra. El anciano volvió la mirada hacia la chica de la esquina—. Si no estuviera casado, creo que la robaría. —Y tosió un buen rato, a manera de risa.

Sentí el impulso de decirle que no hay simún en Bulgaria, que nunca lo ha habido. Pero ¿quién era yo para corregirlo? Quizá incluso el clima había cambiado en mi ausencia. ¿Estábamos en peligro? ¿Debía alejarme de la ventana? Pero preguntárselo exigía que hablase el idioma que no había utilizado en años, y eso me asustaba mucho más que una tormenta de arena.

Volví a mi rincón. En el banco, la chica comía una manzana. Su hombre dormía, con los brazos en torno a una damajuana de mimbre y el cigarrillo todavía encendido en la boca. Me permití mirar de manera más atrevida hasta que la chica por fin se dio cuenta. Mordió la manzana con fuerza, sonrió y empezó a masticar, con los labios brillantes por el zumo dulce. Algo sonó en un lado de la estación, un estallido ensordecedor.

—Ahí, ahí —indicó Bigote Rojo. Había vuelto junto a su mujer, que ahora se mecía en su asiento, asustada.

—Vah, vah —respondió ella. Como una canción en voz baja—. Vah, vah. Y, de pronto, soltó un grito estridente.

—Bienvenido, bienvenido, san Kosta.

Sus movimientos se aceleraron y se santiguó una y otra vez con fervor. Las mujeres que estaban a su lado se incorporaron y corrieron hacia el otro lado de la estación. Una a una se acuclillaron en el suelo y se cubrieron el rostro con sus pañuelos moteados. La chica de la esquina se despabiló, tiró la manzana y se limpió las manos en el salwar.

—No tengáis miedo, queridas —les pidió la mujer de negro—. Sólo es san Kosta, que llega. Y su bondadosa madre viene tras él.

Su marido seguía hablando, pero ella no escuchaba. En vano intentó la mujer alcanzar sus botas de agua, y en vano desatarlas. Su pañuelo, suelto, se movía como las alas de un pájaro negro. Sus mejillas se habían convertido en

manzanas rojas, y cuando me miró, aunque sólo fue un instante, parecía tan joven como la chica del rincón.

—No tengas miedo —me dijo amablemente. Se secó las lágrimas con el pañuelo y se lo ató.

Bigote Rojo se agachó en el suelo junto a ella, le desabrochó las botas y empezó a masajearle los pies, hinchados y enrojecidos.

—Ya está —le dijo.

—Vah, vah —susurró ella, entre lágrimas.

La oscuridad se extendió a nuestro alrededor. La tormenta se había tragado la estación. Puños de viento la golpearon y del techo saltaron tejas con un ruido terrible. Incontables granos martillearon las ventanas y pensé que los cristales iban a romperse en cualquier momento. Y, mientras tanto, veía el sol que ardía, rojo en la niebla roja: simún, del desierto del Sahara.

—Eso es, cariño —graznó la anciana—. No temas nada. Sólo es san Kosta.

Pero no era conmigo con quien estaba hablando.

La chica había ido hacia la ventana. Sin miedo, imprudente, había pegado las manos al cristal como si quisiera atravesarlo. Su cuerpo temblaba y yo podía ver cómo se reflejaba su rostro, cómo sus labios finos se retorcían en una sonrisa delgada. La tormenta que había hecho que yo me acuclillara atemorizado, a ella la apremiaba para que se acercase.

Un golpe subterráneo sacudió la estación. El cristal se onduló como si fuera agua y luego estalló en mil pedazos.

Conseguí cerrar los ojos antes de que la arena me golpeará. Los pulmones se me llenaron de fuego y tuve la sensación de estar ahogándome. El viento azotaba con fuerza; las mujeres lloraban y más cristales se rompían a nuestro alrededor. Después, una mano me guio.

—Coge un banco —gritó alguien—. Dale la vuelta.

Estábamos tirando de bancos del alto montón, los campesinos y yo, construyendo un refugio y metiéndonos dentro.

—Os lo dije, queridos —graznaba la anciana—. No hay que tener miedo.

No estoy seguro de cuánto tiempo estuvimos así, nuestros cuerpos apretados unos contra otros, como soldados en una trinchera antes de la batalla. La arena giraba en remolinos y tuve que cerrar los ojos con fuerza, pero al cabo de un rato pude respirar mejor y los aullidos del viento se fueron volviendo más débiles.

Cuando alguien me mojó la cara, salté asustado. Vino tinto, tibio y picante.

—Límpiate la arena —me advirtió el hombre de la cazadora de cuero.

Llevaba la damajuana a rastras y echaba vino en la cara de la gente. Su chica estaba sentada a mi lado, con el pelo suelto sobre los hombros y la cara negra por el vino y la arena, que se había convertido en barro. Barro y vino goteaban en el suelo y el olor agrio de las uvas se mezclaba con el polvo de la tormenta de arena.

Yo quería preguntarle a la chica cómo se encontraba. ¿Se había cortado con el cristal? Pero, de nuevo, me daba vergüenza hablar. Además, ella tenía los ojos cerrados, como antes, y sonreía. Yo también cerré los ojos e intenté calmar la respiración. El vino estaba caliente y salado; la arena me rascaba la garganta cada vez que tragaba.

—Despierta, muchacho. Toma esto.

Alguien me puso en la mano un trozo de pan, una loncha de queso blanco. Bigote Rojo había abierto el cesto de su mujer y pasaba comida a los campesinos. A ella no parecía preocuparle, estaba chupando algo. Yo no tenía mucha hambre, pero comer era agradable, cada mordisco alejaba la oscuridad. Y comimos, escondidos tras los bancos, temerosos, aliviados y excitados. Un silencio inquietante había llenado la estación y, cuando a alguien le entró hipo, una mujer soltó una carcajada. En un momento estábamos todos riendo, sin saber qué era tan divertido. Sólo la chica que estaba a mi lado se quedó callada. Sus ojos nadaron bajo sus párpados cerrados, ahora su rostro estaba totalmente desprovisto de color.

Me volví para verla mejor y fue entonces cuando toqué el charco de sangre que había entre los dos. El vino lo había oscurecido: sangre negra, densa y pegajosa, que goteaba por la manga de su vestido de seda.

—¿Estás tocando a mi mujer? —ladró su marido, y saltó, listo para pelear conmigo.

—Se ha cortado —farfullé—. Mira, está sangrando.

Mi lengua parecía torpe, entumecida, pero seguí balbuciendo hasta que el hombre me entendió. Retiró la manga y vimos la muñeca de la mujer, abierta.

—Madre de Dios —vaciló el hombre—, me mareo.

Tropezó hacia atrás y cayó contra la pared de la estación. Los campesinos rodearon a la chica como si fueran buitres. Uno le dio una bofetada; otro le dijo que se despertara. Ella abrió los ojos —tan negros y brillantes como la sangre que perdía— y ofreció una sonrisa amable.

—Me siento como una pluma.

—Tenemos que detener la hemorragia —me oí decir.

Le quité el pañuelo a la chica y le envolví con él la muñeca, luego le enseñé a un anciano dónde apretar y le pedí que no aflojara la presión. Aturdido, corrí para recuperar mi mochila, mientras la arena seguía entrando por las ventanas rotas, aunque con menos fuerza.

—¿Eres médico? —preguntó alguien, y contesté que no. Pero llevaba un botiquín de primeros auxilios y sabía cómo curar una herida. Balbucía, embriagado por el sonido de mi idioma o quizá por la adrenalina.

En cuanto terminé el vendaje improvisado, la chica abrió los ojos.

—Me vendría bien algo de agua.

Le llevé la botella a los labios y dio unos pequeños sorbos.

—Aléjate de mi mujer, ¿me oyes?

Su marido se había puesto en pie otra vez, pero cuando vio el charco de sangre hizo una mueca y se sentó de nuevo.

—Corazón de ratón —susurró una voz de mujer, y los campesinos soltaron una carcajada. Hasta la chica rio con nerviosismo.

—¿A qué clase de hombre le da miedo la sangre? —farfulló alguien.

—¿Cómo mata el *qurban*, entonces?

El hombre volvió a ponerse en pie con gran esfuerzo. Avanzó entre la gente, levantó a su mujer y, dejando un rastro de pasos sanguinolentos sobre la arena, la llevó hacia el otro lado de la estación. La puso en el suelo y, rabioso, empezó a quitarle la venda.

—Otro hombre tocando a mi mujer —suspiró, airado—. Y vosotros, imbéciles, os reís.

Al final tiró el vendaje y rodeó la muñeca de su mujer con el pañuelo.

—¿Corazón de ratón, decís que soy?

Miré a mi alrededor. Pero los otros se limitaron a encogerse de hombros y regresaron a los bancos. Ni siquiera Bigote Rojo parecía muy molesto.

Observé durante un rato el vendaje manchado de sangre en el suelo, mientras la arena negra se amontonaba encima. Vi que el hombre apretaba la herida de la mujer, con los ojos fijos en las vigas del techo. Luego recogí mi mochila y me dirigí al rincón más alejado.

Fuera, la arena se quedaba en el aire como una niebla seca, pero lo peor de la tormenta había pasado. Apoyé la cabeza contra el muro, cerré los ojos y escuché. La arena susurrando, golpeando contra el techo y los marcos sin cristal de las ventanas. ¿Qué hacía en ese país, buscando a un hombre que no había visto en quince años? Un hombre con el que no había hablado en los últimos tres. Mi carne y mi sangre. Mi héroe de la infancia. Un hombre que había desaparecido sin decir una palabra.

Saqué el mapa turístico que había comprado en Sofía aquella mañana y lo extendí delante de mí. Ahí, en el extremo sureste de Bulgaria, se extendían las montañas de Strandja. Estaba el delta del río Veleka, en la costa del mar Negro. Ahí acechaban Turquía y su frontera, como el final de la falda de una joven, una doncella caprichosa que provoca a sus pretendientes, levanta el dobladillo para mostrarle a uno el tobillo, luego lo oculta y se lo enseña a otro: Grecia, Bulgaria, luego Turquía, así durante trece siglos. Y en el borde,

en las colinas de Strandja, escrito en el mapa en una fuente distinta a la de todos los pueblos de alrededor, estaba Klisura. Ahí era donde iba: Klisura. Mi abuelo se escondía en Klisura.

Doblé el mapa y lo devolví a mi mochila. Detrás de la barricada, la mujer de negro estaba tranquila. Su marido había invitado a otros hombres a tabaco, y unas finas volutas de humo subían hacia el techo. El hombre de la cazadora de cuero seguía apretando la muñeca de su mujer, más pálido que ella, que ahora tenía el rostro rojo y sudoroso. Habló con él con ternura: su voz era débil, lejana, y apoyaba la cabeza en su hombro. Y a treinta kilómetros hacia el sur, en Klisura, en ese preciso momento, mi abuelo comía o sacaba un cubo del pozo, leía un libro o se preparaba para echarse la siesta. Sin sospechar que su nieto se acercaba. ¿Para pedirle explicaciones por su dolorosa desaparición? Ojalá mis razones para volver fueran tan nobles y puras.

Dos

Nuestras madres podían hacerlo todo: cada una de ellas tenía el título de costurera, cocinera, médica y mecánica. Nuestros padres tenían formación para combatir en la guerra, construir colegios, pastorear ovejas, roturar los campos. Podían ir a los Juegos Olímpicos aunque los avisaran a última hora: levantar pesas, correr un maratón, todo el mismo día. Mi abuelo ganó dos medallas, de oro y plata, en la misma competición. Y tenía sesenta años. Sí, triple salto. Te enseñaría las medallas, pero el abuelo pensaba que eran cacharros sin valor. Las tiró a la basura.

Nuestros científicos habían establecido una colonia lunar, una base en Marte. Nuestros colegios tenían cosmódromos propios y cada niño aprendía a pilotar su propio cohete espacial. Para aprobar el primer curso, un estudiante debía orbitar alrededor de la Tierra. ¿Cómo era? Fantástico. Las primeras veces.

Tus Legos construían castillos y los nuestros nos hacían armas. Cada mañana en el colegio, antes de beber la leche, nos ordenábamos en pulcras filas, sacábamos los AK de las mochilas, los desmontábamos y los volvíamos a montar en menos de cuarenta segundos. Nuestra tierra era la más fértil: las fresas tenían el tamaño de manzanas y las manzanas eran como melones. Los melones eran grandes como coches. Nuestros coches eran tanques. Se calentaban con la luz del sol durante el día y brillaban durante la noche, como miles de soles heroicos. El sol nunca se pondría en nuestra Patria.

Hasta que lo hizo. Sí, lo recuerdo, era lo bastante mayor. La tierra tembló, los cielos se oscurecieron y nada volvió a ser lo mismo. El invierno se prolongó durante años. Las colas para pedir pan y queso, durante días.

¡Soltad a los perros! ¡Echad a los gatos! ¿Quién se podía permitir una mascota? Niños pequeños, ancianos y mujeres desaparecían de las colas, secuestrados por bandas despiadadas y despedazados. Luego nos tocó a nosotros inundar las calles. Donde antes había habido madres, padres, hermanas y hermanos ahora se derramaba una masa sin rostro.

Vivíamos con mi abuelo en esa época. Sí, el medallista olímpico. También era profesor de historia, así que consiguió conservar el empleo. Pero mi padre perdió el trabajo y quería irse. Decía: o nos vamos o nos morimos. Me despertaron una noche y me dijeron que hiciera la maleta. No, no, dijeron, nada de AK ni granadas, sólo ropa y zapatos. Podía oír a la masa que cantaba en el exterior del edificio de apartamentos, voraz, llena de odio, y los perros que aullaban, así que utilizamos un pasaje secreto, subterráneo, para llegar al cosmódromo del colegio.

Mi abuelo me cogió en brazos, me besó en la frente y me abrochó el cinturón en el asiento del cohete. Un día iré a buscarte, le dije. Mi madre contó: diez, nueve, ocho... Mi padre apretó el botón y los motores rugieron. El cohete tembló, despegó. Desde el cielo vi otros mil cohetes que huían, y sus motores eran como peonías que florecían en la oscuridad.

No sabes lo que es una peonía. Bueno, ¿qué flores pones en tus coronas y guirnaldas? Para celebrar el 24 de mayo. ¿El día del alfabeto cirílico? El cirílico... А, б, в...

Sí, ahora me parece que aprendí inglés contando mentiras. Pero las mentiras siempre han tenido más encanto que la verdad.

Tres

El autobús llegó con gran puntualidad búlgara: una hora y veinte minutos tarde. Debí de quedarme dormido, porque cuando el claxon sonó en la estación me sobresalté y al abrir los ojos no sabía dónde estaba. El joven marido y la chica herida seguían sentados en la esquina, la cabeza de ella estaba apoyada en el hombro de él, con los ojos cerrados. Bigote Rojo y su mujer continuaban escondidos tras la barricada. Pero la mayoría de los campesinos se habían marchado en un autobús anterior, que yo había perdido.

Cogí mi mochila y corrí hacia la puerta.

—Eh, tú, el que habla raro —me llamó Bigote Rojo—. Échanos una mano, ¿quieres?

Fuera volvió a sonar el claxon del autobús. Podía leer bien el cartel, garabateado con bolígrafo azul en una hoja cuadriculada.

—A Klisura, ¿no? —preguntó el joven marido mientras yo intentaba recoger las bolsas y cestas de la pareja de ancianos.

—Sí, señor —murmuré—. Eso creo.

La chica soltó una risa por encima del hombro del marido.

—Duérmete, no es nuestro autobús —le dijo él, y le cubrió el rostro con su gruesa mano. Ella volvió a reírse y vi sus ojos, mirándome, entre los huecos de los dedos.

Y después estábamos fuera: la pareja de ancianos y yo. Las luces del autobús proyectaban gruesas cuerdas amarillas a través de la arena que permanecía en el aire; sus limpiaparabrisas luchaban por mantener los granos a distancia, pero por alguna razón las puertas seguían cerradas para nosotros.

La arena me picaba en la cara y me llenaba la boca con cada respiración.

Dudé, luego di una patada a la puerta. Y luego otra, hasta que se abrió. Dejé que los viejos subieran primero, y los seguí.

—Un vándalo, ¿eh? —dijo el conductor, y chasqueó la lengua—. Uno de esos que dan patadas a la puerta.

Pagué el billete y dejé las bolsas con sus dueños.

—Cuidaos —me despedí de Bigote Rojo, y él me enseñó sus encías hinchadas, en las que brillaban granos de arena.

—Hablas muy raro.

Había muy poca gente en el autobús, pero aun así caminé hasta la última fila.

—Próxima parada —anunció el conductor, y vi que me miraba por el espejo retrovisor—: Klisura.

Me arreglé el pelo, me quité el polvo del cuello de la chaqueta. La arena salió volando y formó dunas a mis pies. Luego, como si algo me hubiera obligado a ello, me volví y miré por la luna trasera. Y así es como lo vi.

Una figura negra en medio del rojo. Un gigante que batía sus alas.

El autobús arrancó. El gigante hacía señas, las alas se agitaban, quedó atrás y desapareció en la niebla.

—Pare —grité. Corrí hasta la parte delantera—. Abra la puerta.

El conductor detuvo el autobús.

—¿Estás hablando en inglés? —preguntó lentamente.

Me di cuenta de que, en mi excitación, lo había hecho.

—Un hombre —pronuncié en búlgaro—. Detrás del autobús.

En ese momento un puño golpeó las puertas. Una figura negra llenó la ventanilla, un beduino que había envuelto su cara con una camisa color vino tinto. Gruñó y yo sólo entendí unas palabras, *madre, tuya*; lo suficiente para hacerme una idea.

—Otro vándalo, por lo que parece —sentenció el conductor, y apretó con apatía el botón necesario.

Las puertas se abrieron y la arena se arremolinó contra nosotros.

—¿Klisura? —preguntó el beduino desde el umbral. Las alas negras se movieron locamente sobre su pecho y me di cuenta de que agarraba una gallina, o un pollo, cuya cabeza estaba cubierta por una bolsa de lona.

—Compra un billete y te lo diré —dijo el conductor, pero le hizo una seña para que pasara.

Con las puertas cerradas, el hombre se quedó inmóvil, recuperando el aliento. Sujetó la gallina contra el pecho y la arena de las alas cayó por sus codos.

—Normalmente llegas dos horas tarde —repuso al conductor.

—Considéralo un milagro —contestó éste, y se frotó el pulgar contra el índice.

El hombre se volvió hacia mí.

—Coge esto, chaval —me soltó, y empujó la gallina hacia mí.

Retrocedí de un salto, asustado. Alguien rio. Como no quería parecer un cobarde, agarré la gallina, que graznó y me golpeó con las alas.

—No pasa nada porque estés asustado —comentó el hombre, sin soltar el ave, y noté un tono burlón. Tiré de ella para arrebatársela. Un placer victorioso (ahora le enseñaré) se apoderó de mí y entonces, cuando la gallina me clavó las garras en el antebrazo, sentí un dolor cegador.

—No te las ha clavado, ¿verdad? —dijo el hombre, y sus ojos brillaron.

—No he notado nada —mentí.

—Esa manga está roja —señaló el conductor.

Agarró el dinero que el hombre le había ofrecido y lo contó dos veces. Yo estaba listo para desmayarme cuando finalmente el hombre recuperó la gallina.

El suelo, los asientos, las ventanillas y el techo zumbaron y empezamos a avanzar por la carretera. Desde el asiento de atrás vi al hombre, que ya no era un beduino glorioso, quitándose la camisa que le envolvía la cara con una mano mientras sujetaba la gallina con la otra. Cayeron una capa tras otra,

como al desvendar una momia, para revelar al final su piel arrugada, sus mejillas huesudas y huecas, su barbilla brusca y afilada.

Una pesadez se asentó en mi estómago, como si hubiera bebido demasiada agua fría demasiado deprisa. Había estado seguro todo el tiempo y todo el tiempo, al parecer, había estado equivocado. Aquel hombre no era mi abuelo.

Cuatro

Tenía ocho años cuando el comunismo cayó en Bulgaria. 1989. Mis padres y yo vivíamos en el apartamento de mi abuelo, amontonados como pollos en una parrilla, porque no teníamos dinero para alquilar (no digamos comprar) una casa propia. Mi padre y mi abuelo se peleaban constantemente. Mi madre lloraba y amenazaba con divorciarse. Al principio intentaban que no me enterase, pero es difícil gritar discretamente en un gallinero.

Al menos no pasamos hambre. Mi abuelo estaba demasiado bien conectado para que el hambre nos atrapara. El carnicero, el panadero, el vendedor de frutas y verduras: todos habían sido sus alumnos.

—Despierta —susurraba el abuelo junto a mi cama, ya metido en su abrigo raído y comido por las polillas.

Le rogaba que me dejase dormir. Todavía faltaba una hora para que saliera el sol y era domingo.

—Me ha dado un chivatazo un exalumno. —Metía la bolsa de malla en mi mano—. La entrega es en quince minutos.

Recorríamos las calles oscuras como ladrones. La nieve crujía bajo nuestras botas, la escarcha nos mordía la cara. No había luz en ninguna ventana, y no se veía ni un alma. Ni siquiera los perros habían salido todavía. La bufanda en mi boca era hielo sólido para cuando llegamos a la carnicería.

—*Dobrutro, drugaryo uchitel!* —decía el carnicero a modo de saludo mientras nos metía por la puerta trasera, para que nadie nos viese—. ¡Buenos días, camarada profesor! —Me daba un pellizco juguetón, y durante mucho rato el rastro de sangre que había esparcido ardería en mi carne helada. Los cadáveres de dos o tres cerdos recién sacrificados colgaban en un bosque de

ganchos vacíos. El carnicero se metía el cuchillo en el cinturón—. Para ti, sólo lo mejor, camarada maestro.

Envolvía las costillas en una hoja gigante de papel marrón y yo abría la bolsa de malla.

—Deja que ponga a asar una costilla —podía decir el carnicero—. Siéntate y caliéntate.

Pero el abuelo no lo permitía.

—Gracias. Ya has hecho bastante.

Pagaba al carnicero y éste parecía avergonzado, pero siempre cogía el dinero.

—Claro que lo coge —dijo el abuelo cuando le pregunté en una ocasión—. Claro que pagamos. No somos desagradecidos. No somos avariciosos.

Salíamos a la oscuridad y llegábamos a otro callejón, a otra entrada trasera. Una humeante hogaza de pan, un tarro de yogur, una bolsa de leche. La bolsa de malla se hinchaba con el botín. La escondíamos debajo de la mochila escolar que llevaba colgada a mi espalda para disimular y luego, como cazadores furtivos que llevan redes prohibidas, volvíamos a casa.

El alba rompía cuando llegábamos al edificio de apartamentos.

—Alguien se ha levantado pronto —podía decir alguna vecina, antes de salir apresuradamente del ascensor, abrochándose el abrigo, poniéndose los guantes y preparándose para unas horas de cola—. ¿Esto es lo que le enseñas, camarada maestro? ¿A utilizar la puerta de atrás, mientras las personas honradas esperamos en fila durante horas?

Veía cómo el rostro de mi abuelo enrojecía.

—Vivimos en tiempos de lobos —decía en cuanto estábamos seguros dentro del ascensor. Y una hora más tarde podía añadir—: Un hombre tiene que buscar conexiones con otros hombres. Los lobos pueden vivir solos. Los hombres no deben hacerlo.

Fue ese consejo de mi abuelo el que tuve más presente en mis primeros años en Estados Unidos. ¿Qué importaba que al principio no hablase el

idioma? ¿Qué importaba si en el colegio algunos chicos se burlaban de mis jerséis tejidos en casa, pantalones de pana, mocasines con borlas? El idioma podía aprenderse; la ropa, sustituirse. Ningún abusón puede doblegarte si el año pasado en Bulgaria peleaste con un oso pardo en la calle. Sus dueños gitanos, que no tenían manera de comprarle comida, se lo habían quitado de encima y lo habían ahuyentado hacia la ciudad. Al principio luchamos, luego nos volvimos camaradas. Todavía hoy le mando por correo cada mes un frasco de miel estadounidense.

Yo era exótico, interesante, cautivador. Un heredero de héroes olímpicos. Un cosmonauta. Un experto en armas. Los chicos querían ser mis amigos. Las chicas dejaban breves notas de amor en mi mochila. En el instituto nadie creía mis mentiras, pero yo ya no tenía razón para seguir contándolas: había seguido fielmente el consejo de mi abuelo, había establecido conexiones fuertes, había hecho muchos amigos. Y luego me fui a la universidad, y por primera vez, o eso pensé, me encontré totalmente desconectado. Sin amigos, con notas lamentables, préstamos de estudios que pendían sobre mi cabeza como espadas. Tarjetas de crédito agotadas, cobradores de morosos que llamaban. ¿Qué más se puede decir? El Camarada Oso estaba muerto y no quedaba nadie que recibiera mis frascos de miel.

Cuando tenía seis años, mi abuelo me llevó a su pueblo natal para que conociera al hombre más viejo del mundo.

—Tengo cien años, y ¿quién eres tú? —preguntó el anciano.

—Tu bisnieto —respondí, petrificado, y murmuré el nombre que compartíamos.

—Nunca me ha gustado ese nombre —dijo.

Estaba incorporado en la cama, apoyado en un trono de almohadas a cuadros rojos y blancos. Las ventanas cerradas concentraban el sol sobre él y le daban un brillo cegador. El ambiente era sofocante, pero él estaba totalmente vestido: chaqueta de lana teñida de un azul más intenso que el del

cielo; gruesos pantalones y botas tan negras como las tierras fértiles de las afueras del pueblo. Volvió la cabeza de aquí para allá, mostró dos hileras de perfectos dientes amarillos y dejó que sus ojos lechosos se movieran en sus cuencas.

—Así que te has acordado de que tienes un padre, ¿eh? —dijo dirigiéndose a mi abuelo, cuyas palmas de las manos me perforaban los hombros.

Cuando terminó de firmar los papeles que mi abuelo le había llevado a tal efecto, el anciano me llamó a su cama. Todavía recuerdo la peste a naftalina que se levantó no sólo desde la lana de su ropa sino de su carne antigua.

—Nunca llegarás a ser tan viejo como yo —comentó—. Da igual lo que pienses hacer: yo ya lo he hecho antes. Ya he ido y ya he vuelto. Y no era nada especial.

Me apartó el pelo, luego me tocó la cara —la frente, la nariz y la barbilla—, con una mano tan fría como el vientre de un pez gato que una vez toqué con un dedo. Observé aterrorizado a mi abuelo, pero no me atreví a moverme, ni siquiera cuando el anciano me metió sus dedos salados en la boca. Buscó los huecos donde no tenía dientes y empujó los que se movían. Luego, de forma tan inesperada como un relámpago en invierno, cogió un diente que se movía, lo arrancó y se lo comió.

La sangre nunca se limpió del todo de mi camisa.

Aquella tarde, mi abuelo me llevó a las afueras del pueblo, para ver los campos fértiles.

—No guardes rencor a ese viejo idiota —me dijo—. Los viejos tienen celos de los jóvenes. Los vivos se asustan de los muertos. Pero tarde o temprano todos convergen.

Espigas cargadas de trigo se movían con el viento a nuestro alrededor. Habíamos entrado en un mar de oro. Mi abuelo rompió una espiga y masticó los granos ruidosamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no dio señales de estar avergonzado.

—Esta tierra una vez fue nuestra —dijo—. Cuarenta hectáreas.

No le pregunté a quién pertenecía la tierra ahora. Incluso a los seis años lo sabía.

Pero luego, dos años más tarde, el Partido Comunista se hundió. Y unos años después, cuando estudiaba el segundo curso en el instituto, llegó un paquete de Bulgaria: una carta breve y una caja de cerillas. Dentro de la caja había un pellizco de tierra. Nos habían devuelto lo que era nuestro.

Para vender esa tierra, o al menos mi parte de ocho hectáreas, era para lo que había vuelto.

Cinco

El infinito campo tracio había terminado. Robles de follaje joven — árboles altos y venerables, que vigilaban como centinelas en la montaña— habían sustituido su planicie. Ya no había arena en el aire. Manchas rojizas aparecían en la carretera, que serpenteaba suavemente hacia arriba a través de las colinas de Strandja y se volvía más estrecha a medida que subíamos. Los agujeros se convirtieron en baches, los baches en grietas, y pronto cruzamos franjas completas donde la lluvia había erosionado y arrastrado el pavimento. Cada vez que el autobús daba con un bache, notaba el temblor en los dientes. Las dentaduras postizas de los ancianos castañeteaban como picos de pájaros gigantes y durante un instante recordé cómo, muchos años atrás, todos los pasajeros, incluidos mis padres y yo, aplaudimos cuando el piloto del Boeing aterrizó sin ningún percance en la pista de Ontario. Ese momento se repetía. Y con el castañeteo de dientes y dentaduras postizas entramos en Klisura.

Fui el último en salir a la pequeña plaza. El sol, aunque ya no estaba en su cénit, seguía alto sobre las colinas. Una fuerte racha me arrojó el olor del humo a la cara. Incluso desde allí podía oír el viento que silbaba en las copas de los árboles. Por la carretera, Bigote Rojo cojeó hasta su casa; agarraba la gorra para que el viento no se la llevara. Detrás, a tres o cuatro metros, la mujer de negro no llevaba sólo su cesta, sino también el saco de lona de él a la espalda. Dos mujeres con velo y salwar que habían venido en el autobús con nosotros avanzaban en dirección opuesta, sobre un puente oxidado que atravesaba un río cuya agua oía pero no podía ver.

—Apuesto a que eres ese chico —comentó alguien detrás de mí. El anciano fumaba en la acera y con cada calada la punta del cigarrillo brillaba

más. La gallina aleteó bajo su axila y él le acarició las plumas—. El que nunca llama.

El autobús pitó. El conductor contó el dinero de los billetes y, cuando todo estuvo en orden, las puertas se cerraron, el tubo de escape vomitó una nube negra y nos quedamos solos en la plaza.

—En el autobús —dijo el anciano, con los ojos brillantes por el humo— no parabas de mirarme. ¿Por qué?

Contesté que lo había confundido con otra persona.

—¿Con quién?

—Con mi abuelo.

—Quizá lo sea.

Eso era improbable; no se parecía en nada.

Tiró el cigarrillo y el aire lo arrastró hasta el centro de la plaza.

—Ven conmigo, tengo que hacer un recado. Luego te llevaré a tu casa.

—¿Por qué?

—Por qué, por qué. Por la emoción. Por la aventura. ¿No es por eso por lo que todos venís a la montaña? Con vuestras cámaras de fotos y de vídeo.

Me di cuenta entonces de que el anciano había empezado a caminar hacia el puente. Y, sin pensarlo mucho, lo seguí. Tenía *jet lag*, y hambre de nuevo; la cabeza me daba vueltas por el viaje. No tenía energía para enfrentarme a él. Además, ¿cómo iría a casa de mi abuelo? Así que pregunté cuánto tiempo nos tomaría hacer el recado y si el pollo tenía algo que ver.

—El pollo es una mentira —respondió—. Es para una niña pequeña que está muy enferma. —Sin darse la vuelta, me preguntó si creía en las mentiras. Si creía que las mentiras podían curar. Dije: «sí, quizá, no lo sé»—. La madre de la chica sí —prosiguió—. Me ha pedido que le traiga un pollo. Además, este pollo es un gallo, y si no te has dado cuenta es que eres un idiota de ciudad.

Me reí.

—Puede que tengas razón —admití, y creo que él se rio también, pero con

el viento en nuestros rostros no estaba seguro.

El puente vibró a nuestros pies y sus cuerdas metálicas crujieron. Por debajo, el río corría lodoso y ancho, con las aguas altas por la lluvia o la nieve que se fundía más arriba. Una carretera de adoquines, que el viento había barrido completamente, nos llevó más allá de unas casas vacías, diferentes a cualquier otra que yo hubiera visto. Más tarde supe que ésa era la arquitectura de Strandja: la planta baja con muros de piedras bien encajadas, donde antes dormía el ganado; la planta de arriba, una cubierta con anchas planchas de madera de roble; un corredor cerrado que rodeaba las habitaciones y, en una esquina, el retrete.

El anciano guiaba y yo le seguía. Las viejas casas alternaban con otras modernas —fachadas limpias y pintadas, con brillantes tejas rojas—, y en la distancia, por encima de éstas, delgado como una navaja y negro con el sol detrás, el minarete de una mezquita. No vimos ni un alma hasta que pasamos por delante de la cafetería del pueblo. Que, me enteré más tarde, también era la tienda. Y la barbería. En las mesas de fuera, los hombres bebían café, o limonada de botellas altas de cristal. Algunos jugaban a las tablas reales, otros a las cartas. Nunca había visto tantos bigotes y barbas hirsutas en un solo lugar.

—*Salam alaikum* —saludó alguien—. ¿Por fin vienes a vender?

El anciano se detuvo. Acariciando al gallo, miró al que había hablado. También era viejo. Estaba en pie en el umbral, limpiando un vaso con un trapo.

—¿Y quién es esa belleza lampiña que está a tu lado?

—Su abogado —dijo alguien, y el grupo se echó a reír.

El anciano señaló el rótulo sobre la entrada.

—Está en turco —me dijo con suficiencia—. Dice «Café de Suleiman Pasha». ¿Sabes por qué?

Me encogí de hombros. De repente tenía mucha sed.

—Hace ciento treinta años, Suleiman Pasha, cuando iba de camino a que

el ejército ruso le diera una buena tunda, se paró aquí para tomar un café. Y, en ciento treinta años, estos idiotas no han dejado de hablar de eso. Escucha, *kardash* —le dijo al hombre de la puerta—, sé dónde se sentó a cagar Suleiman Pasha después de beber la porquería que vendes. No llegó muy lejos. Te lo enseñaré y puedes poner un cartel.

Un nuevo estallido de risa agitó los frondosos bigotes. El hombre del umbral movió el trapo como una bandera blanca detrás de nosotros: habíamos retomado la carretera.

—Vuelve mañana —dijo—. He recibido un poco de tu té preferido. Jugaremos a las tablas reales. Trae al chico.

El anciano levantó la mano como diciendo quizá.

—Se llama Osman Rejep, pero todo el mundo lo llama Baklava Osman. Le puse el apodo cuando era un crío. ¿Por qué? Sólo Dios se acuerda.

A esto yo no tenía nada que decir. Dimos la vuelta a una esquina. Habíamos llegado.

La casa era moderna. La mica en el yeso brillaba al sol, con un resplandor suave. El anciano golpeó con el puño la verja del jardín y sonó como un timbre. Siguió llamando.

—¿Por qué no pegas más fuerte? —gritó una mujer desde el interior de la casa—. Así correría más rápido.

La puerta se abrió y una chica descalza aleteó por el camino embaldosado del jardín. Se estaba arreglando el pañuelo de la cabeza —azul con claveles rojos estampados—, pero cuando reconoció al anciano, se lo quitó y se lo metió en el bolsillo trasero de los vaqueros. Era más joven que yo, pero no mucho, con el pelo corto, como el de un chico. Su rostro estaba rojo, y el sudor caía por sus mejillas en hilillos, cuello abajo.

—*Marhaba*, abuelo —saludó al abrir la verja y mostrar sus dientes de color blanco hueso. Luego vio el gallo y su sonrisa murió.

—Así que has traído un gallo —dijo, y me miró—. Dos gallos.

Había algo cruel en la forma en que frunció sus labios finos, en la forma

en que sus grandes ojos negros me observaron. Quizá por eso me recordó a la chica de la estación.

—Abuelo —continuó—, dile que recoja la mandíbula del suelo.

Oh, vamos, quería decir en ese momento. Pero, consciente de que mi acento se volvía más fuerte en momentos de ansiedad e ira, me quedé callado. La chica nos llevaba por el camino cuando desde algún lugar en lo alto de las colinas sonó el silbido de un pájaro y al momento paró. El anciano se detuvo y la chica también. Escucharon atentamente, y sólo después de que hubiera respondido otro pájaro, en algún lugar dentro del pueblo, continuaron. Observé el pañuelo de la chica, que ondeaba en su bolsillo trasero como la cola de un zorro. El roce de sus vaqueros emitía un sonido con cada paso, por la escalera exterior hasta el segundo piso, y una nueva forma de incomodidad me inundó la cabeza.

El hedor de algo que ardía nos golpeó en el umbral. Por un instante vi a mi madre ayudándome a poner velas en una caja de arena de la iglesia, para los muertos. Descuidado, todavía un niño, yo había sujetado la vela demasiado cerca. El hedor del pelo quemado me había perseguido durante semanas. Era ése el olor que notaba entonces, mientras la chica nos llevaba por el pasillo oscuro.

Por primera vez pensé en la niña enferma que íbamos a ver. ¿Cuál era su enfermedad y cómo se suponía que debíamos ayudarla? Y, gradualmente, toda idea de aventura me abandonó. Escucha, anciano, estuve a punto de decir, pero luego el gallo cantó. Batió las alas como si detrás de la puerta junto a la que estábamos se alzara el sol de la mañana.

—Muy bien, abuelo —dijo la chica—. Durante toda la noche Aysha ha saltado y bailado por la habitación. Mi padre la ha atado a la cama, pero aun así seguía gimiendo. Cuando ha salido el sol, ha gritado con más fuerza. Así que hemos tapado la ventana, como nos dijiste que hiciéramos, y sólo entonces se ha quedado dormida. Pero yo no podía dormir. No podía estudiar. Y no puedo suspender otro examen.

Torpemente, el anciano tocó el pelo de la chica. «Elif, Elif», dijo. Entonces Elif abrió la puerta y nos condujo al interior.

Había un intenso olor a hollín. Vestida con una túnica blanca y atada a la cama con una cuerda delgada estaba Aysha, la chica enferma. Su rostro parecía pálido en la penumbra y estaba totalmente inmóvil, como un charco helado; sólo sus ojos se movían tras los párpados cerrados. No aparentaba más de diez años. La cuerda serpenteaba sobre una almohada roja en su pecho, una almohada en los muslos, una almohada en los tobillos. Las plantas de los pies estaban cubiertas de ampollas tan profundas que no podía mirarlas.

—Abuelo —llamó alguien, y una tercera mujer, mayor que las demás, se levantó de una alfombra que había en un rincón. Un pañuelo verde, con los bordes oscuros por el sudor, enmarcaba su rostro enrojecido y cansado.

—Ha dormido todo el día —susurró la madre—. Pero nos da miedo desatarla. —Se inclinó hacia delante y besó la mano del viejo—. Ayúdanos —añadió. Sus ojos brillaban febrilmente cuando levantó la vista hacia mí, y entendí que aquella mujer también estaba enferma.

—Elif —dijo el anciano a nuestra guía—. Tráeme una palangana y un cuchillo.

Lo primero que cortó el anciano fue la cuerda. Tiró los trozos al suelo, asqueado. Vi un gran círculo quemado, que las alfombras no podían ocultar por completo, como si alguien hubiera provocado un fuego en el centro de la sala y lo hubiera dejado arder. El sudor corría por mi espalda y mi garganta ardía de sed. Una jarapa cubría la ventana y el sol resplandecía tras ella. Las bandas amarillas, naranjas y rojas brillaban intensamente; las otras eran negras. Al otro lado de la jarapa, una ristra de ajos colgaba de un clavo en la pared.

—¿Y cómo estás tú, *kazam*? —preguntó el anciano a la mujer. Volvió a ajustar el gallo bajo su brazo y, todavía cogiendo el cuchillo con la otra, le tocó la frente con el dorso de la mano.

—He estado ardiendo, abuelo.

Suavemente, el anciano le levantó la barbilla para verla mejor. Suavemente, le pasó los dedos por los moratones de la mejilla.

—Veo que el imán ha vuelto a abrir la fábrica de bofetadas —dijo.

—Se preocupa, abuelo. Tiene la mano ligera, pero su intención es buena.

—¿Y dónde está ahora?

—¿Dónde puede estar un imán?

El anciano gruñó.

—Vamos a solucionar esto —dijo, y me hizo señas para que fuera con él junto a la cama.

No tuve tiempo de dudar: ya me había puesto el gallo en la mano. A mi lado, Elif cogió la palangana de metal.

Observamos dormir a Aysha. Como si nuestras miradas le hubieran hecho cosquillas, ella se movió. Su madre siguió al anciano como un perro hambriento sigue al carnicero.

—San Constantino —susurró el anciano—, ¿no hay chicas cristianas que te puedas llevar? ¿O son más dulces las musulmanas? Ve con los griegos. Los griegos te quieren.

Se inclinó y quitó la bolsa de lona de la cabeza del gallo. El pecho del animal se hinchó y, notando que quería aletear, lo agarré con más fuerza. Luego llegó el canto: tan alto y penetrante que casi dejé caer al ave.

En cuanto al resto, ¿qué puedo decir? Aysha se despertó asustada y empezó a llorar. Sus pies dieron pequeños pasos en el aire, y sus talones chocaron contra la cama. El anciano me ordenó agarrar el gallo con fuerza y, con los ojos cerrados, lo hice. Oía el sonido que hacía la sangre al caer en la palangana. El aire se espesó con un hedor metálico. El gallo golpeó, pataleó, y lo mismo hizo Aysha. Toda la cama tembló y crujió. «Vah, vah, vah», gritó la chica, como había hecho la anciana de la estación. Luego se quedó quieta.

El anciano le había pintado cruces de sangre en las mejillas y la frente. Una sonrisa grande y satisfecha estiraba los labios ardientes de Aysha. Pintó

cruces en las mejillas de la madre y también en las de Elif. Mojó una última vez el pulgar en la sangre espumosa y pidió a la joven que sacase la sangre al exterior.

—Abuelo —dije, después de que me dibujara una cruz en la frente—. ¿No te veo en quince años y así es como me saludas?

Llamó a la madre:

—Éste es mi chico, mi nieto de América. El que nunca llama.

—Por favor —empecé a decir, pero no era momento para discutir.

La mujer sonrió. Bajó la jarapa al suelo y abrió la ventana. Desde el alféizar, me llené los pulmones de aire fresco, lo tragué como si fuera agua. Dejé que el sol sobre las colinas ardiera sobre mis pupilas y escuché el viento en lo alto de los árboles. El imán empezó a cantar en la mezquita.

Lo más probable es que el viejo tuviera razón. Qué extraña me parecía toda la situación. Qué raro que después de quince años me fuera a reunir con mi abuelo sin un momento oficial de reconocimiento, sin un abrazo afectuoso para señalar mi regreso. Y luego entendí que nos habíamos reunido del mismo modo en que nos habíamos separado: lentamente, con el paso del tiempo; que volvía del mismo modo que me había marchado.

Seis

Más de cuarenta años atrás, como castigo por su escandalosa renuncia a seguir en la organización, el Partido Comunista Búlgaro había desterrado a mi abuelo al pueblo de Klisura. Maestro de escuela, dio clase a los niños de Klisura durante cuatro años, antes de regresar a la civilización. Esto era todo lo que yo sabía, todo lo que mi padre me había contado.

Decir que mi abuelo despreciaba al Partido Comunista sería un eufemismo de grandes proporciones. Y, sin embargo, nunca mostró su desdén. Decir que expresó alegría cuando el Partido cayó también sería inexacto. «Los lobos se han arreglado los abrigos —comentó una vez acerca de los nuevos líderes democráticos—. Ay del cordero que cree que el lobo es su perro guardián.» En pocas palabras, mi abuelo decía que nunca pensaba en los comunistas. Les deseaba lo que consideraba la maldición definitiva: la Copa de Lete. «Ojalá nadie se acuerde de ellos en cincuenta años», me dijo una vez, durante mi último año de instituto. Yo tenía que hacer un trabajo sobre el comunismo y él se negó a ayudarme. «Ojalá sus hijos los olviden. Yo ya lo he hecho.»

Pero ¿una memoria histórica corta no era algo peligroso?, le pregunté.

—Mira, cabeza de chorlito —dijo—. La gente no escribe libros de historia para que los demás puedan aprender de sus errores. Los escriben para que los recuerden. Y yo, para empezar, no los recuerdo.

Durante años estuve convencido de que su animosidad hacia el Partido derivaba de que en 1944, junto con las riendas de Bulgaria, los comunistas habían tomado la tierra de nuestra familia. Pero cuando, tres años después de que mi abuelo desapareciera repentinamente de nuestras vidas, mi padre habló de Klisura, me di cuenta de que el odio del anciano debía de tener su

origen en algún lugar más oscuro y más profundo. Decidí que el exilio punitivo de mi abuelo en las montañas de Strandja le había producido mucho sufrimiento y dolor. Pero, si era así, ¿por qué había vuelto?

—No tenías ningún derecho a desaparecer así —le espeté.

Estábamos cenando en la terraza cubierta de su casa en Klisura, tomando pan y queso que Elif nos había dado al salir. Habíamos cruzado el puente y la pequeña plaza en silencio. Habíamos seguido en silencio la gastada carretera de adoquines. De vez en cuando, el abuelo me pellizcaba el cogote.

—Mira cómo has crecido —decía—. Si hubiera sabido que ibas a venir, habría comprado un cordero en vez de un gallo.

Luego me revolvía el pelo, como si un aire desenfadado pudiera ocultar la verdad: ni él ni yo sabíamos por dónde empezar. Y en cambio teníamos que hacerlo, en algún sitio.

—Estábamos muy preocupados. Pensábamos que te habías muerto.

Se limpió las migas de la manga.

—Está bueno este pan —dijo.

Cogió su jarra y tragó agua durante un buen rato. Luego empezó a rebañar las migas pegadas a los laterales mojados de la jarra.

—Abuelo.

Apartó la jarra, y los periódicos que había extendido sobre la mesa hicieron ruido.

—Francamente, hijo, no pensaba que te fueras a dar cuenta.

Le rogué que me perdonara.

—Ruega todo lo que quieras —dijo—. Por lo que yo sé, no tienes abuelo. Sin duda es así como has actuado durante años.

—Estaba muy liado con las clases. Muy ocupado. Pero siempre encontraba tiempo para llamarte.

—Mis erecciones son más frecuentes que tus llamadas.

Qué información tan útil, dije. Le pregunté si esperaba informes diarios. Me pidió que repitiera.

—Ese farfulleo —refunfuñó—, ese supuesto búlgaro que hablas. Es penoso.

Me había dado un golpe bajo. Me mordí la lengua, luego la mastiqué como si ella tuviera la culpa. Todas las acusaciones, los poderosos y dramáticos discursos que había preparado durante meses sonaban con perfecta claridad en mi cabeza. Pero en cuanto abría la boca las palabras salían torpes.

Mi abuelo cogió la jarra y se bebió el contenido de un trago.

—Tengo la sed de un perro rabioso —dijo—. Y quizá tenga la rabia. Quizá vine por eso. ¿Has pensado en eso?

Asentí. Enloquecido, inestable, terminalmente enfermo: eran escenarios que mis padres y yo habíamos considerado con detalle.

—Escucha, hijo mío —dijo mi abuelo con delicadeza, extendiendo las manos—. Los dos estamos cansados. Mañana hablamos.

Los periódicos que había encima de la mesa se levantaron un poco y, subiéndome la cremallera de la chaqueta, me eché hacia atrás en la silla. Estaba realmente muy cansado. El viento se había vuelto frío. El sol se había zambullido tras las colinas y, aunque el cielo brillaba en esa dirección, era de color índigo al este. Desde nuestra posición privilegiada, en lo alto de la terraza, veía el puente, el río y, al otro lado, las casas musulmanas con sus tejados rojos y el delgado minarete de la mezquita. En nuestro lado del pueblo se extendía la desolación: muros de piedra derrumbados, jardines llenos de espinos y árboles muertos. Y en las chimeneas de las casas destruidas —como ojos grandes y fijos que me miraban en el crepúsculo—, docenas de nidos de cigüeña.

—¿Cada casa tiene un nido? —pregunté a mi abuelo unos días después.

—Algunos tejados tienen dos.

Pero no sabía decirme por qué no había ninguno en la aldea musulmana.

Los nidos estaban aún vacíos. Aunque era la época, las cigüeñas todavía no habían llegado. Pasarían dos semanas antes de que los primeros pájaros —

los exploradores, como los nombraba el abuelo— trazaran sus tardíos círculos en el cielo sobre Klisura.

—¿Qué es eso? —Señalé hacia el extremo del pueblo donde, como grotesco contrapunto del minarete blanco, se alzaba una fea estructura de metal negra.

Mi abuelo gruñó con desagrado.

—Está la Torre de Babel —dijo—, está la Torre Eiffel. Eso de ahí es la Torre de Klisura. Una de las maravillas del puto mundo. Con perdón.

Unos meses atrás, un genio había empezado a construir un aerogenerador y luego había abandonado la tarea a la mitad. Y eso era todo.

Encendió un cigarrillo y el penacho de humo que exhaló permaneció entre nosotros, cambiando de forma. El viento zumbó entre las copas de los árboles y trajo el olor de los árboles en flor, de tierra húmeda y prieta, y ese aroma se mezcló con la peste del tabaco. Me encogí en la chaqueta. El cigarrillo ardió rojo, más rojo en el humo, como ascuas de carbón. El humo dibujó un ala, y el ala se transformó en un rostro de mujer.

Una mano me movió el hombro.

—Despierta, hijo mío. Escucha. ¡Oye!

¿Cuánto tiempo había dormido? Se había hecho de noche. En algún lugar de las montañas oscuras, detrás de colinas que no podía ver, llamaba un pájaro, con un canto melódico y triste. Y, como antes, otro pájaro respondía desde la aldea musulmana, donde ahora luces tímidas brillaban tras las cortinas echadas.

—Viene del otro lado de la frontera —dijo mi abuelo—. Ha muerto un hombre. Nos están informando.

—¿Quién es? —Me eché hacia delante y escuché el silbido.

—La gente de su pueblo. Así es como cruzan las colinas. Han aprendido a hablar como los pájaros.

No estoy seguro de cuánto tiempo estuve sentado en la silla, fascinado. La canción se había disuelto en la noche y el silencio había regresado al pueblo:

los grillos cantaban en el jardín, los perros ladraban, las copas de los árboles emitían un murmullo al moverse.

—Este hombre —dije al final, y mi feo acento me asombró. Qué hermosura hablar sin cargas como un pájaro—. ¿Lo conocías? ¿Era un buen hombre?

—¿Qué más da? —preguntó mi abuelo—. Está muerto.

Me desperté con un trueno zumbando en los oídos. La lluvia golpeaba la ventana y el cristal se agitaba en los marcos. Toda la casa había cobrado vida: paredes, suelos, vigas en el techo. Atrapado en el *jet lag*, escuché, me dormí, me desperté. Luego, brusca como los relámpagos sobre las colinas, sonó la voz de un hombre. Alguien llamaba en el pasillo.

Encendí la linterna y durante un breve instante no supe dónde estaba. El haz de luz iluminó un pequeño camión de bomberos y una peonza en el suelo. Una pequeña mesa en la esquina y en la pared superior un mapa del mundo antiguo. La habitación de mi niñez recreada en detalle.

—La traje aquí exactamente igual que estaba —dijo mi abuelo unas horas antes cuando me condujo a través del umbral—. Cuando vendí el apartamento, tuve que tomar una decisión. No te podía tirar a la basura.

La pequeña cama, que en aquella época había parecido gigantesca —un galeón pirata, un cohete— y la silla a su lado, en las cuales, durante noches sin fin, mi abuelo me había contado historias de kanes, zares y rebeldes. Las había llevado al pueblo.

—¡Abuelo! —exclamé en el pasillo.

La voz no había vuelto a sonar, en su lugar oí un martillazo. La luz relampagueó en torno al marco de su puerta cerrada. Llamé, luego entré.

Mi abuelo estaba escribiendo frenéticamente en el escritorio. La tormenta había abierto las ventanas y las había hecho chocar con las paredes. Una cortina ondeó pesada con la lluvia, que resonaba en la habitación con cada ráfaga. Pero el anciano escribía indiferente. En calzones, con la camisa de

cáñamo pegada al cuerpo. Las hojas de papel se amontonaban sobre el escritorio, donde una lámpara de gas titilaba pese a la tormenta. Cómo no había prendido fuego a la habitación es algo que no me explico. Y había más papeles, húmedos y desperdigados por el suelo.

Cerré las ventanas con fuerza, luego le puse la mano en el hombro.

—Estás tiritando.

Veía que mi aliento escapaba en una nube, y también su aliento cuando tartamudeaba.

—Hijo mío. Te estaba escribiendo una carta.

Tenía los ojos húmedos. Se clavaron en mi cara como asustados.

Lo ayudé con suavidad y lo conduje por el pasillo hasta mi cama. Le quité la ropa empapada y froté su cuerpo bajo la gruesa manta de Ródope.

—Eres ese chico, ¿verdad? —murmuró una vez. Y una vez dijo—: ¡Hijo mío!

Luego se quedó callado. Me observó aterrado. Intenté calmarlo con palabras amables, pero yo estaba ansioso, asustado, y mi acento había empeorado. No creo que me comprendiese.

Ese mismo día, cuando volvíamos de la casa de la niña enferma, como un hombre que quisiera fingir despreocupación, mi abuelo había empezado a silbar una tonada. La tonada se me había pegado durante todo el día, familiar pero inalcanzable. Pero ahora, para mi sorpresa, fruncí los labios y silbé una canción que mi abuelo había cantado para darme las buenas noches. Cerró los ojos. La tormenta había pasado. A lo lejos, al otro lado de la frontera turca, los truenos seguían sonando.

La letra de la canción también regresó. Pero la ignoré.

Siete

Llamaba a la puerta por tercera vez cuando, en la ventana que daba a la carretera, una cortina se movió justo lo suficiente como para que se asomara el rostro de Elif. Su expresión no cambió al verme. La cortina cayó y durante un buen rato me quedé temblando en el frescor de la mañana. Después la ventana se abrió, pero la cortina seguía echada.

—¿Qué quieres? —preguntó. Y al cabo de un rato—: Sé que estás ahí. Te oigo respirar.

Concentré toda mi capacidad. Había vuelto para devolver los paños. Los paños en los que había envuelto el pan y el queso. ¿Y me permitiría utilizar el teléfono?

—Mira la calle —dijo—. ¿Hay una ventana abierta?

La había.

—Y una bruja sacando la cabeza. ¿Mirándote?

Ahí estaba.

—Entonces, de acuerdo.

Su mano blanca apartó la cortina y cerró la ventana con fuerza. Un instante después me hacía pasar por la puerta.

—Buenos días, tía Nadiré —saludó a la mujer de la calle—. Cuidado, no te vayas a caer y te rompas el cuello. —Y luego se dirigió a mí—: El teléfono está en el salón. Cuando acabes, vuelve fuera. Estaré aquí, esperando.

Dunas de arena amplias como océanos y camellos en caravanas largas y serpenteantes. Una bandada de cigüeñas contra un sol abrasador y un oasis en el que hombres con túnicas y turbantes blancos se habían detenido para

apacar su sed. Un lago plácido. Un cielo azul y en calma. No había entrado en un salón, sino en un mundo de magia.

Aparte de los murales, la habitación era fea. Alfombras rojas que cubrían el suelo de pared a pared y cojines en torno a una mesa baja y rectangular. Una gran cómoda contra una pared y en la cómoda el teléfono. No había un televisor, ni otros libros aparte de un volumen encuadernado en cuero que había sobre la mesa.

Metí el dedo en el disco y marqué el número de mi tarjeta de prepago. Seis veces antes de conectar. *Introduzca su PIN de doce dígitos*, dijo el contestador automático. Di vueltas al dial, pero a la cuarta vez el contestador había vuelto a pedir el PIN. Observé los camellos que avanzaban hacia el desierto, con inmensas riquezas encerradas en los baúles de sus lomos. Observé a los hombres a punto de beber en el lago y me pregunté si estaba en su poder convertir el pulso en tono para llamar a mis padres y decirles que había llegado.

Colgué, y habría salido si no hubiera sentido un súbito arrebató de curiosidad. La habitación de la chica estaba vacía y el aire entraba por la ventana abierta en ráfagas frescas y húmedas. La cama estaba bien hecha. La parte quemada del suelo estaba totalmente cubierta de alfombras, pero todavía había hollín en el techo. Levanté la alfombra y toqué el sitio. Aspiré el olor a quemado en mis dedos.

—Mi hermana enciende hogueras aquí —dijo Elif desde la puerta.

Di un salto, murmuré una disculpa.

—Cada primavera, tres años seguidos. Baila descalza sobre las brasas y aúlla como un búho. Vah. Vah. Vah. —Sacó un cigarrillo y lo encendió—. Es muy triste ver las ampollas que tiene en los pies. Mi padre la trata como si fuera una leprosa. A mí me trata como si fuera su oveja. ¿Te puedes creer que paga a esa bruja del otro lado de la calle para que me espíe un día tras otro? Un tarro de miel al mes.

Expulsó el humo por las fosas nasales, un chorro más ancho que el otro.

—Tienes que soltarte un poco, *amerikanche* —dijo—. Yo tengo que soltarme.

Me observó un momento, como si estuviera calculando mi peso y lo encontrara insatisfactorio.

—Conozco un sitio en el pueblo donde antes bailaban los cristianos. Donde anidan las cigüeñas. Donde la maría te coloca el doble. No te asustes —dijo, y me dio la mano.

Ocho

Cada año, desde hace trece siglos, los *nestinari* bailan. Cuando llega la primavera, llega mayo y con él la festividad de San Constantino, la festividad de Santa Elena. Hacen altas hogueras; tres cargamentos de madera se encienden y arden hasta quedar reducidos a cenizas. Y después, descalzos, toman la mano invisible y sagrada del santo y se meten en las brasas. Giran, agitan sus iconos sagrados en el aire, entran y salen corriendo. No sienten dolor porque el santo los protege. Una semana, dos semanas, un mes antes del baile, el santo desciende sobre los que ha escogido. Las mujeres se desmayan, sus ojos se abren bajo los párpados en llamas. Los hombres arden con una fiebre santa. Sus sienes se quiebran; sus labios llevan fuego a todo lo que tocan. Y, sin embargo, a pesar de la fiebre, un río profundo los hiela hasta los huesos. Los pies cobran vida y dan pasos rápidos y veloces. Sus músculos tienen espasmos, sus cuerpos tiemblan y buscan la llama. Un canto de lechuza sale de su garganta. Vah. Vah. Vah. Y sólo bailar sobre las brasas los alivia. Pero si los elegidos apartan la mano que los lleva, si rechazan el baile y el santo, su enfermedad empeora, su sangre se transforma en fuego líquido, que luego incinera sus huesos, sus corazones y sus almas. Cuando llega la primavera, llega mayo, y con él la festividad de San Constantino, de Santa Elena, y los *nestinari* bailan. Y hace trece siglos que es así, aquí en las montañas de Strandja, y en ningún otro lugar.

Ésa era la historia que contaba Elif. Caminamos por la orilla cubierta de árboles, hacia arriba y saliendo de Klisura. El río corría lodoso a causa de la lluvia de la noche anterior y tan alto que tenía que esforzarme para oír todo lo que Elif decía. La niebla que había atravesado al salir de la casa de mi abuelo

esa mañana se había retirado y un sol tibio subía en el cielo. Los arbustos estaban en flor. Flores blancas y amarillas bailaban ante mis ojos mientras Elif apartaba furiosamente ramas y ramitas.

—Empezó hace tres años —dijo ella. La rama que soltó me golpeó en el pecho y estornudé por el polen—. Mi hermana salía de la mezquita cuando pasó por primera vez. ¡Una pequeña criatura totalmente insolente!

Durante dos días Aysha dio vueltas en la cama. Retorcía los pies, le temblaban los dientes. Un médico llegó del pueblo. «No tiene fiebre —dijo—. Debería estar bien.» Pero no lo estaba. «Que no se deshidrate», ordenó el médico. ¿Quién sabía? ¿Quizá era la gripe? Después de todo, otras seis chicas estaban enfermas en el pueblo.

Pero las ancianas lo sabían. Habían visto la causa mucho antes de la llegada del médico. ¿Magia negra? ¿El mal de ojo? ¿Qué monstruo podía tener el coraje de hacer daño a siete chicas jóvenes? «No temáis, queridas», dijo una mujer de la aldea cristiana. San Constantino había reclamado a las niñas.

Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. Una semana antes, Aysha y sus amigas habían ido al río para ver las crías de las cigüeñas. Jugaban en el barro, chapoteaban en las pozas poco profundas, luego se metían en la cabaña abandonada de los *nestinari*. Era una cabaña junto al río donde antes los bailarines guardaban los iconos y su tambor sagrado.

Pasó una semana. Y dos de las chicas contrajeron la fiebre.

«Habrá más», anunció la bruja de la aldea cristiana. Y tenía razón. En poco tiempo, Aysha y las demás chicas también estaban enfermas. La bruja fue a casa de Elif. Su padre estaba furioso al principio, pero también preocupado, y la dejó entrar. La sentaron bajo el emparrado y llevaron ante ella a las siete chicas enfermas. La bruja sacó un diente de ajo de su delantal y se lo metió en la boca: comía ajo, me dijo Elif, como si fuera un caramelo. Luego conminó a los padres a que llenaran un abrevadero de agua y las siete chicas se pusieran a su alrededor. Sus pies daban pasos minúsculos y

frenéticos. Tenían los ojos en blanco y les castañeteaban los dientes. La bruja esperó que el agua se asentara y durante mucho tiempo estudió las caras reflejadas en la superficie. Así de encorvada estaba, dijo Elif, era incapaz de levantarse y mirarte a los ojos. Pero había más, susurraron las mujeres. Sólo en el agua podía ver la bruja las cosas que quería ver. «No tengáis miedo, queridas —dijo por fin—. ¡Alegría!» Era san Kosta el que tenía a las chicas como terrones de azúcar bajo su lengua sagrada. Su fiesta se acercaba. «Haced una hoguera, extended los carbones. Dad a las chicas iconos y dejad que los lleven a cuestras.» Sólo entonces se calmaría el santo. Su día se acercaba. «Afortunadas, afortunadas palomas —dijo la bruja—. Lo que yo daría por que me reclamara por última vez.» Y las lágrimas cayeron por sus mejillas.

Una amarga indignación ahogaba a los padres. «¿Nuestras hijas besando iconos cristianos y adorando a un santo cristiano? ¡Por Alá!» Cada padre cogió la mano de su hija y llevó a la enferma a casa. Las ventanas se cerraron y se echaron los cerrojos. «Soy el imán —le dijo su padre a Aysha— y me estás poniendo en ridículo. Pones a Dios en ridículo.» Y después abofeteó a la chica, le partió el labio.

Durante siete días y siete noches, Aysha permaneció encerrada en su habitación. Dos veces al día, Elif tenía permiso para llevarle la comida y vaciar el orinal. Ojalá pudiera olvidar ese hedor. Mierda y meado, y su hermana pequeña temblando en el suelo y mordiendo mechones de su cabello. No, no perdonaría a ese hombre. Mientras tuviera aliento maldeciría el alma de su padre.

Llegó el día de San Constantino y con la festividad, como había dicho la bruja, Aysha empezó a aullar. Saltó detrás de la puerta cerrada durante toda la noche. Por la mañana estaba calmada, dormía todo el día y se despertaba tranquila. Elif y su madre la lavaban con ternura, la peinaban, y cuando preguntaba a qué se debía tanta amabilidad, ellas lloraban.

El último año, la enfermedad había regresado. Tres semanas antes de la

fiesta, Aysha hizo una hoguera en su habitación. La bruja había advertido muchas veces que podía pasar algo así. Aysha quemó unos cuantos palos y fue por sus gritos que Elif la encontró, saltando sobre las ascuas brillantes. ¿Quién sabía el daño que se podía haber hecho en los pies? ¿Y si la casa se hubiera incendiado?

El padre volvió a encerrar a la niña. Pero unos días más tarde, Aysha estaba otra vez bailando en el fuego. Al principio, Elif no sabía cómo se había escapado su hermana, dónde había encontrado los palos y las cerillas. Luego lo comprendió. Su madre la había ayudado. Su madre también ardía con el fuego cristiano.

Y este año, me dijo Elif, la fiebre se había convertido en una locura.

—Viste que mi padre había atado a Aysha. Viste el ojo morado de mi madre. ¿Qué más se puede ver?

Nueve

Nos alejamos tanto de Klisura como nos lo permitió la ribera. A partir de ahí, la vegetación era demasiado densa. Ramas cargadas de flores atravesaban el río para formar un túnel a través del cual debíamos pasar. Sentada en la hierba, Elif se quitó el pañuelo y se lo metió en el bolsillo. Se revolvió el pelo corto, luego se quitó las zapatillas y empezó a remangarse las perneras de los pantalones.

—Eh, *amerikanche* —me llamaba «pequeño americano»—, no puedes imaginar lo que tuve que pelear con mi padre para que me dejara salir en vaqueros. Las cosas que te haría, que nos haría, si nos viera juntos aquí, solos. Si supiera que me puedes ver los pies y los dedos. ¿Te gustan?

Creo que se rio. Los cencerros de las ovejas sonaban en la colina o quizá más cerca. Imaginé a un pastor, descansando sobre su cayado, mirándonos y retorciéndose el bigote. El pastor hablaría con el padre de Elif, que vendría a por mí. Estornudé.

—Había visto cabras desmayarse cuando se asustan —dijo—, pero nunca a un hombre estornudar cuando tiene miedo. —Y, riendo, se marchó corriente arriba.

Con las zapatillas en la mano y los pantalones remangados, la seguí. El agua me cortó, hasta la rodilla y fría como una navaja. Elif lloraba de dolor o placer. Yo no lo sabía. Caminamos por el túnel, retorciéndonos, girando, apartando las ramas en flor. Me goteaba la nariz, los ojos me dolían y estornudaba a cada paso.

Al décimo estornudo, Elif empezó a contarlos. Al vigésimo se reía tanto que tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Me aconsejó que me mojara

los ojos, eso ayudaba un poco. Al trigésimo, el túnel había terminado y estábamos en campo abierto.

Lo que se extendía ante nosotros era una isla, un campo totalmente plano, tan amplio como una cancha de béisbol, que partía el río en dos arroyos turbulentos. Un arroyo llegaba de Turquía. El otro era búlgaro. Allí se unían y fluían juntos hacia el mar Negro.

En el punto donde se unían los dos arroyos, el agua estaba negra de barro. Arrastraba hojas y ramas secas, como una enorme centrifugadora; aun así, puesto que la poza era tan amplia, el agua nunca nos llegaba por encima de las rodillas.

Y en el campo vi un árbol. Un gigante, cuyo tronco no podrían rodear doce hombres. Cada una de sus ramas más bajas podía ser un árbol. Llegaba tan alto que me esforcé para ver la parte superior. Me sentí de inmediato protegido y expuesto, totalmente a su merced. El árbol estaba muerto. Pero, al mismo tiempo, estaba en flor: enormes flores de carbón cargaban sus ramas, de arriba abajo.

—Nidos de cigüeñas —dijo a mi lado Elif.

Cada año, en su camino de África a Europa y de regreso, las cigüeñas pasaban sobre las montañas de Strandja. La Vía Pónica, dijo ella. Una vez, de pequeña, había intentado contar los nidos del árbol. Al llegar a cincuenta había perdido la cuenta. Pero había más. No sólo en las ramas, sino también en los robles junto a las riberas.

El gigante era un nogal. Tan viejo como Klisura y quizá más. Bajo sus ramas habían bailado los *nestinari*. Mira, ¿ves el hollín en la corteza? Y ahí, junto al tronco, en la niebla, ¿lo ves? Una cabaña diminuta, con el tejado cubierto de piedras del río. La cabaña de los *nestinari*.

—Entré una vez. No encontré nada. Salvo un santo retorcido que tortura a las niñas. —Se rio.

Nos sentamos en el suelo y nos frotamos los pies para que se calentaran. La niebla seguía flotando en el campo y el dulce hedor de la hierba podrida

me llenó las fosas nasales. Al menos no estaba estornudando.

—Estás temblando —dijo, con una risotada.

Asentí. Le había dicho a mi abuelo lo mismo la noche anterior y me preguntaba si seguía en mi cama, si se sentía mejor. Me pregunté qué había sentido él cuando inevitablemente, muchos años atrás, había visto por primera vez el árbol gigante. ¿Quién había estado a su lado entonces, como ahora estaba Elif junto a mí?

—Mira, mira —dijo ella, y metió los dedos en el suelo, cerró el puño y lo sacó de la niebla—. Plumas. Todo el campo está lleno. Dime, ¿hay algo más triste que las plumas que se pudren en el aire? ¿Algo más bonito? —Las tiró detrás de ella y se limpió las manos—. Vamos a colocarnos —dijo. Se puso los zapatos y, como si fuera una niña pequeña, me dio una colleja—. Tú la llevas. —Luego saltó y, entre risas, corrió hacia el árbol—. ¡Te echo una carrera hasta arriba!

Su grito atravesó los campos, rebotó en los robles de la ribera y se ahogó en los ríos que se mezclaban. La miré entre la niebla, una pequeña mota contra el nogal que estiraba brazos y piernas, de alguna manera conectada con la corteza y trepando. Subió, más allá de las ramas bajas, en una línea recta, rápida y segura. Luego, a quince metros de altura. Se puso a horcadas en una rama y, con los pies colgando, se movió hacia un nido gigante en el centro, donde otras ramas cruzaban y formaban unos cimientos firmes. Se tiró al nido, como debía de haber hecho mil veces antes, y por un momento la perdí de vista. Cuando salió de nuevo, movía su pañuelo moteado. Éste se le escapó de los dedos y descendió en espiral, entre la niebla.

Recordé las cigüeñas que se reunían en el pueblo de mi niñez en agosto, por encima de los tejados de las casas, bloques de pisos, buscando corrientes de aire caliente, trazando círculos mayores cada vez que llegaba una nueva cigüeña. Y recordé que las mirábamos desde el balcón y que mi abuelo preguntaba:

—Hijo mío, ¿qué cigüeña eres tú?

Diez

Había una vez un pueblo a unos setenta kilómetros de Klisura. Ahora esa tierra estaba en Turquía y hace doscientos años no sólo esta tierra ni Klisura, sino toda Bulgaria pertenecía al Imperio otomano. En este antiguo pueblo, los cristianos —una extraña mezcla de búlgaros y griegos— podían construir altas iglesias y adorar a su dios con el tipo de libertad que los cristianos del imperio no podían disfrutar. Por qué permitía esas libertades el sultán a un puñado de sus *rayas* era algo que Elif no podía explicar. Ni la bruja que le había contado la historia. Una noche, tres años antes, intrigada por el mal de su hermana, Elif había cruzado el puente hasta el pueblo cristiano y había buscado a la bruja que había examinado a las chicas enfermas. Y, protegida por la oscuridad, la bruja había contado la historia de cómo los danzantes del fuego habían puesto por primera vez los pies en Klisura.

Ahora estábamos sentados en el nido de la cigüeña, con las piernas dobladas casi tocándose por las rodillas. Las paredes del nido eran palos entrelazados, bolas de paja, lana y plumas. Los palos se me clavaban, pero no me importaba. Resguardado del viento, ya no tenía frío.

Elif había sacado un bolso de nailon de entre la paja que había en el fondo del nido y estaba liando un porro. Su alijo secreto, llamaba a la bolsa. Su lugar feliz, este nido. Desde que era pequeña se escondía allí de su padre, de todos los problemas de su vida. Había hecho unos escalones en el tronco del árbol, se había construido una escalera.

—Soy un globo de aire caliente —dijo, chupando el borde del papel de fumar—. Mis problemas son las bolsas de arena que tiro una a una. Subo por la corteza hasta que soy más ligera que el mismo aire.

Encendió el porro y dio una calada. El olor a hachís y el de la paja podrida se mezclaron en un solo humo asqueroso.

—Voy a la universidad en Burgas —dijo—. Gano algo de dinero por sacar buenas notas y lo gasto en esto. —Me pasó el porro, que rechacé—. Como quieras —dijo, y apoyó la cabeza entre los palos entrelazados.

A través de una abertura entre los arbustos veía la cabaña de los *nestinari*, el agua de lluvia se acumulaba en las piedras planas sobre el techo. Los charcos brillaban por el sol, que se había metido en las ramas secas de nuestro árbol. Los ríos se llenaban y Elif empezó a hablar.

Durante siglos ese antiguo pueblo había prosperado, protegido por el mismo sultán. Luego en ese pueblo bailaron los primeros *nestinari*. Búlgaros y griegos, viviendo juntos, hablando un idioma propio. Cada mayo, san Constantino bajaba sobre los campesinos como una tormenta, y tras él, como una ligera lluvia de primavera, llegaba la misericordiosa santa Elena. Cada mes de mayo, durante siglos, los *nestinari* construían altas piras y bailaban sobre las brasas. Hasta que un día los turcos quemaron el pueblo y mataron a todos los danzantes que pudieron.

«¿Por qué, abuela?», preguntó Elif a la bruja. «¡Por qué, por qué! —respondió la anciana—. ¿Necesita el perro una razón para sorber el tuétano de un hueso? ¿Necesita el turco una razón para matar al cristiano? No eran guapos como tú, paloma mía, los turcos de entonces. Entonces los turcos eran feos jorobados con dientes de lobo, hambrientos de sangre cristiana.»

—Eso me dijo. —Elif se rio y dio una calada al porro—. Jorobados y encima con dientes de lobo.

El pueblo había sido quemado y destruido. Los *nestinari*, casi exterminados. Sólo había sobrevivido un puñado; se habían llevado sus iconos y sus tambores sagrados a las profundidades de los bosques de robles. No temáis, hijos míos, había gritado un hombre, su líder, su *vekilin*. Y fue ese *vekilin* el que condujo a los supervivientes hacia el norte, a través de las montañas de Strandja, en busca de una tierra nueva a la que llamar hogar.

«Pero nadie los quería, paloma mía», le contó la bruja a Elif. Llegaban a un pueblo, arruinados y en harapos, con los estómagos rugiendo, los labios agrietados y cubiertos de sangre. Los nobles del pueblo se reunían en la plaza y el *vekilin* se ponía de rodillas. «Dadnos algo de tierra —les rogaba—. Pueden ser piedras, espinas, agujas, no somos exigentes. Dejad que sea nuestro hogar.» Pero cuando veían los iconos con las colas, los tambores, las bolsas de huesos que transportaban —porque los *nestinari* también transportaban los cráneos de sus muertos—, los lugareños tenían miedo. La locura de los danzantes los asustaba, el poder de san Constantino, la ira del sultán, que había matado súbitamente a la gente que había protegido durante siglos. Y esa pasada protección también enfadaba al pueblo. «¿Por qué deberíamos ayudarlos? —protestaban los campesinos—. Cuando los turcos nos pisoteaban, estos perros bailaban. Cuando llorábamos, ellos se reían. Ahora les toca llorar, y a nosotros nos toca ser felices. ¡Largo de aquí, santos leprosos!»

Durante semanas, los *nestinari* vagaron por las montañas de Strandja, hasta que una noche llegaron a Klisura. Ya entonces el pueblo estaba dividido en dos: los búlgaros a un lado del río, los turcos al otro. «Hermanos, nos estamos muriendo —suplicaron los *nestinari*—. Dadnos algo de tierra.» Y, como antes, en vez de tierra recibieron una maldición.

Pero san Constantino es un santo misericordioso, le dijo la bruja a Elif. Y, mira por dónde, el aga turco, gobernador de Klisura, permite que el *vekilin* se arrodille delante de él y escucha su petición. Sentado en el balcón del *konak*, el aga fuma su largo chibucú, y sus dedos carnosos juegan con un rosario de ámbar rojo. Ha oído lo aterrorizados que están los *rayas* de estos recién llegados y quiere fastidiarlos, pequeños corderos esclavos, quiere que sigan llenos de miedo. Además, él no teme al sultán. Hasta tiene una cuenta que saldar con él. «¿Por qué no? —le dice al *vekilin*—. Os daré tierra en la aldea búlgara. Podéis hacer vuestro pueblo ahí si queréis.»

—Pero el aga era turco —dijo Elif. Sus ojos estaban acuosos y rojos, y

brillaban como los charcos en el techo de la cabaña debajo de nosotros—. Un turco, como yo. Y, por tanto, un ser despreciable. O eso me explicó la bruja. El aga, dijo, no podía darles a los infieles lo que querían sin recibir alguna satisfacción a cambio.

Así que el aga ordena a sus soldados que reúnan a todos los hombres *nestinari* en el patio. No más de veinte: jóvenes y viejos, extenuados por el viaje, apenas en pie. En cuanto a las mujeres y los niños, el aga los pone contra el muro de piedra para que vean el circo que va a desarrollarse. Llama a su intérprete favorito de *zurla*.

—¿Sabes lo que es un *zurla*, *amerikanche*? Como el oboe, pero alegre y mucho más ruidoso. Llama al que toca el *gadulka*. —Elif hizo un gesto con la mano, trazando un arco invisible sobre un conjunto de cuerdas invisibles—. Los músicos se reunieron, dispuestos a tocar. En esa época, todos los hombres llevaban fajas. Los mayores todavía lo hacen. Diez, quince codos de tela enroscados alrededor de la cintura. El aga ordena a los soldados que cojan el extremo de cada faja y tiren. Las fajas se sueltan y los hombres giran como peonzas. La *zurla* llena el patio con su chillido y la *gadulka* se suma. Así es como lo imagino, al menos. Los pobres dando vueltas por el jardín como locos, apenas capaces de mantenerse en pie. Los soldados los golpean con los látigos. Los niños lloran, las mujeres gritan y el aga, ese maldito perro turco, está en su balcón, riendo, moviendo su látigo, diciendo a los soldados que golpeen más deprisa, más fuerte.

Algunos de los hombres giran a la izquierda y caen hacia el suelo en un lado del patio. Otros caen en el otro. Mitad y mitad, más o menos. «A los de la izquierda —grita el aga, riendo— os daré tierra. Quedaos con vuestras mujeres y vuestros hijos. Los de la derecha no me servís de nada. Así que largo.»

Los *nestinari* quedaron partidos por la mitad. Pero para que no se olvidaran entre sí, intercambiaron los iconos, sus bolsas de cráneos. Un grupo guardaría los santos y ancestros de los otros, era un vínculo sagrado. Hicieron

un juramento: se reunirían cada mayo, en la festividad de San Constantino, y bailarían sobre las brasas. Un año en Klisura, el siguiente en el pueblo donde se asentara el segundo grupo, no importaba lo lejos que estuviera.

—¿Dónde se instalaron los demás? —pregunté, y Elif se encogió de hombros.

—Al otro lado de Strandja. En un pueblo que sigue siendo parte de Turquía. La vieja me contó que en esa época allí vivían griegos, griegos que se habían compadecido de los *nestinari* y les habían dado tierras.

Intenté entender la historia. Un pueblo antiguo, hogar de los primeros danzantes del fuego, parte de Turquía, donde los campesinos no eran ni totalmente búlgaros ni totalmente griegos, sino una mezcla de los dos. Turcos en lo que ahora era Bulgaria que habían acogido a la mitad de los refugiados y habían echado a los demás. Y griegos en las tierras, actualmente parte de Turquía, que habían acogido al resto.

—Claro como el agua del manantial —dije, y Elif me preguntó qué manantial, el que llegaba de Turquía o el que era totalmente búlgaro. Nos echamos a reír y reímos demasiado tiempo. Puede que fuera porque el humo venía hacia mí.

—¿Y se reunían? —pregunté—. ¿Cada año?

—Lo hicieron durante siglos. La bruja veía a los griegos. Viajaba a su pueblo y bailaba con ellos, cuando era todavía una cría. En la época en que san Constantino era lo bastante amable como para reclamarla. Ojalá la hubieras visto, en pie ante las niñas enfermas. Una mujer de ochenta años, muerta de celos. Por un santo. Ojalá hubieras visto el anhelo en sus ojos. Me dije: esta bruja y yo somos la misma mujer. Su aliento apesta a ajo y el mío a rabia. Odia a las niñas, yo odio a sus padres. Las dos queremos algo que nunca tendremos.

—¿Qué quieres tú? —volví a preguntar, esforzándome por no reír.

—Libertad, amigo americano. No sólo aquí en el nido, sino abajo. No soy libre, y quiero serlo. ¿Entiendes? Y no creo que vaya a serlo nunca.

Entendí entonces que había empezado a llorar. Sus hombros se sacudían; se encogió. Y de pronto había alejado las lágrimas.

—Soy lo peor —dijo—. Desprecio a mi padre, y eso es un pecado enorme. Dios ve, lo sé. Y también lo desprecio a Él. A mi dios.

Sacó del bolsillo el pañuelo que yo había recogido del suelo y lo tiró con descuido en el nido.

—Renuncio a Él día tras día. Cada día llevo vaqueros, cada día escondo la *shamiya* como una navaja en el bolsillo. Mis amigos de la ciudad no saben que soy musulmana. Me suicidaría si lo descubrieran. Y, sin embargo, amo a mi dios. Amo a mi padre. Y, sin embargo, los odio tanto como puede odiar un corazón vivo.

Su padre, empezó a decirme Elif, era el imán del pueblo. El padre de éste había sido el imán del pueblo, y antes de aquél el padre del padre de su padre había sido el imán del pueblo. Una gran tradición espiritual gobernaba el linaje, y cuando ella nació mujer, el corazón de su padre enfermó. Estuvo un mes encerrado en la mezquita, rogando perdón a Alá. «Soy un desdichado pecador, Elif», le decía a menudo cuando todavía era una niña. «¿Por qué, si no, me castigaría Dios con alguien como tú, una niña?» Nunca la abrazaba, nunca le daba un beso, ni cuando caía y se hacía sangre en las rodillas, ni cuando sufría, febril y enferma.

Y cuando nació su hermana, su padre, al oír los gritos de niña del bebé, se tumbó, cerró los ojos y tuvo un ictus en el suelo de la habitación donde se produjo el parto. De pura rabia. Una ambulancia lo recogió y pasó un mes, esta vez en el hospital, lamiéndose las heridas. A causa del ataque, su boca se congeló para siempre en un gesto severo y se retorció como una daga cuando hablaba con las chicas. Cosa que hacía pocas veces. Durante la cena comían en silencio, el único sonido era el chasquido de los labios del padre y la mano que apartaba la grasa de su bigote y su barba. Algunos días, la única vez que oía a su padre era cuando subía al minarete y convocaba a rezar a todo el mundo. No había muecín en el pueblo.

—Cuando era pequeña —dijo Elif, y se llenó los pulmones de humo—, miraba el minarete desde el jardín y escuchaba cantar a mi padre. Su voz era hermosa, profunda, estaba llena de amor. E imaginaba que no cantaba por Alá, sino por mí. Era una niña muy estúpida.

Nada de televisión, de radio, de libros que no fueran el Corán. Sólo un puñado de chicas eran juzgadas lo bastante decentes como para ser sus amigas. Los chicos estaban prohibidos. Hasta los dieciséis años su padre no la dejó viajar a la ciudad, e incluso entonces la acompañó para vigilarla.

—En dieciséis años no había salido de esta montaña. ¿Lo imaginas?

No. No podía.

—Me he convertido en una maestra de la represalia —continuó Elif—. Sé cómo conseguir exactamente lo que quiero.

¿Sus primeros vaqueros? Se hizo cortes durante todo un mes antes de que su padre cediera. Fue entonces cuando la llevó a Burgas. Fueron a una tienda de Levi's. Cómo los miraba la gente. Tenían la boca abierta. Elif con su colorido salwar, un pañuelo en su pequeña cabecita. En el vestuario, colgó el salwar de un clavo y lo observó como una serpiente observa su vieja muda. Miró los cortes de sus muslos, del interior de sus brazos, y se preguntó si realmente valía la pena. Luego se puso los vaqueros y detestó lo ceñidos y ásperos que eran. Y le encantó lo ceñidos que eran, era como si le dieran alas. Querido Dios, qué hermosa estaba en aquel espejo. Se sentía fuerte, invencible. De acuerdo, viejo idiota, se dijo. Ahora te tengo. En la palma de mi mano, bajo el pulgar, donde quiero. Y cuando salió, su padre lo podía ver en sus ojos. Por primera vez había perdido una batalla, y entonces lo supo: la guerra de verdad sólo estaba empezando.

Ahí me eché a reír. Me golpeé en las rodillas. Me doblé. Nada de lo que me contaba Elif era remotamente divertido. Y aun así lo era, incomprensible, surrealista, tan lejano a mi propia experiencia que no tenía otra manera de reaccionar que a través de la risa.

—Gilipollas —espetó—. Me alegra que te divierta mi desgracia.

Pero por la forma en que me miraba sabía que le gustaba. La había sorprendido con mi risa.

—Tengo mil chistes más como ése —dijo—. A ver si pillas éste.

Su padre había planeado casarla después del instituto. Le había encontrado un marido. El chaval, un buen muchacho, era de un pueblo dos colinas al este. Pero el día en que recogió el diploma —tres años atrás, a principios de mayo, justo antes de que su hermana empezara a arder con la fiebre del santo—, Elif fue a la mezquita. Su padre estaba en su pequeña habitación, preparándose para decir el *adhan*. «Padre —le dijo—, me voy a Burgas.» Se matricularía en la universidad y en otoño sería alumna allí. Encontraría una compañera de piso, alquilaría una habitación y conseguiría un trabajo. No le pediría dinero. Pero se iba, daba igual lo que él dijera.

Su padre pasó de largo, como si ella no hubiera hablado. Salió a rezar y gritó a pleno pulmón para que todo el mundo se enterase de lo grande que era Alá. De acuerdo, entonces, se dijo Elif, Alá es grande. Y durante seis días no se llevó un trozo de comida a los labios. Bebía agua sólo una vez al día. Su madre no dejaba de llorar. «¿Por qué haces esto?», preguntaba. Elif respondía: «Dejaré que la tierra me coma antes de dar un mordisco». El quinto día de lucha de Elif, Aysha empezó a arder con fiebre cristiana. En su habitación, Elif cayó de rodillas. Gracias, Alá, dijo, avergonzada de que su hermana pequeña también tuviera que sufrir por ella. Agradecida de que el Misericordioso hubiera tomado partido por ello en la guerra.

Era más presión de la que su padre podía soportar. Al final alcanzaron un acuerdo. Podía estudiar en Burgas, pero no vivir allí.

—Y así —continuó Elif—, cada mañana cojo el bus hasta el pueblo y hago sesenta kilómetros. Dos horas en un día bueno. Cada tarde, cuando termino las clases, corro hasta la estación y cojo el autobús de regreso. Cuatro horas de mi vida, cada día, desperdiciadas.

Elif, Elif, decían sus amigos al principio. Ven a ver una película con nosotros. Ven a una fiesta. Camina con nosotros junto al mar. Pero ella les

decía: No, no puedo. Su madre estaba enferma, necesitaba que estuviera en casa. Pobre Elif, decían sus amigos. Y un día dejaron de preguntar.

—¿Y nadie sabe dónde vives? ¿Que eres musulmana?

Ella negó con la cabeza.

—¿Ni siquiera tu novio?

Ella cerró los ojos, se echó hacia atrás.

—¿Qué novio, *amerikanche*? —dijo—. Y ahora Aysha está enferma otra vez y tengo mucho que estudiar. Tengo exámenes, y si suspendo... Todo para nada. Y en realidad ya nada importa mucho.

Cambié de posición.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —pregunté. Quizá por el humo mi acento se había vuelto más suave. O quizá no me preocupaba—. Si nunca se lo has contado a nadie, ¿por qué me lo dices a mí?

—Tú no estabas aquí hace dos días —dijo—; no estarás aquí mañana. Nuestras vidas no están conectadas, ni lo estarán nunca. ¿Qué importa?

Era cierto, ¿qué importaba? Al día siguiente yo no estaría allí. Ese momento ya estaba escurriéndose entre nuestros dedos, como las cuatro horas perdidas en el autobús. Al día siguiente estaría en otro sitio, mientras Elif seguiría allí, librando una pequeña batalla tras otra. Ganaría algunas, perdería otras, pero al final se quedaría, encadenada a su padre, a Klisura, a la montaña. He luchado bastante, diría un día. Cansada, se casaría con ese chico prometido y le daría hijos. Envejecería y vería cómo se dispersaban, y a través de sus hijos ella fingiría conocer el sabor de la libertad. Sólo su corazón conservaría la amarga verdad.

—Piensan que me conocen —dijo, y su voz se hundió, ronca y grave por el humo—. Mi padre. Mi madre. Toda Klisura. Pero no saben lo que he preparado. El pequeño plan que tengo. —Se acercó y susurró, con los ojos rojos y húmedos, las pupilas tan grandes como los nidos de las cigüeñas—. El día en que me den el título universitario será el día que desaparezca. Como el

humo en el aire, como las llamas en el viento. Desapareceré sin dejar rastro. Sin una nota, sin una palabra de despedida.

Su voz, el hedor de su aliento, la enormidad de sus pupilas negras me asustaron. Y quizá por miedo le pregunté:

—¿Y no crees que eso es cruel?

—Cruel —dijo—. ¿Qué sabes tú de la crueldad? Con tus bolsillos llenos de oro, cruzando el océano en menos tiempo del que a mí me cuesta ir a clase. Cruel —repitió, y luego quedó en silencio. Su piel se había vuelto del color del heno podrido y me di cuenta de que se había terminado todo el porro, mucho más de lo que había pensado o deseado fumar—. Te diré lo que es cruel —continuó—. Mi hermana hace que la quiera, y luego cuelga de mi cuello como una piedra. Es el ancla que no me deja navegar. Cada noche rezo a Dios. Le digo: Alá, mi hermana es la cuerda que me ahoga, así que afila mi cuchillo y deja que me suelte. Alá, me has llenado el corazón de odio: odio a mi padre y a este pueblo, me odio a mí misma. Haz que odie también a mi hermana. Haz que la desprecie. ¿Por qué debería importarme que me necesite? ¿Por qué debe importarme que sufra cuando me voy? Y cada mañana la quiero más, y me odio más por el dolor que estoy a punto de causarle. Dios mío —dijo, y se llevó las manos a la cara. Sus hombros se agitaron, esta vez por la risa—. Tienes razón al reírte. Soy un desastre. Una jorobada con dientes sedientos de sangre cristiana. Huye, chaval, o te roeré los huesos. Te comeré el corazón. Corre mientras puedas.

Quería decirle que estaba equivocada, que a veces los problemas de la vida tenían una manera casi milagrosa de resolverse si soportábamos el sufrimiento un poco más. O eso había oído. Pero luego pensé en mi propia soledad, mi depresión, mis deudas financieras. ¿No era por eso por lo que había vuelto? Para vender mis tierras y resolver mis problemas. ¿O sólo había huido?

—Cuando era muy pequeña —prosiguió—, mi abuela, que en paz descansa, me enseñó un truco para luchar con los demonios. Toda su vida mi

abuelo la había tenido en su poder. Me dijo: «Una mujer es como una mula, *kazam*. Tiene que aprender a llevar el peso del amo y luego su látigo. Pero a veces, cariño, el látigo abre surcos en tu corazón. Y en esos surcos, el Shaytan pone sus huevos malignos. Cuando por la noche una mujer está en la cama y sueña con cuchillos de carnicero, con cortar el cuello de su marido como el cuello de un macho cabrío, de extremo a extremo, lo que oye son los huevos del Shaytan eclosionando. He hecho un agujero, *kazam*, detrás de la casa. Cuando un huevo está a punto de eclosionar, me inclino en el agujero y escupo dentro. Cada mujer necesita un agujero en el que poner sus huevos malignos».

Elif me miraba con una sonrisa triste.

—¿Quieres ver el agujero que hice?

Antes de que pudiera responder ya estaba hurgando entre la paja, los palos, los mechones de pelo blanco que había visto en el nido. Sacó un hatillo de paño, negro, con un solo hilo rojo que zigzagueaba a través del tejido.

—Durante muchos años, los búlgaros de la orilla cristiana y los *nestinari* no se mezclaron. Tan grande era el miedo de los campesinos a los danzantes del fuego que no les dejaban enterrar en el cementerio del pueblo los cráneos que habían traído. Eso es lo que la bruja me explicó, en todo caso. Los campesinos dijeron: «Enterradlos en el agua, enterradlos en las nubes, no nos importa. Pero no junto a nuestra gente». Y así los *nestinari* enterraron a sus muertos en el aire.

Suavemente, puso el hatillo entre los dos sobre la paja, suavemente extendió el paño.

—Éste es el agujero en el que susurro —dijo—, mi *kazam*, mi amor.

Dentro del paño había un cráneo humano. Perfectamente conservado, salvo por unos pocos dientes en un lado, que brillaban como perlas.

—Los enterraron en este nogal, en estos nidos. He encontrado desperdigadas al menos cien calaveras, algunas envueltas en paños, otras no. Las cigüeñas no las tocan. Ponen los huevos junto a ellas, y las crías nacen

junto a los cráneos. Y cuando era niña, después de discutir con mi padre, subía aquí arriba, y cogía a mi amor, y lo llevaba a mis labios así. Y susurraba en su ojo hueco las penas que me devoraban. Y él se volvía pesado con mis demonios, y yo me volvía ligera. —Sostenía el cráneo y lo observaba con una ternura que no había visto antes en ella—. Mi *kazam*, mi amor. Las cosas que han oído estos ojos.

Y lo dejó suavemente sobre la tela, lo envolvió y lo ocultó en la paja.

Nos sentamos en silencio después. El corazón me latía con fuerza, pero poco a poco se calmó. Elif sólo habló una vez:

—Te agradezco lo que hiciste ayer. Tu abuelo es un buen hombre. En otros tiempos fue maestro en Klisura. Pero ésa no es la razón por la que mi madre confía en él. En la época, o eso nos dijo la bruja, tu abuelo era el *vekilin* de los danzantes del fuego. Lo eligieron ellos mismos.

Luego quedó en silencio. Una lluvia tibia y ligera empezó a caer y dejé que me lavara la cara y escuché su suave susurro. Pensé en mi abuelo, líder de los *nestinari*, y me pregunté por qué nunca me había hablado de eso. Pero, por otro lado, nunca había hablado de su vida en Klisura. Las ramas que había por encima de nosotros brillaron; el sol quemaba en el cielo. Me volví hacia Elif y la observé, con los ojos cerrados, el pelo, la cara, el cuerpo temblando con gotas de lluvia como ascuas brillantes. Y santa Elena, recordé que decía, como una lluvia ligera que seguía detrás.

Saliendo del pueblo, dando codazos a las ramas y a la hierba, Elif se detuvo y me miró.

—Podías elegir cualquier lugar del mundo —dijo—, y has venido a Klisura.

Yo no quería hablar de mis planes de vender las ocho hectáreas. No contesté nada.

—¿Qué buscas aquí? —preguntó, y seguí callado.

Pero a partir de entonces, si me lo volvía a preguntar, sabría qué responder.

Segunda parte

Uno

Era 1866. Y en Klisura, en la festividad de San Constantino, nació un niño. Como era tradición, lo llamaron Kosta, por el santo. Cuando Kosta cumplió doce años, la primera oleada del éxodo se extendió por Tracia oriental y a través de las montañas de Strandja. Rusia estaba invadiendo el Imperio otomano. A fin de liberar espacio para los incontables refugiados turcos que llegaban del norte, el ejército otomano ahogó en sangre pueblos cristianos enteros. Huyeron cientos de miles de personas; también lo hizo Kosta. Acabó en Sofía, donde con el tiempo empezó a estudiar en la Universidad Militar.

Cuando Serbia atacó en 1885, Kosta, que entonces era un joven cadete, interrumpió su educación y se unió al ejército búlgaro. Luchó en Slivnitsa, la batalla decisiva. Ahí fue herido en el pie, lo que le provocó una torpe cojera de la que nunca se recuperó. Ahí vio que el invasor era detenido y rechazado.

Durante quince años, después de licenciarse en la universidad, Kosta sirvió como oficial en el ejército. Alcanzó el grado de capitán; sus soldados lo temían y respetaban en igual medida. «Su sangre está llena de pólvora de Slivnitsa —decían—. No le acerques una cerilla y todo irá bien.» Pero en 1903, a pesar de su carrera prometedor, el capitán Kosta se licenció y volvió a Strandja. Se había unido a un grupo de rebeldes que planeaban un levantamiento masivo. Pronto, esperaban, Macedonia y Tracia oriental formarían parte de una Bulgaria nueva, grande, libre. Kosta no pedía una posición de liderazgo por su rango militar. Seguía órdenes humildemente, sin hablar mucho.

El capitán pasó la primavera de 1903 entrenando a los campesinos de

Strandja. Les enseñó a combatir en formación, a combatir cuerpo a cuerpo, a disparar los viejos rifles rusos. A un grupo, se le oyó decir, le confiaría la vida. Junto a otro estaría orgulloso de entrar en batalla. Al tercero no le pediría ni que preparase sus gachas de la cena, que atara los cordones de sus zapatos, que lo despiojara.

El 19 de agosto de 1903, el día de la Transfiguración de Cristo, las montañas de Strandja se alzaron en armas. Durante días, el humo de la batalla cubrió el sol, y cuando al final el viento lo alejó, como el velo de la cara de un *hanama*, Strandja era libre.

Hace dos mil años, en lo alto de una montaña, Cristo había hablado con Moisés y Elías. En lo alto de una montaña lo humano había encontrado lo divino. Cristo se había transfigurado y ahora lo había hecho Strandja. Eso es lo que les decía el capitán Kosta a los campesinos en su Klisura natal, desde lo alto de un barril de pólvora, con las cananas cruzándole el pecho, dos pistolas al cinto y un sable en la mano. Y su bigote como fuego que salía del hocico de un dragón. «A partir de hoy —gritó—, hasta que nos unamos a Bulgaria, Strandja es su propia república.»

Durante veinte días, la República de Strandja existió en libertad. Pero ¿qué es una república sin un símbolo de su libertad? Y así, el capitán Kosta decidió construir una escuela. «Tan grande como las de Tesalónica y Edirne. De tres pisos. Y con una cruz en el tejado. Como una iglesia. No, tres cruces, como un monasterio.»

Durante quince días y quince noches, los lugareños de Klisura construyeron, con la ayuda de los habitantes de los pueblos cercanos, tanto griegos como búlgaros. Durante quince días saborearon la libertad. En vano, los rebeldes del capitán Kosta buscaron ayuda en las colinas del norte. En vano esperaron refuerzos de otras regiones tracias. «Que construyan —decía el capitán a sus hombres—. Más sudor en sus frentes, menos tiempo para pensar, menos tiempo para temer.»

El día quince el techo estaba cubierto, las cruces estaban puestas. Y

aunque bajo cualquier criterio el edificio era primitivo, incluso lamentable, a los ojos de los habitantes de Klisura rivalizaba con el palacio del sultán en Estambul. «¿Cómo la llamaremos?», preguntó alguien. «¿En serio lo preguntas?», respondió otro.

La primera escuela de Klisura, San Constantino y Santa Elena, permaneció siete días en pie. Hasta que el ejército otomano la redujo a cenizas.

Encontré las páginas todavía empapadas de lluvia, esparcidas por el suelo en torno al escritorio de mi abuelo. Las saqué de cada cajón, donde estaban bien apretadas entre las cubiertas de carpetas deterioradas pero cuidadosamente etiquetadas: *Historia del Antiguo Egipto. El viejo mundo. El primer Imperio búlgaro. Cuarto y quinto curso. Undécimo curso.* La tinta se borraba, las páginas se volvían amarillas, y el rojo del bolígrafo de mi abuelo era como sangre seca sobre las palabras que sus alumnos habían escrito un cuarto de siglo antes. Esos viejos exámenes eran el papel aprovechado en cuyo dorso escribía.

Para mí. Para sí mismo. Para nadie en particular. Para todos nosotros a la vez. El día posterior al episodio de su pesadilla recogí los papeles y los extendí en el patio para que se secasen. Miró cómo ponía piedrecitas para que no se los llevara el viento, sin ofrecerme una explicación. Esa noche, en mi cuarto, leí.

Guerra. Lucha. Libertad y muerte. Mi abuelo estaba escribiendo sobre las montañas de Strandja. Mapas dibujados a mano. Cifras meticulosamente calculadas. Tantos pueblos reducidos a cenizas. Tantos muertos, tantos exiliados. Pero en mi mente la imagen ardía con demasiada intensidad, y me habría dejado entumecido y ciego de no haber sido por la historia de un solo hombre. La encontré goteando en los márgenes, igual que el agua fría fluye más despacio bajo un arroyo turbulento e hirviente.

Decían que su padre, también un poderoso rebelde, lo había casado con Strandja. Había cortado la palma de la mano del chico y el chico la había

metido en la montaña para que su sangre echara raíces en ella.

Decían que nunca había hablado con una mujer y nunca lo haría. Strandja era su mujer. Daría su vida para liberarla de los turcos. Dicen que su padre le había enseñado la vieja lengua, la lengua de los pájaros. Cuando silbaba, de su sombra nacían alas. La sombra de un pájaro, un elohim. Y la Montaña, decían, respondería.

—Era el capitán Kosta —me dijo mi abuelo en la terraza.

Las palabras salieron de sus labios con esfuerzo, como si cada una le produjera un dolor físico. Y, sin embargo, yo tenía la sensación de que, a pesar del dolor, disfrutaba la oportunidad de compartir a un hombre de quien había pensado que nunca abandonaría la página.

—Se parecía a Nietzsche —dijo el abuelo—. O eso escribió uno de sus *chetniks* de su hosca disposición, de su bigote abundante y curvo. O quizá ningún *chetnik* escribió jamás algo así. Quizá eso es sólo como yo lo veo.

Y así era como yo lo veía también. Aquel capitán que por alguna razón había cautivado la mente de mi abuelo. Por la noche pensaba en ellos: en Kosta, volviendo a Strandja después de muchos años para liberarla, y en mi abuelo, regresando a Klisura por razones desconocidas. Cuanto más lo pensaba, mareado por el *jet lag*, más cerca estaban en mi cabeza las imágenes de los dos. Y al final no estaba seguro de dónde terminaba el capitán y dónde empezaba mi abuelo.

Desde una colina, el capitán Kosta observaba cómo ardía el colegio. Su escuadrón rebelde había sido destruido, al igual que todos los demás de Strandja. Y ahora los campesinos cristianos debían afrontar la ira de los turcos.

Ese mismo día, los ancianos de Klisura se habían inclinado ante el pachá turco que había llevado a sus tropas al pueblo.

—*Pasha efendi* —habían rogado a los pies de su semental—, aquí en estos fardos están las joyas de nuestras mujeres. Llévate el oro, pero no quemes

nuestras casas.

El pachá cogió los fardos, luego ordenó a sus soldados que encendieran sus antorchas.

—*Pasha efendi* —suplicaron los ancianos—, éstos son los vestidos de nuestras abuelas. Tómalos, pero no quemes nuestras casas.

El pachá agarró los vestidos, luego ordenó a sus soldados que encendieran sus antorchas.

—*Pasha efendi* —dijo uno de los habitantes de Klisura, un anciano, alto y enjuto—, éste es el icono de nuestro santo. Sus manos están hechas de plata, córtalas y llévatelas. Sus pies, para que pueda caminar sobre el fuego, están hechos de oro. Córtalos, *efendi*. Quita el oro. Quema nuestras casas si quieres. Pero respeta nuestra escuela.

El pachá cogió el icono, tomó una antorcha y con sus propias manos prendió fuego a la escuela. Echó el icono a las llamas.

—Idiotas —espetó a los campesinos—. No podéis sobornarme con lo que ya es mío.

Eran esos incendios los que el capitán Kosta observaba desde las colinas. Durante años cojeó por Tracia oriental, intentando en vano provocar nuevos levantamientos. Sólo la muerte fue amable con él. El capitán Kosta murió derrotado, solo, en total pobreza, dos meses antes del comienzo de la guerra de los Balcanes. La muerte misericordiosa lo salvó. No volvería a ver la destrucción absoluta de Strandja y de Tracia oriental.

Páginas y páginas, cadenas de palabras. Historias de exilio y de muerte. Búlgaros, griegos, armenios y turcos. La región de Strandja ardía una y otra vez, era reducida a carbón, a cenizas. Y luego se alzaba, una y otra vez, Strandja se convertía ella misma en una danzante del fuego, en una *nestinarka*.

Cinco veces la gente de Klisura reconstruyó la escuela. Cinco veces ardió por completo. Era un montón de cenizas lo que el abuelo había encontrado en su lugar, cuando llegó por primera vez, él mismo un exiliado. Reconstruyó la

escuela casi totalmente solo: el piso de abajo para los alumnos, el segundo para él.

A esa escuela se había trasladado tres años antes. Era en esa escuela donde vivía.

Dos

Las tablas reales son un juego de azar. Tiras el dado y rezas a la Fortuna. Es decir, si eres idiota. Si eres listo, las tablas reales son un juego de probabilidades, de cálculos y patrones. Un juego de visión. Sólo el hombre sabio conoce la verdad: como la vida, las tablas reales son un juego de azar; como la vida, son un juego de habilidad.

O de eso me intentaba convencer mi abuelo. Cada noche, después de cenar, nos sentábamos en la terraza y desplegábamos la tabla. Dos dados de color hueso y quince fichas. Mueve todas tus fichas por la tabla y quédatelas. Si las liberas más deprisa que tu oponente, te ríes en su cara, victorioso. ¿Ves, viejo? ¿Quién es el bobo ahora?

Yo. En cada partida que jugamos.

El día siguiente a su episodio nocturno, mi abuelo estaba lento, visiblemente cansado. Pero estaba más fuerte al día siguiente, y a partir de entonces, fuerte como un toro. No, todavía más fuerte. Al menos eso decía. Incapaz de llamar a mis padres por teléfono, les escribí una carta. Les expliqué que en general el abuelo parecía estar en buenas condiciones, pero que estaba viejo y a veces se le notaba la edad.

En la terraza, le pregunté si esos episodios eran frecuentes.

—¿Ahora resulta que eres doctor? —dijo, y el tema quedó zanjado.

Tengo que descubrir la razón de su regreso a Klisura, escribí en mi carta, pero no escribí que la razón por la que retrasaba la pregunta era la vergüenza. Para mi sorpresa, mi abuelo tampoco me preguntó nada. ¿Por qué había vuelto? ¿Qué quería de él? El dado sonó contra la tabla, el viento silbó a

través de las planchas de la casa, y el silencio que nos rodeaba se volvió tan opresivo que quedé totalmente convencido: aquel anciano ocultaba algo.

Incluso la historia del capitán Kosta, que me contó cuando el silencio se volvió demasiado pesado, pronto empezó a parecer una distracción. ¿O acaso utilizaba la historia para contarme las cosas sin enfrentarse a ellas directamente? Me estaba agotando de tanto darle vueltas. *Parece culpable*, escribí a mis padres. *No me mira a los ojos y sus dedos golpean sospechosamente la mesa.*

Unas semanas más tarde fuimos al Café Pasha, donde mi abuelo jugaba a las tablas reales con el dueño. Ganaba alguna partida, perdía otras, discutía y se ponía hosco. Siempre de broma, insistía, pero yo no siempre estaba seguro. Permanecía tras él cuando los ancianos rodeaban la mesa como buitres alrededor de carroña de búfalo, tiraban de sus bigotes, se mesaban las barbas, discutían y se enfadaban, siempre de broma.

Una de esas tardes, Elif vino al café, volvía a casa desde la universidad. Una mochila militar de color verde botaba sobre su espalda, llena de libros de texto, supuse. Echó una mirada cautelosa a la mesa, pero cuando la saludé con un gesto, apartó la vista apresuradamente y aceleré el paso por la calle. Pensaba a menudo en ella, sobre todo por la noche, cuando tenía demasiado *jet lag* para dormir o al leer los papeles de mi abuelo. Cinco veces al día, el padre de Elif cantaba desde el minarete —su voz era tan plena y profunda que llegaba mucho más allá del barrio musulmán— y yo me preguntaba: ¿cómo un hombre que canta tan bien puede estar tan lleno de maldad?

Algunas veces, entre las partidas en nuestra terraza, preguntaba a mi abuelo por los danzantes del fuego. Pero en cada una de esas ocasiones él movía la mano. «No me molestes con esos idiotas enloquecidos», decía. Le pregunté por su juventud en Klisura, por la escuela.

—¿Qué quieres que te cuente? Abandoné el Partido y el Partido me aplastó. Vine en primavera, dispuesto a enseñar, y encontré un montón de carbón en lugar de la escuela. Vamos a construirla, les dije a los campesinos,

y ellos empezaron a santiguarse como si hubiera llegado el Diablo para arrancarles los dientes. Cada vez que reconstruimos la escuela, me dijeron, viene alguien y la quema. Me contaban historias del capitán Kosta, que había levantado la primera escuela de Klisura para verla reducida a cenizas poco después. Así que por la mañana daba clases a los críos en un huerto de cerezos a las afueras del pueblo y durante el resto del día, y a veces de la noche, construía, a la luz de una lámpara de gas. Me ayudaba el sacerdote. Y el tonto del pueblo. Vassilko. Un buen chico. La terraza fue idea suya, alta y voladiza, para que cuando pasara una chica pudiéramos mirarla sin ser vistos. Al final se hizo la escuela, pero ni siquiera entonces los padres dejaban entrar a sus hijos. Durante un mes entero les rogué, idiotas supersticiosos. ¿Cómo podía imaginar que tenían razón?

—¿En qué sentido tenían razón? —pregunté, pero mi abuelo hizo una señal con la mano. Otro tema cerrado.

La quinta tarde de mi estancia, tras perder una partida de tablas reales —esa derrota particularmente humillante en la que no logras liberar ni una ficha—, cogí el dado.

—Vamos a jugar a un juego americano —dije. Tiró un dado y yo otro—. El valor más alto gana. El perdedor elige: verdad o atrevimiento.

Tiré y salió cuatro. Mi abuelo sacó seis.

—Hay una jarra de agua de lluvia junto al pozo —dijo—. Bébetela.

Le dije que era una idiotez. No había llovido en tres días.

—Has propuesto un juego —repuso—. Estoy jugando.

Rio después de que yo hubiera tragado el barro tibio.

—¿Te estás muriendo? —le pregunté en cuanto gané la tirada. Era la pregunta cuya respuesta más temía. ¿Le habían diagnosticado una enfermedad mortal?

—Virilidad excepcional —contestó. Se la habían diagnosticado mucho antes, y en unas cuantas ocasiones había resultado fatídica.

—¿Todos tus chistes tienen que ser sexuales?

Se encogió de hombros. Podía hacer chistes sobre la muerte si yo lo prefería. Uno buenísimo: todos sus amigos de su edad estaban muertos. Pero no, no se estaba muriendo de una enfermedad letal.

—Entonces, ¿por qué desapareciste así? ¿Por qué vendiste el apartamento un día y desapareciste al siguiente?

Movió el dedo hacia el dado. Yo no había ganado mi tirada. Tiramós. Le tocaba preguntar a él.

—¿Por qué has vuelto? Y escucha: quiero una respuesta sincera.

Lentamente, la noche se levantaba del suelo. Subía por las colinas de Strandja, oscuras en sus faldas y más brillantes por encima, donde el cielo era todavía azulado. Un viento tibio de Turquía cargaba el olor de la hierba en flor y me hizo estornudar.

—Estaba preocupado por ti —dije.

Había empezado a ralentizar mi discurso. Como la electricidad, las palabras correctas zumbaban en mi lengua, pero en inglés. En frases sin gracia y entrecortadas, le hablé de mis fallidos estudios en Estados Unidos, de mi beca perdida y de mis enormes préstamos de estudiante. De que deseaba reponerme, pagar lo que me faltaba y terminar la tesis.

Me observó sin pestañear, un trozo de roca en la penumbra. Yo no estaba seguro de que respirase. Hasta que levantó la mano.

—Has vuelto para vender tus tierras.

Le ofrecí una tímida sonrisa. Había acertado. El premio era suyo.

—¿Qué premio? —Parecía asqueado—. ¡Qué descaró! ¡Bromear!

Sacó un cigarrillo, se acercó la lámpara de gas a la cara y lo encendió. La llama lo cubrió de un brillo escarlata y, cuando levantó la cabeza, sus ojos brillaron rojos.

—¿Cuánto debes?

Le di una cifra *ballpark*.

—¿*Ballpark*? —preguntó.

Aproximada: una expresión estadounidense. En el béisbol...

—La traducción no se entiende —me cortó.

Y tampoco se entendía la idea: que su único nieto, su carne y su sangre, fuera tan arrogante, tan impúdico, tan descarado como para considerar... ¿Sabía lo que había tenido que hacer mi bisabuelo para conseguir esas tierras? ¿La sangre que había derramado? El sudor, las lágrimas... Despotricó ferozmente en ese tono. Hasta que levanté la mano.

—Ya no tenemos esas tierras, ¿verdad?

Era su turno de sonreírme.

—El premio es tuyo.

Agarré el borde de la mesa. Las ocho hectáreas eran mi premio.

—Bueno, pues ya no están. Ni la parte de tu padre. Ni la mía. Lo he vendido todo.

Me quedé sin palabras un buen rato. A nuestro lado, en la pared, las sombras bailaban, enormes, monstruosas, desfiguradas. Me sentí débil y mareado; un sabor fuerte y repugnante subió por mi esófago y me cubrió el paladar. No, no era de la sopa lodosa que había bebido. Era el sabor de la traición de mi abuelo, la amargura de los préstamos bancarios que ahora sabía que sería incapaz de devolver. Lo absurdo de mi plan me pareció por primera vez evidente y me enfurecí, no sólo con mi abuelo por vender nuestras tierras, sino también conmigo mismo. Por buscar un apaño fácil y deshonesto, por permitirme caer en esa posición en primer lugar: sin dinero y con deudas, cruzando el océano en busca de algo que ni siquiera estaba allí. Densa y pegajosa, la noche se derramó a nuestro alrededor y llenó mis pulmones como agua pantanosa en cada nueva respiración.

—¿Dónde está ahora el dinero? —dije por fin.

—Me lo gasté todo.

—¿Qué compraste?

—Esta casa.

—¿La escuela del pueblo? ¡Es una mierda!

—La casa que hay al otro lado de la carretera.

—Es todavía peor. ¿Qué más?

—La casa que hay al lado y la casa al lado de esa otra...

Movió su mano grande por la oscuridad, como un jefe indio que señalara sus praderas ante el hombre blanco.

—Entonces, ¿compraste Klisura? —dije. Pero él no estaba de broma.

—Sólo la parte cristiana. Y si eres amable conmigo, hijo mío, y juegas bien con el dado y las fichas, un día este reino será tuyo.

—Pero ¿por qué?

Durante un rato se esforzó en coger una ficha blanca del tablero. La ficha bailaba en sus dedos y la colocó sola en un extremo.

—¿Cómo se llaman? —preguntó.

Blots. El *blot* no tenía protección y en cualquier momento tu oponente podía comerla con su propia ficha.

—¿Y cómo proteges un *blot*?

Aunque ya no tenía ganas de juegos, cogí otra ficha blanca y cubrí la primera.

—Haces un punto en cuanto puedes. Una ficha protege a la otra. Las dos están seguras.

—¿Haces un punto? —repitió—. En cuanto puedes. ¿Y cómo detienes a tu oponente?

—Con un bloqueo.

Haces seis puntos consecutivos ante las fichas de tu oponente e impides que te adelante.

—¿Y cuál es el objetivo final?

Devolver tus fichas tranquilamente a casa. Hacer tiradas favorables. Sacarlas a todas.

—Sacarlas a todas —dijo—. Entonces. Donde ves una casa, esta casa, yo veo un *blot*. Una ficha sin proteger. Y el rival puede golpearla en cualquier momento. Así que para protegerla busqué otra ficha. Y luego dos más, seis más. Hago un bloqueo. Y ahora mi rival ya no me puede ganar.

Repliqué que no le estaba siguiendo.

—Hijo mío —dijo—, Klisura se ha transformado en un tablero de tablas reales. La aldea cristiana es el cuadrante interior. La musulmana es el exterior. El río que las divide es la barra. Yo quiero salvar mis fichas, y mi oponente se las quiere llevar.

Vi cómo fumaba el cigarrillo hasta que no quedaba nada. Estaba enfadado con él y conmigo mismo, y de repente esa ira me cayó encima, horriblemente agotadora. El viento había cambiado de dirección y soplaba frío en la terraza. Hacía tanto frío que me subí la cremallera de la chaqueta.

—¿Y quién es tu rival? —le pregunté para complacerlo un poco más. Me ofreció una sonrisa astuta. Luego hizo una señal con la mano.

Tres

Lo primero que me llamó la atención del padre de Elif no fueron los ojos, negros y cálidos, uno bien abierto y el otro casi oculto bajo un pesado párpado; ni la barba, corta, encanecida, hambrienta por consumir el rostro desde los pómulos hasta la garganta e incluso hacia abajo, en el interior de su jersey; ni el sombrero de ala plana ni el abrigo negro, suelto en los hombros estrechos, holgado en las mangas y atado alrededor de su cintura con un cordón negro; ni el olor a sudor y a tabaco cuando se acercó; ni el calor de su mano cuando estrechó la mía con firmeza; sino su voz. Al principio me pareció que no hablaba. Cantaba.

—La bellota se ha reunido con el roble —dijo, y cruzó sonriente nuestro umbral—. Que la paz sea contigo. Mírate, abuelo, un hombre feliz.

Era el día después de que mi abuelo y yo hubiéramos hablado de fichas y tableros. Estábamos tomando café en la terraza cuando, por el rugido de un motor, las golondrinas se alejaron, chillando mientras salían de los arbustos. Por la carretera, con el capó brillante como un escudo de guerra, un Lada azul avanzaba hacia nosotros; era el tipo de coche ruso que yo no había visto en muchos años. Detrás del volante había una niña pequeña, con la cabeza cubierta por un pañuelo. El Lada aparcó ante la puerta y como saludo la chica tocó el claxon. Salió y me di cuenta de que era Aysha, la hermana pequeña de Elif, y de que el hombre que la llevaba, y en cuyo regazo la había sentado, era su padre, el imán del pueblo.

—El viento anuncia problemas —comentó mi abuelo, y lo seguí por la escalera.

—Así que éste es el americano, ¿eh? —dijo el imán—. Lo parece. Su

cuello es más grueso, como el de un lobo.

Llevaba a Aysha en su brazo izquierdo, de modo que me ofreció el derecho.

—*How do you do?* —dijo—. Eso es todo lo que sé, todo lo que puedo decir. Como un loro. *How do you do, how do you do.*

Movió un poco a Aysha para que no se resbalara y ella se rio.

—Vamos —le dijo—. Saluda a nuestros amigos.

Pero ella no quería. Sus mejillas eran como manzanas rojas, tiró del pañuelo, hacia abajo y se lo puso delante de los ojos.

—Es tímida como un erizo —dijo el imán—. Si la tocas, se hace una bolita.

Fue entonces cuando vi las vendas en los pies de Aysha, verdes en los dedos y las suelas por el ungüento.

—Cosas del tercer mundo —explicó el imán cuando se percató de que estaba mirando—. Remedios de viejas. Corazoncillo. No como en América, con hospitales como serrallos. —Y dirigiéndose al anciano—: ¿Crees, abuelo, que tendrán corazoncillos al otro lado del océano? Perseguidor de diablos, llamamos a esa hierba. Hierba de San Juan. ¿No es así, abuelo?

Escuché atentamente a la espera de oír algo vil. Pero su canción era agradable, incluso cálida. Mi abuelo también parecía esperar oír algo malo, porque ni una vez extendió los labios en una sonrisa. Invitó a nuestros huéspedes bajo el emparrado, que no tenía brotes y colgaba como una malla seca y triste en el oxidado armazón. Preparé más café, y mi abuelo me llevó a la bodega para buscar entre las hojas de helecho en el suelo y coger algo de fruta para Aysha.

—¿Qué se dice? —le preguntó el imán, después de que yo le hubiera dado una manzana que seguía tan firme como el día en que la habían cogido.

—Gracias.

Asentí y me reuní con el abuelo en el banco. Observamos cómo se hundían los pequeños dientes de Aysha en la fruta jugosa y pensé que parecía

sana, tenía buen aspecto. El imán terminó el café dando unos pocos tragos bruscos y ruidosos. De su abrigo sacó una bolsa de cuero roja y un paquete de papel de fumar, del mismo tipo que el que había usado Elif en el nido de cigüeñas.

—Un hábito horrible —dijo—. Hace años, justo después de casarme, prometí a mi mujer que lo dejaría. Le hablé a un amigo de mi decisión. «Me costaría menos creer en un imán sin barba que en un imán que no fuma», me dijo él. Desde entonces, desde hace más de veinte años, me manda tabaco cada mes, con la regularidad del sol. Una bolsa de su mejor tabaco. «Cuando muera, miraré a Alá a los ojos. Canalla, dirá Alá, has pecado mucho. Has comido bien, has bebido demasiado bien y has andado por ahí con las mujeres de otros hombres. Dime una razón por la que no debería lanzarte al Yahannam. Y Le diré: Todopoderoso, durante más de veinte años, cada mes, con la regularidad del sol, he salvado el alma de un imán», eso me dice.

El imán rio.

—Es un buen hombre, mi amigo. Que Alá mantenga su corazón sencillo y su tabaco en camino.

Habló en turco con Aysha y ella extendió la palma de la mano. Él puso en ella un papelillo y lo llenó con tabaco de la bolsa. Una vez el imán hubo liado el cigarrillo y chupado el borde, Aysha cogió una caja de cerillas del abrigo y encendió una de ellas. Durante un buen rato miró la llama diminuta y la apagó de un soplido justo antes de que le quemara los dedos. Su padre la regañó. Ella se quitó las hebras de tabaco de la palma sudorosa y, cuando levantó los ojos hacia mí, reconocí la fiebre que había visto en su habitación de enferma.

Un olor denso atravesó la habitación. El humo salía de la boca del imán, y cuando aspiró por la nariz, sus fosas nasales temblaron. Nos miró como Elif me había mirado, como si quisiera calcular nuestro peso en gramos.

Mi abuelo se movió.

—Mehmed, ¿por qué has venido?

El imán apartó los ojos de mi abuelo y me miró. El párpado caído tembló; una curva más pronunciada contorsionó sus labios. A través del humo, su voz sonaba más grave, pero todavía era suave como un sonsonete.

—Vivió un hombre durante el gobierno de nuestro gran sultán Ahmed III, hace trescientos años. Se llamaba Manol, era hijo de un molinero, un cristiano devoto, un buen búlgaro, como vosotros dos. Manol estaba enamorado de una chica preciosa, pero dos semanas antes de la boda la chica desapareció. Esa noche en la taberna, uno de los turcos, el sobrino del aga, bebió demasiado raki y empezó a balbucir. Tenía sed, dijo, y la chica no había querido darle agua. La novia de Manol. Encontraron su cuerpo en las afueras del pueblo, en el fondo de un pozo. El aga prometió juzgar a su sobrino, pero al amanecer éste había desaparecido del *konak*; se rumoreaba que había huido a Estambul en un caballo blanco.

»Manol se puso un cuchillo al cinto y partió hacia las montañas. Se unió a un grupo de bandidos, se convirtió en un *kardjaliya*. Esperaban en los pasos, esos bandidos, atacaban las caravanas turcas, mataban a los mercaderes y les robaban sus riquezas. Por la noche asaltaban las aldeas turcas, las incendiaban, violaban a las mujeres; a ellas las dejaban viudas, y a sus hijos, huérfanos.

»El propio gran sultán envió una unidad de jenízaros para perseguir ese mal. Al alba, los bandidos estaban durmiendo en su guarida, agotados por el pillaje de la noche anterior. Acababan de quemar una pequeña aldea, habían cortado muchos cuellos, habían dejado atrás muchas viudas. Resacoso e incapaz de dormir, Manol había ido a un arroyo cercano y estaba tragando agua como un búfalo cuando oyó los primeros disparos y el ladrido de los perros. Corrió entre los arbustos, pero ¿cómo podía ser más rápido que los jenízaros y sus perros de San Huberto? Notaba el estómago pesado, la cabeza le daba vueltas, sus rodillas cedían. Se encontró fuera del bosque y por el camino de la montaña llegó hasta él un pequeño caballo, y junto al caballo un

sacerdote turco, un imán. Los perros ladraban, cada vez más cerca, y, sin pensarlo, Manol se lanzó sobre el imán, le rompió el cuello, lo desnudó, arrojó el cuerpo por un barranco y se puso el manto sagrado.

»En una nube de polvo aparecieron los primeros jenízaros y llamaron a los perros, que ya habían rodeado a Manol. “*As-Salamu Alaykum, hodja*”, lo saludaron, y él intentó alisarse la barba, que quizá era demasiado hirsuta para un imán. “¿Has visto bandidos huyendo por aquí?”, le preguntó uno de los jenízaros, y Manol le respondió en turco: “Si los hubiera visto, ¿acaso me habrían dejado vivir para contarlo?” “No te asustes, *hodja* —dijo el jenízaro—. A partir de hoy, la montaña respira libre de nuevo.”

»Y, de hecho, por el sendero Manol vio que llegaban los demás jenízaros, gigantes sobre sus caballos, y, atados por los tobillos, arrastrados desnudos sobre la tierra, reconoció a sus compañeros muertos. “Los llevaremos por todos los pueblos —dijo el jenízaro—, para que cada viuda les pueda escupir en la cara, para que cada huérfano pueda mear en sus huesos.”

»“Alá es grande”, dijo Manol, y, como se esperaba, escupió sobre el cadáver que arrastraban junto a él: el cuerpo de su amado capitán. Después, todo pensamiento lo abandonó. Los jenízaros desaparecieron; el sol brillaba como una herida en el cielo sin nubes. En un momento estaba en lo profundo del bosque; en el siguiente estaba de nuevo en el sendero. En un momento acariciaba al burro; al siguiente, el burro había desaparecido. Moría de sed, pero al llegar a un arroyo lo cruzó sin detenerse. Me mataré, decidió, pero siguió caminando.

»El sol se ponía cuando llegó a una aldea. Las mujeres se sentaban en el exterior de las ruinas de las casas humeantes y lo miraron pasar, con los ojos rojos e hinchados. Había mujeres alrededor del pozo del pueblo, llorando, llenando cubos de agua y vaciándolos en el suelo para refrescarlo un poco, para alejar el hedor de humo y de carne asada que permanecía en el aire.

»“Nuestras almas arden, *hodja* —gritaron cuando lo vieron—. Haz algo para que nuestros corazones no estallen de pena.”

»Las observó y pensó en las gargantas de sus maridos, que había rebanado la noche anterior. Observó el pozo y recordó que en otra vida los hombres del pueblo habían hecho bajar a un chico diminuto para que atase una cuerda a los tobillos de su novia y sacara su cuerpo.

»“Hermanas”, dijo a las mujeres, y quería confesarles que no era un imán. Pero, en vez de eso, las reunió a su alrededor, echó un cubo en el pozo y lo llenó de agua. Se lavó las manos, la boca, la nariz, los brazos, la cara, el pelo y las orejas. Se lavó los pies. Y sintió que la sangre y la muerte fluían lejos de él en un goteo lodoso. Luego, después de que cada mujer hubiera realizado la ablución, empezó a cantar. Lo que cantaba no lo comprendía. No se molestó en pensar por qué conocía los versos. Lo único que sabía era que Alá lo tenía en Su mano poderosa. Alá lo había arrojado a la oscuridad, lo había llevado por un camino empinado. Y todo lo ocurrido había tenido un propósito: que pudiera sacar agua de ese pozo, consolar a esas mujeres y cantar en nombre del Eterno, el Resucitador.

Durante mucho tiempo nos quedamos inmóviles. A lo lejos, la puerta de una casa en ruinas chocaba contra el marco y un perro ladraba en algún lugar de la aldea musulmana. El viento soplaba en la boca del pozo junto a nosotros y pensé que podía oír aullar a todos los pozos del pueblo.

—A partir de aquel día —prosiguió el imán—, Manol fue conocido como Mehmed Abdullá. Y él, Mehmed Abdullá, fue el primer imán de Klisura. Cuando se convirtió en polvo, su hijo se volvió imán y luego su hijo después de él. Durante trescientos años, los hijos de Mehmed Abdullá han convocado a los justos a rezar en las colinas de Strandja. Durante trescientos años, sus mujeres les han dado un hijo tras otro, un linaje sagrado. Es este linaje —dijo el imán, y alisó suavemente el pañuelo de Aysha— el que termina conmigo. Como deseaba el Siempre Atento, el Vigilante, glorioso sea Su nombre.

Había olvidado su cigarrillo y la brasa se había apagado. Con una mano temblorosa encendió una nueva cerilla y el olor más fuerte hizo que se le

humedecieran los ojos. Pero su sonrisa era serena.

—Cuánto recé a Alá —dijo—, cuando mi mujer estaba embarazada por primera vez, para que me mandara un hijo. Y lo hizo, el Misericordioso. Un hermoso niño. —Dio una calada y exhaló cuidadosamente lejos de Aysha—. El chico murió cuando todavía era un bebé.

Luego fumó, inmerso en sus pensamientos, y lo único que yo oía era el sonido de sus labios después de cada calada. Parecía que el recuerdo de Mehmed Abdullá había despertado otros recuerdos, unidos entre sí, y cuando volvió a hablar pensé que podía oír el ruido de los eslabones de la cadena, aunque sólo fuera un segundo.

—Esa oscuridad no se la deseo a mi peor enemigo. No te la deseo a ti, amigo americano. Alá, dije, débil, lleno de dudas, justo después de enterrar a mi hijo. ¿Por qué me hieres de este modo? Pero me incliné y adoré y pronto mi mujer estaba embarazada de nuevo. Mándame un hijo, Alá, recé. En vez de eso, me mandó una hija. Cómo la odié aquel día, cómo odié a mi mujer, a mí mismo, a mi Dios. ¿Por qué me hieres de este modo? Pero mi mujer no tardó en quedarse embarazada por tercera vez. Seguro, pensé, que el Todopoderoso tendrá piedad. Seguro, pensé, que no permitirá que el linaje de Mehmed Abdullá termine. Luego nació este pequeño erizo —dijo, y se inclinó hacia delante y besó la nuca de Aysha—. Y mi corazón se llenó de mil agujas. Y cuando descubrimos que mi mujer no podía tener más hijos, caí ante Alá, derrotado. Todopoderoso, Le dije, nunca sabré por qué me has herido así. Pero lo acepto. Esperas que odie a mis hijas, como cualquier padre haría en mi lugar, pero en vez de eso prometo amarlas. Y, porque las amo, sé que Tú intentarás hacerles daño. Y, por tanto, prometo educar a mis hijas de modo que sepan protegerse incluso después de que yo haya muerto. ¿Sabes, amigo americano —dijo en voz baja, y me miró de frente, y sin pestañear—, cómo adiestras a tu perra para que mate a los lobos? Empiezas pronto, cuando es un cachorro, y nunca sueltas el palo. La matas de hambre, incluso

cuando sus aullidos en la noche te clavan dagas en el cráneo. Nunca aflojas. Y cuando el lobo llega, ella le parte el cuello como si fuera una rama.

»Hace unos días —prosiguió, y apagó el cigarrillo en la pata de la silla, sin mirarme—, le dijiste a mi hija que una persona debería tener la libertad de elegir su propio camino en la vida. Hablaste con ella de derechos, libertad y libre albedrío. Por eso he venido a contarte la historia de Mehmed Abdullá, y luego la mía. Si quieres hablar con ella otra vez, me parece bien. Pero ten esto presente: por cada cosa que le digas a mi hija, le daré un golpe con el palo. Le pegaré y ella se volverá salvaje y al final te roerá la garganta. Y si habla contigo, emplearé el palo con esta pequeña sentada en mi regazo —dijo, y volvió a besar a Aysha, que sonrió y pestañeó con sus ojos febriles—. Y tú también, abuelo, mantente lejos de mi casa. Te lo había dicho antes, pero no te lo volveré a decir. Aleja tus maldiciones y tus santos, o mis pequeñas matadoras de lobos derramarán sus tripas por Strandja, de una colina a otra.

Y luego nos miró con una sonrisa y noté que mi garganta palpitaba mucho cuando se hubieron subido a su Lada y se alejaron. Durante mucho tiempo mi abuelo y yo estuvimos sentados en silencio bajo el emparrado. Las colinas se oscurecieron. Los tejados de nuestras casas desmoronadas ardían con el sol que se iba. Una y otra vez, mi abuelo daba vueltas a la taza de café en la mano. Una y otra vez se lamía los labios cortados. Al final habló:

—No creas una palabra de lo que ha dicho. De Manol, de los jenízaros, de su linaje sagrado. Basura. Todo. Y no creas que es culpa tuya si hace daño a sus hijas. Tampoco es de las chicas. Es culpa mía.

Y entonces, con un solo movimiento, tiró la taza al pozo y se rompió en mil pedazos.

Cuatro

Tres años antes, cuando la nieve había empezado a fundirse, el teléfono sonó una noche en el apartamento que el abuelo tenía en una pequeña ciudad.

—Camarada profesor —dijo la voz al otro lado—, sé algunas cosas que tú también deberías saber.

La voz pertenecía a un antiguo alumno, un «joven motivado, con energía», a quien mi abuelo había preparado para un examen universitario, sin aceptar que le pagara y por buena voluntad. Desde entonces, el estudiante había ganado dinero, había subido peldaños hasta obtener un puesto en Sofía, en el Ministerio de Medio Ambiente y Agua. Y ahora llamaba para pagar su deuda.

Ésta era la noticia: una compañía turca se preparaba para comprar tierra búlgara y construir una central eólica; unos aerogeneradores para obtener energía barata y verde. La tierra, en un área protegida —un parque natural— no estaba protegida en sí. Y se podía comprar por nada; esto es, si la agencia inmobiliaria que tenía los derechos no se enteraba de los planes de construcción.

—Ahora, camarada profesor —continuó el alumno—, ahí es donde tú entras en juego.

La tierra en cuestión era Klisura. Mientras examinaba el catastro, el alumno, para su gran sorpresa, había dado con el nombre del abuelo. Y, sin demorarse, lo había llamado. «Estamos reclutando, muy discretamente, a un puñado de hombres fiables.» Cada uno de ellos compraría una casa en Klisura: algunos como residencia de vacaciones, otros como lugar donde vivir los años de su retiro. No importaba que la demanda subiera los precios. Los tratos seguirían siendo gangas. Lo único que tenía que hacer mi abuelo

era firmar unos papeles. El dinero vendría de una vez, y en cuanto la casa estuviera a su nombre, con una rápida firma, mi abuelo la entregaría al constructor turco, o más bien a su representante búlgaro. Era fácil. No había riesgos. Y la recompensa era grande: por las molestias, mi abuelo recibiría...

—¿Por qué haces esto? —preguntó mi abuelo a su alumno.

—Camarada maestro, has hecho mucho por mí. Estoy eternamente agradecido. ¿Por qué dar dinero a un desconocido cuando puedo meterte dinero en el bolsillo?

Sí, eso era cierto, dijo mi abuelo. Y era amable por su parte.

—¿Puedo pensarlo?

—Dos días —respondió el alumno. Después buscaría en otro sitio. Pero confiaba en que mi abuelo no estropeará esa oportunidad dorada.

Esa noche, mi abuelo no durmió. Sus párpados cerrados eran pantallas de plata sobre las que veía Klisura: las casas de su juventud derribadas por el suelo y en su lugar los esqueletos de molinos que giraban. Pensó en todos los hombres y mujeres que había conocido, el alcalde del pueblo, el sacerdote, el idiota de Vassilko, y en sus tumbas cubiertas por una central eólica.

En una semana, mi abuelo había contactado con la agencia inmobiliaria de Strandja y había cerrado un intercambio que sólo un Vassilko podía imaginar. Casi cuarenta hectáreas de tierra árida de primera categoría de la llanura del Danubio —la tierra que yo quería vender y por la que había vuelto— por un puñado de casas ruinosas, piedras y zarzas en esas montañas dejadas de la mano de Dios.

Durante días su teléfono sonó sin que él respondiera.

—Te doy la mano amistosamente —ladró el alumno cuando al final mi abuelo lo cogió—, y como un perro muerdes hasta el codo. —Pero si mi abuelo pensaba que todo el beneficio sería suyo, se iba a llevar una sorpresa—. ¡Una firma, camarada profesor, no significa nada!

—Claro que sí —me dijo mi abuelo en la terraza—. Pero primero hay que tener a los abogados en línea.

Tiró los dados: cuatro y dos. Un punto. Habíamos acabado de cenar —un guiso de patatas que había cocinado en el fuego, con páprika y demasiada sal — y yo tragaba una jarra tras otra de agua.

Cinco meses después de comprar las casas de Klisura, la compañía turca empezó a construir el primer molino de viento.

—Tenía que presumir —dijo mi abuelo—. Ese estúpido arrogante. Me llamó una noche. Su ministerio había aprobado la construcción y no había nada que yo pudiera hacer para detenerlos. Así que le dije: una firma no significa nada.

Para pagar al abogado mi abuelo vendió su apartamento, hizo las maletas y se marchó a Klisura. ¿Y por qué no? No íbamos a llamarlo; no pensábamos visitarlo. ¿Por qué no podía disfrutar del aire fresco y de las vistas?

—No tienes vergüenza —le dije. ¿Cuántas veces le había pedido en los últimos diez años mi padre que viniera a vivir con nosotros a Estados Unidos?

—Tres. Y cuatro —leyó los dados y golpeó una de las fichas que no estaban protegidas—. ¿Y qué haría yo en Estados Unidos exactamente?

En Klisura mi abuelo armó «un buen pollo». Contactó con dos periódicos, tres emisoras de radio, un canal de televisión. Un anciano protegiendo un pueblo histórico, luchando contra los avariciosos políticos hasta la muerte. Era una historia atractiva. Además, tenía un abogado que le ayudaba a dejar las cosas claras: la tierra era suya, al margen de los permisos que hubiera emitido el gobierno. Y la apresurada construcción de lo que él denominaba «ese pedazo de basura fálico, la torre de Klisura» se detuvo inmediatamente.

—De acuerdo —dije. Saqué cinco y volví a meter la ficha capturada—. Si esa empresa turca está tan bien conectada, ¿por qué no construyen su central ahí en esa montaña? Cada aerogenerador sería un corte de mangas.

Mi abuelo negó con la cabeza. Esa colina formaba parte de un parque natural. Y lo mismo pasaba con la colina de al lado.

Entonces, ¿por qué no en otro pueblo? Sin duda habría otros en peores

condiciones que Klisura.

Se echó hacia atrás en su silla y encendió un cigarrillo. Las tibias ráfagas de viento recogían el humo y lo llevaban hacia la casa. *Klisura*, dijo con un guiño, como sin duda yo ya sabía, era «garganta» en búlgaro. Las colinas se extendían a ambos lados del pueblo y formaban un túnel a través del que soplaba una corriente; no feroz, pero sí constante.

—El sitio perfecto —dije.

—Un sitio perfecto —corrigió—. Me han dicho que hay aerogeneradores al otro lado de la frontera, desde aquí hasta el mar Blanco. Como Klisura, pueblos fantasma transformados en centrales eólicas.

Durante tres años, mi abuelo y el constructor búlgaro se habían enfrentado en los tribunales. La semana anterior, el día en que nos vimos en el autobús, mi abuelo había estado en la ciudad. Pero, una vez más, la audiencia se había aplazado, esta vez hasta otoño.

—Me hacen dar cabriolas como a un oso de circo. Cada vez que voy a los tribunales encuentran una nueva razón para posponer. Yo pago a mi abogado, pago las tasas. Luego la charada se repite. Me sacan hasta la última gota. Y ahora han empezado a venir aquí para apretarme las tuercas.

—¿El padre de Elif? —pregunté—. ¿Cómo está metido en esto?

Sin pensarlo mucho, los dos habíamos sacado las fichas. Iba a desarrollarse una curiosa batalla: quien sacara más con los dados ganaría. Sin estrategia o destreza. Pura suerte. Tiré una vez y saqué uno y dos, recogí las míseras fichas. Mi abuelo tiró dos tres, cogió un puñado, volvió a tirar. En nada había liberado la mitad de sus fichas. Y en nada yo me encontraba, de nuevo, por detrás.

El imán trabajaba para el constructor. No oficialmente, por supuesto, pero cobraba. Su trabajo era presionar a mi abuelo, obligarlo a firmar un acuerdo. La aldea búlgara estaba llena de fantasmas, había dicho el imán, pero el barrio musulmán estaba lleno de vivos: hombres, mujeres y niños. La central eólica traería inversiones a Klisura, una vida nueva y fresca.

—Y tiene razón —dijo mi abuelo—. La gente de Klisura se beneficiará de la central.

—Pero ¿no te importa la gente?

—Hijo mío —dijo entre dientes—. No espero que lo entiendas.

Y no lo entendía. Además, ¿qué había que entender? Había cambiado nuestras tierras —campos hermosos y fértiles que me podían haber sacado de encima las deudas— por montones de roca y zarzas, por casas vacías y en ruinas. ¿Y para qué? Para salvar la memoria de gente que llevaba mucho tiempo muerta: el idiota de Vassilko, el alcalde, el cura del pueblo. Yo no conocía a esos hombres. No quería hacerlo. Eran desconocidos a quienes mi abuelo había elegido antes que a mí, su carne y su sangre. Había preservado a los muertos y había traicionado a los vivos. Y no sólo a mí, su nieto, sino también a la gente de la aldea musulmana, que se habría beneficiado de la central eólica.

El corazón me latía deprisa. Cogí los dados y saqué dos seises. Mi abuelo pestañeó escéptico, con manos temblorosas, y liberé casi todas mis fichas restantes. Estaba a punto de vencer al viejo. Mi justa indignación se manifestaba, si no en la vida real, al menos en las tablas reales. Tiré con tanta fuerza que un dado rebotó sobre la mesa, golpeó la jarra y rebotó de nuevo. Con un gesto de magnanimidad, mi abuelo me permitió volver a tirar. Lo hice: un resultado desfavorable. Moví dos fichas, pero no liberé ninguna.

—Están esperando todos —dijo—. Esperando que me muera para quedarse con mis tierras. Así que vamos a dejar que esperen.

Una sonrisa enorme y satisfecha estiró sus labios y se convirtió rápidamente en risa. Había sacado dos seises. La partida había terminado. Había vuelto a ganar.

Cogí el vaso y me lo bebí entero. Otra derrota, otra decepción. Y mientras volvía a rellenarlo con la jarra terrosa a mis pies, el imán empezó a cantar convocando a las oraciones de la tarde. Su voz envolvió Klisura como una

red de pescador y casi sentía sus gruesos nudos, incapaz de ignorarlos contra mi piel.

Con ligereza, mi abuelo cerró el tablero; con ligereza me cogió de la mano. La suya estaba fría como el agua del pozo.

—Hijo mío, tu llegada es una tirada favorable. La cuestión es: ¿quién jugará ahora?

Luego encendió otro cigarrillo, se echó hacia atrás en la silla y fumó.

Cinco

Dos semanas después de mi llegada a Klisura volvieron las cigüeñas.

Estaba soñando de nuevo con América. En el sueño estaba en mi apartamento, en mi cama. Quería dormir pero no podía. El árbol al otro lado de mi ventana estaba cargado de pájaros cantores, y cuanto más fuerte apretaba la almohada contra mi cráneo, más alto piaban.

—Ha muerto un buen hombre —dijo alguien en inglés a mi lado—. Te lo están diciendo.

Era la chica de la estación, la que se había cortado en la muñeca. Estaba desnuda, salvo por la cara, oculta tras la sábana lo mismo que un velo. Hermosas rosas empezaron a florecer por toda la sábana, los pétalos tenían el color de la sangre oscura.

—¿Quién es el hombre? —pregunté—. ¿Quién ha muerto?

Ella se echó a reír. Su voz sonaba apagada, como si llegara de lo profundo de la tierra. Yo sabía que había cometido un error. No era la chica que yo pensaba que era.

—Ya conoces al hombre, *amerikanche* —dijo en búlgaro—. Ahora escucha a los pájaros.

Me desperté asustado, con el sol en el extremo superior de la ventana. El aire de la habitación era sofocante y la manta de Ródope estaba empapada en sudor. Durante mucho tiempo, con los ojos cerrados, intenté alejar un sueño tan vívido que todavía oía la risa de la chica, el canto de los pájaros. Una pesadez roma y ansiosa se instaló en mi estómago y salí en busca de mi abuelo.

Estaba fumando en la terraza, apoyado contra la barandilla.

—Buenas tardes, bella durmiente —me saludó, pero no se dio la vuelta—. ¿No sabes que el sueño no produce recuerdos? —Luego apuntó el extremo de su cigarrillo humeante hacia el cielo. En su mente, aquel momento no permitía lugar para las palabras.

Arriba, entre las casas en ruinas, una docena de cigüeñas giraba en círculos. Algunas iban en la dirección de las agujas del reloj, otras en contra. Se llamaban con gritos ruidosos, estridentes.

Mi abuelo permaneció callado. Fumaba un cigarrillo y miraba las cigüeñas y yo no sabía si su cara vieja y cansada mostraba alegría y placer o preocupación y arrepentimiento. Pero cuando se volvió hacia mí sus ojos brillaban como los de un niño.

—Las cigüeñas ya están aquí —anunció.

Había traído una botella de raki y dos vasos pequeños, que llenó hasta el borde.

—He vivido para verlas un año más.

Vaciamos los vasos de un trago, a manera de bienvenida.

Éstas eran las exploradoras. Las primeras de una gran bandada de cigüeñas blancas que llegarían en oleadas. Eran los pájaros viejos los que volvían a casa primero. Los machos. Luego llegaban las hembras. Y finalmente, unos días después, llegaban los jóvenes.

Su hogar estaba en Europa; aquí se encontraban los nidos en los que sus hijos rompían el cascarón. A finales de agosto, las cigüeñas volaban hacia África, donde pasaban los meses de invierno, desde Egipto hasta Ciudad del Cabo. Cuando llegaba el momento de regresar, las cigüeñas se reunían en la sabana y en bandadas de miles que iban hacia el norte. Algunas elegían una ruta hacia el oeste, pero la mayoría tomaban la oriental: seguían el valle del Nilo, atravesaban el Levante y cruzaban el Bósforo desde Turquía. Y luego seguían la Vía Pónica, la vieja calzada romana que discurría junto al mar Negro, que empezaba en Constantinopla y continuaba en dirección norte por

Bulgaria: las ciudades de Sozopol, Burgas y luego Nesebar. A las cigüeñas blancas el viaje les llevaba cincuenta días.

¿Por qué no volaban sobre el Mediterráneo? Para conservar su energía, las cigüeñas dependían de columnas térmicas, y las columnas térmicas sólo se formaban sobre tierra firme. El sol calentaba la tierra, que a su vez calentaba el aire que había por encima. El aire más caliente se expandía y se elevaba, y con cierto viento en calma esas columnas térmicas se alineaban en hileras para formar una autopista. Esas columnas térmicas eran lo que utilizaban para subir, ésa era la autopista por la que viajaban. Tres cuartas partes de las cigüeñas blancas de Europa volaban sobre Bulgaria. Doscientas cincuenta mil aves.

Volaban de día y descansaban de noche. Había un lugar cerca de Burgas, Poda —atrapado entre el mar a un lado y tres lagos gigantes en el otro—, que mi abuelo había visitado el año anterior. Cuando completó su excursión el sol se había puesto. Durante toda la noche, envuelto en una manta en el suelo, oyó el sonido de los picos, apenas podía dormir de los nervios. Las vio al alba. Cientos de miles de cigüeñas, pelícanos, grullas, garzas, ibis, garcetas y otras aves cuyos nombres yo nunca había oído. Cuando las cigüeñas subieron, el sol se ocultó, el cielo desapareció, la tierra se disolvió y sólo quedaron sonidos. Para entonces, mi abuelo lloraba como una niña enfadada. Furioso, tiró su gorra al suelo; furioso, la pisoteó. Al diablo con su vida, se dijo. ¿Cuántos años había vivido y nunca había visto algo tan bonito como el sonido de las cigüeñas al alba? ¿Y cuántas otras bellezas no habría visto?

Ahora, en la terraza, contemplábamos el cielo. Antes de que terminase el día, otras tres oleadas de aves habían llegado como un caótico banco de peces, girando en direcciones opuestas, pasando muy cerca unas de otras. Algunas estaban ahí para descansar; otras habían vuelto a su casa. Uno tras otro, los nidos de las casas en ruinas se llenaron de cigüeñas: una sola ave por cada nido. Y de inmediato comenzaron las reparaciones: se recolocaron los

palos y se trajeron nuevos para reforzar las paredes y las bases. Yo sentía la necesidad de ordenar el jardín.

Era de noche cuando mi abuelo se apoyó contra la barandilla de la terraza. La oscuridad estaba animada por el aleteo de las aves y el crotoreo. Podía discernir las plumas blancas de esas cigüeñas que descansaban en nuestro jardín, cinco, quizá seis aves inmóviles. Durante mucho tiempo mi abuelo las observó; luego se llevó dos dedos a la boca y silbó. Su silbido pasó por encima de los tejados y los nidos, a través de las colinas. Las cigüeñas del jardín se asustaron. Algunas despegaron, se elevaron sobre la terraza y sentí en la cara el zumbido frío de sus alas. Pero cuando las cigüeñas volvieron a posarse junto al pozo, mi abuelo silbó por segunda vez. Esperamos en silencio. No tenía que preguntar por qué.

—Les digo que las cigüeñas han llegado bien —dijo mi abuelo cuando me había unido a él junto a la barandilla—. *Gracias*, les estoy diciendo, *por darles a las bandadas un lugar donde descansar*.

Escuchamos. Una ominosa intuición me latía en el pecho y por alguna razón empecé a pensar en el capitán Kosta. La gente decía que sólo él podía hablar con la montaña. Que cuando silbaba, de su sombra crecían unas alas y la montaña le respondía.

La noche olía a tierra húmeda, y dulzor, como el campo lleno de hojas en descomposición. En silencio, nos quedamos quietos y esperamos, y cuando estaba listo para dar las buenas noches, un canto de pájaro nos alcanzó desde lejos. La vieja lengua, el idioma de los pájaros.

—¿Qué dicen, abuelo? —le pregunté.

—Están diciendo: *Gracias*. *Y no olvides mandarlas de regreso*.

No sabía todavía que el pueblo con el que hablábamos con silbidos era el mismo pueblo del que me había hablado Elif: el lugar donde siglos atrás se habían instalado los danzantes del fuego exiliados. Y todavía no sabía que los *nestinari* y las cigüeñas estaban unidos por una cuerda sagrada, que eran un solo ser.

Seis

Con las cigüeñas llegó la primavera a la aldea cristiana. De árboles que creía muertos brotaban flores blancas, amarillas y rosas; de los arbustos salían hojas; la parra del jardín estaba verde. Y con la primavera llegaron los mosquitos. Insolentes, sedientos de sangre, salían de los charcos junto al pozo, de los viejos cubos de agua de lluvia junto a los arbustos, y luego en densos enjambres junto al río. Asaltaban nuestra terraza en el crepúsculo, como si el humo de las espirales de repelente fuera para ellos una ofrenda, como si el movimiento frenético de mis manos los invitara, como en un baile sagrado, a mordernos más. El cuello, los tobillos; en pocas palabras, cada parte expuesta de mi cuerpo pronto estuvo hinchada: me picaba, me dolía.

—Pareces una mujer —decía mi abuelo, viéndome sudar con mi chaqueta. Y él con su camiseta de tirantes, con la ternura de una madre que atiende a su bebé, observaba a un mosquito que chupaba sangre de su muñeca—. Cuando eres tan viejo como yo —decía—, no puedes guardarle rencor al vampiro. Me alegra que piense que estoy vivo. Así que le dejo beber.

Mi abuelo estaba vivo. Pero no estaba bien. El episodio de la noche de mi llegada demostró ser algo habitual. Lo vi algunas veces vagando por la casa a oscuras, confuso, sin saber dónde estaba. A veces, en mitad de una frase se quedaba quieto y me miraba mucho tiempo, y yo estaba seguro, por la manera en que sus ojos se me clavaban, de que en esos momentos no sabía quién era. Esos episodios lo dejaban lento, cansado, y poco a poco una sensación inquietante llenó nuestros días, el miedo a que la noche trajera algo peor que la anterior, algo de lo que no saliera ileso.

La premonición de que le quedaba poco tiempo de vida había llevado a mi

abuelo a escribir. Por la noche, en la cama, nadando en mi propio sudor, con la ventana bien cerrada y los mosquitos chocando contra el cristal y llorando para que los dejara pasar para darse un banquete, yo seguía leyendo.

—Cuéntame tus historias —le dije una tarde en la terraza—. Las escribiré por ti.

Durante un rato, mi abuelo fumó y observó la espiral verde sobre la mesa.

—Los viejos dicen que mueres dos veces —explicó—. Una vez cuando tu corazón deja de latir y otra cuando desapareces de la memoria de los que te conocían. Pero no creo que sea cierto.

Maté un mosquito que tenía en el cuello y me limpié sus restos mutilados con gran placer. Luego soplé contra la espiral verde para avivar su brasa.

—Al principio —dijo—, quería hacer para la gente de Strandja un monumento de palabras. Un monumento que no fuera un homenaje a su grandeza, sino a su existencia. Escribí eso para mantener su segunda muerte a distancia. Pero luego, una noche, estaba leyendo lo que había escrito y mi estómago rugía de hambre y me hice una pregunta curiosa: ¿por qué comen los vivos?

—¿Porque tienen hambre?

Asintió.

—¿Y por qué recuerdan las cosas?

Me encogí de hombros.

—Porque tienen miedo.

Miedo a ser olvidados. La Copa de Lete. Pero un hombre muerto no conoce el hambre; un hombre muerto no teme nada; entonces, ¿por qué los muertos debían preocuparse de si alguien los recordaba o no?

—Era un monumento a la vanidad lo que yo estaba escribiendo. Mi propio monumento, no el suyo. Y después de eso... dejé de escribir.

Pero había vuelto a hacerlo cuando llegué. No importaban las cifras — tantos muertos en la guerra, tantos exiliados—, yo quería que me hablara de la gente de Klisura. El idiota de Vassilko, el sacerdote. Las chicas que

miraban desde la terraza. Los silbidos desde las colinas lejanas. Los danzantes del fuego.

Pero él no quería hacerlo. *Ocultas cosas*, escribí en otra carta a mis padres, sin darme cuenta de que para mi abuelo recordar el pasado habría significado revivirlo y, por tanto, volver a sufrirlo.

En mis cartas contaba con gran orgullo cómo había limpiado el jardín —a pesar de las protestas de mi abuelo, que decía que, a lo largo de la historia, arreglar la escuela siempre había traído mala suerte—, cómo había arrancado las malas hierbas, preparado lechos para las judías, las zanahorias, los tomates, los pepinos y los calabacines. Cómo había cortado ramas con la azuela para las judías y los tomates, cómo construí un armazón en el que se atarían los pepinos cuando crecieran. Cómo había caído hasta las rodillas en estiércol cuando mi abuelo me llevó a casa del vecino para reunir dos cubos de fertilizante para nuestros árboles: manzanos, ciruelos y melocotoneros. *Me he cortado el pulgar, me he raspado los nudillos, me he levantado las uñas de los dedos, pero nunca me había sentido tan bien. Soy un hombre nuevo. Y los vecinos lo veían. Baba Mina —la mujer mayor, vestida de negro, que había visto en la estación— y Dyado Dacho, su marido, Bigote Rojo.*

—Te has corregido —me dijo Mina en una visita. Estaba flaco como un palo cuando llegué, pero ahora mis mofletes se estaban llenando. Luego los pellizcó.

Eso también fue a mis cartas. Lo único que nunca mencionaba era Elif. Y día tras día, ella era lo único en lo que pensaba. En mis pensamientos volvíamos a ese nido de cigüeñas; la abrazaba suavemente y besaba las gotas de sudor de su cuello. *¿Por qué no vienes conmigo a América?*, le decía en mis sueños, y ella tomaba mi rostro en las palmas de las manos como si quisiera asegurarse de que yo no desaparecería.

Escribía a mis padres una carta al día. Luego, por las tardes, aunque él no tuviera ganas, llevaba a mi abuelo al Café Pasha para que jugara a las tablas reales con el dueño. En la quinta partida me excusaba, cruzaba el puente

hacia la plaza y esperaba el autobús de la ciudad. A una distancia segura, veía a Elif bajar las escaleras con su mochila militar y avanzar hasta un banco en el exterior del edificio municipal. Luego, corría hasta el conductor y metía la carta y algo de dinero en sus manos.

—No soy tu cartero —decía, pero siempre cogía el dinero.

De vez en cuando, él iba también al Pasha y jugaba a las tablas reales. Tirar los dados contra Dyado Dacho le producía un placer extremo. Las partidas a menudo duraban hasta la noche, más allá de la hora del cierre, pero el dueño nunca los echaba. En vez de eso, los encerraba en la taberna, bebiendo y jugando, para encontrarlos tranquilamente dormidos en un banco por la mañana.

—No puedo conducir el autobús borracho —me dijo una vez el conductor, cuando le pregunté por qué se quedaba a dormir—. Ya no soy joven, pero tengo sangre caliente y podría sentir la tentación. Así que lo mejor es que me encierren hasta la mañana.

¿Y por qué dejaba las llaves en el contacto cuando iba a la taberna? ¿No le daba miedo que alguien intentara robarlo?

—¿Y quién podría robarlo? ¿Dyado Dacho? Me da más miedo que se me caiga la llave del bolsillo. Ya me ha pasado dos veces.

En una semana había doblado la tarifa que le pagaba por entregar mis cartas.

—Dyado Dacho ha ganado últimamente —dijo, aunque yo sabía que sus apuestas eran simbólicas—. ¿Y a quién le escribes tanto? ¿Tienes una damisela por ahí?

—A la CIA —respondí. Él se rio por lo bajo.

—Así que tu madre y tu padre son agentes secretos, ¿es eso?

—Creo que lee mis cartas —le dije a Elif ese día, y me senté en el bordillo de la acera a pocos pasos de su banco. Pero, como siempre, ella no dijo nada.

Un día sí y otro también, eso es lo que hacíamos: durante quince minutos se sentaba en el banco de la plaza y yo en el bordillo de la acera en silencio.

Yo miraba hacia un sitio, ella hacia otro, y sin embargo no importaba que estuviéramos callados.

Al final ella se levantó y fue hacia casa, y un tiempo después seguí sus pasos y me senté en el café, junto a mi abuelo, que tiraba los dados una y otra vez.

—Ten cuidado con Elif —me advirtió más de una vez—. La gente empieza a hablar.

Yo fingía sorpresa. Necesitaba mandar las cartas. Mis padres estaban preocupados.

—Como yo. Mantente lejos de la chica.

Pero no podía. Esos quince minutos de silencio mutuo eran lo único que esperaba, despierto o en sueños. Y la gente siempre iba a hablar. La festividad de San Constantino se acercaba, decían; faltaban menos de dos semanas. Y de nuevo las chicas habían empezado a tener fiebre. El imán había encerrado a la suya en su habitación. *Es un mal año*, dijo alguien en el café. *Ya es mayo, pero hace frío y humedad como si fuera octubre. La hierba se pudre. Y mis gallinas están cluecas.*

—¿Qué tienen que ver las gallinas con las cosas? —preguntó mi abuelo, pero yo notaba que cuanto más nos acercábamos al 21 de mayo, más inquieto estaba.

Faltaba una semana para la fiesta cuando mi abuelo me llevó al río. Había llovido toda la noche y una niebla densa giraba sobre el suelo. La carretera estaba llena de barro, y también las riberas y el río. Por encima de nosotros, unas cuantas cigüeñas volaban en el cielo nublado, pero la mayoría de ellas nos veían pasar desde sus nidos en las copas de los robles. De vez en cuando una cigüeña macho se ponía sobre una hembra, frotaba el largo cuello contra el suyo, crotoraba y aleteaba. Durante una semana las había visto copular desde la terraza, y las observaba ahora, caminando por la ribera llena de barro.

—¿Dónde vamos? —pregunté, pero mi abuelo no me lo decía.

—¿Siempre tienes que hacer tantas preguntas? —dijo, y luego me pidió que caminara más deprisa; no teníamos todo el día.

Llegamos al nogal gigante de los *nestinari* justo cuando el sol miraba desde un claro entre las nubes. Los nidos en las ramas estaban llenos de cigüeñas emparejadas. Pero esas cigüeñas eran más pequeñas que las demás en el pueblo. Y eran negras.

Aqué! era su árbol. El único lugar en toda Klisura donde se reunían las cigüeñas negras. Las observamos un rato: las cigüeñas macho sobre las hembras, otras alejándose, otras regresando a sus nidos, una serpiente, una rana, un roedor en el pico. Mis ojos vagaron hacia el nido donde Elif y yo nos habíamos sentado, donde ahora dos cigüeñas frotaban sus dos largos picos.

—Intento venir de vez en cuando —dijo mi abuelo, cerrándose el abrigo—. Sobre todo cuando las crías rompen el cascarón.

Una ráfaga de viento sopló en el campo y me subí la cremallera del abrigo. Ese frío, me dijo más tarde mi abuelo, era extraño, poco característico. El frío era malo para las cigüeñas, malo para sus crías y para su comida. Pero, en secreto, yo apreciaba el frío: como el ajo a los vampiros, mantenía los mosquitos a distancia.

—¿Qué te pasa? —me preguntó mi abuelo, y me pellizcó el cogote—. ¿Se te ha hundido el barco o algo?

—Tengo frío —mentí—. Vamos a calentarnos en la cabaña de los *nestinari*.

Eché a andar hacia la pequeña choza bajo el árbol. Pero mi abuelo no me siguió.

—Prefiero que se me hielen los cojones —dijo— a poner un pie en su cabaña. Locos idiotas.

Y luego dio una palmada como si quisiera espantar a las cigüeñas emparejadas.

Siete

El trueno sonó en las colinas de Turquía. Por la ventana abierta observé las formas de los árboles negros que se mecían en el jardín. La casa estaba en silencio. El viento olía a lluvia.

Qué cansado había estado unas semanas antes, al salir del avión en Sofía, desconectado del mundo, hartado de mi vida como fracasado estudiante de posgrado. Y qué lejano parecía ese cansancio ahora. La lluvia me nutría, me ardían los pies, me picaban los dedos, y casi podía oír las raíces que brotaban de ellos y se extendían por la tierra. Mi abuelo, Elif, su padre e incluso las casas arruinadas de Klisura no eran más que ladrillos de mis cimientos. Y, sin embargo, en el fondo se revelaba una verdad esclarecedora: este viaje, como tantos de mis otros esfuerzos, había sido un fracaso. Todavía estaba arruinado y todavía en deuda.

La Torre de Klisura se levantaba sobre el pueblo tranquilo. Una pareja de cigüeñas había empezado a construir su nido en la cima de la estructura metálica y ahora las imaginaba en la oscuridad, apretadas contra el viento. ¿Cuánto ganaríamos, me preguntaba, si convertíamos esa parte de Klisura en una central eólica? ¿Cuánto nos pagaría la compañía turca por unos pocos solares?

Tras dos décadas de ausencia, el capitán Kosta había vuelto a Strandja para luchar por ella y traerle libertad. Después de más de cuarenta años en el extranjero, mi abuelo también había decidido volver. Ahora también luchaba por la liberación: la de Klisura y probablemente la suya. ¿Cómo le podía pedir que vendiera lo que con tanta desesperación luchaba por conservar?

Mis ideas daban vueltas como cemento en una hormigonera: viejos

cráneos mezclados con huevos de cigüeña, con ríos lodosos, danzantes de fuego y jenízaros que mataban a bandidos cristianos y los arrastraban sobre la tierra por los tobillos. El capitán Kosta me observaba, sobre su tonel lleno de pólvora, con un rostro negro por el humo de la batalla, su cara como la cara de mi abuelo. El imán cantaba en algún lugar del pueblo, o quizá sólo yo creía que le oía cantar. Mi bisabuelo me cogía los dientes y se los comía, uno a uno, como si fueran granos de uva.

—Sea lo que sea que crees que estás haciendo —decía su voz áspera—, yo ya lo he hecho. Y no era nada especial. Ahora trae los papeles para que los firme. La tierra es tuya.

Y en esas visiones, como una navaja que se desliza suavemente sobre un bloque de queso, el velo de Elif caía, caía, caía. Un destello de luz revelaba ante mí el nogal. Un ala negra cortaba como un hacha y donde estaba el árbol veía una forma oscura que se hacía más gruesa y más oscura. Oía el gruñido de perros matalobos y con el gruñido una idea espantosa me resonó en los oídos: lo que será demolido ha de construirse primero. Lo que será tomado debe ser dado antes. El nogal gigante se meció, los ojos cerrados de Elif se abrieron y las gotas de lluvia sonaron en su espalda.

—La misericordiosa santa Elena —la oí decirme— ha llegado a nuestro patio.

Llovía. Una lluvia leve, que se transformaba en granizo. El granizo golpeaba contra el techo, contra el lateral de la casa, contra mi ventana y hacia mi cuarto.

—*Amerikanche*.

Oía a Elif llamarme y sólo entonces me di cuenta de que ya no estaba en un sueño. El granizo no era granizo, sino piedrecillas que ella tiraba desde la carretera. Y en la carretera reconocí la brusca joroba del Lada, sus altas luces que parpadeaban, el motor rugiendo.

—Vamos, amigo americano —me llamó Elif, y pisó el acelerador—. Vámonos antes de que se despierten los muertos.

Ocho

Cuando era niño, mi abuelo me contaba a menudo historias de kanes y zares, de grandes héroes. En algún momento del siglo X, un escriba registró el linaje de los primeros gobernantes búlgaros en un códice, que fue olvidado entre las páginas de una biblia eslava hasta que un historiador ruso tropezó con ella mil años después. Este códice, ahora célebre como la Nominalia de los kanes de Bulgaria, empezó con Atila, también conocido como Avitohol, luego hablaba de su hijo Irnik, de Gostun, de Kubrat y de su hijo Asparukh, el jinete blanco, que con sus tribus cruzó el Danubio, aliado con los eslavos, derrotó al Imperio bizantino y fundó Bulgaria en el año 681.

Muchas noches había imaginado en la cama sus batallas gloriosas: la cabeza me daba vueltas como la de cualquier niño que cree que la sangre de Atila y Asparukh corre por sus venas. Las historias que me contaba mi abuelo sólo estaban levemente basadas en la realidad histórica; por mi insistencia, inventaba sin medida, elaboraba un códice propio.

—Perún era el dios mágico de los eslavos —le gustaba decir a mi abuelo en una de esas historias. Señor del trueno y del rayo, en la cima de la montaña más alta, presidía sobre muchos hijos, mientras que Veles, el oscuro señor de lo inferior, controlaba el submundo.

Por supuesto, Perún amaba a todos sus hijos. Pero a ninguno de manera tan horrible como a Lada. Lada era belleza, alegría sin fin, eterna juventud. Lada era amor. ¿Grosos tallos de centeno dorado? Las pestañas de sus ojos. Los mismos ojos eran humus de chernozem. ¿Harina blanca para pan humeante? Así era su piel. Sus dientes eran fanegas de trigo. Su pelo, un río.

Tanto miedo tenía Perún de perder a Lada que el día en que nació la niña

la cogió del pelo. Cada año el pelo de Lada se hacía más largo, y cada año Perún lo enrollaba en torno a su puño una vuelta más para mantenerla a la vista. Pero a sus pies Lada se desvaneció. Sus labios se marchitaron. Su aliento se pudrió. Sin la belleza de Lada, Dazhbog se cansó de empujar el sol por el cielo. El sueño frío se apoderó de Zornitsa, y el alba dejó de romper. Veles, el dios inferior, levantó la mirada, vio la noche y salió de su morada. La nieve, el hielo y la oscuridad dominaron el mundo durante diez mil años.

Los dioses cedieron y, llorando, cayeron ante Perún. «Padre Todopoderoso —suplicó el Alba parpadeante—, tu amor por tu hija se ha convertido en veneno. Tu fuego se ha vuelto piedra. Su belleza, en carroña. Mírala, negra de moscas a tus pies, blanca de gusanos. Deja que se levante para que su belleza florezca. Libérala para que la tierra pueda renacer.»

Este ruego conmovió a Perún. A regañadientes, desató mil, dos mil veces, el pelo de Lada. Éste cayó libre. Salió de la montaña, bajó; un río que barrió todo el hielo, la nieve y la oscuridad, y a su paso, dejó prados y campos para copiosas cosechas. Veles regresó bajo tierra y la primavera nació de nuevo, y la primavera se extendió tan lejos como lo permitió el pelo de Lada.

Pero, oh, cómo sufría Perún sin su hija amada. Nada le daba reposo. Tronaba, arrojaba fuego y rayos, quemaba, destruía. Al final enrolló el pelo de Lada en torno a su puño mil veces y llegó el verano; dos mil, y era otoño; tres mil veces, y Lada estaba de nuevo a sus pies, y en el mundo reinaba el invierno.

Recordé esta historia por sorpresa una noche, sentado en la repisa de la ventana y pensando en Elif y en su padre. Y de nuevo pensé en la historia, aunque sólo un instante. Perún, el dios del trueno, rugía a nuestro alrededor. Me daba vueltas la cabeza, me castañeteaban los dientes, y con el hedor de aceite quemado y humo, Lada, la diosa de la juventud y la belleza, nos llevó en su mano hacia las colinas de Strandja.

A mi lado, Elif cambiaba de marcha, apenas aflojaba el pie del acelerador. *Entonces, ¿así es como llega la muerte?*, quería gritar en voz alta, pero no

podía. Lo único que podía hacer era apretar la manija de la puerta y hundir los talones en el suelo, como si eso fuera a detenernos. Las altas luces botaban, revelaban precipicios, arbustos y ramas, grietas en el camino de tierra. No llovía, pero los limpiaparabrisas se movían; las marchas rascaban y en un estéreo ronco y patético James Hetfield de Metallica nos pedía que le diéramos combustible, fuego, que le diéramos todo lo que deseaba.

—Ésa fue la primera vez que me fui de casa —dijo Elif, e incluso me miró, para que tuviera más efecto—. Metallica en Plovdiv, el 11 de junio de 1999. —Como no tenía dinero para las entradas, ella y sus amigos se colaron en el tejado de un edificio de apartamentos cercano al estadio, desde el que sólo se veía un diminuto fragmento del escenario. La música los alcanzó duplicada por el eco así que tenía más o menos la misma calidad que la mayoría de las cintas piratas que tenía Elif. Y los cabrones ni siquiera tocaron *Seek and Destroy*—. Pero ¿qué más da, *amerikanche*? Fue la mejor noche de mi vida hasta ahora.

Con eso, pisó a fondo. Habíamos salido de las amplias curvas de la carretera a un tramo bastante recto. Cien metros por delante, el tramo terminaba en una densa masa de árboles, que oscilaron bajo las luces. Creo que grité, pero ¿cómo podría decirlo con seguridad entre el chirrido de las ruedas, el rugido del motor, el traqueteo de las piezas de metal? Elif había frenado con fuerza y nos escorbamos a un lado. Mi cabeza chocó contra el techo, luego contra el reposacabezas, un plástico duro y gomoso que los fabricantes rusos debían de haber hecho con una doble función: evitar que tu cuello se rompiera y, al mismo tiempo, machacarte el cráneo.

Ya no estábamos en movimiento. Los limpiaparabrisas arañaban la luna seca con un ruido que me ponía los pelos de punta y Hetfield gritaba pidiendo combustible y fuego. En sincronía, Elif se golpeaba en la cabeza; en sincronía se sumaba a su grito. «Sí, oh, sí», aulló, y cuando me miró, el negro de sus pupilas había tragado sus ojos rojos.

—No tengo ni idea de lo que dice y no me importa. Pero me llega.

Salimos del Lada y entramos en el bosque. Un oxidado círculo de luz nos mostró el camino: una vieja linterna que bailaba en la palma de la mano de Elif. Ella sujetó la mía y me llevó hacia delante, con la palma ardiendo y tan sudorosa que unas cuantas veces me solté.

—¿Adónde me llevas? —pregunté, y cuando respondió, la ligereza de su voz me provocó un escalofrío.

—Al otro lado de la frontera.

El viento aullaba en las copas de los árboles y con cada ráfaga la lluvia de sus hojas caía sobre las susurrantes hileras. Las suelas de mis zapatos engancharon trozos de barro y lo mismo hicieron las de Elif, pero, cuanto más pesado se volvía nuestro calzado, más tiraba de mí hacia delante y más deprisa caminábamos.

—No tengo pasaporte —le dije, y durante mucho rato su risa rebotó a través de los árboles y en mi cabeza.

¿Cuántas veces había fantaseado con estar solo con ella, lejos de las miradas de la gente? ¿O con darle la mano? Pero no como ahora. Escucha, quería decirle, y plantar los pies en el barro y exigir una explicación. Pero lo único que hice fue seguirla dondequiera que fuese, contento de que estuviera cerca.

En el final del bosque apagó la linterna. Una media luna se abrió paso entre las nubes y luego desapareció, pero pude ver por delante de nosotros el claro que abría un alto alambre de espino. Había puertas en la valla, para gente y vehículos, y grandes y oxidadas advertencias de que abrirían fuego contra quien entrase.

Elif se puso de puntillas y me susurró al oído: «Ahí, un agujero», y señaló, como si yo pudiera ver. Su aliento apestaba a lo que había fumado, pero sentirlo tibio en mi mejilla hizo que me temblaran las piernas.

La abertura estaba donde ella dijo que estaría. Levantó la valla para mí y, cuando pasé, me siguió con gran agilidad. Estábamos en Turquía. Y no había ningún soldado para cortarnos el paso. De nuevo estábamos en un bosque; de

nuevo emergimos en un claro. Había unas cuantas cabañas de pastores, abandonadas y desoladas: una vieja aldea turca. Y a un lado había armazones de madera para paja, desnudos y sobresaliendo en la oscuridad como estacas de la Inquisición.

El corazón me latía con fuerza, pero ahora, con la adrenalina, todo el miedo se había convertido en excitación. Me acerqué a Elif. Susurré: «Hemos pasado la frontera». Ella se rio, de nuevo en voz alta, sin miedo a que nos oyeran. «Vamos, vamos», dijo, me puso la linterna en la mano y me llevó hacia delante. Ahora yo guiaba y ella me seguía. Era agradable estar al mando aunque fuera por un tiempo breve. Al final ahí estaba el tipo de aventura con el que había soñado.

—¿Dónde vamos ahora? —me volví para preguntarle—. ¿Elif? ¿Dónde?

Pero había desaparecido. Moví la linterna: hacia el muro desmoronado de una cabaña, hacia la hierba alta que ondulaba con las ráfagas de viento, hacia las feas estacas y hacia el bosque desde el que habíamos salido.

—¿Elif? —llamé en voz más alta—. ¡Elif!

Me dio un vuelco el corazón. Sentí los pies y los dedos mortalmente fríos. Pero no habría tenido la ocasión de deambular: el rugido de un motor explotó en la noche, y pronto un globo de luz cegadora me había atrapado en mi camino, como una liebre.

—¡Quieto! ¡No te muevas! —gritó alguien en búlgaro. Yo no podía tumbarme, aunque quería. No podía ni levantar las manos como ordenaba la voz. Un hombre enorme emergió de la luz, una figura totalmente negra que se hacía más grande conforme se acercaba. El capitán Kosta, pensé, en mi terror, en mi confusión—. ¡Boca abajo! —gritó el hombre, y reconocí, sin ningún género de dudas, el Kaláshnikov que llevaba. Y por tanto mordí el barro, con mi nariz a una pulgada de las puntas de sus botas, incapaz de decir nada, nada de nada, por enfadado que él gritase.

Como una pluma me levantó; como una pluma me llevó hacia el jeep al ralentí. Me empujó contra el parachoques posterior y ahora que la luz no

estaba en mis ojos lo vi mejor: un joven, un soldado de la frontera con uniforme y equipo de combate, la cara cubierta de sudor y barro en una grotesca máscara. Con cada movimiento de su mano, la máscara giraba, cambiaba de forma, de modo que parecía llevar varias máscaras.

—¿Quién eres? —decía, apuntándome con el Kaláshnikov. Y luego el sonido de la risa desde una cabaña lo paralizó. Se volvió—. ¡Vamos! —gritó—. Las manos en alto. ¡Sal o disparo!

La risa sonó con la claridad de un cristal que estalla. El sonido de unas manos que aplaudían lo ahogó momentáneamente y Elif saltó de detrás de un muro en ruinas.

—¡Alto o disparo! —gritó el soldado, pero ella se rio y aplaudió y se acercó.

Y entonces él disparó, *ra-ta-ta*, a sus pies, y el barro hirvió con las balas. Y entonces pareció reconocerla; ella se rio más alto y antes de que él se diera cuenta estaba colgada de su cuello y le besaba en los labios.

—¡Elif, imbécil! —gritó él en búlgaro y la empujó tan fuerte que casi la tira de espaldas—. Pequeña imbécil, imbécil —o algo similar.

Pero ella estaba de nuevo en sus brazos.

—Me alegro de verte otra vez —dijo ella, y luego se dirigió a mí—: Estabas adorable. ¡Tan guapo!

Intenté moverme, pero no podía. El soldado me había esposado al jeep y ni siquiera me había dado cuenta de cuándo lo había hecho.

Nueve

La cerilla prendió y su llama diminuta se extendió a través del montón de palos y paja. Nuestros pulmones se llenaron de humo y, tosiendo, nos amontonamos sobre el fuego. La luz hizo retroceder la noche y el calor se extendió entre mis huesos, lentamente, como una serpiente devorando a su presa. Estábamos sentados sobre la roca, rodeados por piedras y restos de viejos muros. Yo a un lado del fuego, Elif y el soldado al otro.

—Podría haberlo matado —había gritado el soldado sólo unos minutos antes—. ¡Maldita sea, Elif, podría haberte matado *a ti!*

—¡Eso sí que habría sido una suerte! —Ella había cogido su fusil, pero él le golpeó la mano—. ¡Métete en el jeep! —Al quitarme las esposas, había preguntado—: ¿Y tú? ¿No tienes cabeza sobre los hombros? ¿O haces todo lo que ella dice?

—Hemos venido a ver las ruinas —le explicó Elif más tarde, en el asiento delantero. Avanzábamos a toda velocidad entre los arbustos y en la parte trasera me sentía como si nos hubiéramos arrojado, de manera voluntaria e irrevocable, hacia el fondo de un pozo seco.

—Y yo pensando que habías venido a verme —dijo, y pisó con más fuerza el acelerador.

Ella puso su mano sobre la de él, que cambiaba de marcha, y le frotó los nudillos.

—De ninguna manera —dijo el soldado—. ¿Sabes lo que pasaría si me pillasen fuera de mi puesto? De ninguna manera. Odio ese sitio.

Pero luego tiró del freno de mano. El jeep derrapó y volamos en una dirección diferente.

—Salid —ordenó cuando llegamos al final de la cara de un peñasco.

Después lo seguimos colina arriba, sin la linterna; el cielo seguía cubierto, pero las nubes eran delgadas y radiantes por la luz de la luna. Los bordes de los peñascos eran más suaves; el viento soplaba más frío a medida que subíamos y lanzaba contra mí el olor de la tierra húmeda o el del sudor acre del soldado. El sendero eran losas de piedra, y a lo lejos, en lo alto de la colina, había piedras, como las rocas a nuestros pies, dispuestas artificialmente, restos de lo que probablemente había sido una fortaleza bizantina.

—Entonces, ¿quién eres? —me preguntó el soldado junto al fuego. El barro en sus mejillas se había secado y roto y le hacía parecer tan antiguo como las piedras, y, alto como era, parecía él mismo una peña.

Le dije quién era. Me aseguró que nunca lo habría adivinado.

—Hablas bien —añadió—, sin acento. —Y Elif se rio con desdén.

Se llamaba Orhan, dijo, y estaba en el tercer mes de su servicio militar obligatorio de doce meses, por si me lo preguntaba. Vivía en un pueblo a un par de colinas hacia el este y había tenido suerte de conseguir un puesto en la frontera.

—Suerte en la forma de siete corderos —apostilló Elif—, que su padre mató para los miembros del comité de reclutamiento.

Orhan soltó una risotada y removi6 el fuego con su cuchillo.

—Mi corazón todavía lo siente. ¡Qué pérdida!

—Crees que está de broma —dijo Elif, aunque yo no pensaba nada parecido—. ¡Pero este chaval ama a sus ovejas! ¡Háblale de tus *sueños*!

Orhan cambió de posición. Removi6 el fuego un poco más, dio la vuelta al cuchillo, sopló para apartar las chispas de su cara y de la de Elif.

—Más que sueños son planes —dijo al final, pero despacio, como si tuviera miedo de que el mero hecho de decir las palabras fuese a arruinar las cosas—. Me gustaría cerrar el círculo, ¿sabes? No sólo pastorear a las ovejas. Me gustaría pedir fondos europeos y con el dinero construir una granja de

verdad: un gran espacio con techo para los animales, una cinta para transportar la comida, máquinas para ordeñarlas.

—Y ése es su sueño. —Elif rio.

—Más bien mi plan —la rectificó, y de nuevo clavó el cuchillo en las llamas—. Eh, mira —dijo de pronto con una sonrisa—. Es un buen plan. Y si funciona, Elif, te bañaré en leche. Haré para ti la cama de lana más suave.

—La lana me pica —dijo ella—. Y la leche me hincha. Pero me voy contigo de todas formas.

Elif apoyó la cabeza en su hombro, mirándome a los ojos. Crujió una rama; la llama se hizo más alta y parecía lamer su cara.

—Como si yo quisiera a alguien como tú —dijo él, sonriendo—. Un erizo en los pantalones.

Había una razón por la que Elif me había llevado allí, más allá de la broma, más allá de mostrarme unas viejas ruinas. La observé, más guapa que nunca ahora que su mejilla estaba sobre el hombro de él, y algo dolía, en mi mandíbula y en mis dientes, como no me había pasado con ninguna otra chica. Y estaba seguro de que ella podía ver ese dolor, porque una sonrisa había dado forma de hoz a sus labios.

—Mi amigo americano —dijo ella, todavía apoyándose en él—. Tengo medicina para ti.

Y entonces sacó una botella de plástico de Coca-Cola de medio litro y me la pasó entre las llamas. Di tres apresurados sorbos del alcohol que hicieron que me ardiera la garganta y me apartaron la mente del dolor, aunque sólo fuera un momento. Tiré la botella a Orhan, pero él dejó que rebotara de su pecho a las llamas, desde donde Elif, gritando, la sacó con las manos desnudas.

—No bebo —dijo Orhan, mientras ella maldecía por el raki que se había desperdiciado.

—Orhan sólo bebe leche y agua —comentó Elif, quitando la ceniza de la botella. Su etiqueta se había fundido y los lados habían cobrado una forma

extraña, medio chica, medio otra cosa—. Le repugna la sangre de los cerdos. Reza cinco veces al día y una vez, en Ramadán, tragó por accidente una mosca de la fruta y estuvo enfermo de culpa un año entero. Lo pasó en la mezquita, con mi padre, hablando de la grandeza de Alá. Apuesto a que mi padre querría que Alá le hubiera enviado a Orhan y no a mí como hijo.

Elif habló así un rato, intentando en vano abrir la botella que el fuego había sellado. Y cuando se cansó, le quitó la navaja a Orhan, apuñaló el cuello de plástico y cortó la parte superior.

—¿Has visto lo que has hecho? —dijo, y yo no estaba seguro de si se dirigía a mí, a Orhan o a los dos—. ¿Has visto que no me has dejado elección? Pero nos la beberemos toda. —Luego arrojó el plástico cortado a las llamas y, en un velo de negrura humeante, llevó los labios al borde dentado—. Eh, Ohancho —dijo—, te quiero, pero ¿por qué estás tan loco? —Y luego tiró el cuchillo al suelo y me pasó la botella entre las llamas. Parte del licor cayó cuando la cogí; el fuego silbó y lenguas más densas se elevaron al cielo—. Sí, oh, sí —gritó Elif, y su voz rebotó distorsionada en las losas.

Con una sonrisa de simplicidad, Orhan la observó correr hacia una roca e intentar escalarla. Ella tiró piedrecillas contra otra piedra, luego intentó subir lo que quedaba de un muro, moviendo los brazos para no perder el equilibrio.

—Me preocupa que sea una mala esposa —dijo cuando Elif había desaparecido en la noche y sólo se oían sus gritos. Yo acababa de tomar otro sorbo y después de eso tomé otro.

—¿Perdón? —pregunté en inglés, pero no pareció oírme.

—Siento que es mi deber corregirla. Para salvarla del Shaytan. Pero todavía me preocupa que traiga más problemas que otra cosa.

Diez

Hace más de dos milenios y medio, las sacerdotisas de Dionisos descuartizaban pieza a pieza su víctima propiciatoria.

—Justo donde estás —dijo Elif, y se inclinó más cerca del fuego para que su rostro se pusiera rojo—. Pero hay más.

Por supuesto que lo había. Y ahora que el raki le había soltado la lengua, se dejó ir con gusto. Era 1981 y Bulgaria celebraba los mil trescientos años de su fundación. El Ministerio de Cultura, encabezado nada menos que por la hija del secretario general del Partido Comunista, inauguraba orgullosamente un monumento tras otro, nuevos palacios, nuevos edificios por todo el país. Un día, en medio de las frenéticas celebraciones, un hombre de las montañas de Strandja apareció ante las puertas del ministerio. «Llebadme a ver a la ministra —dijo—. Tengo algo que debe ver.» Y aunque tenía un aire descuidado, la ropa hecha jirones e iba cubierto de polvo de la carretera, le hicieron pasar. Aquel tipo era Mustafá, el Cazador de Tesoros, un hombre que no sólo conocía las colinas de Strandja, sino también su pasado; un hombre que había ayudado al ministerio a descubrir más de un cargamento de oro otomano o tracio.

Ahora, ante la ministra, tras las puertas cerradas de su despacho, Mustafá sacó un trozo de piel de vaca. El mapa de un tesoro como no habían visto nunca antes.

—¿Otomano? —preguntó la ministra. Mustafá negó con la cabeza—. Entonces, ¿tracio?

Se encogió de hombros. No estaba seguro, pero si se podía creer a los hombres que le habían vendido el mapa, el tesoro podía ser todavía más

antiguo.

—¿Más antiguo que los tracios? —se burló la ministra.

—Si podemos creer a esos hombres.

La mujer no se molestó en preguntar quiénes eran esos hombres. Para que el cazador de tesoros los llevara hacia los antiguos secretos, se le debía permitir que conservara los suyos.

—Era una señora estupenda —dijo Elif de la ministra de Cultura, y tragó raki; ya casi nos habíamos bebido la mitad—. Ni mi padre dirá algo malo de ella, y cuando se trata de los comunistas no se ahorra ninguna maldición. Una mujer culta, dice. Pero su cabeza, dice, no estaba bien atornillada a sus hombros. Le gustaba eso del misticismo. Volar a la India; meditar días y días en una cueva. Imagina: la hija del secretario general del Partido Comunista comiendo brotes de soja y charlando con gurús. Era una rebelde, como yo. Por eso me cae bien.

En ese momento, Orhan gruñó. Pero no dijo nada, sólo hurgó el fuego con su cuchillo y sopló en las llamas.

Así que lo que hizo la ministra de Cultura con el mapa del tesoro era la cosa más lógica que podía hacer.

—Llevó el mapa a Baba Vanga. Sabes quién era Baba Vanga, ¿no, *amerikanche*?

Por supuesto que lo sabía. ¿Qué búlgaro no lo sabía? Un día, cuando Vanga era pequeña, justo después de que hubiera terminado la Primera Guerra Mundial, un repentino tornado la levantó del suelo en las afueras del pueblo y se la llevó como una columna térmica se lleva a una cigüeña migratoria. Los campesinos la encontraron en un campo, ciega por el polvo y la arena. Pero, aunque el tornado se había llevado los ojos de Baba, le había dado otra forma de visión. Durante décadas, Baba Vanga fue la vidente más célebre de Bulgaria; de toda Europa oriental. Y así, naturalmente, le llevaron el mapa del tesoro para que lo viese.

Pero Baba Vanga se negó incluso a tocar el trozo de piel. «Es algo muy

malo», les dijo a sus visitantes de alto rango. Hacía mucho, muchísimo tiempo, hombres altos y fornidos habían cruzado el mar desde Egipto. Hombres con el pelo negro y máscaras doradas en sus rostros, y muchos esclavos. Los esclavos cavaron una tumba y enterraron en ella a una mujer de linaje real, y luego todos fueron pasados por la espada. La tumba fue sellada y ocultada. En su interior, hasta este día, había trozos de oro y asombrosas riquezas, y la mujer yacía en su tumba. Agarraba un cetro y a sus pies había un papiro que hablaba de cómo eran las cosas cien años antes y de cómo serían miles de años más adelante, en el futuro.

—¿Quién era esa mujer? —pregunté. El viento se había vuelto más frío y me acerqué a las llamas.

—Bastet —susurró Elif—. La diosa egipcia de los gatos.

Me observó un buen rato, sin decir una palabra.

—Y una mierda —dije—. Anda ya.

Orhan hizo un gesto, nervioso.

—Es cierto. Quiero decir, los comunistas creían que era cierto.

Miró a su alrededor y por encima de su hombro, como si quisiera asegurarse de que no había por ahí ningún comunista que pudiera oírle.

—Empezaron a cavar, aquí en las ruinas. Mi tío me contó que los soldados que cavaron se pusieron muy enfermos. Se les caía el pelo a puñados.

—¿Y encontraron algo? —pregunté, tan cerca del fuego que se me llenaron los ojos de lágrimas.

—La muerte —respondió Elif. Intenté ver si estaba de broma, pero su rostro sólo transmitía placer: por estar ahí, conmigo y con Orhan, por decir las cosas que decía y ver cómo yo las absorbía—. Un mes o así después del inicio de la excavación, la ministra murió en circunstancias misteriosas. Varios funcionarios importantes que participaron en las excavaciones se suicidaron. Y el Comité de la Seguridad del Estado encerró a los que no murieron.

—Después sellaron el agujero —prosiguió Orhan—. Mi tío me dice que

echaron hormigón durante quince horas seguidas. Y eso fue todo. Buenas noches, dulces sueños. Ahora volvamos, antes de que me pillen fuera del puesto.

Pero cuando intentó ponerse en pie, Elif le tiró de la solapa.

—Un cobarde —dijo—. Eso es lo que has sido siempre. Aprende del americano. No tiene miedo.

—Oh, sí que lo tengo —dije. Pero no por su jerigonza. Y si hubiera visto el destello de los ojos de Orhan, ella también habría tenido miedo. En vez de eso, pasó la mano suavemente sobre el suelo pedregoso.

—Me pregunto qué aspecto tendría esa diosa de los gatos. Estoy segura de que volvía locos a los hombres sólo con un parpadeo de sus pestañas, el movimiento de su cola. Imagina que te entierran con tantos honores. Y luego los esclavos que cavan tu tumba..., muertos. Apuesto a que era la diosa la que volvía locas a las tracias. Apuesto a que no venían a bailar aquí en honor del borracho de Dionisos, sino en el suyo.

Ahí mismo, ¿veía el abrevadero que los tracios habían excavado en la roca? Ahí es donde las tracias mezclaban su vino sagrado, y lo bebían, sacerdotisas desnudas y locas del dios demente. Y despedazaban las cabras del sacrificio.

—E incluso hombres —dijo Elif, y sus ojos resplandecieron—. Si los hombres eran lo bastante estúpidos como para espiar sus bailes. Apuesto a que vosotros dos seríais lo bastante estúpidos —añadió, y rio—. Apuesto a que a vosotros dos os habrían hecho pedazos enseguida.

Supongo que a esas alturas estaba bastante borracha. Pero yo también. De lo contrario, le habría dicho que parase; si no por mí, por Orhan.

—Empieza a dolerme la cabeza —dijo éste—. Americano, ¿te duele la cabeza? —Pero no esperó mi respuesta—. Odio este lugar. Ni una vez he visto una serpiente entre las piedras, un pájaro en los arbustos, un escarabajo en el polvo. Todas las cosas vivas lo detestan y se mantienen a distancia.

—Bueno, a mí me encanta —dijo Elif—. Y tú, como toda tu familia, eres

un cobarde.

—Vamos —intervine, e intenté ponerme en pie sólo para volver a caerme de culo.

—No vamos a ninguna parte —dijo ella—. No tienes que actuar para que el cobarde parezca menos cobarde. Eso es lo que eres. Tienes el corazón de un ratón, como tu padre.

Entonces él le dio una bofetada, un revés que la tiró al suelo. Su labio brilló a la luz del fuego y lo lamió con hambre.

—Qué pedazo de hombre eres, tomándola con una chica como si fuera una oveja de las que usas para sobornar. Apuesto a que ni siquiera sabes disparar ese fusil.

¿Ah, sí?, dijo él, y cogió el Kaláshnikov. Pues sí, dijo ella, y esperó a que él se pusiera en pie. Los observé, hipnotizado: él a un lado del fuego, ella al otro, sus rostros ensangrentados por el movimiento de las llamas.

—Americano —dijo ella—, ¡despierta! ¿Dónde está la botella de raki?

Señalé, no muy seguro de que mi dedo marcara la dirección correcta. Pero, al mismo tiempo, ella encontró la botella en el suelo, y cuando se agachó para recogerla, tropezó y cayó. Se sacudió el polvo de la ropa y luego recogió la botella, donde todavía quedaba algo de bebida.

—Contaré diez pasos —dijo—. Uno, dos, diez. Luego dispara a la botella que tengo encima de la cabeza. Un hombre de verdad. Un valiente.

¿Crees que no lo haré?, dijo él. No creo que puedas, dijo ella, y él dijo: Ponte la botella en la cabeza y le pegaré un tiro, limpio como un copo de nieve. El seguro del fusil sonó y, mientras ella intentaba mantener en equilibrio sobre su cabeza la botella, que se movía de un lado a otro, un frío mortal se extendió por mi espalda y me aprisionó en su puño.

—La botella está torcida —gritó ella.

—¿O es que tienes miedo?

La risa de Elif zumbó en mis oídos.

—Vale —gritó ella—. Voy a levantar la botella. Así. Quítamela de la

mano.

Levantó el raki, dio pequeños pasos para contrarrestar su movimiento: las suelas de sus zapatos crujían contra la arena y la roca, la bebida chapoteó al fondo de la botella. Orhan apoyó el Kaláshnikov contra su hombro y concentró la vista en la mirilla.

—Te apuesto... —empezó Elif, pero no terminó.

El rifle había expulsado un solo sonido ensordecedor que golpeó las ruinas, rebotó y luego se alejó entre los riscos y hacia el valle en oleadas de eco. La botella ya no estaba en la mano de Elif. Su mano, sin embargo, afortunadamente seguía allí. Raki derramado brillaba en su cara sudorosa y en los rizos breves de su cabello.

La llamé, pero no me oyó.

Cualquiera puede ser valiente, dijo, frotándose los ojos, cuando está en el lado bueno del cañón. Veamos cómo afrontas el lado mortal. Oh, ¿de verdad?, dijo Orhan. Ahora estaban frente a frente, y él mostró el Kaláshnikov en sus manos.

—Levanto mi cantimplora y tú disparas. ¡Cinco pasos!

—Diez —dijo ella.

—¡Que sean quince! —Se quitó la cantimplora del cinturón y la levantó, como un conquistador que brinda por una victoria—. Americano —ladró—, está demasiado borracha para contar. Cuenta tú veinte pasos.

—Americano, ¡no te muevas! —ordenó ella—. Yo puedo. Sola.

Uno, dos, tres. Orhan levantó la cantimplora mientras Elif, a quince pasos de distancia, se echaba el rifle al hombro. Ella se tambaleaba, y estoy seguro de que lo habría matado si yo no la hubiera sujetado.

No hubo un *¡Déjame!*, *¡suéltame!* En vez de eso, cerró los ojos con serenidad y apretó la mejilla contra mi hombro. Una leve respiración ardiente inundó sus labios y nos mecimos juntos en el silencio oscuro antes de su risa. La siguiente vez que miré, Orhan le había quitado el Kaláshnikov y había puesto el seguro.

Él también se reía.

—Americano, te debo una.

Desde ese día, dijo, estaba para siempre unido a mí. Lo que yo le pidiera, por osado que fuese, lo haría.

Salté para darle un puñetazo en la mandíbula, para tirarlo al suelo, para dejarlo inconsciente. Pero, en lugar de hacer eso, enterré la nariz en la tierra y ellos se rieron. El tipo de odio que sentía por él, por ella, era nuevo, nunca antes lo había sentido. Y por un breve instante creo que me gustó.

—Oye —dijo Elif—. Es una broma. Hacemos esto siempre.

—Está fatal —asintió Orhan, y la cogió en brazos.

Desde donde estaba, en la tierra, la vi apoyarse contra su pecho, como había hecho conmigo, y no pude soportarlo. De regreso junto al fuego me hice una bola y recé por que el calor de la llama quemara mi odio. No podía razonarlo en palabras, pero lo sabía con los dientes y las uñas, y con los talones: durante semanas, mis suspiros por Elif me habían acercado a un punto de no retorno. Pero sólo esa noche, entre los altares del sacrificio, los abrevaderos para el vino adulterado, las paredes de las fortalezas que, por desgracia, ya no existían, había cruzado ese punto y me había zambullido, de manera irrevocable, hacia el fondo del pozo seco.

Cuando abrí los ojos, el fuego había muerto y una delgada línea roja ensangrentaba el horizonte. El sonido del Kaláshnikov resquebrajaba el aire: Orhan —no, Elif— disparaba al alba. Luego, en el valle, por debajo de nosotros, se oía un estruendo más fuerte. *¡Americano, levanta y prueba!*

Apreté el gatillo y el fusil se retorció, una serpiente mordedora en mis brazos. *Ra-ta-ta*. El eco respondió: *ta-ta-ta*, mil picos que chasqueaban. Estábamos en lo alto de una fortaleza desmoronada, y por debajo, en el valle, mil cigüeñas blancas crotoraban. Mil aerogeneradores hacían girar sus hélices, en filas pulcras e infinitas.

—Las cigüeñas hablan con el arma —susurró Elif a mi oído—, como si el arma fuera una de ellas. Hazlo otra vez —dijo—. Habla con las cigüeñas.

Al este, el sol se levantaba sobre el mar Negro. Apreté el gatillo y hablé con las cigüeñas.

Once

La diosa Lada había llegado tan al norte como podía y ahora su padre, el dios Perún, recogía el pelo desde su montaña. Ella sabía que su tirón no podía detenerse, pero aun así se resistió. Aquel día, mientras él descansaba, ella clavó los pies con fuerza en el suelo para despedirse de la tierra que dejaba. La oscuridad aguardaba en la cueva de su padre, un sueño intranquilo en sus pies eléctricos. Adiós, hermanas, les dijo a las piedras de muchos tamaños. Adiós, hermanas dulces y perfumadas. Un musgo denso y cubierto de escarcha cubría las piedras; las flores se marchitaron. Y, justo cuando estaba a punto de irse, Lada vio a través de sus lágrimas una nube en el horizonte, una multitud de jinetes como los que ningún dios eslavo había visto antes. Y delante vio a un hombre cuya cabeza estaba pulcramente afeitada, un hombre que empuñaba un sable brillante hacia ella. Su locura se apoderó del corazón de Lada, como un gusano en una manzana. Ella intentó correr y reunirse con él, pero ¿cómo podía escapar de los grilletes que la sujetaban? Tiró, mordió las trenzas, pero nada ocurrió. Entonces lloró con mayor angustia todavía.

Pero de pronto los jinetes se detuvieron. El hombre que los dirigía llevó el caballo hacia ella. Gruesos fragmentos de hollín alzaban polvo y ceniza de los fuegos del pillaje. En la lluvia de ceniza, el joven la observó sin decir una palabra.

—¿Eres un dios? —preguntó ella, y entonces se lo dijo: al principio había sido un jinete solitario, pero luego sus ganas de galopar sin cesar y saquear habían atraído al vórtice a una multitud de tribus inquietas. Ahora él era su líder. Atila. Pero ¿dios? Había un solo dios: el cielo magnífico y vasto cuya fuerza vital corría por sus venas.

Ella se rio.

—Cuando los mortales me miran a la cara ven un río.

—Yo veo una chica —dijo él.

Y entonces ella le rogó:

—Llévame contigo. Quiero cabalgar libre a tu lado.

—Entonces cabalga.

Él se dio la vuelta para marcharse, pero no se movió. Ella lo había esperado, por supuesto.

Esa noche los hunos acamparon junto al río, su horda se extendía cuanto el ojo humano podía abarcar. El cielo era misericordioso y abierto. La lluvia golpeaba la nube de ceniza y ennegrecía el pelo de Lada. Ella sabía que su padre se despertaría pronto y empezaría a tirar de ella.

—Dime —le dijo a Atila, que, enredado en sus trenzas, afilaba su sable en la pezuña de un ciervo—. ¿Dónde has estado? ¿Qué has visto?

Tenía miedo de mirarla a los ojos. Nunca antes se había sentido así. Dijo:

—Durante diez mil días no vi otra cosa que estepa y cielo. Luego vi una ciudad de plata. Pensé en detenerme allí para beber su agua, para comer la comida que su rey diera. Pensé en yacer bajo la sombra de los árboles plateados. En vez de eso, maté al rey y quemé la ciudad y la convertí en un lago de plata. Cabalgué diez mil días a través de la estepa y el cielo y di con una torre dorada. Dentro de la torre, como cigüeñas en una jaula, dormían mil mujeres: una mujer de cada tribu humana. Pensé en subir a la torre para mirar a todo el mundo. Pensé en acostarme con las mujeres para que me dieran mil hijos. Un hijo de cada tribu humana. En vez de eso, llevé la torre a su ruina. Pisoteamos a las mujeres con los cascos de nuestros caballos. Ahora sus pezuñas son doradas.

»Trescientos años sin descanso —añadió—. No puedo parar. Tengo que seguir.

—Llévame contigo —suplicó ella de nuevo. Y luego le habló de su pelo y de su padre, el dios grande y todopoderoso.

—Hay un solo dios —dijo él, y se puso en pie como para demostrarlo, y bajó el sable.

En vano, atacó el pelo de Lada. En vano, intentó cortarlo.

—Idiota —dijo ella—. Yo también soy una diosa.

—Hay un solo dios —dijo él por última vez, y corrió hacia su caballo.

En ese momento de la historia, mi abuelo normalmente se detenía y se acercaba, susurraba roncamente de tanto hablar, me raspaba en el oído.

—Un antiguo escriba anotó que los hunos habían hecho desaparecer el río Yantra. *Tan horrible era la multitud de hunos que cruzó el río Yantra, apuntó el escriba en su pergamino, que el día undécimo después de cruzar, los cascos habían cortado el río en dos. El día veinte, el Yantra fluía al revés, y el veinticuatro, había desaparecido por donde había llegado.*

»Ningún antiguo escriba puede explicar por qué pasó todo esto —susurraba mi abuelo—, pero yo sí. ¡Imagina, los cascos de oro, golpeando el lecho del río! Cien caballos, luego mil. Cien mil. El quinto día, el pelo de Lada empezaba a partirse, trenza a trenza. El día once, los hunos lo habían cortado por completo.

Perún se despertó. Tiró y llevó de nuevo el pelo de Lada hacia su montaña, como se recoge una red de pesca. Qué horror cuando el viejo imbécil no encontró ninguna Lada donde terminaban las trenzas.

Lada estaba libre. Con el pelo corto, voló tras Atila y sobre sus alas volaron la Primavera y la Belleza. Donde pasaban los hunos, la hermosa muerte los seguía. Y en las piras funerarias florecían peonías brillantes.

Tercera parte

Uno

Y después llovió, melodramáticamente, durante muchos meses. O al menos eso parecía bajo la rígida manta de Ródope, que me raspaba las mejillas cada vez que me movía y me daba la vuelta. Francamente, me sentía avergonzado. Francamente, no podía evitarlo. Al otro lado del cristal de la ventana gastada por el tiempo, sobre las colinas lejanas, negras olas chocaban con otras todavía más negras. Nubes griegas rasgaban las turcas y batallaban con las nuestras. En otra época, me contó mi abuelo, en vísperas de la primera guerra de los Balcanes, hasta las nubes se habían visto obligadas a jurar lealtad a una sola nación. «Hoy llueve lluvia turca —decía, luego se sentaba a los pies de mi cama y me obligaba a beber una taza de té de *mursal*—. Sólo la lluvia turca toca con esta suavidad. Y las chicas turcas.» Se reía para animarme, pero yo miraba fijamente el vapor.

«Despierta, hijo mío —gritaba una hora más tarde, y abría la ventana—. Dos días es mucho para estar ahí tirado en la cama. Ven y ayúdame a atar las tomateras. El viento ha tumbado algunos tutores.»

En vez de hacerle caso, me tapaba con la manta y esperaba a oír los pasos que se alejaban.

Cada día trabajaba en el jardín, iba a buscar pan y yogur al Café Pasha, incluso iba en el autobús hacia la ciudad; un viaje de negocios, me dijo, que habría sido mucho más soportable con mi agradable persona a su lado.

«¡Un sacrilegio! ¡Tres días en la cama!»

«Hijo mío, ¿cómo puedo decir esto de forma amable? Apesta como un tejón viudo. Corre y dúchate bajo la lluvia, y luego ayúdame a arreglar los tutores de los pepinos.»

«¡Cinco días! Un corazón de gelatina de rosa se curaría en cuatro.»

Cada vez que venía a mi habitación, yo quería que se fuera. Cada vez que se iba, quería que regresara. Qué trágica pérdida de un tiempo precioso, pensaba, y lo observaba hacer el payaso, con los hombros encorvados a los pies de mi cama. Por vergüenza, me dije. Levanta. No hay que perder el tiempo con corazones rotos.

«Duele mucho —decía algunos días—. Se clava como una daga en la espalda. La lluvia griega.» Expulsaba las palabras como si fueran baba. Observaba durante un buen rato el nido de cigüeñas en el techo de la casa más cercana a la nuestra: una cigüeña que afrontaba la fuerte lluvia, empollando los huevos, la otra cazando ratones, ranas, pequeñas serpientes; las dos intercambiando puestos. Mi abuelo chasqueaba la lengua. «Si llueve así otra semana...», decía, pero no terminaba.

El sexto día de mi autoimpuesto encarcelamiento doméstico, mi abuelo golpeó en la puerta, y desdeñando por completo el grito con el que yo le pedía esperar, irrumpió. Llevaba una bolsa de nailon de pan y con esa misma mano intentó cerrar su paraguas.

—Se ha vuelto a enganchar esta mierda —murmuró, sin levantar la vista, agitando el paraguas y echando agua sobre mí, sobre el escritorio, sobre el mapa del mundo antiguo que había detrás de mí. Luego, casi como algo que se le hubiera ocurrido después, añadió—: Mira a quién he encontrado fuera, bajo la lluvia, con miedo a llamar.

—Abuelo —empecé a decir, pero él, todavía peleando con el paraguas, entró para dejar pasar a Elif.

Apareció bajo el umbral tan empapada, tan encogida, tan abatida con el pañuelo pegado a las mejillas, con las mangas de la chaqueta empapadas y colgantes, que no tengo ni idea de dónde brotó ese estallido de risa repentina.

—Sí, ríete —dije, de pie y desnudo en el centro de la habitación, el par de calzoncillos limpios que me quería poner traicioneramente alejados en el armario—. Tú también, abuelo. Ríete.

Con una sonrisa feliz en la cara, mi abuelo me alargó el paraguas. Y mientras yo me tapaba a toda prisa, él habló con Elif, todavía sonriente, y, como era previsible, tan ásperamente como pudo:

—Lluvia fría hoy, Elif. Búlgara.

Dos

Le castañeteaban los dientes; le temblaban los hombros. El agua goteaba de su chaqueta y tamborileaba en la alfombra, pero ella se negaba a quitársela. Le ofrecí una manta, pero rehusó, no tenía frío. «Tonterías», dijo mi abuelo, desde la cocina, y me ordenó que me diera la vuelta. Cuando volví a mirar, la chaqueta de Elif se secaba extendida en el colgador de la esquina y ella estaba envuelta en un capullo de lana. El anciano le puso una taza humeante en las manos, y mientras ella se la llevaba a los labios, algo de té cayó en el pañuelo, ahora extendido sobre su regazo.

—Con extra de miel —dijo él, y no se movió hasta que Elif hubo tomado unos pequeños sorbos.

En el umbral, se detuvo.

—Tengo mucho trabajo que hacer —mintió—, y estaré en mi estudio. Si quieres más té, el chico puede hacerlo. —Dudó, pero al final decidió dejar la puerta bien abierta.

Para entonces, algo de color había enrojecido las mejillas de Elif y el morado de sus labios había empezado a volverse escarlata. Ella humeaba bajo la manta, el hedor de la lana húmeda se mezclaba con la peste de mi sudor de seis días y empapaba la ventana de manera que ya no reconocía el patio, los tejados y las cigüeñas.

—Bonito camión de bomberos —comentó Elif, y movió la cabeza hacia el juguete junto a mi escritorio.

Le dije que la escalera era telescópica, lo que significaba que se extendía cuando era necesario.

—Sé lo que significa *telescópico* —dijo ella. Y luego—: Estoy segura de

que lo hace.

Miró la habitación en silencio.

—Han detenido a Orhan —dijo por fin—. Está en régimen de aislamiento. Pero su padre matará un carnero y sobornará a la gente correcta y saldrá antes de que su barba haya crecido un tercio de la tuya.

—¿Y te parece divertido? —pregunté, asqueado, y, avergonzado, me rasqué la descuidada cara.

—Me parece hilarante. Como el resto de mi vida, que está llena de chistes.

Por ejemplo, uno bueno: ya no le dejaban ver a su hermana. Ahora Aysha estaba sola, encerrada en su habitación, y no había suficientes carneros en el mundo que pudiéramos matar para sobornar a su padre.

—Es el único que puede verla. Le da de comer, la baña, en su habitación. Y no me sorprendería —añadió— que mi madre se uniera pronto, tal y como ha estado ardiendo con el fuego cristiano.

Otras chicas del pueblo ardían también. Era una verdadera locura, ahora, dos días antes de la festividad de San Constantino y Santa Elena.

—Ojalá yo también estuviera ardiendo —dijo ella—. Cogería al tal san Kosta de las barbas y entonces, ¡agarra fuerte, Elif!, o me sube a las nubes o le estampo la jeta en el suelo. No hay tercera vía.

La vi enfurecerse, más guapa ahora en su enfado de lo que nunca había estado. Los rizos cortos de su pelo se secaban y se curvaban y parecía una bola de agujas que yo quería, no, que me sentía obligado a abrazar. Ahí estaba, pidiendo ayuda a gritos —una pequeña bestia acorralada y feroz— y yo sólo pensaba en la suavidad de su aliento en mi cara.

—Entonces, ¿qué tal salgo en la comparación? —le pregunté.

Ella pestañeó, sorprendida por la pregunta y por mi tono. Uno junto a otro, dije. Orhan el pastor, el soldado cuya locura sólo podía igualar la de Elif, y yo, el extranjero aburrido.

—Basta, por favor.

Pero seguí. Él era alto, yo no. Él era apuesto, yo... no tanto. Él era

atrevido, espontáneo y valiente... Por favor, dijo ella. ¿Por qué? Yo podía ser tan vil como ella. Simplemente, tenía que saberlo.

—Bueno —gritó—. Estás bien, ¿vale? —Y sólo entonces me miró a los ojos, los suyos febriles y asustados—. Das seguridad, ¿vale? Eres fiable. Pero mañana te habrás ido y yo seguiré aquí.

No tenía respuesta para eso. Le pregunté por qué había venido.

—Para decir que lo siento. Por un momento pensé: aquí hay alguien. Mi billete para irme. Pero tienes razón. Estoy loca. Y los locos ven cosas que no existen.

No creo que haya tenido nunca tantas ganas de besar a una chica como las que tuve en ese momento. Quería consolarla, decirle que yo también había visto cosas que no existían, pero que podían existir. Una imaginación fuerte, quería decir, podía hacer que existieran cosas.

—Pero no es la única razón —añadió—. He venido a pedir ayuda.

Le pregunté cómo podía ayudarla y por primera vez sus labios se fruncieron en algo que podría haber sido una sonrisa.

—Tú no.

Tres

Pero mi abuelo no quería saber nada.

—Elif —dijo, y apartó la página que estaba escribiendo—. Sabes que te aprecio.

—Entonces demuéstralo —gritó ella, pero cuando volvió a hablar su tono se había suavizado.

No quería que mi abuelo matara más gallos, ni quería que se manchara las manos de sangre con más hogueras mágicas. Él había elegido mantenerse alejado de los *nestinari*, por las razones que fuesen, y ella lo respetaba. Pero tenía que decirle dónde podía encontrarlos.

—¿Encontrar a quién? —pregunté desde el umbral.

En otra época, en algún momento de mediados de los sesenta, la mayoría de los cristianos habían dejado Klisura y se habían ido a la ciudad. En Burgas había dos edificios de apartamentos llenos de gente de Klisura.

—Dime, abuelo —dijo Elif otra vez—. ¿Adónde fueron los *nestinari* cuando se marcharon de Klisura?

Él movió la mano como si quisiera alejar un mosquito. ¿Por qué debería decírselo?

—Para robar el Lada de mi padre mañana. Para meter dentro a mi hermana y llevarla hasta los *nestinari*. Para que puedan curarla.

Él la mandó callar con una amabilidad que yo no me creía en absoluto. Le dijo que dejase de echar leña al fuego. Nadie podía curar a su hermana, porque su hermana no estaba enferma, sólo estaba actuando. Como todo el mundo en el pueblo, incluyendo a su madre.

—¿Quieres ayudar? Pues ignóralas.

—¿Igual que tú hiciste con las dos chicas de la aldea de arriba? ¿Ellas también estaban actuando, abuelo? Eran actrices convincentes, hasta la tumba.

—Esas chicas —dijo mi abuelo— eran otra historia. Esas chicas...

Pero ahora le tocaba a ella interrumpirlo. Tenían que haber ido a algún sitio, los *nestinari*, a algún otro pueblo, y ella iba a encontrarlos.

—No los encontrarás allí —tartamudeó mi abuelo, su amabilidad deshecha—. Porque todos cruzaron la frontera, las serpientes. Y se quedaron allí, en Turquía.

—No te creo —dijo ella—. Tienen que quedar algunos.

Me quedé entre ellos, listo para terminar esa discusión. Mi abuelo se había puesto tan amarillo como el papel en el que escribía, y yo estaba preocupado por su tensión. Pero antes de que hablase, Elif me cogió de la mano y la apretó.

—*Amerikanche*, tienes que pedirselo.

—*Amerikanche*, no me pedirás nada —dijo mi abuelo, o más bien gritó furiosamente—. Tú, americano, te mantendrás al margen de este lío. Y tú, Elif, aquí hay unas cosas para que las pienses. —Cogió una hoja en blanco e hizo una línea con su bolígrafo, como si subrayase un texto invisible—. Tu padre está castigando a tu hermana para poder castigarte a ti y llegar hasta mí. —Trazó otra línea—. Tú estás castigando a mi nieto para vengarte de tu padre. ¿Y por qué? ¿Qué vas a probar? —Y luego otra—. ¿O es que *tu padre* te ha mandado aquí? ¿Para tener sus valiosas tierras y cosechar los vientos para ganar dinero? Deja en paz a mi nieto, Elif —espetó, y rodeó las líneas—. Vete a casa y no vuelvas.

A estas alturas, ella estaba llorando. Su llanto era tan tranquilo que ni siquiera me di cuenta de cuándo se detuvo. «De acuerdo», dijo, y se secó las mejillas. Tiró la manta húmeda al suelo como una segunda piel y, sin levantar la vista, salió por la puerta.

—No puedo creerte, abuelo —grité. ¿Eran la tierra y unas casas

desmoronadas más importantes que la vida de una niña? ¿De verdad se negaba a ayudar a las niñas, para castigar a su padre?

Alcancé a Elif dos casas más adelante. Por supuesto, melodramáticamente, seguía lloviendo. Le dije que parase y, cuando no lo hizo, la cogí de la mano y la obligué a volverse.

—Esas chicas de la aldea de arriba —dije—. ¿Qué les pasó?

—¿Tú qué crees? Pillaron la fiebre de san Kosta y se murieron.

Pero ¿cómo? Si todo estaba en su cabeza, y todo era teatro para llamar la atención.

—Tú lo has dicho mejor, *amerikanche*. Una imaginación poderosa puede hacer que las cosas existan de verdad.

Intentó soltarse, pero no la dejé.

—Te ayudaré a encontrar a los *nestinari*. Haré que me diga dónde se fueron.

Ella negó con la cabeza.

—Tiene razón —dijo, casi gritando por encima del ruido de la lluvia—. No volveré a molestarte.

Estoy seguro de que vio llegar mi beso a un kilómetro de distancia, pero aun así fingió sorpresa.

—No, por favor —dijo, pero sólo después de dejar que la besara una segunda vez se soltó y desapareció bajo la lluvia.

Cuatro

—Recuerdo que estaba sacando agua del pozo cuando llamó el hombre, ahí mismo en la carretera. No había pasado ni un mes desde que había vuelto a Klisura, así que hace tres años. Me acuerdo de que era mediodía a finales de mayo, pero el sol ya era de agosto.

«¿Eres el maestro?», preguntó el hombre, y mi abuelo le dijo que sí, que había sido maestro. Ven a la sombra, dijo el hombre, bajo el emparrado. Llevaba una chaqueta sin mangas, de piel de cabra, con puntos blancos y negros. Y su bigote era tan grueso como sus antebrazos. «Tengo tanta hambre que me bebería un río», dijo el hombre, y mi abuelo llenó la jarra con el cubo. El hombre bebió y negó con la cabeza. «Esto no ayuda.» Apartó la jarra, metió la cabeza en el cubo y la mantuvo dentro tanto tiempo que mi abuelo pensó que quizá se había ahogado. Cuando al final el hombre sacó la cabeza, sus pulmones silbaban y, cuando miró a su alrededor, tenía la cara roja y dos arroyos descendían de su bigote.

—Maestro —dijo—, mis hijas se están muriendo y tienes que salvarlas.

Había venido desde la aldea de arriba, en algún lugar en lo alto de la colina, para llevárselo a su lecho de enfermas.

—Déjame adivinar —dijo mi abuelo—, ¿tus chicas arden con la fiebre de los *nestinari*?

El hombre abrió mucho los ojos.

—Lo sé —repuso mi abuelo—, porque desde hace dos semanas, como un oso de circo, he estado dando vueltas por casas de chicas enfermas. Y ni una de ellas está de verdad ardiendo y todas fingen.

Pero esa vieja abuela, tartamudeó el hombre, esa vieja cristiana había visto

a sus hijas y había reconocido en sus ojos la fiebre de san Kosta.

—Esa vieja cristiana —respondió mi abuelo— está triste y senil. No sabe nada de san Kosta.

—Pero tú sí, maestro —replicó el hombre—. Por eso he venido a buscarte.

Mi abuelo le preguntó si había llamado a un médico de verdad para que viera a sus hijas, y el hombre le respondió que no confiaba en los médicos de verdad. No desde que habían dejado que su mujer muriera en el parto, en el hospital de la ciudad, además.

—Lo siento, *kardash* —le dijo mi abuelo—. No puedo ayudarte.

El hombre lo observó, asombrado. Negó con la cabeza. No se iba.

—Me parece muy bien —dijo mi abuelo, luego volvió hacia el banco y fingió leer el periódico.

—Maestro, si fuera por mí, no estaría pidiéndotelo de nuevo. Pero estoy suplicando por mis hijas. Si tú también eres padre...

Ahí la paciencia de mi abuelo se acortó un poco. Habían pasado meses desde la última vez que había sabido algo de mí y quién sabía si volvería a oír mi voz alguna vez. Preguntó al hombre qué sabía de que él fuera padre y de esto y aquello, y en general trajo mucha vergüenza sobre nuestro nombre aquel día.

El hombre no dio ninguna respuesta. Abandonó el jardín como un perro apaleado, dejando tras él un rastro de agua embarrada en el polvo. Una semana más tarde, oyó mi abuelo, sus hijas murieron.

Había vuelto a la habitación de mi abuelo todavía mareado por mi beso con Elif —¡no, dos besos!— y lo había encontrado tirado en la cama, con los ojos cerrados y los brazos cruzados en el pecho.

—No me encuentro bien —dijo, sin mirarme.

Ya había tomado algunas pastillas, pero ¿podía tomarle la tensión? Lo hice. La cifra era alarmantemente alta. Le ordené que se quedara quieto y dejara que las pastillas hicieran su magia.

—Me he puesto hecho una furia, hijo mío. He dicho cosas que no debería haber dicho.

—¿Tú crees?

Durante un rato escuchamos la lluvia en el exterior, que se había suavizado hasta convertirse en un goteo.

—No me importa cuál es la nacionalidad —dijo mi abuelo para romper el silencio—. Esta lluvia me deprime infinitamente y enloquece mi lengua.

—¿Tú crees? —dije, y estuve a punto de disculparme, porque yo también había dicho cosas que no debería.

En vez de eso, fui a ponerme ropa seca y, de vuelta en su habitación, le tomé la tensión otra vez. Más baja, pero todavía en la zona de peligro.

—Lo que le has dicho a Elif —dije— de que ella me hace daño para vengarse de ti, de su padre haciéndole daño a ella para vengarse de ti. ¿Lo crees?

—Da igual lo que yo crea. Me he equivocado más veces de las que quiero recordar.

Escuché en silencio, sin atreverme a interrumpir, mientras me contaba la historia de las chicas enfermas y su padre.

—Todavía hoy —dijo al final— estoy convencido de que podría haberlas salvado. Ojalá hubiera ido a la cabaña. Habría reconocido la fiebre.

Sabía que debería ahorrarle las preguntas, esperar hasta el día siguiente, cuando se sintiera mejor. Y, sin embargo, no pude evitarlo.

—¿La fiebre de los *nestinari*?

Pestañeó un momento, masticando unas semillas invisibles. Luego se incorporó y, entre los crujidos del somier, habló:

—Coge el metro. Quiero enseñarte una cosa.

Cinco

El aula tenía un olor dulzón, como a libros viejos. Y a cerrado: como pies, botas de agua, calcetines que hubieran permanecido húmedos muchos años. Y a madera podrida, y a paja y orina de ratón; al menos así es como decía mi abuelo que olía la orina de ratón. Yo sólo había bajado al primer piso una vez; no me parecía que hubiera nada que ver, aparte de tres hileras de pequeñas mesas, una más grande delante del maestro, inclinada hacia un lado con una pata rota, una vieja estufa, una pizarra con letras sueltas todavía legibles bajo el polvo y libros: pilas y pilas como prisioneros viejos y retorcidos, alineados contra la pared a la espera de la ejecución.

No hace falta decir que cada vez que mi abuelo estampaba uno de los pequeños libros sobre la diminuta mesilla delante de mí, yo estornudaba. Los seleccionaba uno a uno de los montones, con la facilidad de un bibliotecario experto. Al final se sentó en la silla a mi lado; los dos parecíamos pequeños colegiales listos para la lección.

—Ahora vuelve a tomarme la tensión —dijo, y lo hice, por tercera vez.

Estaba mejor, pero todavía podía mejorar. Asintió.

—Vamos a empezar con una lectura ligera, entonces. —Y desató los hilos rojos que cerraban la carpeta delante de nosotros. Se levantó polvo, amargo como medicina.

—«El hombre llega a la Luna» —leyó mi abuelo, sacando un recorte de periódico—. Un gran salto para la humanidad, un artículo diminuto en un periódico comunista. «Desentierran los huesos del zar Kaloyan.» «Desentierran el tesoro más antiguo de Europa»... Aquí, lee esto.

—«Mayo de 1998» —leí de una página de bordes rasgados—. «Una

epidemia de desmayos en Tanzania.»

Veinte niños de un colegio de Tabora que hacían sus exámenes finales habían sufrido un repentino brote de desmayos, algo frecuente en Tanzania, decía el artículo. Había habido mucho llanto y gritos y carreras mientras se desarrollaba el examen y luego habían surgido los brotes de desmayos.

Mi abuelo había sacado otro recorte. Éste era de octubre de 1983. «Epidemia de desmayos en Cisjordania.»

—Títulos creativos —dije, y él resopló.

En marzo de 1983, decía el artículo, más de novecientos colegiales palestinos y un puñado de mujeres del ejército israelí se habían desmayado en Cisjordania. Una posterior investigación palestina había determinado que en algunos casos podía haber sido el resultado de un agente químico israelí, pero la mayoría de los casos habían sido puramente psicósomáticos.

—Puramente psicósomáticos —dijo mi abuelo, y subrayó la línea con el dedo para destacarla.

Agitó otro recorte delante de mi cara y yo sonreí una vez más en la suya.

—«Epidemia de risa en Tanganika.» Enero de 1962.

Histeria masiva en un internado femenino que llevaban unas misioneras en Kashasha. El brote de risa había empezado con tres chicas y antes del atardecer había afectado a dos tercios de los estudiantes y ni a un solo profesor. En marzo el colegio estaba cerrado, enviaron a las alumnas a casa y, con ellas, a la epidemia. Más colegios, más chicas, miles de personas, todas riendo. Y con la risa, dolor, desmayos, flatulencia —mi abuelo tocó la palabra con un dedo retorcido—, problemas respiratorios, sarpullidos, ataques de llanto, gritos arbitrarios.

—¿En Tanganika? —repetí, y que Dios me perdone, pero no pude evitarlo, me eché a reír.

Vi que él también intentaba contenerse. En vano. Pronto nos reímos juntos, un tiempo exageradamente largo, y por un momento me pareció que iba a deshacerme y que todos los problemas que me aplastaban como si

fueran piedras —Elif, Orhan, la niña enferma, mi abuelo enfermo, mis préstamos estudiantiles— se alejarían y yo quedaría libre.

—Estamos condenados —dije—. A la flatulencia y a los estornudos sin motivo.

—La plaga de estornudos de Klisura —dijo mi abuelo, y se secó las lágrimas de los ojos—. ¡Que san Kosta nos ayude!

Cerró la carpeta y los dos boqueamos en busca de aire.

—Ahora —dijo cuando nos habíamos calmado un poco y habíamos abierto un libro.

Lo que había captado de inmediato mi atención era una ilustración, o más bien una reproducción de un grabado medieval, de hombres y mujeres con lo que yo diría que era ropa bávara, con los cuerpos retorcidos en posiciones extrañas y poco naturales, con rostros desfigurados: ojos saltones, la lengua fuera y mechones de pelo que salían en todas las direcciones como el fuego.

—Como un estudiante de verdad —dijo mi abuelo—, observa primero la imagen.

Una imagen vale más que mil palabras, comenté recurriendo al tópico.

—¿Y cuántas palabras vale ésta?

Me esforcé en descifrar la letra: Bulgaria a la antigua usanza, antes de 1940.

—La plaga de danza de 1518 —dije por fin, y experimenté una gran sensación de victoria. Pero él me indicó que siguiera leyendo. Y lo intenté, luego fingí leer, moviendo los labios en silencio mientras me saltaba las letras cuyos sonidos no conocía—. ¡Qué interesante! —exclamé. Había habido una plaga de danza en 1518. Una epidemia.

—¿Tú crees? —preguntó mi abuelo, luego pareció apiadarse de mi ineptitud—. Empezó en julio —dijo.

Una mujer soltera bailó febrilmente por las calles de Estrasburgo. Durante seis días seguidos. En una semana su locura había infectado a tres docenas de personas; en un mes, a cuatrocientas. Los médicos locales llamaron para

sangrar a los enfermos. Pensaban que era «sangre caliente» lo que causaba la aflicción. En vez de eso, las autoridades llevaron a músicos, construyeron un escenario, animaron el baile de todas las maneras posibles. Sólo bailando día y noche, decían, se curarían los enfermos. Antes de que terminase el mes, más de veinte danzantes habían muerto de fatiga por ataques al corazón.

Mi abuelo señaló una línea de texto en el libro: «Bailaban con tanto fervor que sus costillas se rompieron como si fueran palos». Pasó la página para revelar otra ilustración: dos hombres luchando por contener a una mujer, otros dos tras ellos y dos hombres más, todos pugnando por contener a mujeres salvajes y danzantes.

—La ciudad de Aquisgrán, en Renania del Norte, en Alemania —dijo mi abuelo—. Una residencia predilecta de Carlomagno y más tarde...

—El lugar de coronación de los reyes de Alemania —terminé.

Asintió.

—Y una de las primeras epidemias registradas: 1374.

Pasó la mano por la página arrugada. En resumen, esa manía de los bailes estaba bastante de moda en la Europa medieval. Afectaba a miles de personas, independientemente de su edad, nacionalidad o género. Se creía que la mejor manera de alejar la fiebre era tocar música mientras los enfermos bailaban. Pero la música sólo atraía a más gente.

Entonces le hice la más lógica de las preguntas:

—¿Cuál era la causa?

Él se humedeció los labios.

—Algunos decían que era un encantamiento. Otros creían que era una maldición. De este santo imbécil.

El cuaderno mostraba a un hombre de pelo claro en un caldero hirviente. Un mártir con halo, sin duda, que tenía una biblia en una mano. Un gallo apoyado en la biblia. En la otra mano, como si fuera un cetro, el mártir tenía una hoja de palmera, o quizá la pluma de un ave —tan grande como la de una cigüeña—, no era fácil distinguirlo.

Leí el pie:

—«San Vito.»

Llamaban al frenesí de la danza el baile de san Vito. Y lo coronaron patrón de los danzantes y epilépticos de toda Europa. Cada año, el día de su festividad en junio, grandes grupos bailaban ante su estatua para buscar alivio y la absolución de sus pecados. Él había muerto por su fe, el pobre hombre. Los romanos lo cocieron en alquitrán.

Mi abuelo cerró el libro suavemente.

—Ahora lo llaman *chorea minor*. —Las sacudidas rápidas y descoordinadas que afectaban a la cara, los pies, las manos—. Luego está esto.

Hojeó el tercer tomo, donde fragmentos de papel amarillo hacían de marcapáginas, hasta encontrar un nuevo dibujo, esta vez de semillas y esporas y polen y otras peculiaridades de la anatomía de las plantas que yo no podría nombrar.

—*Claviceps purpurea*, o cornezuelo. Crece en el centeno, el trigo o la cebada cuando hay nubes y humedad durante semanas. Como en los climas del norte, por ejemplo. Envenenas el cuerpo con eso demasiado tiempo y acabas contrayendo ergotismo.

¿Y qué es lo que implica algo tan bonito?

Espasmos, manía, psicosis. Vómitos y convulsiones, alucinaciones similares a las del LSD. Gangrena.

¿Parecidas a las del LSD?, pregunté, y él dijo que lo había oído bien. Y gangrena. Con gran destreza volvió al libro anterior, me enseñó el dibujo de otro santo.

—Llamaban a los síntomas gangrenosos de la enfermedad el fuego de san Antón, porque los monjes de la orden de San Antonio sabían tratar muy bien la enfermedad. Pero no todo el mundo era tan compasivo o comprensivo.

Sacó otro libro de la pila. Otro estornudo, otra historia. Pero ésta —para mi sorpresa— ya la había oído antes. De hecho, la había estudiado en clase,

en Estados Unidos.

En el invierno de 1692, dos niñas pequeñas, primas del pueblo de Salem del Massachusetts colonial, sufrieron una extraña dolencia: las niñas gritaban, babeaban, se contorsionaban en posiciones raras, tiraban objetos por toda la casa. Cuando un médico no encontró una explicación científica para su enfermedad, se extendieron los rumores. Habían embrujado a las niñas. De acuerdo, estas cosas ocurrían en esas épocas supersticiosas, pero ¿quién las había encantado? En muy poco tiempo se nombró a los perpetradores. Las primas enfermas identificaron a sus torturadoras: tres mujeres de la localidad que, según las chicas, habían convocado a Satán para atraparlas en un encantamiento demoníaco. Se juzgó a las mujeres y rápidamente se ahorcó a dos de ellas. Al final del año, ciento cincuenta residentes del pueblo de Salem habían sido acusados de brujería; muchos de ellos fueron excomulgados, ejecutados y enterrados en fosas comunes poco profundas.

—¿Suenan familiares? —preguntó mi abuelo, y me miró con ojos acuosos.

—Bueno, claro. Quiero decir, no. ¿Puedes explicarte?

Buscó al otro lado del pupitre y abrió otro libro.

Tres años antes de la caza de brujas de Salem, una lavandera irlandesa fue ejecutada en Boston, acusada de embrujar a los niños de la adinerada familia para la que trabajaba. El caso, de manera poco sorprendente, atrajo mucha publicidad, y un tal Cotton Mather, un influyente ministro puritano de Nueva Inglaterra, llegó a incluirlo en su libro sobre brujería y posesión.

El abuelo subrayó una línea en el libro, bajo el dibujo de la pobre mujer, que colgaba de un árbol.

—Cotton Mather —dijo—. Siempre me he preguntado qué tipo de nombre humano es éste. Iván lo puedo entender. O Borís. O Stroyan. Pero ¿Cotton Mather?

—Olvida el nombre —grité—. Termina la historia.

—Un fría noche de enero de 1692 —empezó mi abuelo, abriendo otro libro del montón, más delgado que todos los demás—, las dos pequeñas

primas, Betty y Abigail, ahora casi puedo tolerar estos nombres, jugaban a ser adivinas en la cocina.

Habían pedido a una esclava de la casa que les enseñara magia y estaban convocando a fantasmas en los espejos, intentando ver con qué tipo de hombres se casarían cuando crecieran, esas tonterías de chicas. La esclava — se llamaba Tituba y era india o quizá africana o caribeña— les había hecho a las chicas «guiso de brujas». Lo que había en el asado sólo Dios lo sabe, pero uno puede imaginar cómo les gustó a las pequeñas. Antes de la noche veían bonitos colores y hombres galantes y ataúdes en el espejo.

De forma que, como ocurría a menudo, las dos niñas les hablaron a sus amigas del juego mágico; es muy probable que también compartieran el guiso de brujas. Pronto, la pequeña Betty había empezado a descuidar sus recados, no podía concentrarse en la iglesia, estaba inquieta en la mesa al cenar y, cuando su padre intentó rezar el padrenuestro, ella gritó y ladró como un sabueso. Una vez hasta le tiró una biblia a la cara desde la otra punta de la habitación.

—Adivina —dijo mi abuelo— cuál era la ocupación de su pobre padre en Salem.

No se necesitaban grandes dotes imaginativas para acertar. Era el reverendo del pueblo.

—Y entonces pensó que curaría a su chica enferma con oraciones. Hasta que el demonio la tragó entera. —Se inclinó sobre el folleto y leyó—: «A partir de los textos de John Hale, un testigo de la dolencia. Las chicas parecían mordidas y pellizcadas por agentes invisibles; sus brazos, cuellos y espaldas se giraban a un lado y otro, una y otra vez, de una manera que por sí mismas no podían hacer... A veces se quedaban mudas, con las bocas cerradas, las gargantas ahogadas, los miembros destruidos y magullados y se necesitaría tener un corazón de piedra para no compadecerlas».

Un médico fue a ver a las chicas. E, incapaz de encontrar una explicación científica, afirmó que la pequeña Betty estaba presa de la Mano del Diablo.

—Atrapada —dijo mi abuelo, y me miró a los ojos.

—Atrapada —repetí, y oí mi voz que caía, mi garganta seca.

Pero ¿quién había embrujado a las chicas? Porque en aquella época de la Nueva Inglaterra puritana, la brujería era un crimen de graves proporciones, y todo crimen debía tener un culpable.

—¿Y qué piensas que hicieron esas preciosas chicas? —preguntó mi abuelo—. ¿Centros queridos de la atención absoluta, en la casa de un padre despótico, en un pueblo donde el rey de Inglaterra ha prohibido la alegría, donde es obligatorio ir a la iglesia tres horas dos veces a la semana y sólo se puede leer la Biblia, una y otra vez? Las chicas gritan: ¡*Lo hizo Tituba!* Y enseguida arrestan a Tituba. ¡*Ay, amos, lo hice yo, ay!* —Mi abuelo hizo su mejor imitación de un esclavo estadounidense del siglo XVII—. *Me obligó el Diablo. El Diablo está entre nosotros, aquí en Salem.*

Para demostrar que las chicas estaban embrujadas, Tituba hizo un pastel de brujas —comida de centeno y orina de las niñas enfermas— y se lo dio a un perro. Si el perro enfermaba, como naturalmente ocurrió, las chicas estaban bajo un encantamiento. «Comida de *centeno*», dijo mi abuelo, y dejó que aquello permaneciera en el aire con gran severidad.

Después Tituba, objeto de atención por vez primera, habló de demonios que asumían la forma de ratas, perros, lobos y pájaros amarillos. De volar sobre el pueblo montada en escobas. Sin duda, también ella había estado picoteando el guiso de las brujas. Y si Tituba se hundía, ¿por qué no arrastrar a todo el mundo con ella? «¡No estoy sola!», exclamó en su confesión, y señaló a una tal Sarah Osborne. Esa mujer, dijo Tituba, tenía una criatura diabólica. Con cabeza de niña, dos piernas largas y alas, como las de una cigüeña.

«Sí, sí —gritaron las dos chicas—. ¡Hay otros culpables!» Y empezó la farsa de la delación. Y por todo el pueblo, más niñas, e incluso mujeres —sedientas de atención y poder—, empezaron a sufrir ataques demoniacos y a cantar los nombres de sus culposos torturadores. El día anterior no tenían

rostro ni nombre. Hoy tenían las vidas de otras mujeres entre los dientes. La venganza era suya.

Porque la gente de Salem no se llevaba nada bien. Discutían por tierras, por lindes y por derechos de pasto. Y el reverendo, el pobre padre de Betty, había aceptado tierras y dinero que no debía tomar y favorecía a algunas familias a expensas de otras.

Así que utilizaron el encantamiento como excusa para incriminar a sus enemigos. Y el misterioso guiso de brujas sólo había envenenado a algunas de las chicas (¿o sería el centeno en mal estado?) mientras otras fingían estar enfermas, ansiosas por obtener poder y atención. Las piezas del puzle encajan con una precisión inquietante. Ahora, del mismo modo, cientos de años más tarde y a miles de kilómetros de distancia, las pobres y atormentadas chicas de Klisura se rebelaban contra sus padres.

—¿Y las chicas de la aldea de arriba? —pregunté—. ¿Cuál fue el guiso que las puso enfermas?

—Hace dos años —dijo mi abuelo, y buscó la carpeta de recortes— encontré esto en el periódico.

Puso el artículo delante de mí suavemente, con miedo, como si dejara un pollo recién salido del cascarón.

Hacía mucho frío y me di cuenta de que el sol casi se había ocultado tras las colinas. Algo se movió en la esquina; las vigas por encima crujieron. Temblando,forcé la vista para leer el titular:

—«Cinco muertos en Grecia por la fiebre del oeste del Nilo.»

—A cincuenta kilómetros de aquí —dijo mi abuelo.

Para él, lo que había pasado tres años antes era trágicamente sencillo. Las chicas habían ido al río para ver a las crías de las cigüeñas y les habían picado los mosquitos. Un mosquito mordió a una cigüeña enferma, luego picó a una chica sana. Las hermanas debían de haber contraído la gripe. Pero Aysha y las demás no. Y, sin embargo, los rumores se extendieron y ¿acaso había alguna niña que no necesitara atención? ¿En un pueblo como Klisura? ¿Con

padres como ésos? Así que empezaron a fingir. Y luego Baba Mina llegó y echó keroseno al fuego.

—¿La abuela Mina? —pregunté.

¿Así que ésa era la arpía de la que Elif me había hablado? ¿La que había visto a las niñas, en el jardín de Elif, masticando un diente de ajo tras otro? ¿La pobre vieja que yo había visto vestida de negro, en la estación de autobuses, cuyos pies hinchados su marido había masajeadado? ¿Cuántas veces habíamos venido desde su casa con cubos llenos de fertilizante para nuestro huerto? ¿Cuántas veces nos había dado poleo menta y galletas rancias? Baba Mina, nuestra Tituba.

—Sé que podría haberlas salvado —dijo mi abuelo, luego devolvió el artículo a la carpeta y puso sobre él un artículo tras otro.

Al mirarlo, recordé algo que había aprendido en el colegio, una de las crueles maneras en que se había ejecutado a las brujas de Salem: la víctima era aplastada con piedras, pero de forma gradual, cada nueva piedra se ponía sobre la anterior hasta que el peso combinado se volvía insoportable, fatal.

—Ojalá hubiera ido con su padre. Me habría dado cuenta de que no estaban fingiendo. Les habría obligado a llamar a un médico.

—Abuelo —empecé, pero me detuve. ¿Qué le podía decir para que se sintiera mejor?

Alargué la mano al otro lado de la mesa y cubrí la suya, fría, como una piedra. Pero la mía estaba tibia.

—¿Esto explica los danzantes del fuego, entonces? ¿La locura de san Kosta?

Negó con la cabeza.

—Explica lo que está pasando en el pueblo ahora. Esta fea farsa. Pero los danzantes del fuego...

Se detuvo un momento y sus ojos vagaron por la habitación como si pudiera verlos, uno detrás de otro, saltando entre las mesas y desapareciendo entre las paredes.

—Todos se fueron, hijo mío. ¿De qué sirve buscarlos? Ya no están.

—¿De verdad eras su líder?

—Cuidaba de ellos, sí. Nunca fui un líder.

—¿Y quién cuidará de Aysha y de las otras chicas? ¿Quién las ayudará?

Apartó su mano de la mía.

—En los juicios de Salem —dijo— vendaban los ojos a la supuesta bruja y la conducían ante el acusador, la supuesta víctima, presa de convulsiones enloquecidas, y de pronto se quedaba convenientemente en calma. *Ya ves, decían, el contacto con la mano culpable hacía que el veneno volviera a la bruja de la que había salido.* Hijo mío —dijo, y se levantó en la penumbra—, no quiero que el veneno vuelva a mi sangre.

Seis

Lo impensable había ocurrido: la lluvia se había detenido. Yo estaba en la cama, me zumbaban los oídos y escuchaba mil ruidos que parecían nuevos: el correteo de los ratones en el desván, el murmullo de los grillos en el jardín, el aleteo de las cigüeñas y el sonido del agua en la carretera, por las colinas donde el viento mecía los árboles. Había empezado a componer en la cabeza una carta —a nadie en particular— y esperaba dar cierto orden a mis pensamientos. Pero mi cabeza era un horno en el que alguien echaba gas y en cualquier momento la chispa saltaría: debo ayudar a Aysha, razonaba, porque ayudarla era la opción decente. Además, era bárbaro observar la tortura de una niña y no hacer nada. Porque, si ayudaba a Aysha, Elif me lo agradecería. Elif me querría si yo ayudaba a la niña.

—¿Te crees lo que has dicho antes?

Mi abuelo habló desde el umbral. A la luz de la lámpara de aceite que llevaba, su cara ardía como un mimbre; su sombra fluía tras él como un río, y aunque era viejo y estaba arrugado, pensé en Lada, la reina de la juventud y la belleza, y luego, una vez más, en Elif.

—¿De verdad crees que valoro más la tierra que la gente? ¿Que no he querido ayudarlas por su padre?

—Soy la pala de un panadero, abuelo —le dije, sólo medio en broma. Podía ir a un lado u otro según qué mano me sostuviera. En un momento creía una cosa y en el siguiente, otra. Pero no estoy seguro de que me oyese.

—Vine a Klisura a dar clase cuando tenía treinta y tres años —dijo, y, acunando la lámpara en sus manos artríticas, se sentó a los pies de la cama—. Desde el primer día había un problema muy claro: no había escuela. Así que

la construí. Y luego otro: no había alumnos. Así que fui a buscarlos. Recuerdo a dos gemelos. Vivían en una colina con su padre. Pastores. Los encontré fuera de su refugio, lavando cencerros en un abrevadero lleno de leche. Para que su sonido fuera más dulce, me dijeron. Me senté en la hierba y los observé, dos chicos y su padre, metiendo un cencerro tras otro en leche amarilla. No les pregunté dónde estaba su madre. El sol se ponía cuando colgaron los cencerros a secar en un armazón de madera que había detrás de la casa. El padre cogió a sus hijos, uno en cada mano, y dejó que sacudieran el armazón. Los cencerros chocaron, su sonido descendió por la colina y subió por la siguiente, donde otros pastores hicieron sonar los suyos. Pronto toda Strandja sonaba, llegaba a Turquía e incluso a Grecia. Hijo mío —dijo mi abuelo, mirando el fuego atrapado tras el cristal—, la mente de un anciano es una montaña; cada recuerdo, un cencerro lavado en leche. Es así, el futuro está en manos de Dios, es incierto y desconocido, así que lo mejor es dejarlo en sus manos. Pero el anciano tiene el pasado en las suyas. El pasado es seguro. Ningún dios puede convocarlo y modificarlo a voluntad. El anciano puede. Un anciano va de colina en colina y hace sonar los cencerros, y manda que aparezcan en su sonido sus días ya lejanos: un día de hace cincuenta años, tan ruidoso como otro que ocurrió hace menos de quince días. Y así los dioses se vuelven celosos del anciano. Acercan la Copa de Lete a sus labios sedientos. Tentado, bebe. Sus pies se debilitan y luego cojea de una colina a otra. Sus pies ceden. El anciano pierde la fuerza de hacer sonar los cencerros.

»Ha sido un silencio demasiado largo —dijo mi abuelo, y cerró los ojos—. Quiero sacudir el armazón de madera. Quiero que me suene la cabeza, de colina a colina por toda Strandja.

Sus ojos estaban embarrados cuando los abrió, el tipo de barro que yo había aprendido a temer.

—Abuelo —dije—, acuéstate. Ha sido un día duro. Descansa un poco.

Pero acunó la lámpara y el fuego y, cuando me miró, supe que no me veía.

—Tenía diecisiete años esa primavera —dijo—. Mayo de 1944. Había

sido un mal invierno, tan malo que partes del Danubio se helaron y una fiebre reptaba sobre el hielo desde Rumania.

Cuando el hielo se fundió, la fiebre se extendió. Todo el mundo la había contraído. Mujeres y niños empezaron a morir. Familias enteras huyeron para buscar refugio, llegaron a los montes balcánicos. Un amanecer, el primo de mi abuelo —tenía un año más que él— fue a su casa, jadeando. «Ponte los pantalones —gritó— y ven conmigo a la plaza. Están reclutando a hombres para empresas heroicas.» Los ancianos de su pueblo se habían reunido con ancianos de otros dos. Habían decidido juntar a un grupo de *kalushari* y mandarlos de una casa a otra para alejar la fiebre del lugar de donde había venido. Cuando su primo dijo *kalushari*, el corazón de mi abuelo saltó como un cabrito. ¿No los había visto de niño, pasando delante de la casa de su padre una mañana, cuando iban a curar a los enfermos? Hombres como montañas. Con cascabeles en las sandalias para armar un buen jaleo y ahuyentar a los demonios. Los pantalones bordados de plata y los hilos de plata brillantes como relámpagos. Sus camisas eran blancas como plumas de ganso, y los pañuelos de color rojo sangre que llevaban en el pecho parecían alas que se agitaran. Dagas en los cintos, sables y hoces en las manos, y afilados garrotes con empuñadura de hierro. Sus ojos derramaban fuego, tenían las mandíbulas tan apretadas que oías crujir los huesos. Y las hierbas frescas en sus gorros de piel: su olor era tan dulce que se te saltaban las lágrimas. Un hombre caminando tras los pasos del otro, serio y callado, sin saludar ni hablar con nadie, ni con el niño, corriendo tras ellos. Perseguidores de la enfermedad, cazadores de la muerte. ¿Y no recordaba mi abuelo cómo los observaban las mujeres, con los ojos brumosos, las largas pestañas moviéndose tan deprisa que levantaban el polvo del camino en gruesos nubarrones? ¿Llenándose la nariz con el olor de las hierbas frescas, con el sudor de los hombres, lamiéndose y mordiéndose los labios rojos? ¿Con los corazones latiendo con tanta fuerza en sus mullidos pechos que incluso él, el

niño, los había oído y se había asustado, aunque había sentido placer al mismo tiempo?

«Ninguna chica puede resistirse a los *kalushari*», le dijo su primo, como si mi abuelo no lo supiera, y huyeron hacia la plaza. «Si me eligen, me llevo a Kera. Así pues, ¿qué más da que vaya a casarse? Y esa Sevda que perseguías te besará los pies si te eligen.»

—Es verdad, hijo mío —dijo mi abuelo suavemente—. Era una chica preciosa, mi Sevda. Preciosa sonrisa, ojos, pechos. Pero no me quería. «Mírate», decía, y sus amigas se reían. «El bigote de mi abuela es más grande que el musgo de tu labio. El vello del melocotón es más denso. Déjate barba, hazte un hombre. Luego vuelve a preguntarme.»

Esa mañana todos los chicos del pueblo del abuelo se reunieron en la plaza. Sólo faltaban los mayores, que habían ido a los bosques con los partisanos comunistas. Y las chicas vinieron esa mañana, esos demonios, para verlos. Estaba su prima Kera, que iba a casarse, y estaba su dulce y querida Sevda, que comía una galleta fresca y se lamía los labios rojos.

Los chicos formaron una larga fila, hombro con hombro, y aquel gigante, aquel coloso, se puso ante ellos. Sus pantalones estaban bordados de plata; su camisa era más blanca que los pétalos del galanto. Tan blanca que a mi abuelo le dolían los ojos al mirarla. Geranio, lengua de vaca y ajeno adornaban el gorro de piel del gigante, y en la mano blandía un garrote, afilado como una lanza, con cascabeles en la parte alta y un molde de cobre en la parte baja. El gigante golpeó con el garrote tres veces en el suelo para llamar la atención, tres veces cantó el garrote, con los cascabeles sonando. «Soy el *vatafin* —les dijo el coloso—, el líder de los *kalashuri*. Mi padre era un *vatafin*, y mi abuelo también era un *vatafin* en Rumania. He venido a elegir a seis de vosotros, cabezas de borrego, los más fuertes, para ir a buscar a la fiebre y derrotarla, a esa serpiente, para cortar sus tres cabezas.» Los dignatarios del pueblo y el alcalde estaban en la plaza. El gendarme había ido a comprobar si el circo tenía que ver con los partisanos. En esa época, los

zaristas tenían mucho miedo de los partisanos y notaban que se acercaba una mala tormenta. Hasta el sacerdote había aparecido histérico. Paganos sin dios, llamaba a la gente, y blandía su crucifijo de hierro en el aire; pero las mujeres lo echaban, con justicia, porque ¿acaso no había dejado morir a sus hijos?

Luego a los chicos les daban un pico o una pala. «Cavad un pozo», ordenó el coloso, y cavaron un agujero de un metro de hondo y de cinco metros de largo, como quería. Llegó un carro lleno de leña cortada y prepararon una hoguera en la fosa, y cuando las llamas saltaron como tantas lenguas de la plaga de fiebre, los chicos se santiguaron tres veces, con las rodillas flojas por miedo. «Hagas lo que hagas —susurró el primo al oído de mi abuelo—, no hagas algo vergonzoso. Las mujeres están mirando.»

—Mi hermosa Sevda —dijo mi abuelo, y sus ojos se movieron hacia la izquierda, hacia la derecha, como si ella saltara suavemente delante de él—. La Fiebre se la llevó tres meses más tarde. Su sonrisa, sus ojos, sus pechos: comida para los gusanos. Éramos auténticas cabezas de borrego, hijo mío, en la plaza aquella mañana, de pie ante un pozo que escupía fuego. Los matadores de la Fiebre y los cazadores de la muerte. Cabrones con los huevos estallando de orgullo y deseo.

Ahí, mira, observa el *vatafin* que coge su garrote. Mira cómo corre hacia el pozo, y lo salta como con una pértiga, a través de las altas llamas. Su cuerpo: una hoja de acero, que las olas endurecen. Fiebre, dice, agáchate ante mí. No puedes abrasar lo que el fuego ya ha abrasado.

Uno tras otro, los chicos cogen el garrote, corren hacia el pozo e intentan saltarlo. Un chico cae a la izquierda, otro a la derecha, uno cae en las llamas y cuando los hombres lo sacan, su trasero arde. Golpean las llamas con sus gorros de piel y las chicas se ríen, señalan, aplauden.

«Pobre, está acabado», le dice su primo a su abuelo. Y los dos lo saben: el hijo cojo del molinero tendrá más posibilidades de casarse que el chico del trasero chamuscado.

«San Elías —el primo de mi abuelo reza a su santo patrón cuando le llega

el momento de sujetar el garrote—, no dejes que el fuego me avergüence.» Y luego se vuelve, entierra el palo en el pozo profundo, echa las piernas hacia delante y aterriza con seguridad al otro lado, el quinto chico de veinte en hacerlo.

Otro chico más que elegir y ni siquiera ha llegado el momento de que mi abuelo salte. Cada vez que alguien nuevo coge el garrote, mi abuelo reza a san Elías: «San Elías, tú no eres mi santo, pero si dejas que el fuego me atraviese, mataré el gallo de mi padre para darte *qurban*. San Elías, si haces que la dulce Sevda me ame, si me dejas besarla una sola vez, mataré las gallinas y los pollos de mi abuela, todo el corral».

Luego un chico, mayor, de casi veinte años, bajo como un guisante pero fuerte, cogió el garrote y saltó sobre el pozo y a través del fuego y ahí acabó todo. El sexto chico había sido elegido.

—No —grité, y tiré la manta. La historia no podía acabar así de ningún modo.

—Desde donde estoy —dijo mi abuelo, y asintió—, veo al *vatafin* y a los seis chicos, al otro lado del pozo, a través de una cortina de fuego. Y el fuego fluye hacia arriba y hace que sus formas sean líquidas. Así que digo: «San Elías, mírame». Y lo digo en voz alta, para que todo el mundo lo oiga.

Con los ojos húmedos, mi abuelo se puso en pie. Con los ojos húmedos, miró a su alrededor en la habitación. Estaba ahí, en la plaza, un joven listo para saltar sobre el fuego.

—Abuelo —susurré—, cuidado con la lámpara de aceite. —Pero no me oyó.

—Así que clavo los talones en el suelo —casi gritó, y pisó con fuerza— y corro como un *hala* y salto sobre el pozo y las altas llamas: sin garrotes, ni palos ni bastones. Mírame, Elías, mis brazos son alas y mis pies, carros de fuego. Bájame, Elías, si puedes. Si te atreves, ¡párame!

—¡La lámpara, abuelo!

Y cuando le quité la lámpara de las manos pestañeó, repentinamente

sobrio, y todos los años volvieron rápidamente.

—Así que te llevaron con los *kalushari* —dije, y eché una manta sobre sus hombros.

—¿Cómo podían no llevarme?

—¿Y le diste un *qurban* a san Elías? ¿Hiciste que Sevda te amara y la besaste?

—Le di un *qurban*, hijo mío —dijo, y el tono de su voz bajó.

Día tras día, entregó al santo una ofrenda tras otra. Mató gallos y pollos, corderos y hasta vacas. Quemó establos y casas. Estaba en los bosques, con los combatientes comunistas, tres meses después de saltar el fuego. Y asaltaban aldeas y corrales de ovejas, y sus cerebros ardían con la nueva fiebre. Y sólo cuando su primo fue a buscarlo, sólo cuando dijo: «Mañana entierran a Sevda», volvió mi abuelo al pueblo. Pero no la besó. Ni siquiera le dejaron abrir el ataúd por miedo a su enfermedad. Y el padre de Sevda fue hacia él cuando todo había terminado, cuando la tierra se había apilado negra y humeante, y dijo: «¿No estabas con los *kalushari*? ¿Por qué no la has salvado?». Y mi abuelo respondió: «Cabeza de chorlito, eso es opio para las masas», y no podía correr lo bastante rápido hasta sus camaradas, para darle a Elías otro *qurban*, esta vez más sangriento a fin de que el santo lo recordase para siempre.

Qué tristeza se apoderó de mí al oír esto. Al imaginar a mi abuelo quemando establos y casas. Asaltando corrales, robando corderos y lana. Un combatiente comunista. Un bandido. Había desaparecido la imagen del capitán Kosta, del rebelde heroico.

Recordé una historia que mi abuelo me había contado cuando era pequeño. La historia de cómo un día en la guarida había conocido a un hombre, mayor que él, un maestro de escuela de un pueblo cercano. Del bolsillo, el hombre había sacado un cuaderno. «Pareces tonto y los tontos tienen suerte —le dijo el hombre a mi abuelo—. Así que si muero y tú sobrevives, lleva esto a mi mujer y mis hijos.» Dentro del cuaderno había cartas, y entre las cartas el

hombre había metido diminutos pétalos de flores, hojas de geranio y albahaca. Luego cogió un pellizco de tierra negra —se escondían en una guarida bajo tierra— y manchó de barro la primera página. «Para mis hijos —le dijo a mi abuelo—, para que vean lo que he visto.» Un mes más tarde, los zaristas mataron al maestro de escuela, y cuando en septiembre los comunistas se apoderaron de Bulgaria, mi abuelo encontró a su viuda y le dio el cuaderno. Pero la viuda no lo quería. «No me sirven las palabras, el barro y las hojas secas. Quiero un marido y mi hijo quiere un padre.» Y obligó a mi abuelo a llevarse dos sacos de libros de texto que habían pertenecido a su marido.

Mi abuelo leyó las cartas del hombre y luego sus libros de texto. Luego viajó a dedo hasta Pleven, fue directamente a la universidad, sin importarle que el semestre ya estuviera a la mitad, y se inscribió para estudiar para ser maestro. No importó que no tuviera una formación académica adecuada. ¿No había sido un partisano, y no era ésa más formación de la que nadie había necesitado nunca?

A la luz de la lámpara de aceite, con el murmullo del agua que descendía por colinas y caminos de tierra, con el trueno que sonaba al otro lado de la frontera, veía los establos ardiendo y a mi abuelo agarrando la antorcha que les había prendido fuego. Y me preguntaba si sólo había dejado de contarme las historias vergonzosas, y si eso era así, si era aquélla la razón por la que nunca había mencionado a los *nestinari* y el árbol con sus calaveras entre las ramas.

—Durante un mes entero —decía mi abuelo— caminamos de un pueblo a otro, curando a los enfermos y persiguiendo la Fiebre.

El *vatafin* los guiaba y ellos lo seguían, los elegidos, los *kalushari*. Durante todo el día permanecían callados, y si hablaban, siempre era en susurros. No se santiguaban, y cuando comían, no bendecían la mesa. Caminaban en parejas, el primo de mi abuelo junto a él, en una cadena que ningún desconocido podía romper. No se les permitía pisar el agua. ¿Por qué?

¿Quién sabe? Si llegaban a un pequeño arroyo, lo saltaban con sus garrotes; si llegaban a un río, esperaban que un carro los pasara al otro lado. Enviaban un explorador —el *kalauz*, lo llamaban— para que cada pueblo supiera que venían y que debían buscar otros grupos de *kalushari*. Porque la costumbre era ésa: no había dos bandas a las que se les permitiera cruzar los caminos. «¿Y si lo hacen?», preguntó mi abuelo al *vatafin*, y el *vatafin* sacó su daga y empezó a afilarla.

—Si me hubieras visto, hijo mío, más orgulloso que un gallo. Con el pecho ardiendo bajo la camisa blanca.

Cada diez pasos, mi abuelo tocaba las dagas del cinto y frotaba las empuñaduras. Golpeaba el garrote contra el muslo para que los cascabeles sonaran, como chicas guapas que lo llamaran hasta sus lechos. Su sangre se agriaba de deseo. ¿Qué le importaba que la gente estuviera enferma y pereciera? Lo único que le importaba era cómo lo miraban las mujeres cuando el *vatafin* los llevaba hacia la casa de los muertos. Tendían al enfermo en una alfombra en el suelo y se reunían a su alrededor, y uno de los chicos soplaba una gaita y tocaba la *rachenitsa* tan alto que mi abuelo sentía el temblor en los dientes. Bailaban en círculo en torno al enfermo, primero lentamente y luego más rápido, cogían la alfombra de las esquinas y manteaban al hombre unas cuantas veces. Luego el *vatafin* rompía el círculo para frotar al moribundo con vinagre de la cabeza a los pies. ¡Cómo apestaba la habitación entonces! Un rebaño de carneros sudorosos saltando, bailando. Luego saltaban sobre el enfermo tres veces, mugiendo, balando y rebuznando. ¡*Dadme una mujer!*, gritaba mi abuelo, pero nadie lo oía. Y lo que los otros gritaban nadie te lo podía decir. El *vatafin* ponía un jarro junto al enfermo, un jarro lleno de agua fría y hierbas frescas, y en la gaita sonaba una nueva canción, la *florichika*, tan deprisa y tan fiera que mi abuelo gastaba dos sandalias nuevas cada dos días. Bailaban en círculos hasta que el suelo se mezclaba con las paredes y el techo, y los *vatafin* mandaban al enfermo que se pusiera en pie y saliera corriendo de la habitación cuando se rompiera la

jarra, si uno o dos de los niños se desmayaban era buena señal. Ahuyentaban la Fiebre.

El sol se ponía aquel día y corrían para volver al pueblo antes de que cayese la noche. Ésa era la costumbre. Habían mandado al explorador por delante para asegurarse de que el paso estaba libre, pero ¿de qué les servía con la prisa que tenían? Y, como era de esperar, en un cruce se encontraron con otra banda de *kalushari*, jóvenes como ellos, de otro pueblo, y, como ellos, armados y estúpidos. Mi abuelo no podía decirme qué había pasado realmente. La excitación era más fuerte que él. Un gran tumulto. En un instante iban caminando, tranquilos, y al siguiente se tiraban contra los desconocidos, lanzaban dagas para rajarlos. Claro que los rajaron. Y a ellos también. Cuando al fin terminó el alboroto, cuando la sangre se les enfrió un poco, se sentaron, las dos bandas juntas, para evaluar los daños. Sólo que un chico de la otra banda no se movía, y cuando se acercaron, vieron que le salía una daga del pecho. Alguien susurró que lo había matado el primo de mi abuelo. Otro dijo que había visto a mi abuelo clavar la daga. ¿Fue él, fue su primo, fue otro? ¿Quién podía recordarlo? Y la cabeza de mi abuelo estallaba y el estómago le daba vueltas. Vomitó en los arbustos y su primo le siguió.

«Si volvemos al pueblo —dijo—, nos colgarán. Para bandidos como nosotros, sólo queda un lugar.» Y corrieron entre los arbustos y hacia los bosques, y se unieron a los combatientes comunistas.

Después mi abuelo se quedó callado. Las campanas habían dejado de sonar, y él estaba tranquilo en su silencio. Pero yo no; no después de que hubiera vuelto a su cuarto, no después de que yo hubiese visto el amanecer en las montañas. ¿Por qué era mi abuelo tan tozudo, tan reacio a tener nada que ver con los *nestinari*? Si pensaba que todo el asunto no era más que una charada, ¿por qué no seguir el juego y ayudar a Aysha?

El imán cantó pidiendo una oración y mis ideas giraron en un remolino insomne. Olvida las campanas que suenan, murmuré. Mi abuelo había intentado contarme otra cosa con su historia: no te manches las manos de

sangre con la superstición, aléjate de la locura. Me volví, giré, me oculté bajo la manta. Si ayudaba a Elif a encontrar a los *nestinari*, estaba traicionando a mi abuelo. Pero también ayudaba a Aysha. Y si ayudaba a Aysha, ¿acaso no me amaría Elif? ¿Quién había en Klisura, aparte de mi abuelo, que supiera preparar un guiso para brujas?

Siete

Si mis nudillos hicieron algún ruido al llamar a la puerta, yo no pude oírlo. Tampoco oí cómo me latía el corazón, el sonido del viento y los marcos rotos de las ventanas de las casas vacías que por todo Klisura golpeaban como tapas de ataúdes, abriéndose y cerrándose. Lo que oía era esos ruidos uniéndose en un estruendo grande y desordenado, cada vez más ruidoso y caótico. En un momento brillaba la luna y cualquiera me podría haber visto —encorvado como un ladrón en el umbral de la puerta—, en el siguiente el cielo eran nubes densas y el mundo no era otra cosa que ruido.

—Abrid, vecinos. Soy el nieto del maestro. El americano.

¿Eran pasos lo que oía al otro lado o una voz que llamaba? No podía estar seguro. Llamé con más fuerza y la puerta se abrió y Dyado Dacho estaba frente a mí.

—Buenas tardes, Dyado —saludé—. He venido a ver a Baba Mina.

Todo el día anterior había estado intranquilo. Y mi abuelo se había dado cuenta.

—No sé qué andas tramando —me dijo a la hora de cenar—, pero te digo una cosa: no lo hagas. No por ti, sino por Elif y Aysha. Cuando alguien te dice que su perro muerde, tienes que escuchar. No te llevas el perro a la garganta para ver hasta dónde puede hundir los dientes. Así que te lo digo: no pruebes a ver con cuánta fuerza nos puede morder el imán.

Después de cenar, lavé los platos y esperé que mi abuelo terminara de fumar, diera las buenas noches y se retirase a su habitación. Luego salté por la ventana, caí sobre el arbusto de casis que había debajo como si fuera un

saco de manzanas silvestres y cojeé por el jardín y la carretera hasta donde nuestros vecinos.

—Soy yo, abuelo, el americano —le dije a Dyado Dacho desde el umbral, y él levantó la lámpara de aceite para verme mejor.

La luz tembló, casi se apagó con el viento y él tiró de ella hacia sí con miedo, como si no supiera cómo volver a encender el fuego cuando se hubiese apagado.

—He venido solo —continué—. Mi abuelo se ha ido a la cama pronto.

Casi vi cómo su bigote caía al suelo por la decepción y por un instante pensé que él también me espantaría. Pero tosió un *¡Entra, deprisa!*, con la voz áspera de alguien que no ha hablado en horas, y cerró la puerta con fuerza detrás de mí.

El ruido del mundo estalló en sus componentes. Oía claramente los granos de arena que llegaban desde la carretera y golpeaban el exterior como nudillos, la nariz congestionada de Dyado Dacho silbando y mi corazón latiendo con fuerza en mis oídos.

—Se acuesta con las gallinas y se asusta como las gallinas —dijo Dyado Dacho de mi abuelo, y me llevó por un pasillo estrecho—. A lo mejor pronto empieza a poner huevos. Pero yo también me escondería si jugara a las tablas reales tan mal como él. Si perdiera todas mis apuestas y nunca pagara.

—¿Te debe dinero? —conseguí decir, siguiéndole de cerca.

El anciano ladró, tosió, rio; no sé cuál era en realidad el sonido que hizo.

—No recuerdo bien. ¡Pero ni se te ocurra decírselo!

El corredor parecía hacerse más estrecho, las tablas a nuestros pies crujían con más fuerza. Cuanto más adentro entrábamos en la casa, más densos se volvían los olores a naftalina y moho. El moho, me había dado cuenta en una visita anterior, era de la casa, un olor propio; la naftalina era de Dyado Dacho. En cada bolsillo de su chaqueta de lana tenía una bola de naftalina y presumía osadamente de no haber visto una polilla en treinta años. «No desde que los diablos se comieron mi mejor traje», me dijo. Su único traje. El que

llevó en la boda. El mismo con el que, esperaba, lo enterrarían. «Hay gente que declara la guerra al hambre en el mundo —me explicó una vez—, pero yo no puedo ser tan noble. He declarado la guerra a las condenadas polillas. Y pienso ganarla.»

La habitación en la que entramos estaba tan caliente y olía tanto a cerrado que el aire avanzó hacia mí como un pájaro que huye de una jaula rota. Un poderoso fuego ardía en la chimenea y agigantaba la sombra de Baba Mina contra una pared. Pero era una cosa diminuta en su silla, junto al fuego, y no se volvió para ver quién había entrado. Murmuraba en voz baja —palabras que yo no tenía oportunidad de entender— y el metal chocó con el metal de manera tan ruidosa que por un momento pensé que estaba afilando dos cuchillos.

—Lleva una semana haciendo punto sin parar —dijo Dyado Dacho, y fue a ajustar la manta, perfectamente a salvo de las condenadas polillas, que cubría sus hombros—. La mantiene ocupada.

Luego la llamó:

—Abuela, el chico del maestro ha venido a verte.

Pero las agujas sonaban con tanta fuerza que superaban incluso su murmullo.

—Abuela —dije, y me acerqué.

Fue entonces cuando levantó la vista: con la cara roja, pero sin una gota de sudor brillando a la luz del fuego, con los ojos brillantes como los de un zorro.

—Ah, el chico del maestro. —Sonrió amablemente—. El americano.

Me senté en la silla frente a ella, una silla que Dyado Dacho ofreció antes de cojear hasta su lugar en la esquina, más lejos del calor del fuego. Sacó un jersey de un saco que había a sus pies y empezó a destejerlo, tirando del hilo de una manga y amontonando el ovillo sobre el regazo.

—¿Qué estás haciendo, abuela? —pregunté, porque sus agujas habían vuelto a ponerse en marcha.

—No importa —contestó—. Cuando acabo, Dyado Dacho lo desteje. Ah, hijo mío, ojalá yo también fuera un jersey. Ojalá Dios pudiera volver a tejerme tal como era en aquellos tiempos.

La mitad de mi cara estaba en llamas, la otra empezaba a estarlo, y el sudor se me metía en los ojos y me hacía daño.

—Escucha, abuela, he venido a preguntarte por los *nestinari*.

Pasó algo de tiempo antes de que me respondiera, así que no estaba seguro de que me hubiera oído. Sólo Dyado Dacho gruñó en su esquina. Pero luego el sonido de las agujas se redujo un poco y vi que había intentado dar la vuelta al ovillo unas cuantas veces.

—Mi dulce niño, no me preguntes. Tengo los pies más fríos que los huesos de los muertos, pero cuando hago punto apenas me doy cuenta. Sí —murmuró bajo la nariz—, apenas me doy cuenta. —Y se ciñó con fuerza la manta.

—Hace cuarenta años —dije—, tú y Dyado Dacho, y casi todo el mundo en el pueblo, fuisteis a la ciudad en busca de una vida mejor. Dime, abuela, ¿dónde se instalaron los *nestinari* cuando se fueron de Klisura?

—Cuarenta años —repitió Baba Mina, como si por primera vez se hubiera detenido a considerar cuánto tiempo había pasado desde entonces—. Cuando yo era pequeña, mi padre tenía cien ovejas blancas. Y cada noche nosotras, niñas, nos sentábamos junto al fuego e hilábamos lana tan blanca como la barba de Dios y mi madre nos cosía patucos y chaquetas y gorros con borlas. Pero mi padre ya murió —dijo, y la débil sonrisa que había asomado a sus labios se marchitó—, y también murieron las ovejas blancas. Ahora lo único que nos queda son los viejos jerséis, y Dyado Dacho los desteje para que yo pueda tejer nuevos. Ahí es donde fueron los *nestinari*, hijo mío: detrás de las ovejas blancas. Sí, sí —dijo, y empezó a hilar más deprisa—, uno a uno, como ovejas blancas.

—Abuela —dije, y por un momento no supe cómo continuar—. Mañana es el día de San Kosta. —Y por su forma de mirarme, con tanta amabilidad e

impotencia, entendí, por primera vez, que lo que estaba haciendo era terriblemente cruel.

—Puede ser, hijo mío. Pero ¿qué más da?

El sudor me bajaba por la espalda y me picaba, y la lengua se me había hinchado de manera que cada palabra descendía lisiada y torpe. O quizá era sólo el zumbido en mis oídos, la sangre que se agolpaba y confundía todos los sonidos a mi alrededor.

—Hay una niña enferma al otro lado del río, abuela, la hija del imán, y me gustaría ayudarla. Me gustaría llevarla a donde los *nestinari* bailan para que puedan curarla.

—¿Y cómo vas a hacer eso? —dijo desdeñoso Dyado, en su rincón—. La chica está encerrada y su padre la vigila.

—Elif me ayudará.

—Y cuando ella te ayude, ¿cómo llegaréis a donde bailan los *nestinari*?

—En el Lada de su padre. Lo robaremos.

—¿Robarlo? —Se rio y tiró del hilo tan fuerte que casi deshizo un tercio de la manga—. Lo ha hecho trizas, el muy imbécil. Todo el café fue a ver cómo lo destrozaba. Rajó los neumáticos, cortó los cables, tiró la batería a la basura. Estaba loco de ira.

Con cada palabra sentía cómo se me hundía el corazón, mi plan se destejía como un jersey viejo. No había esperanza y, como me había dicho Elif, no había manera de salir de Klisura. Los troncos crujían en el fuego, las agujas chasqueaban y yo estaba listo para pedir perdón y volver a casa de mi abuelo, cuando Dyado Dacho me detuvo.

—Cada primavera, desde hace muchos años, veo que esta pobre mujer enferma sin estar enferma —dijo, su voz apenas más audible que los granos de arena que chocaban con la ventana—. Estoy cansado de verlo. Te diré dónde bailan los *nestinari* si prometes que la llevarás.

Ni siquiera me había dado cuenta de que se había levantado de la silla y había venido hacia nosotros, pero Baba Mina le cogió la mano, se la puso en

la mejilla y la besó.

—¿Y qué más da que me lo cuentes? —dije—. No tenemos coche para ir hasta allí.

—Entonces vete por donde has venido.

No estaba seguro de si lo decía en serio o sólo quería engañarme.

—¿En el autobús del pueblo? El conductor no querrá llevarnos.

Luego vi que sus labios se estiraban y que su dentadura postiza brillaba como si estuviera hecha de fuego.

—¿Por qué ibas a molestarte en preguntarle?

Ocho

Hace seis siglos, Murad el Divino —el primero en llamarse sultán, el que derrotó a tantos pueblos, tomó su tierra y convirtió su tribu otomana en un imperio poderoso— se enamoró de una doncella búlgara y quiso casarse con ella.

Los ejércitos de Murad habían conquistado Adrianópolis y la habían convertido en su capital. Ahí, en Adrianópolis, el Divino ideaba su expansión europea. Los bizantinos ya le pagaban tributos, y su momento de hacerle frente en una batalla no tardaría en llegar, pero había otras guerras que Murad necesitaba planear antes: con búlgaros, serbios, magiares. No había pasado un mes desde que había enviado a sus espías a la tierra de los búlgaros y ahora los espías estaban recontando: tales y tales bastiones, tales y tales ejércitos. Sólo uno de ellos estaba triste, y cuando el sultán se dirigió a él, el hombre se echó a llorar. «Lloro por ti, señor —dijo—, porque te amo. Tú puedes conquistar el mundo un día, pero ¿de qué sirve si nunca las ves?» Y el espía se lo dijo: donde un gran río fluía en el mar Negro, donde las arenas tenían el color del ébano de Macasar, hermosas mujeres bailaban descalzas y el fuego no las quemaba. «No, señor, el fuego las hace tan guapas que ahora lloro por ellas. Porque nunca las volveré a ver.»

Durante días, lo único que Murad vio fueron los pies descalzos de las doncellas que bailaban sobre las brasas. Los pies, blancos y rechonchos, levantaban chispas en su mente y, como pájaros cansados, esas chispas se posaban en su tierra y la quemaban. Pronto, el gran sultán estaba sobre un barco rápido, y trescientos barcos más lo seguían. En la desembocadura de un gran río en el mar Negro había un pueblo, y al momento los dignatarios se

inclinaban ante el sultán. «He venido a ver bailar a las mujeres —les dijo—, así que ¡encended las hogueras!»

Un leve crescendo permanecía en el aire cuando la madera se había convertido en ascuas. Y como los pies de Murad nunca tocaban tierra que la sangre de sus hombres no hubiera purificado antes, esperó en el barco, junto a la negra ribera. Ningún viento agitaba la noche y sólo el mar suspiraba profundamente. La tristeza llenaba el corazón del sultán. Había conseguido muy poco y todavía había muchas cosas que necesitaba hacer. Como ocurría cada noche, sus abuelos se levantaron dentro de sí, sedientos de conquista, y empezaron a tirar impacientes en mil direcciones. Qué cansado estaba. Qué agotado. Y si Alá hubiera bajado para preguntarle qué deseaba, en ese mismo momento habría dicho: «Un suspiro de descanso, Todopoderoso, en un barco junto a una orilla negra, esperando a mujeres hermosas».

Un tambor empezó a sonar en la noche; una gaita se sumó. Tan profundamente se había sumido el sultán en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que llegara nadie. Y por tanto ahora le parecía que la llama cobraba carne: una chica que llevaba un vestido blanco, con el pelo tan largo que casi tocaba las ascuas, y tan blanco como los huesos del mundo. Luego la chica emitió un grito fuerte, y cuando echó la cabeza hacia atrás, su cabello apartó las ascuas; los extremos crujieron y el hedor de la batalla llenó el aire.

Había un presagio, Murad lo sabía. Pero no estaba seguro de si era bueno o malo. Más chicas se levantaron del fuego y las vio llevando sus iconos infieles, saltando y rompiendo, gritando como pájaros de fuego del desierto de Arabia. Pronto no veía a las demás, sólo a la chica del pelo blanco.

No podía esperar a que terminase el baile. Hizo un gesto a los soldados para que el tambor dejara de sonar, la gaita de chillar, y pidió a la chica que se acercase. Pero ella no le hizo caso. Seguía girando y dando vueltas y el sultán ordenó a sus hombres que la acercasen hasta él. Las ascuas se habían

pegado a sus pies desnudos, a su larga túnica, y cuando se metió en el mar, el agua silbó y el humo subió en densas nubes.

¿Qué imbécil se atreve a parar mi tambor? dijo airada en su idioma. *¿Qué imbécil saca a mi chica del fuego?*

Por palabras como éstas habrían rodado muchas cabezas. Pero Murad sonrió amablemente. «Sube al barco —le conminó—. Te llevo conmigo.» El cabello de la chica flotaba a su alrededor, como algo vivo, y por un momento el sultán lo observó. Una extraña sensación floreció en su corazón: le parecía que había visto a esa chica antes, que siempre la había conocido. La siguiente vez que levantó la vista, más chicas con túnicas blancas rodeaban su barco como un rebaño de medusas.

Éstas son mis chicas, dijo una de ellas a su izquierda, y luego otra: *Y si quieres una, dejaré que te la lleves.*

Con una condición, intervino una chica que estaba a su derecha, y a la izquierda una chica repitió: *Sí, con una condición.*

Están locas, pensó Murad, un djinn maligno las ha poseído. Pero no podía apartar la vista de la chica del pelo blanco.

Dale un tambor, dijo otra chica.

Dale una gaita, gritó otra, aunque no podía distinguir cuál: todas hablaban demasiado deprisa.

Deja que termine de bailar.

Sí, sí, no la despiertes antes de que termine el baile.

Y cuando conquistes a los búlgaros...

... mátalos a todos si lo deseas...

... pero la tierra que mi chica cruce bailando...

... debes jurar que la protegerás.

Debes permitir que mis chicas sigan con su baile.

¡Júralo!, gritaron. *¡Júralo!*

Y antes de que Murad lo supiera, él, el Divino, el primer gran sultán, había hecho un juramento hasta el fin de los tiempos.

—Debía proteger cada terreno que la danzante atravesara en su trance, mientras el tambor sonaba tras ella. Los cristianos que vivían allí podrían conservar sus iglesias; los *nestinari* podrían bailar. Casi no pagarían impuestos. Y cuando un turco llegara a su frontera se bajaría del caballo y a su montura le quitarían las herraduras en la fragua. Luego iría a pie al otro lado, hasta otra fragua, para que volvieran a colocarle las herraduras. Todo esto se lo escribieron en un firmán. Y llamaron a la tierra que la chica cruzase bailando Hasekiya, de *haseki*, o «la favorita del sultán». Pero la chica nunca llegó a ver a Murad, su marido...

—¿Por qué no? —susurró Elif.

Estábamos escondidos en el establo, detrás de su casa, porque, bueno, ¿qué sitio mejor teníamos para escondernos? Había tirado piedras a su ventana y ella me había llevado por el patio oscuro.

—Estornuda una vez y mi padre nos matará —había dicho, y me echó tras una paca de paja podrida.

—Igual nos mata aunque no estornude.

Luego le hablé de mi visita a la casa de Baba Mina; de Murad y de la chica que bailaba, aunque no con tanto detalle.

Durante siete días la chica bailó en su trance, mientras el tambor sonaba tras ella. Ni una vez se detuvo para comer o beber agua. Rodeó siete, catorce, diecisiete pueblos y aun así seguía bailando. Y en su barco Murad esperaba que el djinn la liberase. Pero al octavo día llegó un mensajero: los ejércitos serbios avanzaban hacia Adrianópolis. «Vuelve de inmediato, señor. ¡Los hombres te necesitan!»

¿Cómo podía dejar esa playa, esa chica de la que se había enamorado, en manos de un djinn oscuro? A su pesar, el sultán pidió un caballo blanco; a su pesar, lo llevó por tierras impuras. El sol se ponía cuando encontró a la chica, todavía bailando, con los pies sangrando por las heridas, el pelo hecho

espinas y ortigas. La levantó del suelo; la sentó a su lado, en el caballo blanco.

No despiertes a mi chica antes de que termine la danza, gritó el djinn, solamente con los labios.

—Pero la despertó —dijo Elif, anticipando el final de la historia.

—Donde Murad dejó tendida a la chica —dije— hoy hay una peña blanca. El viento y el agua la han erosionado y le han dado la forma de un árbol solitario.

Saqué una postal —una que Dyado Dacho me había dado, vieja y arrugada como estaba— y la puse en las manos de Elif.

—No veo nada —dijo, y encendió el mechero un segundo. Aunque, por supuesto, un segundo habría sido más que suficiente para que la paja que había a nuestro alrededor prendiera.

—Un árbol de piedra en una playa negra. —Eso mostraba la postal.

—He oído hablar de eso —repuso Elif—. Byal Kamak. Es un pueblo muy pequeño.

—Donde un gran río desemboca en el mar Negro.

—¡El Veleka! —exclamó, quizá en voz más alta de lo necesario.

—Donde la tierra está negra por el cieno del río.

—Dios mío —susurró—. ¡Donde los *nestinari* se instalaron cuando se marcharon de Klisura!

Nueve

Creo que nuestro plan estaba condenado desde el principio. Y creo que todos lo sabíamos. No éramos idiotas. Eso escribió el capitán Kosta, líder de los rebeldes de Strandja contra los ejércitos otomanos. O, al menos, eso había leído en los papeles de mi abuelo. El pobre capitán se había metido en las fauces del enemigo no porque esperase aplastarlas. Lo había hecho porque, según sus propias palabras, *quedarse quieto y no hacer nada acarrearía una derrota más grande y más vergonzosa.* Y, supongo, también nuestro plan estaba condenado desde el principio. Y supongo que también nosotros lo sabíamos.

El plan era bastante sencillo. La tarde del 21 de mayo, el día de San Constantino y Santa Elena, Dyado Dacho esperaría al autobús en la plaza. «He venido a recoger lo que me debes», le diría al conductor, y cuando éste intentase no pagar, el anciano le haría una oferta tentadora. «Tres de cinco. Doble o nada.» Así, viendo que había muchas cosas peores que jugar un poco a las tablas reales, el conductor apagaría el motor, dejaría las llaves donde siempre las dejaba y seguiría a Dyado hacia el Café Pasha. Tres de cinco se convertiría pronto en cuatro de siete, y lo mismo ocurriría con las copas de menta y *mastika*. Y como esas cosas ocurren tan a menudo, antes de que pasara mucho tiempo los dos estarían abatidos y roncando tranquilamente en un banco de la esquina.

La noche habría caído sobre Klisura. El imán llamaría desde el minarete para la última oración del día, momento en que Elif debía llevar a Aysha a la plaza. Baba Mina y yo estaríamos esperando. Subiríamos al bus, encenderíamos el motor y conduciríamos hacia el este, treinta kilómetros,

hasta el pueblo de Byal Kamak. Todo eso bajo la premisa de que junto al árbol de piedra, donde el Veleka entraba en el mar Negro, bailarían los *nestinari*.

No es el coraje lo que nos guía. No es la locura. Es el hambre de libertad. Eso había escrito el capitán Kosta, cien años antes, y eso era lo que yo repetía en la plaza, tras el autobús abierto, con Baba Mina a mi lado. Era de noche. El conductor se había tragado el cebo de Dyado Dacho, con anzuelo, hilo, caña y todo. El imán cantaba. Pero no había señales de Elif y Aysha.

—¿Tienes frío, abuela? —susurré, luego me quité la chaqueta y le cubrí los hombros.

—Pronto me calentaré, hijo mío —respondió—. San Kosta me calentaré.

La voz del imán salió de Klisura por las colinas y el pueblo quedó en silencio. Un perro ladró a lo lejos en la distancia y una cigüeña bajó desde el tejado del edificio municipal y trazó un círculo en el cielo. Baba Mina me cogió de la cintura como una niña asustada.

—No dejes que me lleve —dijo—. La cigüeña negra.

Yo no podía distinguir si la cigüeña era realmente negra o sólo lo parecía. Ni tampoco tenía tiempo de investigar. Las cuerdas metálicas del puente crujieron en la oscuridad, y unos pasos sonaron sobre el ruido del río crecido por las lluvias. Una silueta cobró forma ante nosotros. Y luego otra. Y cuando vi una tercera forma que se acercaba, el corazón me dio un vuelco y pensé en echarme a correr.

—Se acabó —creo que le dije a Baba Mina, y en su miedo ella me agarró de la cintura con más fuerza.

Pero luego oímos hablar a Elif. El plan, nos dijo, había cambiado un poco. Y pronto las reconocí a ella y a Aysha, y junto a ellas, a su madre.

Diez

Sin embargo, la llave no estaba en el contacto.

—Claro que estoy seguro —grité desde el asiento del conductor—. Toco el contacto y la llave no está dentro.

El autobús estaba tan oscuro que sólo veía sombras indefinidas. Baba Mina se movía y murmuraba detrás de mí, y su asiento crujía con cada balanceo y murmullo. Aysha dijo algo y luego su madre gritó: «Ahí, está viniendo. ¡Nos ha encontrado!», pero sólo era una cigüeña que volaba sobre la plaza, entonces la mujer escupió en su camisa para alejar el miedo.

Una oleada de irritación me pasó por encima. Después de todo, había sido yo quien se había burlado del conductor por dejar la llave en el contacto. Ahora, como reacción, la había llevado consigo (lo que dudaba, teniendo en cuenta el miedo que le daba perderla cuando se emborrachaba), o la había escondido en algún lugar de la cabina. Buscamos, a la luz del mechero de Elif. Un par de enormes dados verdes colgaban del retrovisor, así que los sacudí, esperanzado, pero nada se movió dentro. De vez en cuando, las llamas quemaban el pulgar de Elif y nos sentábamos en la oscuridad mientras ella soplabla en la rosca de pedernal para enfriarla. Luego teníamos luz unos segundos.

—Mierda de mechero —protestó—. Pronto nos quedaremos sin gas.

Un diminuto icono de la Virgen María estaba pegado al salpicadero, así que lo despegué y busqué la llave en la parte trasera. Una foto borrosa de Hristo Stoichkov con la camiseta del Barcelona. Un recorte de Lepa Brena y un pino verde que apestaba a tabaco y naftalina. Y luego, cuando Elif encendió el mechero una última vez antes de que se acabara el gas, lo vi: un

contorno oscuro, que sólo aparecía levemente tras una imagen gloriosa. Samantha Fox, la santa patrona de todos los conductores de autobús de mi infancia. Y, metida tras sus espléndidos pechos, la llave de nuestra libertad.

A Elif le sorprendió que yo supiera conducir el autobús. Así que se lo expliqué: mi padre me había enseñado a conducir con cambio de marchas; para él, los hombres de verdad no conducían coches automáticos. Y si no le importaba, esta vez quería ser yo quien condujese. El plan era mío y pretendía...

—¡Atento a la carretera! —ladró ella detrás de mí, aunque había trazado la curva bastante bien.

Estábamos atravesando un tramo donde el asfalto estaba erosionado y por eso se movía el autobús. Pero cuanto más nos alejábamos de Klisura, mejor se volvía la carretera, menos silvestres parecían los robles a los lados, más suave el viento que los mecía.

—¿No es increíble? —dijo Elif con desdén, pues ella también se había dado cuenta de que el mundo se volvía menos silvestre a nuestro alrededor.

Me pregunté si las demás se darían cuenta. Baba Mina se balanceaba y murmuraba, y Aysha hacía lo mismo, sin prestar atención al exterior, de vez en cuando, se detenía y sincronizaba su balanceo con el de la anciana. En cambio la madre de Elif prestaba atención. De eso estaba seguro, aunque se sentaba en su asiento tan inmóvil como un árbol de piedra.

¿Cuánto tiempo había pasado, me pregunté, desde que había dejado Klisura por última vez? ¿Diez años? ¿Acaso veinte? Intenté imaginar qué sentía. Toda su vida, como un gusano de seda, había tejido para sí a otra mujer, una cáscara para contener sus pasiones, odios y miedos. Una concha en la que esconderse sin peligro. Ese caparazón había aprendido a absorber una mala palabra, una bofetada en la cara, una gran decepción. Pero, con el tiempo, esa concha se había convertido en una prisión y con sus pasiones, odios y miedos esa pobre mujer también se había visto devorada.

La carretera giraba por debajo de nosotros, áspera e irregular, y el espejo retrovisor temblaba como loco. La madre de Elif estaba sentada rígida detrás de mí, pero en el espejo su reflejo saltaba y se giraba. Se me ocurrió que el espejo la mostraba como era en realidad. Sin conchas. Sin prisiones. Sólo una mujer asustada, que temblaba de excitación. Una fugitiva; aunque fuera sólo por un momento, su verdadera y propia dueña. Y supe entonces que, por debajo de la rigidez, esa mujer estaba combatiendo en una lucha gigantesca: regresar a la concha temerosa y derrotada o salir al exterior victoriosa.

—¡Mira la carretera, maldita sea! —gritó de nuevo Elif, y esta vez nuestro giro fue menos suave.

Me disculpé, lo achaqué al estado de la carretera, y me alegré de que pronto se hiciera más lisa, y mi conducción, más calmada. Aquel mismo día había estudiado con atención mi mapa de turista, aunque en realidad las posibilidades de equivocarse no eran tan grandes. La carretera llevaba a la localidad de Sinemorets, y lo único que debíamos hacer era seguir hasta la primera salida; luego ,coger una carretera más pequeña que nos llevaría a la boca del Veleka.

—Mi padre también me enseñó a conducir —dijo una voz débil detrás de mi hombro—. Yo también soy buena conductora.

Me di cuenta de que era la primera vez que oía hablar a Aysha, salvo por un breve «gracias» cuando le di una manzana. Su voz era bonita, como la de Elif, pero más limpia, del mismo modo que el agua de un arroyo es más limpia que el agua del río. Dejé que se sentase en mi regazo y sus pequeñas manos asieron el volante y dijo que yo también debía agarrarlo para no correr riesgos. Aysha nunca había conducido un autobús, pero había llevado el Lada. Y nunca había visto el mar Negro. ¿Lo había visto yo?

—Nunca —mentí, y vi que Elif me observaba en el espejo.

—¿Te hace ilusión verlo? A mí sí.

Pero yo sentía tristeza, no entusiasmo. Pensé en mi abuelo, a quien había mentido hacía una hora. Me había pedido que jugase con él a las tablas reales

en la terraza y le había dicho que me dolía la cabeza, que estaba cansado. Buenas noches, dije, y él me miró con una expresión dolida. Sé que mientes, me dijeron sus ojos. Sé que estás tramando algo.

Todo ese tiempo me había esforzado por evitar una pregunta, pero ahora, mientras la carretera se desplegaba ante las luces, era ésta la pregunta que me hacía todo el rato. ¿Qué demonios estaba haciendo? Aysha no estaba enferma; ningún santo la había poseído. Estaba ansiosa por ver el mar Negro, no por saltar a un fuego. Y si lo hubiera visto, como a estas alturas cualquier chica de su edad debía haber hecho, nada de lo que estaba pasando habría sucedido. Y su madre no estaba enferma, ni Baba Mina, una mujer anciana y senil. Yo era el que estaba enfermo. Y Elif lo sabía. Me daba cuenta al ver su rostro en el espejo. Y sabía otra cosa: cómo ponerme más enfermo.

—Hacéis muy buena pareja —dijo Elif, y vino al salpicadero. Apretó el encendedor del autobús y luego llevó el círculo naranja hacia el extremo de su cigarrillo—. Las manos en el volante donde pueda verlas, americano. —Y echó humo por la nariz.

Al principio pensé que era broma.

—Es broma —dijo—. Por Dios, tranquilízate.

Pero no estaba de broma. Estaba celosa de verdad.

—Eres un cabrón estirado —soltó cuando me negué a ofrecerle una sonrisa, volvió a su asiento y sonrió con falsedad.

—Yo también querría fumar un cigarrillo —oí detrás de mí.

Ni siquiera cuando la vi alisando los extremos del pañuelo que realmente no hacía falta alisar creía que quien estaba hablando era su madre.

—Han pasado veintidós años —dijo cuando Elif le dio el cigarrillo humeante. Luego una tos la ahogó—. Americano —silbó su voz cuando terminó la tos—, si la radio funciona, me gustaría escucharla.

Jugueteé con el sintonizador, terriblemente excitado, horriblemente feliz por ella. Era difícil dar con una emisora que no fallase. La misma frecuencia nos ofrecía una voz turca un momento y una voz griega al siguiente. Incluso

ahí se libraba una batalla invisible por el dominio del aire que respirábamos. Al final logré sintonizar una transmisión decente: música folk búlgara, *rachenitsa*, rápida, enérgica.

—¿Está bien? ¿O sigo buscando? —pregunté a la madre de Elif.

—Si quieres —dijo. Luego su voz bajó tanto que apenas la oía, pero cuando volvió a hablar, sonaba más confiada, más fuerte, y por primera vez parecía haber salido del caparazón que la albergaba—. Espera, me gusta. Déjalo así, me gusta. —Y después se sentó como antes, pero ya no era la misma.

Avanzamos así quince minutos. Luego, como había anticipado el mapa, llegamos a una salida. La nueva carretera era tan estrecha que un coche que viniera en dirección opuesta habría tenido que echarse a un lado para dejarnos pasar. El firme se había convertido en tierra y de nuevo el autobús temblaba y daba tumbos.

En algún lugar cercano, en la oscuridad, la Vía Pónica avanzaba hacia el norte. O al menos lo que quedaba de esa vieja vía romana, una carretera de zares y grandes ejércitos, tan eficiente en su trazado que hasta las cigüeñas la seguían. ¿Cuántas de las piedras que había debajo de nosotros pertenecían a esa vieja carretera? ¿Cuántas a fortalezas derruidas y casas en ruinas? Y en la oscuridad, en algún lugar cercano, en paralelo a nuestro movimiento, el río Veleka también avanzaba hacia el mar Negro. Había hecho ese trayecto durante miles de años —antes que nosotros, antes que los zares o que sus ejércitos— y lo seguiría haciendo miles de años después de que nosotros hubiéramos muerto y nos hubiésemos convertido en polvo. Los arroyos de Turquía le habían dado a luz cuando Turquía no existía. Los arroyos de Turquía le habían dado una vida fresca cuando Bulgaria no existía. Y al final el mar Negro lo tomaba como tomaba todos los ríos, sin preocuparse por el país desde el que llegaban. Al final era siempre agua que cambiaba de forma, de la lluvia al río y al mar y la nube y luego de nuevo al río, un movimiento sin fin.

Levanté la mano para que Elif pudiera verla y, sin palabras, me pasó el cigarrillo. No estoy seguro de por qué no me había dado cuenta de que estaban compartiendo un porro. Di una larga calada y retuve el humo para que me quemase, y pronto sentí la cabeza más ligera. Desgraciados, pensé, y devolví el porro. Nacer aquí. Nuestros Balcanes eran danzantes del fuego, que se levantaban de las cenizas como llamas y volvían a ser cenizas. Y de todos los mares del mundo era el nuestro el que era negro. Sí, sí, dije, y di otra calada cuando Elif me la ofreció. Era el mar lo que sentía, por delante, en la noche en la que viajábamos. Era el mar lo que me había hablado, como una mujer de luto, y no soportaba oír lo que estaba diciendo.

—Aysha —dije—, sube la música.

Subió la música al máximo y di una última calada antes de bajar la ventanilla. El frescor de la noche se enredaba en torno a nosotros como olas de algas. La carretera nos elevó hacia una pequeña colina, bajó otra, subió la siguiente. Y cuando ascendimos a un punto alto, cuando pude lamer la sal de mis labios, Aysha soltó un grito de asombro y golpeó el claxon con todas sus fuerzas. Donde yo había oído a una mujer de luto, ella había visto el mar por primera vez.

Once

La carretera eran dos surcos profundos con hierba seca que ondulaba entre ellos. Los robles habían dado paso a árboles más pequeños, que a su vez se habían transformado en arbustos altos. Las ramas rascaban el autobús y chocaban con el parabrisas, por eso había subido la ventanilla. Y justo cuando pensaba que hacíamos un viaje absurdo, que habíamos llegado a un lugar que no era más que matorrales, un par de luces de freno brillaron a lo lejos en la oscuridad. En muy poco tiempo pasamos ante una hilera de coches aparcados entre los arbustos y gente que caminaba en una fila delgada.

—A partir de aquí la carretera es malísima, colega —me dijo un joven cuando bajé la ventanilla—. Pero tú vas en bus. Así que, ¿qué más te da? —Luego se pegó a la puerta, se puso de puntillas, olisqueó, intentó mirar—. Colega, ¿tienes sitio para alguien más?

—¿Por qué tiene el pelo verde? —preguntó Aysha cuando nos pusimos de nuevo en marcha.

—¿Y por qué todos tocan silbatos? —añadió Elif, porque realmente eran silbatos lo que sonaba por detrás—. Colega —dijo, y se echó a reír.

Luego adelantamos a un grupo de pensionistas con mochilas y después a más chicos con el pelo colorido que saltaban por la carretera como conejos y llevaban palos verdes, rojos y azules. Aysha dio un puñetazo en el claxon y se rio y de nuevo la noche respondió con una salva de silbatos. Me descubrí pensando en la gente de Strandja que hablaba como pájaros cantores en su viejo idioma, en el capitán Kosta y luego en mi abuelo, en lo herido que parecía cuando me vio mentir e irme a la cama tan pronto.

La carretera se había vuelto lunar. Salíamos de un cráter y nos metíamos

en otro, colina arriba en primera. Perdido en mis pensamientos, dejé que el motor se calara unas cuantas veces. Después la carretera era tan estrecha que pensé que íbamos a volcar. Las llantas negras se hundieron en un surco y giraron en el vacío, pero al final lo conseguimos.

—Vah, vah, vah —chilló de pronto Baba Mina detrás de mí—. San Kosta, ya voy.

De inmediato su grito expulsó toda la alegría del aire. De inmediato, Aysha se puso rígida en mi regazo y sus pies dieron unas patadas.

—Vah, vah, vah —repitió—. Estamos yendo, san Kosta. —Y sus dientes castañetearon como el pico de una cigüeña.

Era una hoguera lo que habían visto en la playa a lo lejos: altas llamas, que el viento giraba y estiraba hacia arriba. Era la playa con el árbol de piedra, la franja de tierra entre mar y río donde los *nestinari* debían de estar bailando. El cielo se había nublado y el mar no era otra cosa que negrura, pero había barcos en el río y así es como yo lo veía. Uno, dos, tres... Conté siete barcos en total, iluminados por antorchas y linternas y llenos de turistas.

Pasamos ante unos cuantos autobuses aparcados y los pasajeros ya iban caminando. Y cuando no había más carretera para seguir, apagué el motor y abrí la puerta. El aire, hasta hacía poco tan pesado por la sal y las algas, ahora apestaba a carne asada. Los tambores sonaban desde todas las direcciones, no a la vez, sino cada uno a su aire, una conmoción caótica que el viento del mar arrojaba como arena a puñados.

—No tengas miedo, abuela —le dije a Baba Mina una vez que llegamos a la multitud—. Dame la mano y no te sueltes.

Me agarró como si se estuviera ahogando, como si yo fuera una rama que pudiera salvarla. El exceso de ruido y color me había abrumado, pero a ella la había asustado hasta dejarla sin palabras. Durante un instante se me ocurrió una idea: era un error haber llevado a Baba Mina, y era un error haber ido allí. Pero antes de que pudiera pensarla de verdad, la idea se había alejado y se había mezclado con el mar de gente.

—Elif —llamé—. ¡No te alejes! —Y su mano quemó la mía cuando me la dio.

—Estoy al borde del pánico —gritó; luego le dijo a su madre que agarrase a Aysha—. ¿Ese que acabo de ver es mi padre o es cosa de la hierba?

Las voces se mezclaron y nos arrastraron en un diluvio: ruso, alemán, inglés. «Antonio», gritaba alguien a un lado. «Bystro», gritaba otro. Una mano me rozó el hombro y salté, asustado, pero no era el imán, sólo un chico francés que buscaba algo. Mi corazón latía rápido, notaba el pecho constreñido como si me lo hubieran rodeado de cinta aislante. Y la mente se me nubló en el calor de los cuerpos. Pensé que veía una caravana de jinetes, que bajaban por una duna a lo lejos, cada uno agarrando una llama brillante; jinetes como los que había visto pintados en las paredes de la casa de Elif. Luego la luz me deslumbró y cuando recobré la vista me vi a tres metros de un camello enorme. Sobre el camello, inundado por más luz, posaba una mujer en traje de baño.

—¡Elif! —grité—. ¡Abuela!

Las había perdido. Fui de un rostro a otro, tropezando con desconocidos. Unas cuantas veces di con la nariz en la arena: granos gordos, más grises y oscuros que realmente negros. Mis zapatos y mis calcetines se llenaron rápidamente y a cada paso la arena me raspaba y quemaba. La caravana de jinetes estaba más cerca y eran unos hombres sobre caballos, soldados rusos..., no, turistas... Sonaban silbatos y tambores. Corrí de un lado a otro hasta que al final la playa se ensanchaba y la multitud se extendía, y entonces fue cuando lo vi. Bañado en la luz de la hoguera, delgado en el tronco, tan alto como un caballo y su jinete: el árbol de piedra. Y Elif y las demás, junto al fuego, observando en silencio.

—Lo único que faltan son los nidos de las cigüeñas —me dijo cuando llegué.

Y las calaveras en sus ramas, quería decir, pero no lo hice. Baba Mina me había cogido de la cintura y me agarraba con fuerza.

—Tranquila, abuela —dije suavemente, pero no estoy seguro de que me oyese.

Miró el fuego, y supe que veía en él algo que yo no podía ver. Se veía tal como había sido: joven y guapa. A sus pies, en ese tiempo, no sólo ascuas brillantes, sino el mundo entero. Entonces podía pisar las ascuas y no le quemaban. Podía pisar el mundo y el mundo cedía. Adelante, hija mía, le decía el mundo, písame, pégame. Eres joven y guapa, toda tu vida está delante de ti. ¿Por qué debería yo detenerte?

El fuego quemaba y Baba Mina me abrazaba y, de forma similar, Aysha abrazó a su madre, y de manera muy parecida las dos vieron cómo las llamas se hacían más cortas. ¿Qué les enseñaban las llamas?, me pregunté ¿Qué me enseñaban a mí?

Elif, de pie a nuestro lado. Cada mechón de su pelo corto era radiante, naranja. Su rostro brillaba. Sus ojos ardían. No mirando el fuego, sino a mí, y viendo, por primera vez, que yo también era valiente y osado, un rebelde de verdad.

A esas alturas, mis labios estaban cerrados y hundidos; el estómago me dolía de hambre. Había visto a un vendedor en algún momento, vendiendo carne a la parrilla, e imaginaba lo bien que me sabría un *kebabche* en ese instante. Lentamente, el fuego se apagó ante nosotros y las ascuas se abrieron como ojos redondos. Entonces tres hombres jóvenes salieron de la oscuridad. Llevaban trajes tradicionales —camisas blancas, pantalones negros, cintos rojos— y después de encender una hilera de antorchas en la arena empezaron a extender las ascuas en círculo con largos rastrillos. Cada vez que los rastrillos rompían un trozo de madera chamuscada en pedazos más pequeños, las chispas saltaban y el viento las movía en densos enjambres.

Camisas blancas como plumas de ganso, recordé que decía mi abuelo, aunque hablaba de hombres. Los *kalushari*, hombres para empresas heroicas.

El mar hacía ruido a un lado mientras el río fluía en silencio al otro, y más gente se reunía tras el árbol de piedra para ver cómo se extendían las ascuas.

Las cámaras emitían flashes y sonaban los silbatos, los caballos relinchaban y los camellos berreaban, y desde la oscuridad oí el salpicar del agua y chicos borrachos y chicas gritando porque el agua estaba fría.

Luego, por un instante, el mundo quedó inmóvil: Elif había apoyado la cabeza en mi hombro.

—Gracias —susurró, y cuando la miré, estaba llorando.

Le toqué la mejilla con suavidad, estaba caliente por el fuego, y le aparté las lágrimas. Cuando mis nudillos pasaron ante sus labios, ella los besó. Me besó los dedos. Y supe en ese momento que si nos pillaban, si teníamos problemas de verdad, no me importaba. Estar como estábamos, juntos sobre una orilla negra, hacía que todos los futuros problemas mereciesen la pena.

Fue después de eso cuando una gaita cortó la noche de arriba abajo. Un tambor silenció todos los demás. Desde detrás del árbol de piedra llegaron el gaitero, el tamborilero y la noche se volvió día con todos los flashes.

Baba Mina se puso tensa a mi lado. «Vah, vah», susurró, pero el susurro la ahogó. La gaita se detuvo a un lado del círculo brillante, el tamborilero se detuvo en el otro, y me pregunté si era eso lo que Murad el Divino había visto desde su barco, seis siglos antes, mientras esperaba como nosotros a que las mujeres llegaran bailando. ¿Aquello era un árbol o la chica del pelo blanco? ¿O era simplemente una peña que el viento y la marea habían desfigurado?

La música sonó más alta, el tambor más deprisa y mi corazón intentó mantenerse a su ritmo. A la luz de las antorchas vi un grupo de turistas japoneses que jugaban con sus cámaras, los objetivos eran tan largos que casi tocaban las ascuas. Y unos niños con pelo colorido que se mecían con el tambor, moviendo las manos y raspando líneas verdes en la oscuridad con sus bastones brillantes.

—¿Qué demonios está haciendo? —susurró Elif, pero no hizo falta que señalara.

A un lado del círculo, un hombre sin camisa intentaba quitarse el zapato. Ya se había quitado el derecho. La tierra sucia brillaba sobre su vientre

grueso: como yo, él también debía de haber rodado por los suelos unas cuantas veces.

—Eh, atrás —gritó alguien, pero el hombre no escuchaba.

Antes de que nos diéramos cuenta, había saltado sobre las brasas y había dado unos pasos vacilantes hacia el centro del círculo. Todavía no sé por qué, la masa se había echado a reír. Quizá porque sus gritos nos parecieron demasiado agudos para un tipo tan grande; quizá porque llamaba a su mamá en ruso. Pronto estaba fuera del fuego, pero incluso después de que los hombres de las camisas blancas lo hubieran llevado hacia la oscuridad podíamos oírlo llamar.

—Eso debería darle una lección —dijo alguien detrás de nosotros.

—Gordinflón ruso de mierda —dijo alguien más, riéndose, y sin que yo lo esperase me cayó un porrón en las manos.

—Da un trago y pásalo —me dijo una chica.

—¿Qué hay dentro?

—Néctar divino. ¿Qué crees que hay?

Era vino: suave y ácido y con sabor a hojas de geranio. Conocía el sabor; incluso en Estados Unidos mi madre había insistido en añadir la hierba a nuestras compotas de Nochebuena.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Elif cuando le pasé el porrón. Pero no esperó una respuesta. Tragó y el vino bajó por su mejilla y brilló.

Luego bebió su madre, después Baba Mina, y hasta Aysha dio unos pequeños tragos.

—Despacio —le dije, pero alguien se rio detrás de mí.

—Deja que lo tome. Es mejor que la leche y la miel.

Durante un rato observamos el brillo de las ascuas y el humo blanco que subía cada vez que los rastrillos las separaban. Baba dio pasos diminutos en su sitio, y lo mismo hizo Aysha, con la mirada fija ahora en la anciana, ahora en las brasas. Pero su madre permanecía calmada y cuando el porrón volvió,

dio un largo trago. Parecía victoriosa, lejos de su marido, liberada aunque sólo fuese por unas horas.

Uno a uno, los hombres empezaron a apagar las antorchas. La música calló y oímos, en la playa, donde imaginé que el Veleka entraba en el mar, el sonido de otra gaita, de otro tambor que se acercaba. Una llamada al silencio se extendió entre la multitud. Susurros y suspiros. «Vienen», dijo un búlgaro a un lado. «Los *nestinari*», dijo una mujer en inglés, y la palabra sonó muy extraña en un idioma que no la contenía.

Las cámaras brillaron con impaciencia y el gaitero fue el primero en aparecer entre sus flashes. Nunca había visto una gaita como aquella: la cabeza del cabrito de cuya piel se había hecho el fuelle estaba totalmente conservada; los ojos vidriosos y los cuernos negros reflejaban cada nuevo flash. *Ahs* y *ohs* agitaron a la multitud y las cámaras soltaron sus flashes con más ansiedad todavía. El tamborilero siguió y, a continuación, aparecieron los *nestinari*. La luz perseguía a la oscuridad en una alternancia enloquecida y hacía que sus movimientos pareciesen bruscos y torpes. Surgían en el espacio como espectros, primero en un lugar, luego en otro. Un joven llevaba un icono gigante, medio cubierto con una tela tan roja como su faja. Una joven siguió tras él, y detrás otro hombre y otra chica, todos con iconos. Sus pies descalzos levantaban arena mientras trazaban un círculo en torno a las ascuas encendidas.

—Son muy guapos —comentó Elif, y de nuevo apoyó la cabeza en mi hombro, en esta ocasión sin llorar.

La música se levantó, la otra gaita y el tambor se habían unido. Vi que una gran sonrisa estiraba los labios de Aysha y que aplaudía para mantener el ritmo. Su madre también sonreía y aplaudía, y ninguna de las dos parecía remotamente interesada en entrar en el fuego. ¿Podía ser tan fácil, me pregunté, curar su enfermedad?

Pero Baba Mina no sonreía. Había dejado de dar sus pasos diminutos, y cuando se volvió hacia mí, con la cara tensa por el miedo, comprendí que lo

que yo había imaginado —que se veía a sí misma en el fuego, joven y guapa — era una chorrada.

—Llévame a casa, hijo mío —susurró, e intentó cogerme de la mano, pero no pudo.

—Todo va bien, abuela —la tranquilizó Elif. Puso la palma de la mano sobre el hombro de la anciana y le besó la mano sobre el pañuelo negro—. Vamos a ver el baile. ¿No son guapos?

Baba Mina murmuró algo —quizá la multitud la había asustado— y la gaita chilló tan cerca que todos los demás sonidos desaparecieron.

El primer hombre llevó su icono sobre las brasas, sus pies dieron pasos rápidos, levantando chispas y alzando un humo blanco. Una de las mujeres le siguió. Los tambores sonaron más deprisa y la segunda chica saltó sobre las ascuas y llevó sin problemas la imagen de la Virgen sobre ellas. Fue un momento hermoso: las chicas tan guapas, los hombres tan fuertes y valientes. Y, sin embargo, yo no podía sentir esa belleza. Los silbatos volvían a sonar. La gente aplaudía y celebraba como una multitud en un partido de fútbol. Un sabor amargo me llenó la boca. No era un viejo misterio lo que estábamos viendo, sino un espectáculo para turistas; tan extraño y exótico como ellos lo desearan.

—Esto no está bien —le dije a Elif. La cabeza me daba vueltas por la hierba y el vino y la gente, y sentí que se me despertaba el estómago—. Vigila, vuelvo enseguida.

La playa estaba llena de botellas y colillas y parejas que se enrollaban. Chicos y chicas corrían semidesnudos por la orilla y saltaban al mar, gritando. Pero en la oscuridad el aire era más frío, tan fresco que me despejé rápidamente. Qué triste era estar a menos de tres metros del mar y no verlo. Qué horrible era mirar las brasas y los danzantes del fuego y no sentirlos. La ira me ahogó: no sólo contra los turistas borrachos, sino también contra los gaiteros, los tamborileros, los *nestinari*. Y me habría sentido abatido y

enfadado mucho tiempo si no hubiera rugido un coche a lo lejos en ese instante.

La gente gritó, otros rieron y yo miré el coche, un jeep, volando por la playa y en dirección al baile. Sin saber por qué, eché a correr. Tropecé y caí en la arena, corrí más deprisa. Una vaga náusea se alojó en mi estómago. El jeep, como el que había llevado Orhan, se había detenido a menos de seis metros del baile y la multitud había roto el círculo, cegada por las luces del vehículo.

No puedo decir que me sorprendiera ver que se bajaba el imán. Durante toda la noche lo había visto en más de una cara. Pero ver a mi abuelo apeándose del coche me sorprendió. Se quedó junto al parachoques y durante un tiempo peleó con el viento para encender un cigarrillo. Las gaitas seguían sonando, los tamborileros seguían tocando y los *nestinari* seguían bailando, pero nadie los miraba. Todos los ojos observaban al imán mientras los suyos buscaban. No había dicho una palabra y su mujer ya estaba caminando hacia él. Con la cabeza baja, se metió en la parte trasera del coche, dentro de su caparazón viejo y desdichado. Se desató el pañuelo y lo extendió sobre la cara para taparse.

Abriéndome paso a codazos, encontré a Elif y a Aysha. Se daban la mano, totalmente inmóviles bajo las luces. Y Baba Mina estaba junto a ellas, paralizada por los faros del jeep. El imán era sólo una sombra y el viento movía la arena a sus pies en nubes negras. Tras él, mi abuelo fumaba; el extremo de su cigarrillo era un ascua brillante.

—Yo no voy —susurró Elif.

No estoy seguro de si quería que su padre lo oyera o de si lo dijo para sí misma. Pero otra gente la oyó.

—Eh, tío —se dirigió alguien al imán—, deja a la chica en paz.

—¡Es un país libre!

—Yo no voy —repitió Elif una segunda vez, más alto.

Me pareció que quería que buscara su mano y se la cogiera, para infundirle

fuerza y coraje, para sujetarla como un ancla. Pero no podía mover un músculo. Y ella se fue a la deriva.

—Vamos, tío —gritó alguien, quizá a mí, quizá al imán.

Con la cabeza baja, como su madre, Elif caminó hacia la luz cegadora, hacia el caparazón que ella también llevaba tejiendo muchos años.

Para entonces la gente abucheaba y ni las gaitas podían silenciar los silbatos.

Entonces, justo cuando pasaba junto a su padre, cuando estaba a pocos metros del jeep parado, Elif se dio la vuelta y echó a correr. Antes de que me diera cuenta sus labios estaban en los míos y la gente aplaudía. E incluso después de que terminase nuestro beso, incluso después de que Elif se hubiera sentado al lado de su madre, la gente siguió aplaudiendo.

Fue un momento difícil de igualar. O lo habría sido de no ser por Aysha. Una mujer gritó y otra también, y me di la vuelta a tiempo de ver a la niña corriendo sobre las ascuas, descalza. De inmediato la música quedó en silencio, los *nestinari*, a un lado, tan asombrados como nosotros. Oíamos cómo crujían las ascuas bajo los pies de Aysha cuando atravesó el círculo por segunda vez. Pero antes de que lo cruzara una tercera, un hombre la cogió en brazos y la calmó: mi abuelo, dando patadas con sus botas a las brasas al salir.

La gente abucheaba con más fuerza y por un momento temí un altercado.

—Vamos, abuela —le dijo a Baba Mina, y le cogió la mano cuando ella la ofreció. Luego se detuvo un momento—. Coge los zapatos de Aysha, ¿quieres? —me dijo, sin volverse.

Doce

Dyado Dacho pocas veces perdía frente al conductor de autobús. Pero esa noche los dedos lo traicionaron. Fue como si una mano invisible hubiera interferido, me dijo más tarde, tirando exactamente los valores que no le servían. No tardó en gastarse todo el dinero que llevaba encima y todavía faltaba para el final de la oración vespertina. Sabía que tenía que conseguirnos más tiempo para que el plan se pusiera en marcha y siguió apostando: primero su reloj Slava, luego su pensión y al final la de Baba Mina. Pero la mano invisible siguió tirando malas puntuaciones y enviando, contra todo juicio sensato, más y más chupitos de menta y *mastika*. Mientras tanto, como nunca antes había pasado, el conductor seguía sobrio. Le estaba chupando la sangre a Dyado Dacho, y no dejaría que unas infusiones de hierba estropearan su buena fortuna.

Al final el imán cantó en el minarete y el conductor se frotó la barba con el dinero. Se probó el Slava para ver si le iba bien —no le iba, su muñeca era mucho más gruesa, pero aun así lo cogió— y prometió volver a por las pensiones al día siguiente. Dio las buenas noches, pese a las protestas de borracho de Dyado Dacho —ahora quería apostar todos sus pollos, incluso su casa— y se fue hacia el autobús estacionado en la plaza.

Cuando el conductor llegó a la cafetería para gritar que le habían robado el bus, el imán ya estaba ahí buscando a sus mujeres fugitivas. Fue entonces cuando la mano invisible golpeó a Dyado Dacho en las costillas como un atizador. Tan dolido estaba por su derrota que no pudo resistir la tentación de escupir algo de veneno. «Nunca encontrarás a tus mujeres —le dijo al imán—, y en cuanto a tu autobús —se dirigió al conductor—, ¡lo he robado yo!»

Lo siguiente que sabía era que ellos lo estaban sacudiendo para sacarle más información. Pero estaba totalmente borracho y muy contento por haber pedido tanto *mastika* y así, inconsciente, no dijo nada.

—Se lo contó todo, el viejo imbécil —explicó mi abuelo en la terraza el día después del baile del fuego.

Me había levantado tarde, me palpitaban las sienes y estaba luchando con el caldo de pollo que él me había preparado. Veía mi propio reflejo, distorsionado y lamentable, en los dos dedos de grasa de la superficie: un espejo brillante que mi abuelo esperaba que consumiera para curar mi resaca.

Ni el imán ni el conductor entendieron mucho de lo que decía Dyado Dacho. Pero no hacía falta gran cosa: había mascullado *nestinari* y *danza* y luego *¡el americano se las llevó!*

—Eh, hijo mío —lloró luego Dyado Dacho cuando fui a verlo—, debió de ser cosa de la mano, que me obligó a decirlo.

Cómo podía una mano invisible obligar a un hombre a decir cosas era algo de lo que yo no estaba seguro, pero no insistí.

—El imán vino a buscarte —explicó mi abuelo, y me hizo una señal para que me apresurase con la sopa antes de que la grasa de la superficie se hubiera vuelto correosa.

El lamentable reflejo se rasgó cuando metí la cuchara. Hambriento como estaba, no pude ni tomar ni un bocado.

—*Mi chico está durmiendo*, le dije —siguió mi abuelo—. *Le duele la cabeza*. Estaba listo para una pelea a puñetazos cuando intentó despertarte. Entonces me enfadé de verdad, grité: *Vamos, ven a darle un beso si quieres. Igual así le curas la jaqueca*. Me sentí un auténtico imbécil, hijo mío, cuando vi la cortina moviéndose en la ventana.

Más o menos entonces sonó un claxon en la carretera y, cuando salieron, el jeep militar estaba esperando. Mi abuelo no sabía cuándo y cómo lo había pedido el imán, pero el hombre tenía contactos. Mi abuelo me lo había dicho mil veces: este lado de Strandja pertenecía al imán.

Cuando el imán preguntó dónde bailaban los *nestinari*, dónde había llevado a las mujeres, mi abuelo respondió que no tenía ni idea. Pero no fingía bien. El imán había visto la chaqueta de Elif en mi habitación, en el perchero. Así que mi abuelo dijo: «Súbete al jeep, te llevaré».

Lo demás... ya lo había vivido.

—Te prohíben subir al autobús el resto de tu vida —dijo mi abuelo.

Cogió mi sopa con impaciencia y empezó a sorber. Era mi abuelo quien había llevado el autobús desde la playa hasta la plaza: Baba Mina y yo borrachos y dormidos, hombro con hombro. No sabía por qué no había venido el conductor.

—Hay más en la cacerola si quieres. —Baba Mina le había dado el pollo esa mañana, en lugar de decirle *gracias* o quizá *lo siento*.

—Yo no tengo pollos para darte —le dije, mirando la mesa—. Adelante, di que me lo advertiste.

Pero me dijo que levantara la vista.

—Tomaste una decisión, y has pagado por ella. Además, fue un placer ver la cara del imán cuando Elif te besó. Y luego cuando Aysha echó a correr sobre las brasas apagadas.

Según mi abuelo, las brasas estaban demasiado extendidas. A su entender, esos danzantes del fuego no eran verdaderos *nestinari*.

Caminando hacia el autobús, después de que el imán hubiera alejado a sus mujeres, yo había visto, o al menos eso había creído, al rechoncho ruso que se había quemado los pies en el fuego. Había charlado en búlgaro con uno de los hombres que había extendido las ascuas, ayudándole a cargar los rastrillos en el remolque de un camión.

—Los separa una línea muy delgada, hijo mío —me dijo mi abuelo—. Al que hace milagros del estafador. Y esa línea, como ocurre a menudo, está en el ojo del observador.

La gente que habíamos visto la noche anterior no era de Klisura. Y la festividad de San Constantino y Santa Elena tampoco había sido la noche

anterior.

—Espera trece días —dijo mi abuelo— y vuelve a Byal Kamak.

Para esas cosas, el antiguo calendario todavía pesaba en Klisura, y en la mayoría de los pueblos de Bulgaria.

Sentí que la sangre me subía a los oídos. Ahí había un detalle que no había tenido en cuenta. Mientras que la mayor parte de Europa había cambiado al calendario gregoriano en la Edad Media, Bulgaria había esperado hasta 1916. Incluso en la actualidad, muchos de nuestros mayores celebraban las fiestas siguiendo el antiguo calendario juliano. Así que no era el 21 de mayo, sino el 3 de junio, la auténtica fiesta de los santos de los *nestinari*.

—El problema es que haya ocurrido de este modo. No que haya ocurrido —dijo mi abuelo, y movió su gran mano—. En tu lugar, quizá yo habría hecho lo mismo. Qué demonios, en tu lugar yo hice algo mucho peor.

Y por un instante pareció que quisiera decir más. Sacó un cigarrillo y lo encendió, con los ojos detenidos sobre los tejados y los nidos de las cigüeñas.

—Baba Mina nunca fue una danzante del fuego —comentó cuando una cigüeña aterrizó en un nido y empezó a alimentar a sus dos crías—. San Kosta nunca la quiso. Y, después de tantos años, veo que todavía le duele. Lo pasado, pasado —concluyó, y dio una larga calada—. Es lo que viene después lo que no me apetece mucho afrontar. Así que prepárate. Se avecina una tormenta.

Cuarta parte

Uno

La noche antes de la verdadera fiesta de los *nestinari* soñé otra vez con la chica. Estaba en mi cama, envuelta en una sábana blanca como un cadáver, y cuando retiré la sábana se rio, le hacía cosquillas. No tenía cara y su risa sonaba como el canto de una alondra. La cama se había convertido en un nido, la tierra se movía con un profundo rugido y, rama a rama, el nido comenzaba a pudrirse. Empezamos a caer.

Abrí los ojos y vi la cara de mi abuelo, al principio borrosa, tan cerca de la mía, luego enfocándose. El rugido de mi sueño se había vuelto más ruidoso. Profundo y persistente, arañaba las ventanas en sus marcos y el cristal piaba como un pájaro.

Durante un momento esperé que el abuelo de mi infancia me tirase una bolsa de malla. Pan, queso y yogur. Entrega en quince minutos. En vez de eso me tiró unos vaqueros.

—Vístete. Tenemos que irnos.

¿Ir dónde? El sol sólo se había levantado un poco por encima de las colinas orientales. El parque estaba medio en sombras. Para cuando enredaba con mi camiseta, una guillotina de luz tocaba la entrada del pozo. El rugido se había vuelto tan fuerte que no entendía lo que estaba diciendo mi abuelo: una maldición, indudablemente, contra la tía o la madre de alguien.

Pegamos las palmas de las manos a la ventana para suavizar su vibración y fue entonces cuando lo vimos, caminando por la carretera ante nuestra casa. Ardiendo con el sol en su armadura —filo curvo, cuerpo amarillo, cola como una garra—, parecía más un escorpión gigante que un tanque, y más un tanque que lo que era en realidad.

—¿Un bulldócer? —dije.

—Dos. Estabas dormido cuando ha llegado el primero.

El bulldócer dejó tras de sí una niebla seca, una nube de polvo y arena a través de la que avanzamos. Una o dos veces mi abuelo tropezó en los surcos que había dejado, pero después de cada vacilación su paso se volvió más rápido. Lo mismo ocurrió con su respiración.

—Hemos perdido demasiado tiempo —ladró cuando le pedí que aminorase la marcha. No necesitó decir el resto: «Y todo por tu culpa».

El rugido de las máquinas se hacía más fuerte cuanto más nos acercábamos a la fea torre, las casas de las afueras, entre un polvo amargo que apestaba a humo. Con el hedor, una pesadez se alojó en mi estómago, y cuando los motores se ahogaron de pronto en otro tipo de estruendo —el retumbar y el rugido de los muros que caían—, la pesadez se convirtió en pánico. Mi abuelo corrió de manera grotesca, como un animal herido, y yo corrí detrás de él. Gritó algo y yo también me oí gritar.

Filos y cuchillas cortaban entre la nube de polvo, como aletas y colas de tiburones en aguas hirvientes con la sangre de la presa: el tipo de sangre que apestaba a aceite de motor y naftalina.

—Que el diablo me lleve —gritó mi abuelo una y otra vez, y a pesar del ruido podía oír cómo apretaba las mandíbulas.

Con los puños cerrados, fue a derecha e izquierda. Una vez intentó entrar en la nube de polvo, pero lo sujeté con fuerza. Y después observamos, totalmente conscientes de que era tarde y de que no había nada que pudiéramos hacer, salvo esperar a que el viento dispersara parte del polvo para que al menos pudiésemos ver los daños.

Al final los vimos: escombros donde un segundo antes había habido una casa. Lenta, metódicamente, los bulldóceres apartaron paredes y techo, limpiaron el suelo y lo alisaron. El metal chilló, la madera crujió y en algún lugar más allá de ese caos reconocimos un aleteo. Dos cigüeñas negras nadaban entre la nube que se disipaba: las sombras de las cigüeñas estaban

sobre nosotros, blancas como hueso en el cielo de la mañana. Supe entonces, como por primera vez, que todo aquello era culpa mía. Y que mi abuelo lo sabía. Pero al verlo como lo veía, envuelto en una nube de polvo, como la chica de mi sueño, y con sólo dos manchas de garras de barro en la cara, donde caían las lágrimas, entendí otra cosa. Las casas no significaban nada para él. Palos y barro, ruinas secas. Y la tierra no significaba nada —aplanada o aplastada por los surcos de los buldóceres—. No era por la tierra ni las cosas por lo que había regresado a Klisura.

—Tenían dos crías, creo —dijo.

Y después lo único que oí fueron aleteos y por toda Klisura se oía la llamada de las cigüeñas.

Dos

Durante veinte días del verano de 1903, la República de Strandja fue libre bajo el estandarte revolucionario. *¿Mereció la pena, me pregunto?*, escribió el capitán Kosta en su diario, solo y roto por la pobreza y la enfermedad, unos días después de las grandes batallas: el diario que mi abuelo copiaba en sus propias notas. *¿Haber conocido la libertad sólo un instante y luego haber derramado tu sangre bajo la espada y el fuego? Por Dios, me digo, ¿qué importa, una vida o sólo un instante? Importa que la conocimos. No. Esto tampoco importa. Importa que luchamos por conocerla. Por Dios, digo, mereció la pena.*

La noticia de que la hija pequeña del imán había bailado descalza sobre las ascuas se extendió como un incendio por el pueblo. Y, como todos los rumores, se extendió muy distorsionada. En una versión, Aysha se había santiguado tres veces antes de saltar sobre las brasas; en otra, llevaba un icono de la Virgen María e incluso lo besaba. Según una versión, Baba Mina le dio la mano y la llevó en círculos; según otra, mi abuelo se había metido en el fuego descalzo. Pero todas las versiones coincidían en un detalle: la hija mayor del imán se había escapado de su padre y le había plantado al nieto americano un beso en los labios.

A partir de ese momento, Aysha y su madre estuvieron totalmente sanas. Y lo mismo pasó con todas las demás chicas enfermas de Klisura. Todas pensaban que la festividad de San Kosta había terminado y simplemente ese conocimiento las había curado. Pero las cosas no andaban bien con Elif. También a ella le habían prohibido la entrada en el autobús. La universidad, los exámenes..., se veía abocada a suspenderlos.

Ver la cazadora que había dejado a secar en mi percha me dolía ferozmente. A veces temblaba con el impulso de cogerla, ir a su casa y devolvérsela en persona. A veces ardía con la necesidad de sacarla fuera, prenderle fuego y machacar sus cenizas en el suelo con los pies desnudos. Pero la idea de que primero tendría que tocarla me llenaba de tal terror que sólo podía mirarla, donde colgaba en la esquina, y pensar en la chica que la había llevado.

Mi abuelo tenía razón; había tomado una decisión y la decisión había sido recompensada: Elif me había besado. Lo que era una vergüenza era que había arrastrado a otros para que pagasen por el beso: Elif y mi abuelo, Aysha y Baba Mina. Cada vez que recordaba el tacto de los labios de Elif, se me aceleraba el corazón. Y mi vergüenza se volvía más grande, no porque hubiera causado problemas, sino porque, a pesar de todo lo demás, me sentía feliz.

Otras tres casas fueron reducidas a escombros aquella mañana. Grité, moví los brazos, tiré piedras a las máquinas. Los conductores no quisieron darse por enterados. Al final se tomaron un descanso: a la sombra de la pala, alzada como si lo siguiente que fuese a atacar fuera el cielo.

—¿Quién eres tú —preguntó un conductor, antes de beber agua de una botella de Sprite durante un tiempo que me pareció extraordinariamente largo — para que tengamos que darte una explicación?

En altura, apenas se levantaba por encima de la oruga, pero me pareció el tipo de hombre que disfrutaría despedazando miembro a miembro una mantis religiosa. El otro conductor, que intentaba encender un cigarrillo, parecía más maleable —alto y frágil— hasta que habló:

—Sí, imbécil, ¿quién coño eres exactamente?

Les dije que era el puto nieto del dueño y una oleada de terror se apoderó de mí, no por ellos, sino por mi estupidez por haberme dirigido a ellos de ese modo.

—Quizá sí, quizá no —dijo el bajo, y terminó la botella dando una serie de tragos breves. Su trabajo no era preocuparse por eso. Su trabajo consistía en aplanar el sitio y prepararlo.

El alto cogió la botella vacía.

—Lo has vuelto a hacer. Y yo aquí, muriéndome de sed.

—Mis riñones necesitan limpiarse.

—¿Y los míos no?

Detrás de nosotros, mi abuelo buscaba entre el montón de escombros. Ni remotamente interesado en nuestra conversación, volcó bloques de barro de lo que en una ocasión habían sido muros y dio la vuelta a piedras planas que habían cubierto los tejados.

—¿Qué busca? ¿Un caldero de oro? —dijo uno.

Y su compatriota respondió con un bufido:

—¿Es él?

Como si fuera independiente, mi mano se levantó y mi dedo golpeó al bajo en el pecho.

—Esto es propiedad privada. No tenéis derecho...

—Tengo derecho a romperte la cara —dijo sencillamente, y estoy seguro de que lo habría hecho por divertirse, si en ese instante el ruido de un coche no le hubiera dado otro lugar al que mirar.

El bien conocido vehículo militar volaba hacia nosotros y en el asiento del copiloto, dando tumbos con cada sacudida, estaba el imán. Los frenos gimieron, las llantas pararon y el jeep trazó un semicírculo a menos de dos metros de nosotros.

Cuando el polvo se quedó quieto ante nosotros, el imán bajó la ventanilla. El conductor alto se apresuró a tirar el cigarrillo. El bajo dio un paso indeciso hacia su buldócer, pero renunció y se quedó quieto en el sitio.

—¿Paráis para el café tan pronto? —preguntó el imán.

Los conductores balbucieron uno encima del otro. Era culpa de este imbécil. El imán levantó la mano. Observó el solar y durante un buen rato

miró a mi abuelo levantando cosas sobre el desorden. No me miró una sola vez.

Pero el hombre al volante sí lo hacía. Vestido con ropa de civil, no tenía cuello. Sus orejas colgaban a cada lado de su cabeza como una ocurrencia tardía, pegadas con un trozo de celo malo para hacerle parecer algo más humano. Revolucionó el motor una vez más y lo detuvo y, por un instante, lo único que yo oía era el sonido del metal caliente bajo el motor, los gritos de las cigüeñas y la sangre que me palpitaba en los tímpanos.

El imán se inclinó y golpeó el claxon. Golpeó unas cuantas veces más y al final mi abuelo se volvió hacia nosotros. El imán le hizo una señal para que se acercase a él y durante uno, dos, tres instantes mi abuelo lo observó. Luego escupió a un lado y siguió buscando entre las ruinas.

Suavemente, el imán abrió la puerta. Lo seguí hasta el montón, y también los conductores de los buldóceres.

—Maestro —dijo el imán—, lamento que las cosas hayan llegado a esto.

Pero mi abuelo no mostraba ningún signo de estar escuchándolo. Dio la vuelta a un trozo de barro seco, y el trozo de barro cayó cuesta abajo y se quebró muy cerca, sin duda un gesto accidental, más que de agresión. En pocas palabras, estaba claro que, en lo que respectaba a mi abuelo, el imán no estaba ni presente.

Entonces, por primera vez delante de mí, el imán levantó la voz. Pateó el polvo y sólo en ese momento mi abuelo se dio la vuelta para mirarlo, desde lo alto de su montículo, como si el otro fuese un mosquito. Mi abuelo bajó tranquilamente, golpeando escombros cuesta abajo. Su cara estaba negra por la suciedad y sólo le brillaban los ojos, como los de un halcón. En aquel momento no era mi abuelo, sino el capitán Kosta quien bajaba. Mi corazón se hinchó de coraje.

El imán sonreía. Durante un tiempo había vacilado; había permitido que el anciano se burlase de él. Pero ahora le tocaba a él tirar los dados.

—Lamento que las cosas hayan llegado a esto —repitió el imán.

Mi abuelo se palpó el abrigo, luego señaló al conductor alto. Con mano temblorosa, el hombre le dio un cigarrillo y se encendió una llama tímida.

El imán sacó un trozo de papel del bolsillo.

Pero mi abuelo no lo cogió. Echó un poco de humo hacia mí.

La voz voló de la boca del imán como un escupitajo:

—¿El americano?

—La tierra es suya. A partir de ahora, trata con él.

—La tierra es mía —tartamudeé, ni una afirmación ni una pregunta.

Cogí el papel. Sellado, firmado, ratificado, aprobado, directo del ministerio, temblaba mientras lo leía.

—No tienes derecho —susurré.

—Sois vosotros los que no tenéis derecho. Os habéis reído de nosotros demasiado tiempo. Pero este certificado lo confirma. La tierra pertenece al Estado. No a vosotros.

—Y una mierda —espetó mi abuelo de repente, y escupió el cigarrillo. Pero yo estaba leyendo. Según esa hoja, el pueblo de Klisura —o más bien lo que llamábamos «la aldea cristiana»— había sido eliminado del catastro en 1965. En 1965 ese lado de Klisura se había borrado del mapa, la tierra que nosotros reclamábamos había sido expropiada y anexionada por el Estado.

—Imposible —dije cuando mi abuelo leyó la hoja, ni una afirmación ni una pregunta.

Durante un buen rato mi abuelo observó al imán y no movió un músculo de su rostro ennegrecido. Al final rompió la hoja en pedazos.

El imán se encogió de hombros.

—Idos —les dijo a los conductores—. Ya habéis hecho bastante. Mandaré el autobús para que os recoja.

—Nos veremos en el juicio —le grité.

El jeep arrancó; las llantas levantaron tierra y polvo. Cuando la nube se posó, mi abuelo estaba sentado en el suelo; su imagen heroica también había quedado reducida a escombros.

Nada de esto tenía ningún sentido para mí. ¿Cómo podía medio pueblo dejar de ser un pueblo? Intenté tranquilizar a mi abuelo. Teníamos nuestros propios registros. Actas que citaban versiones anteriores del mismo catastro según las cuales Klisura era un pueblo y la tierra era nuestra y...

Mi abuelo estaba muy pálido. Temblaba.

—Agua —dijo.

—Me la he bebido toda —dijo el conductor bajo. Corrió al buldócer y volvió con una botella de cristal llena de raki.

—¿Melocotón? —preguntó mi abuelo después de dar un sorbo.

—Cincuenta y cinco grados.

—La próxima vez quitad los huesos antes de destilar.

—Se lo dije —contestó el alto.

—Me lo dijo.

Luego cada uno bebió de la botella y cuando pedí un trago el conductor volvió a cerrar la botella ceremoniosamente. Y entonces oímos un movimiento en los arbustos. Como si una gran carpa se moviera en una red. El bajo fue a echar un vistazo y volvió con una cigüeña negra en brazos.

—Parece que se le ha roto el ala —dijo del ave, que temblaba como mi abuelo.

Pensé que era una hembra joven, probablemente la única que habría conseguido huir antes de que llegasen los buldóceres.

Aves grandes y adultas nos miraban desde los tejados de las casas cercanas, desde la fea torre de Klisura. Algunas llamaron cuando mi abuelo cogió la cría. Su mano temblorosa acarició el frágil cuello negro, que brillaba al sol con los colores cambiantes del petróleo crudo. La cigüeña cerró los ojos y poco a poco dejó de temblar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó mi abuelo al conductor.

—Elmaz. Pero todo el mundo me llama Pequeña Pala.

—¿Y tú?

—Pala —dijo el alto.

—Bueno, eso no está bien. —Y después, dirigiéndose a mí—: Tendremos que pensar en algo mejor.

Pusimos a la cigüeña el nombre que merecía, teniendo en cuenta el día que era: Flavius Valerius Aurelius Constantinus Augustus. El Primero. El Grande. San Kosta de las Cigüeñas.

Tres

Esa tarde, después de dar a *San Kosta* unos trozos de pan mojado, de meter agua en su pico escurriendo un pañuelo y de apretar la venda en el ala herida, mi abuelo se quejó de que tenía agujetas en el brazo. Como buitres, las cigüeñas, ensangrentadas por el sol poniente, trazaban grandes círculos sobre el desorden de casas, sobre sus nidos rotos y sus crías muertas. Sus gritos eran navajas en la pierna de mi abuelo.

Su lengua se ató cuando el imán llamó a la oración en la mezquita y no había nada que yo pudiera hacer, salvo obligarle a tomar las pastillas y tumbarlo en la cama. Tuvo una embolia poco después.

Pensé en correr a casa de Elif. No me importaban la humillación y la derrota, llamaría a un médico. Pero, para empezar, ¿cuánto me costaría llegar a su casa? Y después, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que la ambulancia llegara a Klisura?

Nunca me había sentido tan impotente como entonces. Rodeado de oscuridad y con la trabajosa respiración de mi abuelo, el aleteo de un ala rota en el jardín. Sólo persistía una idea: es culpa mía. Todo esto pasa por mi culpa.

Cómo quería abrir la ventana y silbar. No una llamada cantarina en busca de ayuda o compasión. Quería silbar hasta que otra alma viva respondiera y me dijese que no estaba solo. Y supongo que no lo estaba. Junto a la cama, con la mano de mi abuelo en la mía, pensé que debía estar agradecido. Estábamos pasando juntos ese momento final.

La noche vivía, envejecía, estaba muriendo. Los primeros gallos cantaban en la aldea musulmana y el alba encontró a mi abuelo respirando todavía, con

una pesadez que poco a poco parecía disiparse. *San Kosta* chilló hambriento desde el jardín y la respiración de mi abuelo se aceleró. Habló como si la lengua se le hubiera hinchado hasta ser diez veces más grande.

—Da de comer al santo.

Cuatro

—«Coge tus cosas y despídete», me dijo el director del colegio aquella mañana. «Te mandan a otro colegio en el otro distrito.» Pensé que lo decía de broma. Hasta le sonreí. «Nada de bromas, son órdenes del Partido. Directamente desde el Politburó.»

»“¿Dónde me mandan?”, le pregunté. Tuvo que volver a mirar la orden. “Klisura”, dijo. “¿Y dónde está eso exactamente?” En vez de responder, sacó una botella. “Es malo, ¿no?” Cerré la puerta de su despacho y cogí el vaso que ofrecía. “*Naboré*”, dijo, “lo único que quería el Partido era que pidieras disculpas. ¿Cuánto te costaba decir *Lo siento*?”. Nos terminamos las bebidas y volvimos a llenar los vasos. Le dije que no lo sentía. “Bueno”, respondió, “pronto lo harás”.

Más de cuarenta años antes. A mitad del semestre de primavera. Mi abuelo en un tren hacia Pleven. En Turnovo cogió el monorraíl, atravesó los montes balcánicos. Fue en tren a Burgas. Tuvo un viaje agitado en bus hasta Sozopol, pero al menos podía ver el mar por la ventanilla. Paró un Moskvich en la estación de autobuses. «Hay algo raro en ti —le dijo el conductor—. Ningún hombre honrado va por ahí con dos maletas. Y cada una pesa una tonelada. Ábrelas. ¿Libros y cuadernos? Literatura subversiva, sin duda. Mi instinto me dice que debería llamar a la milicia.» Diez levs convencieron a su instinto para que le contase una historia distinta. Llevó a mi abuelo a Kiten, pero ninguna cantidad de dinero lo persuadió de llevar su Moskvich a través de los caminos de tierra que había a continuación.

Al atardecer pasó un carro tirado por caballos. Mi abuelo fue en él hasta una pensión de carretera y pasó la noche allí, devorado por las chinches. Los

campesinos roncaban a su alrededor en sus literas y no pudo dormir hasta el alba. Cuando se despertó, el sol no estaba alto todavía.

—Soy un hombre de Dios —gritaba alguien en el piso de abajo—. No puedo llevar dinero.

—Has comido, has bebido, has dormido en una cama —decía el hostelero—. Hasta has usado el baño.

—¡De ninguna manera! Mire los arbustos si no me cree.

Cuando mi abuelo bajó, una masa de curiosos se había reunido para ver el circo. Era cierto que el hombre que se había negado a pagar era sacerdote, pero tenía un aspecto extraño. Su sotana, negra como el carbón, colgaba de sus hombros estrechos como un saco roto. La *kalimavka* era demasiado grande para su cabeza y casi le tapaba los ojos.

—¿Y dónde está tu barba? —gritó alguien.

El sacerdote se atusó su perilla rala con las uñas para levantarla un poco.

—¡Que Dios los perdone!

Todo esto avergonzó a mi abuelo y pagó los gastos del sacerdote.

—No se trata del dinero —le dijo el sacerdote en el exterior del hostel, en vez de darle las gracias—. Me acuerdo de mi abuelo. Me acuerdo de mi padre. La piel de sus nudillos siempre estaba empapada de tanto besamanos. Y nunca tenían hambre. Desayuno donde una viuda. Cena donde otra. Pero el almuerzo: un funeral, un bautizo, una boda. Y ahora esto. Camaradas y banderas rojas. —Escupió en la tierra y se santiguó tres veces. Luego se fue al baño.

Se llamaba padre Dionisos, pero todo el mundo lo llamaba «el Pope». Era tres años más joven que mi abuelo —tenía treinta— y, como mi abuelo, había sido enviado a Klisura.

«Un rebaño complicado», dijo soñador el Pope de los habitantes de Klisura. Los dos viajaban en la parte trasera de un carro hacia otro pueblo, donde subirían a otro y así sucesivamente. «Sin Dios, pobres.» Había pedido algo de desayuno al conductor y ahora puso el queso sobre su vientre para

santiguarse unas cuantas veces. «Bailan sobre el fuego, como los herejes. Como los paganos.» El mes anterior, el obispo metropolitano lo había convocado a su trono. «Padre Dionisos —había dicho el obispo—, el pueblo de Klisura ha perdido el rumbo. Han dejado que una vieja herejía los aleje del Señor. Devuélvelos al camino correcto.»

Sólo más tarde, en un momento de embriaguez, le comunicó el Pope a mi abuelo la «verdadera» razón de su reubicación: un funeral, una damajuana de raki, confusión en los cánticos sagrados y un cadáver recién bautizado. Pero al final esto también resultó falso. Mi abuelo tardó tres años enteros en darse cuenta de que no era a los cristianos de Klisura a quienes el padre Dionisos debía reformar. El Partido Comunista lo había mandado a cristianizar a los musulmanes.

Tres días y seis carros más tarde, los dos llegaron a Klisura. La noticia de que el Pope y el maestro iban juntos hacia el pueblo llegó mucho antes que ellos y, cuando aparecieron en la plaza, parecía que su carro fuera arrastrado por un río de caras quemadas, ojos brillantes y bigotes poblados. Viejos y jóvenes, hombres, mujeres y niños, una asombrosa multitud de manos se extendía para tocarlos como el Incrédulo Tomás había tocado las heridas de Cristo.

O eso le había dicho el padre Dionisos a mi abuelo. Gorros de piel volaban en el aire, chirriaban gaitas, un tambor se unió a la celebración y las voces se fundieron en una canción alegre. Por primera vez en quince años el pueblo daba la bienvenida a un sacerdote. Por primera vez en treinta, a un maestro de escuela. Y a través de ese mar de caos, la voz del padre Dionisos, fortificada por la convicción de su gran importancia, resonó al mando:

—Tú, el de los dientes de burro. Pareces un tipo fuerte. Coge las maletas del maestro. Y tú, el de la damajuana. ¿Eso es vino para la bienvenida? Aquí, déjame probar. Y cógeme las bolsas, pero llévalas como si fueran una reliquia sagrada.

—Padre —decía la gente que estaba a su alrededor—, ¿quieres que te

llevemos a la iglesia?

—Llebadme —dijo—, pero antes a comer. La iglesia no tiene pies para huir. Pero los míos están cansados. Tengo hambre de *banitsa* y gallina asada. De pollo, *musaka*, *gyuvech*...

—¿Y qué hay de la escuela? —preguntó mi abuelo.

Quería verla de inmediato, aunque él también tenía hambre. Las manos lo tocaban, la cabeza, el cuello, los hombros, con tanta suavidad como si fuera un polluelo de cigüeña. Pero nadie habló. La verdad los avergonzaba. El único que no estaba avergonzado era Vassilko, el tonto del pueblo. Por encima del clamor, su voz fina cantaba una canción alegre: *Tenemos un pope sin barba. Un maestro de escuela sin escuela.*

Cinco

Tras el ictus, mi abuelo tardó una semana en reunir fuerzas para levantarse de la cama. Se negó a comer, beber o hablar, y las únicas señales de vida que mostró fueron cuando miró por la ventana la cigüeña herida. Les di lo mismo a los dos: pan empapado en leche hervida. Sujetaba a *San Kosta* bajo la axila y le metía a la fuerza los trozos por el pico. Agitaba la cabeza, intentaba mover las alas, arañaba las piedras del jardín. Yo apretaba la cuchara contra los labios de mi abuelo y contábamos los mordiscos.

—Eres peor que el santo —le decía—. Él ha tomado quince cucharadas y tú no llegas ni a diez.

Poco a poco, *San Kosta* se acostumbró al jardín. Con creciente autoridad, caminaba entre la ropa tendida —lavaba las sábanas con frecuencia, a menudo dos veces al día—, entre los tutores de judías y tomates, picoteaba y clavaba el pico en el suelo, sacaba lombrices y escarabajos. En poco tiempo aprendió a abrir la puerta del sótano con el pico y en poco tiempo estaba cazando ratones.

—Supongo que no le gustan la leche y el pan —le decía a mi abuelo, y le obligaba a tomar otra cucharada.

«Ranas», dijo mi abuelo el sexto día; fue su primera palabra inteligible en un tiempo considerable. Así que afilé un palo, fui al río y no regresé hasta después de cazar media docena de ranas. «Enséñamelas», dijo, y por primera vez le ayudé a salir de la cama. Se lanzó sobre mí con tanto miedo —su cuerpo temblaba como la hoja de un nogal— que le dije: «No tengas miedo. Yo te sujeto». Arrastró los pies por la sala, cada pocos pasos se detenía y descansaba.

En la terraza, lo envolví en una manta, lo senté y lo observé. Fue una verdadera masacre la manera en que *San Kosta* arponeaba rana tras rana con su pico, cómo sus tripas salpicaban por el aire cada vez que las abría y tragaba. Un destello terrible se encendió en los ojos de mi abuelo. «Comida», rugió, y cuando le llevé el tazón de leche y pan, cogió la cuchara él solo. Comió con ferocidad ese día, y a partir de entonces tomó sus comidas a la vez que la cigüeña.

Al principio *San Kosta* dormía junto al pozo. Pero una mañana, después de una noche lluviosa, lo encontré recogido en la terraza, sobre la manta que cubría la silla de mi abuelo. Desde entonces, subía las escaleras de la terraza a menudo y no fue ninguna sorpresa que aprendiera a abrir la puerta de la cocina. Lo descubrí ahí dentro, picoteando una cesta de huevos, con un hilo de yema goteando del pico y bolsas rotas de harina en el suelo a su alrededor. Cuando movió un ala, la harina se levantó en una nube alrededor de mi cara y hacia el techo.

No me harté hasta que se metió por primera vez en la habitación de mi abuelo. «Un poco inquietante esto, una cigüeña rondando por la casa como un espectro.» Le llevaba a mi abuelo una copa de té de *mursal* cuando los descubrí: *San Kosta*, totalmente quieto en mitad de la habitación, y mi abuelo, completamente petrificado en la cama; uno mirando al otro, como un predador a su presa.

—Tengo la intuición —dijo mi abuelo más tarde con cierta dificultad— de que esta cigüeña no es una cría. La he visto antes. Ha venido a pedirme cuentas.

—¿Cuentas de qué? —le pregunté, divertido y aterrado a partes iguales.

Y así, una tarde, dos semanas después del ictus, mi abuelo empezó a hablar de su traslado forzoso a Klisura. *San Kosta* había subido por las escaleras hasta la terraza y de vez en cuando, sobre la manta que yo había dejado para él en la esquina, echaba la cabeza hacia atrás y crotoraba.

Qué monstruo era el Partido Comunista, pensé, y escuché. Una hidra

omnipotente con muchas cabezas y todas ellas respirando fuego. Un día estás dando clase en una escuela bonita, en una ciudad bonita. Tienes tu apartamento, amigos, seres queridos, haces planes para el futuro. Y de repente, así como así, la hidra ahoga en un fuego todo lo que has construido. Trabajo, apartamento, amigos y seres queridos. Ahí te quedas, en el fin del mundo, un exiliado. Derrotado y solo. ¿Cómo se reconstruye un hombre, me pregunté, después de que la hidra lo queme? ¿Cómo aprende a vivir de nuevo?

—«Haz las maletas y despídete», me dijo el director un día. «Te mandan a otro distrito.»

Seis

—El alcalde de Klisura tenía ochenta años. No era un hombre sino una bestia salvaje. Medía dos metros, pesaba ciento cincuenta kilos.

Había nacido cuando el pueblo era todavía parte del Imperio otomano, y toda su vida, mientras grandes oleadas de gente chapoteaban en torno a él, huyendo, llegando, huyendo de nuevo, había permanecido en Klisura. Por fastidiar, le dijo a mi abuelo, como un gusano en el corazón de un toro. Su piel era un atlas viviente de todas las insurrecciones. Había combatido en la época de la República de Strandja, en las guerras balcánicas, en las dos guerras mundiales, en los dos levantamientos comunistas. No hablaba. *Mugía. Esta cicatriz la saqué de Turquía. Ésta de un serbio. Ésta es rumana y ésta es griega. Y en el 44, esta cicatriz —la peor—, que me la hizo mi padre. Hijo, me dijo, si hablas de comunistas y escondites una vez más te pegaré con el atizador. Tenía cien años entonces. Que Dios calme sus huesos malvados.* Y cada vez que el alcalde reía, era como si unos puños golpearan a mi abuelo en el estómago.

—No tenéis escuela —le indicó mi abuelo en su primera reunión.

—Entonces, ¿ya lo has visto? —*Un puñetazo*—. Ésa es la actitud. —*Y otro.*

Lo que mi abuelo había visto era un montón de cenizas. Y eso fue lo que le contó al alcalde. Tendrían que reconstruirla.

—Me gusta tu energía. Pero no tengo dinero para construir una escuela.

—No te preocupes —dijo el Pope más tarde, aquel mismo día, y sacó un trozo de papel aceitoso de la sotana y un lapicero de debajo de su *kalimavka*. Llamó a uno de los chicos que trotaban por detrás (en aquella época siempre

había un montón de niños tras de ellos) y se apoyó en su espalda para escribir —. Escribiremos al obispo metropolitano. Nos dará el dinero.

—El obispo no te dará nada —dijo alguien.

—Ya imaginaba que dirían eso —repuso el Pope.

—Pero ¿quién necesita dinero? —mugió el alcalde—. Hay muchos robles en el bosque. Así es como hicimos nuestra primera escuela, cuando el capitán Kosta nos obligó.

Mi abuelo se reía por primera vez en muchos días. Había recobrado el color en las mejillas, estaba lo bastante fuerte como para sostener la cuchara con la mano derecha y caminaba mejor, a pesar de que seguía arrastrando los pies. A menudo, mientras hablaba, sus ojos vagaban sobre los tejados, hacia la fea torre y el montón de escombros de las casas derruidas. Una extraña calma había seguido a la tormenta: los conductores no habían regresado todavía y veíamos dos luces intensas que brillaban donde los buldóceres esperaban envueltos en la luz del sol que se marchaba.

Al principio no había escuela.

—Que ésa sea tu última preocupación —le dijo el alcalde a mi abuelo—. Aquí tienes cincuenta sillas del edificio municipal. Las pondremos en el huerto de los cerezos.

Así, cuando los chicos tuvieran hambre, sólo tendrían que alargar la mano y coger unas cerezas. No era un gran pedagogo el alcalde, pero tenía buenas intenciones.

—Entonces, ¿cuál debería ser mi primera preocupación? —le preguntó mi abuelo.

—¡No tienes alumnos! —mugió él.

Abrieron los libros del censo y compilaron una lista de todas las familias con hijos de entre siete y doce años.

—¿Incluso los de las aldeas de arriba? —preguntó el alcalde—. ¿Y los mahometanos también?

—Esto es lo que yo llamo una lista —dijo el Pope cuando mi abuelo se la

enseñó—. Creo que voy contigo.

Durante varios días los dos caminaron de una casa a otra. «Nos miran como si fuéramos santos», comentó el Pope en una ocasión. Y tenía razón. Las mujeres les besaban las manos. Los hombres se ofrecían a liarles cigarrillos: no tenían nada más valioso que darles. Las hijas pequeñas, ruborizadas, mostraban ciruelas pasas y cáscaras de manzana en sus delantales. «Qué pobreza», decía el Pope, y se santiguaba y los bendecía a todos.

Y una vez salieron del pueblo y subieron por las colinas: qué suciedad, qué miseria y hedor. Ovejas, cabras, gallinas, bebés que mamaban; los viejos y los jóvenes, todos amontonados en las mismas cabañas sin ventanas. Gente delgada y enferma. Incluso los fuegos de sus hogares parecían delgados y enfermizos, apenas había suficiente oxígeno en las cargadas habitaciones para mantenerlos ardiendo.

Mis hijos murieron hace mucho, maestro. La plaga se los llevó. Perdimos a tres chicas. Mi hijo. Mi hija pequeña. Tifus. Sarampión. Malaria. Gripe. Y por todas las colinas, en campos y en poblados bosques de robles, pequeñas aldeas con sus cabañas arrasadas en viejas guerras. Ruinas y escombros. Viejas trincheras que se iban llenando de tierra, como mandíbulas que se cerrasen lentamente, y los huesos de los muertos que todavía aparecían blancos entre las parras silvestres, las espinas y las ortigas.

La lista decía cincuenta niños en las aldeas de arriba. De esos cincuenta, once seguían vivos.

—No subáis más, maestro —les dijo una madre en el exterior de su solitaria cabaña. Había perdido a sus cinco hijos y a su marido—. La plaga sigue arriba. —El Pope acercó un crucifijo a sus labios agrietados—. ¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó, pero sin acusarle—. Los enterré sola bajo ese roble.

—Voy a bendecir sus huesos —le dijo el Pope, y ella se encogió de hombros.

—Bendíceme *a mí*, yo cavé las tumbas.

La dejaron sentada delante de la cabaña, acariciando sobre su regazo una manta de piel de cabra, con los ojos cerrados en un abismo enorme, invisible, olvidado. Una vez que la perdieron de vista, el Pope rompió a llorar.

—¿Quién cavará su tumba? —dijo. Y luego—: Voy a la casa de arriba.

Así que subieron. De una cabaña a otra. Hermosos niños. Mejillas rosadas y ojos negros, ardientes. Tifus. Hacía que los moribundos parecieran tan hermosos... Y tan horriblemente sedientos. Había un pozo a unos quinientos metros de una cabaña —o, más bien, un agujero en el suelo—, pero había pasado un tiempo desde que la última familia había tenido fuerzas para sacar agua. Así que mi abuelo llenó un cubo y el Pope llevó el calabacino de una boca a otra: cuatro hijos, sus padres y una vieja abuela, todos bebiendo como bestias salvajes.

—Eres un sacerdote cristiano —susurró el padre.

—Y tú te estás muriendo —le dijo el sacerdote—. Reúne a tu familia. Sal a la luz.

Los bautizó en Cristo, echó agua en sus cabezas con el calabacino. Al irse, les dio un pequeño icono de la Virgen. La anciana fue la primera en besarlo.

—Era una niña pequeña —dijo ella— la primera vez que me bautizaron. Alá sea misericordioso. Y la Virgen.

Siete

¿Qué más daba que los chavales de Klisura fueran unos gamberros salvajes? ¿Qué más daba que impartiera clase en el huerto de los cerezos y tuviera que llamar al barbero para que no sólo afeitara las cabezas de los muchachos, sino también la suya, por culpa de los piojos? ¿Qué más daba que las moscas le mordieran hasta los huesos y que cualquier cosa que comiera esas primeras semanas le diera diarrea? El Partido quería destruirlo, así que al demonio con el Partido. Eso es lo que se decía mi abuelo cada noche en la casa del alcalde, donde se alojaba. Si el alcalde podía dormir sobre una manta en el suelo, también podía mi abuelo. Si el pan y el agua eran lo bastante buenos para el alcalde, eran lo bastante buenos para mi abuelo. ¿Dónde pensaba el Partido que mi abuelo había dormido cuando era pequeño? ¿En qué creía el Partido que consistían sus comidas en la época en que dos de sus hermanos murieron en la hambruna? ¿Y su abuelo, en la guerra de los Balcanes? ¡Castigarlo! ¿Enseñar a los niños que, salvajes como eran, le besaban la mano? ¿Que, cuando les contaba historias de kanes, zares y rebeldes, lo miraban como si estuvieran observando una montaña de caramelos? ¿Que memorizaban cuentos de hadas y poemas tan fácilmente como la alondra aprende a cantar? Mi abuelo se divertía. Esto es, hasta que los griegos llegaron al pueblo y caminaron sobre las brasas.

Esa noche llovía. Dos de junio. El alcalde siempre se iba a la cama al anochecer, pero aquel día encendió un farol y lo sacó a la terraza. Mi abuelo no le preguntó por qué, sólo se sentó a su lado, y fumaron, sin decir nada. Llovía a cántaros, pero cada vez que caía un relámpago el alcalde silbaba

hacia la oscuridad. Se levantaba de su silla y caminaba y maldecía la lluvia. «Cogerás un resfriado aquí fuera», decía. Pero mi abuelo se negaba a irse. En vez de eso, liaba otro cigarrillo y se sentaban en silencio. Debieron de acabarse una faltriquera entera esa noche.

Luego, justo después de las doce, la oscuridad devolvió un silbido, en algún lugar lejano entre las colinas. La lluvia subió. Una tormenta de verdad se agitaba, pero los dos hombres permanecieron en la terraza, esperando. Mi abuelo fue el primero en oírlo —el sonido de unos pies que chapoteaban en el barro— y, cuando un relámpago brilló, los vio: figuras totalmente negras, en una fila delgada. El alcalde corrió hacia las puertas para abrirlas y las figuras entraron en el patio una tras otra. Mi abuelo encendió más lámparas dentro de la casa mientras en el exterior, junto al pozo, los recién llegados se lavaban los pies con unos baldes llenos de agua. A mi abuelo la cabeza le daba vueltas, no sólo por el tabaco, sino también por el hedor que traía esa gente. Una a una, las capuchas se bajaban y la habitación se iluminó, cada rostro húmedo reflejaba la luz de las lámparas de aceite. Uno a uno se sentaron en el suelo, embarrado a pesar de que se hubieran lavado. Hombres, mujeres y niños; doce, contó mi abuelo. Pero el décimo tercero todavía no se había sentado. El alcalde sacó una daga del cinto y cortó la cuerda con la que el décimo tercero se había atado un fardo a la espalda. Dentro del fardo, descubrió más tarde mi abuelo, había tres iconos sagrados. Pero no los vio hasta el día siguiente.

Nadie habló y pronto las cabezas empezaron a caer, los ojos parpadeaban, se cerraban. De vez en cuando un chico soltaba una risotada en un rincón. Envuelto en una manta gruesa, que sólo dejaba ver su cara delgada y cenicienta, se sentó lejos de los otros, temblando. «Ve a tu cuarto», le dijo el alcalde a mi abuelo, pero mi abuelo no podía irse. Ver a esos hombres, ver cómo ardían sus ojos, las dagas en sus cintos, los garrotes que apoyaban como rifles contra la pared, hacía que le hirviera la sangre.

Todos durmieron en el suelo aquella noche, juntos. El chico enfermo tosió

toda la noche y sus dientes castañeteaban. Mi abuelo se apiadó de él y le llevó una taza de menta, pero el chico se hundió más en la manta, sin levantar la vista un instante. Quizá fue la capa lo que confundió a mi abuelo, porque al día siguiente se dio cuenta de que no era en realidad un chico. Se llamaba Lenio y ardía con un miedo horrible. Al día siguiente, por primera vez en su vida, debía afrontar el fuego. Pero nadie sabía aún si san Constantino la llevaría a través de él o si la dejaría quemarse.

Ocho

El 3 de junio, había entendido mi abuelo, era la fiesta de Klisura, una celebración de sus santos patronos, Constantino y Elena. Y al ver cómo los padres de sus alumnos tenían cada vez más curiosidad por saber qué clase de trucos enseñaba a sus hijos, decidió preparar una pequeña actuación. El huerto de los cerezos estaba lleno de visitantes aquella mañana. Sus alumnos recitaron las treinta letras del alfabeto y contaron hasta cien, nombraron los siete días de la semana, los doce meses del año. Cantaron una canción, recitaron dos poemas. Tan tremendos fueron los aplausos y los silbidos al final que algunas cerezas maduras cayeron al suelo y una fragancia suave alejó los olores a ajo, cebollas y sudor.

—*Ashkolsun*, hijo —mugió el alcalde, y su garra de oso golpeó a mi abuelo en la espalda, luego en el hombro.

Entre los espectadores, mi abuelo vio a los extraños invitados de la noche anterior, o, más bien, solamente a los hombres, vestidos de negro y con chaquetas y cintos del color de la sangre sucia.

Cuando se despertó al amanecer aquella mañana, mi abuelo encontró vacía la casa del alcalde; no sabía cómo era posible que no se hubiera enterado de la marcha de los huéspedes. Después el Pope le dijo que el alcalde había llevado a los trece a la iglesia antes de que cantara el gallo. «Me despertaron tempranísimo y me obligaron a decir una misa. De tres horas.»

Ahora, en el huerto de los cerezos, el alcalde presentó a mi abuelo a los griegos, porque eso es lo que eran, aunque su pueblo estuviera en Turquía.

El más alto, con un mostacho encerado y retorcido hacia arriba como los cuernos de un carnero salvaje, era el capitán Vangelis. Su única ceja era un

ala de águila, sus ojos tenían el color de la ceniza helada. Junto a él estaban sus tres hijos: el mayor, Konstantinos, que llevaba una cinta negra en la cabeza de manera que las borlas caían a cada lado de su rostro como puños cerrados; Demetrio, cuyo pelo le llegaba a los hombros, y Yannis, que sonreía a mi abuelo y dijo en búlgaro: «Les has enseñado bien, maestro».

Había otro capitán —Elias—, un anciano; la fuerza de todo su pelo se acumulaba en un bigote y su cabeza brillaba como un huevo duro. Y sus dos hijos: el mayor, Giorgios, que tenía una mala cojera, y Michalis, que no tendría más de dieciocho, y cuya cara lampiña delataba su juventud.

—Les has enseñado bien —repitió Elias, pero el capitán Vangelis se limitó a mover su enorme cabeza. Miró fijamente a mi abuelo y su mandíbula crujió antes de hablar en su lengua.

—Dice que es una pena dar clase en un huerto —dijo Yannis, el más amable de sus hijos.

—Bueno, si las cuevas fueron lo bastante buenas para los primeros maestros —repuso mi abuelo—, un huerto de cerezos es bastante bueno para mí y mis alumnos. —Se refería a los viejos tiempos, cuando los otomanos no permitían estudiar a los *raya*. Cuando la gente aprendía a leer y escribir a escondidas.

Los hombres asintieron, pero no el capitán Vangelis.

—Dice que hay turcos entre tus alumnos.

—Y yo digo: ¿de verdad son turcos?

—¿Por qué das clase a musulmanes?

—Doy clase a niños que no saben leer ni escribir.

Mi abuelo sabía bien lo que estaba haciendo el capitán. Era lo mismo que había hecho el líder de los *kalushari* mucho tiempo atrás: cavar un pozo en la plaza del pueblo y llenarlo con fuego para ver qué chicos caían y cuáles lo cruzaban. Mi abuelo no había caído al pozo entonces y no tenía ninguna intención de hacerlo ahora. Así que se mantuvo firme, y pronto el capitán

Vangelis estaba también asintiendo, posando su mano huesuda en el hombro de mi abuelo.

—Les has enseñado bien —le dijo en un imperfecto búlgaro el capitán—. Pero huerto no es escuela. —Luego le dijo al alcalde, todavía en búlgaro, para que mi abuelo pudiera entenderlo—: De acuerdo. Puede venir.

Nueve

El primero era un icono de Theotokos, la Virgen María santísima, madre de Dios. Un icono de Eleúsa o la ternura: como el que el Pope había dado a la familia que habían bautizado en las aldeas de las montañas. En cuanto a los otros dos iconos, el Pope nunca había visto nada parecido. En uno, san Constantino había dado un salto gigante y estaba en el aire. En el otro, su madre, santa Elena, también saltaba y los bordes de su túnica púrpura se inflaban como las alas extendidas de un ave grande. Los tres iconos iban en unas cajas de tela roja, y breves manillas de madera colgaban de la parte baja, como si fueran colas.

«Eso es una herejía», le dijo el Pope a mi abuelo más tarde. Pero en la iglesia, rodeado por los siete griegos, el alcalde y mi abuelo, el Pope no se atrevió a decir nada. Bendijo los iconos y cantó, y lentamente la iglesia se llenó de gente.

Después de los servicios llevaron los iconos a la cabaña que había bajo el nogal. En aquella época, un sendero atravesaba el bosque y hacía que el camino desde el pueblo fuera breve y fácil. Esos días, las nueces cargaban las ramas del árbol. Y en sus nidos, entre el follaje, las cigüeñas negras llamaban con fuerza y crotoraban, como si quisieran saludar a la gente y los iconos. Cuando el alcalde abrió la puerta de la cabaña, tres mujeres, negras como las cigüeñas, se pusieron en pie, llorando.

Bienvenido, bienvenido, san Kosta, y sus voces hicieron que a mi abuelo se le pusieran los pelos de punta. Dos de las mujeres eran griegas, mi abuelo las reconoció de la noche anterior. La tercera era una anciana del lugar.

Decían que tenía cien años, pero parecía tener al menos el doble. Se llamaba Baba Vida.

Al principio mi abuelo no veía muy bien. Una ventana diminuta y sin cristal bajo el techo dejaba entrar un poco de luz y luego había un fuego en el hogar: gruesos troncos de roble que las mujeres habían puesto en pie. El calor era un puño que agarraba y asfixiaba. El olor a incienso se alzaba y se mezclaba con el hedor de los hombres. Las paredes parecían acercarse.

Pero mi abuelo respiraba afanosamente. La cabeza le daba vueltas y en las profundidades de su ser los *kalushari* de su juventud golpeaban con sus garrotes. Vassilko dejó en el suelo los candelabros que llevaba y Baba Vida robó una llama de las ascuas de la lámpara del altar que había hecho el alcalde para encender tres velas. El espacio se iluminó. En el otro extremo de la cabaña, mi abuelo vio un iconostasio improvisado, sobre el que el alcalde puso los santos iconos, purificando cada uno sobre el humo de su lámpara, santiguándose y prestando obediencia. Ristras de monedas de oro y plata, turcas, de la época de los jenízaros y los rebeldes. Rosas damascenas blancas y rojas. Fotos recientes del nogal. Las mujeres adornaban los iconos, con manos temblorosas, murmurando oraciones. Pero nadie parecía tan tenso como Baba Vida. Mi abuelo oía el sonido que hacían sus encías golpeando unas contra otras, o quizá lo que oía eran sus pies desnudos sobre el suelo de madera. Y, mientras esto ocurría, la gente entraba y salía del santuario. Algunos llevaban pañuelos y toallas, otros, pequeñas botellas de aceites e incienso, que Baba Vida aceptaba agradecida. «Toma, compra una vela», decía, y los visitantes dejaban las monedas en un cofre en la esquina, se santiguaban ante los iconos y salían rápidamente para hacer sitio a los demás.

Sólo una chica se demoró ante la imagen de la Virgen santísima. Besó, con el cuerpo temblando, la esquina del icono. Pero cuando llegó a san Constantino, se retiró, como si el calor del horno la hubiera quemado. «¡Lenio!», ladró el capitán Vangelis, y mi abuelo notó que el aire que escupían sus labios golpeaba sus orejas como un látigo. La reconoció

inmediatamente. El chico enfermo de la noche anterior. Pero ahora con un vestido bonito. Y dos trenzas de pelo negro sobresalían bajo su pañuelo blanco. ¡Qué cabello! Podías hacer una cuerda con él, atar a dos bueyes y ver cómo intentaban soltarse. El corazón de mi abuelo dio un vuelco. Pero todavía era una niña; catorce años, supuso, no más.

Lenio estaba aterrada cuando Baba Vida la cogió de la mano suavemente y la llevó hasta la imagen de san Constantino. Aterrada, besó el icono como si fuera un cadáver enfermo lo que besara. Pero luego se santiguó tres veces y besó el icono de santa Elena, y cuando se volvió para mirar a los hombres, tenía los ojos brillantes y sonreía.

En ese momento entraron los gaiteros. Y el tamborilero. En una pared, mi abuelo había visto colgando un tambor gigante, y en un clavo tras éste, retorcido como una víbora, un trozo de cuerda de cáñamo.

«¡Más deprisa con el tambor!», criticó Baba Vida, y el corazón de mi abuelo también aceleró para seguir el ritmo. Las dos gaitas empezaron a chillar.

Paredes estrechas, techo bajo. El calor hirviendo con el hedor del incienso. Las caras de los hombres, brillantes, el sudor como un fuego líquido. Las manos en los mangos de sus dagas, en los cintos. Y las griegas, caminando deprisa, gritando «¡Vah, vah, vah!» como búhos. El blanco de sus ojos brillaba bajo los párpados frenéticos y movían los brazos como si fueran a echarse a volar.

«¡Más deprisa con el tambor!», ordenó Baba Vida, y mi abuelo veía, por su forma de temblar, lo mucho que quería hacer lo que las griegas hacían. Pero era demasiado vieja.

En la esquina, Lenio también observaba a las mujeres. De pronto, su voz sonó como un disparo. Movié los brazos y sus pies desnudos golpearon el suelo. El tambor sonó más deprisa. Más alto las gaitas. Desde el exterior, dos mujeres del pueblo entraron atropelladamente. Las dos bailaban. Los griegos se sumaron, aullando. Las mujeres cogieron los iconos y la música los siguió

al campo abierto. Bailaron un *horo* en torno al nogal, el alcalde dirigía agitando un pañuelo rojo, llevaban los pies negros por el barro de la lluvia de la noche anterior. La gente aplaudía y gritaba.

Al final, el baile los devolvió al santuario. Los iconos se quedaron en la estantería; la música fue bajando y luego se ahogó en un silencio. Sólo las mujeres hablaban, en susurros. Y a mi abuelo le sorprendió ver a Lenio charlando con Baba Vida, el murmullo de su voz tan leve como la lluvia que había comenzado.

Decían de Baba Vida que podía ver lo que todavía no había ocurrido. Y ese día en la cabaña se llevó a mi abuelo a un aparte. «Maestro, no lo hagas —susurró—. A no ser que quieras pelear con san Kosta.» Pero mi abuelo no quería pelear con nadie. Aunque, para ser exactos, me dijo más tarde, antes de san Kosta estaban los hermanos de Lenio. Y luego su padre, el capitán Vangelis, a quien también llamaban el Carnero Salvaje.

Diez

El día estuvo lleno de rituales. En cuanto a su significado, nadie lo entendía por completo. «Quién sabe lo que significa todo eso, ratón de biblioteca —dijo el alcalde, y estrelló su zarpa contra la espalda de mi abuelo—. Yo hago lo que me enseñó el viejo *vekilin*.» Eso es lo que era el alcalde: *vekilin* de los *nestinari* de Klisura; es decir, un protector, el puente entre ellos y el resto del mundo.

Después de la cabaña, visitaron un manantial en el bosque, metido entre los arbustos y cubierto, el *ayazmo* de san Constantino. El sacerdote esperaba allí para el servicio. «He oído que luego hay una buena comilona», susurró al oído de mi abuelo, y dejó que la gente besara la cruz de su mano derecha.

Un carnero gordo esperaba en el patio de la iglesia. El alcalde lo ató con la cuerda de la cabaña y mató al animal como *qurban*; el lugar donde se mata también es sagrado, también es de san Kosta. La mayor parte de la comida la repartieron como limosna por el pueblo; llevaron el resto al santuario y lo echaron en un caldero sobre el fuego. Allí junto al santuario el alcalde mató otro carnero y un cordero blanco. Los padres de niños enfermos los habían entregado como *qurban*, esperando que el santo trajera una cura. Como era costumbre, dejaron que la sangre se hundiera en las raíces del nogal; luego fueron a casa del alcalde y se celebró el banquete.

En torno a las cinco de la tarde, en el exterior de la cabaña y bajo el nogal, se encendió un enorme montón de madera de roble. Chispas, llamas y un humo negro subían hacia el cielo gris. «Aguantará —dijo Baba Vida bajo la lluvia—. San Kosta lo mantendrá.»

A las ocho menos cuarto empezó a llover con fuerza. La tierra se convirtió en barro y se hicieron charcos en los sitios donde antes se habían hundido los pies de los *nestinari*. Pero la madera seguía ardiendo con una llama alta, y una oleada de alivio se extendió por la masa de espectadores. San Kosta lo había querido, y Baba Vida lo había visto: a pesar de la lluvia, habría bailes.

Era de noche cuando dos hombres empezaron a mover el fuego con largos palos, a empujar los troncos todavía ardientes a un lado y extender las ascuas en un círculo. El tambor iba cada vez más deprisa, las gaitas sonaban, y en las ramas las cigüeñas negras gritaban con fuerza. Pero un silencio se extendió cuando tres jóvenes salieron de la cabaña con los iconos sagrados. Hasta las cigüeñas se quedaron calladas. Tras los iconos emergieron Baba Vida, Lenio y las mujeres, el capitán Vangelis y sus hijos, y el capitán Elias y los suyos.

Y muchos años después, en nuestra terraza, donde mi abuelo me contaba esta historia, yo también podía verlos. No tenía que contarme cómo temblaban las mujeres y cómo tiraban de los bordes de sus pañuelos húmedos. Cómo uno de los hombres cogió los iconos y los llevó con rapidez y ligereza sobre las ascuas, silbando bajo la lluvia. Cómo Giorgios, que cojeaba todo el día tras su hermano, saltó en equilibrio perfecto. Cómo el barro salpicaba y cómo se dispersaban unas chispas rojas. Cómo la lluvia caía con fuerza y la cara de Lenio estaba negra por las cenizas líquidas que corrían. Lo aterrado que estaba mi abuelo al verla y sentir en sus mejillas las frías gotas que caían cada vez que las trenzas de su pelo zumbaban en la oscuridad.

Yo también notaba el calor del fuego, el frío de las gotas ásperas. Yo también estaba aterrado. Porque yo también quería a una chica y la echaba de menos.

En total, diez minutos. Eso era lo que duraba el baile. Pero esos minutos parecían muchas horas; la gente asombrada y, al final, agotada. Como los

nestinari, ahora sentados tranquilamente en almohadas rojas en el santuario, cada uno mirando la nada. Cansados, pero en cierto modo en calma.

«Que san Kosta nos ayude», dijo el alcalde, su *vekilin*, a manera de bendición. Habían extendido una larga alfombra en el suelo recién barrido, y sobre ella, cuencos de yogur, bandejas de queso blanco, tazones de nueces frescas. Bebían raki de tres pequeñas botellas y luego se comieron el *qurban*, para que les diera buena salud. Al día siguiente, todos estos rituales se repetirían, esta vez para honrar a santa Elena.

Sólo había dos almas que no comían: mi abuelo en su rincón, apesadumbrado, con los dedos manchados de yodo por la nuez que estaba aplastando. Y en la esquina, Lenio, la chica griega.

Sí, Lenio, ahora puedes relajarte. Respira hondo, toma un sorbo de raki. No temas nada. A san Kosta le gustas. Te ha dado la mano y te ha llevado ileso por el fuego. Sé feliz. Pero ten cuidado de que no se note. A tu padre, el Carnero Salvaje, no le gusta la risa. Y tus hermanos, cobardes, hacen lo que él les diga. Deja que se queden serios y callados, como tumbas. Pero tú, Lenio, no eres una tumba. Ahora ríes, como has aprendido a hacer: como un arroyo que corre bajo una gruesa capa de hielo. Tus mejillas son manzanas rojas, tus labios son granadas. Tus pies descalzos son blancos como el yogur, salvo bajo las uñas, donde nadie puede ver; ahí está la negra ceniza.

Once

¿Cuándo se enamora exactamente una persona? ¿Es sólo un momento, el corazón da un latido y después ya no hay forma de volver atrás? ¿O acaso ocurre como la primavera, sin delimitaciones claras?

La mañana después de que los griegos se fueran del pueblo, mi abuelo se despertó con una resaca espantosa. Por la noche había bebido raki con los capitanes y el alcalde. Le dolía la cabeza y tenía tanta sed que podía vaciar un río. Cogió una toalla y bajó al pozo en el patio.

Ahí, junto al pozo, en el amanecer azul, Lenio se lavaba los largos cabellos. Estaba totalmente vestida, pero había dejado que su pelo se liberase de las gruesas trenzas. Recogió su cabello y lo metió en un cubo de agua. Cada vez que escurría los mechones, el agua salpicaba sus pies desnudos. Mi abuelo la miró un rato y sólo entonces ella se dio la vuelta y lo vio.

No estaba asustada. Sonreía. Recogió el cabello y empezó a escurrirlo como si fuera ropa. Luego sacó la mano. Quería la toalla que mi abuelo llevaba en el hombro. Así que él se acercó, descalzo sobre el agua fría, y le dio la toalla. Cuando ella la cogió, sus dedos se rozaron.

¿Había sido cuando la vio en la cabaña, asustada como estaba ante el icono de san Kosta? ¿Había sido cuando bailó en el fuego? ¿Había sido en el patio, cuando su pelo goteaba agua de lluvia? ¿Quién puede decirlo? Pero el corazón de mi abuelo había dado un latido después del cual no había forma de volver atrás.

Antes de irse, el capitán Vangelis fue a ver a mi abuelo. En el campo, sus hijos estaban atando un fardo a la espalda del capitán Elias: los iconos sagrados. Junto al pozo, algunos de los hombres afilaban sus dagas; algunas

de las mujeres ataban bandas de tela en torno a los pies para protegerlos de las espinas y las afiladas piedras del camino.

«Un huerto no es una escuela», dijo el capitán Vangelis, dispuesto, parecía, a retomar la vieja disputa. Pero antes de que mi abuelo pudiera responder, el capitán sacó de su capa un manajo de billetes. Durante quince años los *nestinari* habían recogido dinero de velas y donaciones. Para arreglar el santuario, si hacía falta, y, un día, para reconstruirlo. «Haz una escuela de verdad», dijo el capitán Vangelis.

Y así, una semana después de que llegaran, mi abuelo vio desde la terraza cómo los griegos desaparecían por la carretera: su *vekilin*, el capitán Vangelis, delante, luego el capitán Elias con los iconos, sus hijos, sus madres y, caminando con ligereza detrás, Lenio; su pañuelo blanco fue lo último que perdió de vista. Así que eso era todo, pensó mi abuelo, y después de terminar su cigarrillo encendió otro. Sus dedos ardían donde ella los había tocado. No volvería a verla.

No hace falta decir que estaba equivocado.

Doce

El dinero que el capitán Vangelis le dio no era suficiente. Y el alcalde no quería saber nada de ayudar. La verdad llegó después de muchas presiones: cada vez que los habitantes de Klisura reconstruían su escuela, el pueblo terminaba en ruinas.

—Entonces, ¿tienes miedo? —dijo mi abuelo, triunfante, porque el alcalde se había metido en un rincón vergonzoso.

—¿Yo? ¿Miedo? —gritó el alcalde; luego hizo unas llamadas.

Vigas, travesaños, tablas, clavos, cal y baldosas: los compró a precio preferente. Y a finales de la semana las ruinas de la vieja escuela se habían transformado en un solar en construcción.

—Aquí tienes a tus albañiles —dijo el alcalde, y a su lado solamente había ancianos.

Era finales de junio, como ahora, cuando mi abuelo me contaba su historia, y los hombres jóvenes estaban trabajando en el campo.

—Estos hombres no sirven para nada —contestó mi abuelo, porque parecía que un viento un poco más fuerte podría derribarlos.

Pero, oh, estaba equivocado. Aquellos hombres eran mulas. Peor todavía: diablos que nunca se cansaban.

Cada noche mi abuelo se desplomaba sobre la cama, destrozado. Cada mañana se despertaba y le dolía todo el cuerpo. Le dolían músculos que ni siquiera sabía que existían. Huesos, articulaciones, dientes, hasta la cabellera y el pelo le dolían. Durante todo el verano construyeron: mi abuelo, el alcalde, Vassilko y la brigada de viejos. Y el 15 de septiembre, el primer día

oficial de clase, el padre Dionisos celebró un servicio, un *vodosvet* para bendecir la nueva escuela.

Una escuela no es una iglesia cristiana, se quejaron en la aldea musulmana. Y encerraron en casa a sus hijos e hijas. Esta vez fue el alcalde quien fue con mi abuelo, de puerta en puerta, e intentó convencerlos de que no había necesidad de asustarse.

Era al Pope a quien temía la gente. Desde que había llegado a Klisura, el padre Dionisos había trabajado como los viejos brigadistas: una mula, un diablo que nunca se cansaba. Estaba más pesado, pero no en el vientre, sino en general. Sus hombros se habían ensanchado, los músculos de sus piernas y brazos se habían hinchado, su barba se había vuelto más poblada: algo grande y aterrador, como un arbusto en llamas que infundía miedo a los ciegos. Reuníos a mi alrededor, pobres. He venido a contaros algo. Y la pobre gente se congregaba para oír sus historias. Decía que, mucho tiempo atrás, la región de Strandja había sido cristiana en su totalidad, lo que significaba «completamente búlgara». Porque ser búlgaro significaba ser cristiano y nadie podía ser búlgaro si no era cristiano. Era, y siempre lo había sido, así de sencillo.

Una y otra vez contaba sus historias el padre Dionisos y en ellas transcurrían los siglos. Zares y mártires gloriosos cobraban vida, luego el polvo se los llevaba. Hasta que un gran peligro llegaba al umbral de Bulgaria: Murad, el sultán terrible, a la cabeza de un ejército infinito. Los búlgaros luchaban contra él con valentía, en nombre de Cristo el gran Señor. Pero los turcos eran muchos y al final la oscuridad se apoderaba de la gente de Cristo, a manera de prueba.

Durante muchos siglos los búlgaros lucharon y resistieron. Un ataque tras otro, como ese roble de ahí aguanta los vendavales que llegan de Turquía. Cada vez que protegían a Cristo, era a sí mismos a quienes protegían. Pero no

todos los árboles son tan fuertes como ese roble. Y a veces el vendaval nos derriba.

Por fin llegó un día, les dijo el padre Dionisos, en el que el Imperio otomano se debilitó. Temeroso de perder tierra y poder, el sultán dio una orden: convertir a todos los búlgaros en musulmanes, para que nunca quisieran escapar. Terribles jenízaros vagaban por Strandja, y los conducían imanes vestidos de negro. Cuando un búlgaro se negaba a quitarse su gorro de piel para renunciar a Cristo y ponerse un turbante, le cortaban la cabeza. Muchas cabezas rodaron aquellos días, porque el coraje de nuestros antecesores era grande. Pero no todas las cabezas. Porque algunos se inclinaron para aceptar el turbante. Y en esto no hay vergüenza. De nuevo, os lo digo, no todos los árboles son tan fuertes como el roble.

Lo más importante, dijo el padre Dionisos, es que Dios todavía os ama. Nunca es demasiado tarde. Renunciad a la mentira. Redimid vuestra sangre. Cristo es el camino, la verdad y la vida. Volved a vuestras raíces. Naced de nuevo.

Y alguna gente negaba con la cabeza, escupía en la tierra, maldecía al Pope y se marchaba enfadada. Pero otros se iban a casa pensativos, con el gusano de la duda en las entrañas. Y otros, aunque no muchos, fueron a ver al Pope y, cuando se la ofreció, besaron la cruz y él los bautizó.

Era todo eso lo que temía la gente de Klisura. E incluso cuando mi abuelo les decía: *A vuestros hijos sólo les enseño las letras, sólo les enseño los números*, no le creían. Cuando el alcalde se enfadaba y mugía —*idiotas, mostrad un poco de coraje*—, la gente se quedaba callada.

«Me odian», le confesó el alcalde a mi abuelo una noche. Un año antes, el alcalde había cerrado la mezquita del pueblo y había echado al imán. Mi abuelo no necesitaba preguntar por qué lo había hecho. Después de todo, el alcalde nunca había preguntado por qué había terminado mi abuelo en Klisura, ni se preguntaban qué hacía el padre Dionisos con tanto bautizo. No había manera de desafiar las órdenes del Partido.

«Cuando era crío —dijo el alcalde—, metí un buey en un pantano. El pobre animal sabía que el suelo era pantanoso, pero yo ni lo olí. Al principio se resistió, pero le pegué hasta romper un palo contra su lomo. Y gruñó, bajó la cabeza e hizo lo que yo le decía. El barro se lo tragó entero. Ahora yo soy el buey», añadió el alcalde. Fue la primera y última vez que mi abuelo le oyó susurrar.

Trece

La amenaza de multas considerables convenció a los padres musulmanes de que debían enviar a sus hijos de regreso al colegio. También ayudó que mi abuelo fuera apreciado en el pueblo. Casi cada noche alguien nuevo lo invitaba a cenar, fuera en la aldea cristiana o en la musulmana. Y a su clase sus alumnos llegaban con pequeños fardos: ahora un puñado de fruta seca, ahora manzanas conservadas frescas bajo hojas de helecho. Y después del crepúsculo, mujeres jóvenes le traían jarras de leche, *banitsas* recién hechas o rebanadas de pan de centeno. Con miedo a que las vieran, dejaban sus bienes en el umbral, golpeaban con sus dedos delgados la puerta y corrían hacia la oscuridad entre risas. Sólo una chica se negaba a esconderse. Cada día, constante como el sol que se levantaba, llevaba a mi abuelo un tarro de yogur, todavía caliente por las pieles de cordero en las que lo había envuelto para que fermentara. Cada día la veía en el umbral. Cada día, para mostrar lo denso que estaba el yogur, ella ponía el tarro del revés y lo agitaba. Ni una sola vez se movió el yogur. Luego levantaba el tarro y le obligaba a respirar hondo: el yogur, vivo de fermentación y goteando sobre su rostro. Cuando mi abuelo sacaba yogur con el dedo, la chica se reía.

«Mi padre tiene cien ovejas blancas», le decía alguna vez, lo que significaba: No hay un soltero en este pueblo que no me quiera por esposa, y aquí estoy, en la puerta de tu casa.

—Me quería mucho —me dijo mi abuelo en la terraza.

Y en esa época se preguntaba a menudo cómo sería tenerla por esposa. Su padre, el principal ganadero del colectivo, las cien ovejas blancas, los tarros de yogur. Era una chica guapa, sin duda. Hablaba dulcemente y lo miraba de

una manera que lo calmaba; tendría suerte si la conseguía. Pero no se sentía afortunado. Por la noche, solo en la escuela en silencio, mi abuelo pensaba en la chica griega. Soñaba con su rostro surcado por cenizas negras, imaginaba el crujido de sus pies desnudos sobre las ascuas, sentía el tacto de sus dedos, y a veces, cuando una chica se reía en algún lugar del pueblo, pensaba que oía a la chica griega, Lenio.

Cada día en el umbral sacaba yogur denso del tarro, con culpa, sabiendo perfectamente que pronto tendría que llegar a una decisión. Aceptar a la chica y cien ovejas blancas o alejar el tarro antes de romperle el corazón.

—Le di cuerda, hijo mío. Día tras día.

Y, al final, ¿hay una fuerza más oscura que una mujer con un corazón roto?

—Pobre Baba Mina —dije, e intenté verla, no como la recordaba, destejiendo viejos jerséis bajo el fuego, parloteando sobre las ovejas de su padre, sino como mi abuelo la había visto en esa época, llevándole yogur, una chica joven y guapa, enamorada.

Catorce

El primer verano de mi abuelo en Klisura se acercaba a su fin. Las cigüeñas se levantaban en bandadas enormes, las hojas de las cerezas caían amarillas y el dulce olor de la podredumbre llenaba el aire. Pronto los días se hicieron más breves y frescos. Cayeron las primeras nieves, se fundieron, luego se quedaron para siempre. Cada mañana, en la puerta de la escuela, mi abuelo recogía la madera que llevaban sus alumnos: un tronco por cada chico, para el horno de la clase. Cada mañana, mi abuelo les miraba los dientes, para ver si se los habían cepillado; las orejas, para ver si se las habían lavado. Una vez a la semana les hacía quitarse un calcetín. Para ahorrar tiempo, sólo miraba el pie derecho. Si no se habían cortado las uñas, escribía una nota de reprimenda a sus padres. «¡Maestro, maestro!», gritaron un día los chicos. Acababa de inspeccionar el pie derecho de Mehmed: las uñas estaban en una condición más o menos satisfactoria. «¡Mira el otro pie! ¡El izquierdo!» No eran uñas, eran garras. Su madre, admitió llorando el chico, estaba demasiado ocupada desde que su padre había desaparecido. No tenía tiempo para cortar las uñas, y sólo cortaba las que sabía que el maestro iba a inspeccionar.

—Era un buen chico, Mehmed —me dijo mi abuelo. Estábamos dando nuestro paseo habitual por la carretera, hacia las casas en ruinas. Por delante, *San Kosta* sacaba algo de una pila de ramas caídas—. Su voz era de miel. Yo decía: «Ahora, chicos, cantad una canción». Pero en el momento en que Mehmed abría la boca, todos cerraban la suya. Les daba vergüenza cantar mientras él cantaba.

La nieve caía en el patio, la estufa rebosaba de llamas, y Mehmed cantaba dulcemente. Y entonces mi abuelo se detuvo en mitad de la carretera y volvió

la cabeza para escuchar, con los ojos cerrados, como si pudiera oír el canto de Mehmed.

—Su padre había sido el imán del pueblo. Un año antes de llegar a Klisura, los milicianos se lo habían llevado. Lo más probable es que fuera a un campo de trabajo. Nunca volvieron a saber de él.

Era apropiado que en ese momento, Mehmed, ahora adulto, imán de Klisura, padre, empezara a cantar desde el minarete. Y, sin embargo, no era momento de oraciones. En vez de eso, oímos el viento que avanzaba por la carretera muerta, y en el viento a *San Kosta*, tragando un ratón que acababa de matar.

Las nieves se fundían y los cerezos estaban en flor. Las cigüeñas regresaron. Había pasado un año desde la llegada de mi abuelo a Klisura. Y la festividad de San Constantino se acercaba de nuevo.

«Ven conmigo al otro lado de la frontera», le dijo a mi abuelo el alcalde, protector de los *nestinari*. Y le contó la historia que yo supe por Elif: los *nestinari* habían vivido protegidos por el sultán turco. Pero un día, sin razón, los turcos mataron a tantos danzantes del fuego como pudieron y prendieron fuego al pueblo. Los pocos supervivientes vagaron por Strandja en busca de un nuevo hogar; la mitad de ellos se detuvieron en Klisura, la otra mitad en el otro extremo de las colinas, en lo que ahora se llamaba Turquía. Para mantener vivo el recuerdo, cada grupo prometió salvaguardar los iconos del otro y reunirse año tras año, una vez en Klisura, otra allá, al otro lado de las colinas, en Kostitsa.

—Kostitsa —dije—. ¿La palabra para *huesecillo*? —Pero mi abuelo negó con la cabeza. Era el nombre de san Constantino lo que había dado forma al nombre del pueblo.

Estábamos sentados en el patio, bajo el emparrado, moviendo adelante y atrás una pelota de trapo que yo había hecho con la manga de una camisa vieja. Estábamos trabajando en la destreza de mi abuelo, en sus reflejos tras

el ictus. Al principio, coger la pelota había sido un desafío serio. Pero mejoraba. Hacía calor. El aire olía a tomates maduros. Como siempre, *San Kosta* caminaba por el patio, buscando ratones o topos que cazar.

«No puedo cruzar la frontera», le dijo mi abuelo al alcalde. Después de todo, cumplía un castigo por haber dimitido del Partido. Nunca le darían los papeles necesarios. Pero el alcalde le puso la zarpa encima. Los papeles eran para los ratones de biblioteca.

Y así, una tarde, al anochecer, cuatro días antes de la festividad de San Constantino y Santa Elena, el alcalde, mi abuelo, Vassilko, dos hombres del pueblo y tres mujeres partieron hacia la frontera turca. Una llorosa Baba Vida los despidió desde el umbral del santuario; era demasiado vieja para el viaje.

—Dime, abuela —le dijo mi abuelo—, ¿qué querías decir la noche de las danzas? —*No lo hagas*, le había advertido. Pero ahora se encogió de hombros.

—Ojalá recordara, *sinko*, las cosas que he visto cada vez que san Kosta me ha llevado.

El padre Dionisos se reunió con ellos al final del viaje. Los iconos sagrados estaban guardados en su iglesia, ¿y no era él responsable de cada vela, candelabro, lámpara y caja de madera? ¿Qué diría el obispo metropolitano si se enteraba de que el Pope permitía...?

—Vale, ven entonces —gritó el mayor—. Pero da un poco de descanso a esa lengua tuya.

El padre Dionisos era un diablo astuto. Le costó demasiado tiempo a mi abuelo darse cuenta de eso. Sí, el Partido lo había enviado para convertir a los musulmanes. Pero había otras tareas que le habían asignado. Al final resultó que el padre Dionisos trabajaba para el CSS. El Comité para la Seguridad del Estado. Entre otras cosas, el Pope vigilaba a mi abuelo; cada mes escribía informes sobre todo lo que éste hacía.

—¡Un sacerdote, agente secreto! —Reí, como si fuera divertido. Tiré la pelota y mi abuelo la apretó firmemente en el puño.

Cruzar la frontera clandestinamente es y siempre ha sido una empresa suicida. Si te ven, te disparan. Pero en esa época de la guerra fría, la seguridad era todavía más fuerte. Por su proximidad a Turquía, la propia Klisura era una zona de frontera. No podías ir al pueblo como ibas ahora. En esa época se necesitaba un permiso especial. Eso mi abuelo lo tenía. Pero cruzar la frontera era otra historia.

Inmediatamente llegaron a una valla en el bosque. La misma por la que yo había pasado con Elif. Como yo, mi abuelo vio que estaba pasando ante una aldea de casas turcas. Como yo, pensó: ¿puede ser tan fácil?

Pero esa frontera era falsa. La idea era que la cruzases y pensaras que lo habías conseguido. Mirabas a tu alrededor: cabañas, una aldea. ¡Estoy en Turquía! Y justo cuando te tranquilizas, los guardias te pillan.

Al final llegaron a la frontera real. La luna era delgada; la noche era negra. Y en la oscuridad, la punta de un cigarrillo brillaba roja. Entre los arbustos el alcalde ululó como un búho. La brasa roja trazó un arco y estalló en el suelo en una ducha de ascuas más pequeñas.

«Llegáis tarde», susurró el soldado cuando salieron de los arbustos a su encuentro. Durante el resto del trayecto se mantuvo en silencio. Era un chico del pueblo. ¿Qué otra cosa había que decir? Los dejó pasar. Así de sencillo.

En cuanto cruzaron la frontera, el alcalde volvió a silbar hacia la oscuridad. Por entonces, mi abuelo había aprendido un poco de ese lenguaje de pájaros. Intentó explicármelo —era una mezcla del búlgaro, el griego y el turco; cada sílaba se transmitía con un tono distinto—, pero mentiría si dijera que lo entendí. Confiaba en él, sin embargo, y eso bastaba.

En algún lugar en la distancia respondió un pájaro. Alguien había oído y ahora pasaba el mensaje. *Estamos llegando*. Caminaron durante toda la noche, siguiendo la ribera de un río: el mismo río que, si lo seguías corriente abajo, conducía a Klisura y al viejo nogal. Al atardecer llegaron al pueblo.

Al verlo, pensarías que estabas en Klisura. Hasta la casa en la que el capitán Vangelis los recibió era como la del alcalde. En sólo un año, el pelo

del capitán se había vuelto de un color blanco hueso. Sus hijos también estaban más viejos. Y Lenio...

Esa tarde, debajo del emparrado, mi abuelo no podía dar un mordisco. Esa noche, en el establo donde los hombres se acostaron, no pudo dormir un minuto. Tenía el corazón en la garganta, latiendo con fuerza.

Ahora era una mujer. Dieciséis años. Y estaba prometida en matrimonio a Michalis, el hijo mayor del capitán Elias, el chico imberbe que mi abuelo había visto un año atrás. Y seguía imberbe, su rostro tan suave como la piedra del río; pero apuesto, cincelado. Se casarían en un año.

Esa noche mi abuelo ardía de fiebre. Se sintió mejor por la mañana, pero esa misma tarde ardía de nuevo. Se me está rompiendo el corazón, pensó. Apenas podía permanecer en pie mientras los *nestinari* danzaban. Pero solamente después de regresar a Klisura una semana más tarde, ni vivo ni muerto, con las entrañas rotas por la mitad, después de que el Pope trajera a un médico de la ciudad, se dieron cuenta de la verdadera razón. «Malaria», dijo mi abuelo, y quedó en silencio.

Incómodo, me volví hacia el emparrado. Ahora que el verano de verdad estaba con nosotros, los mosquitos habían regresado. Y como el sol se estaba poniendo...

—Vamos dentro —sugerí, pero mi abuelo no quería.

Me dijo que me comportara como un hombre. Y luego que le dejara fumar al menos un cigarrillo.

—Estás muy bien sin fumar —dije. Pero veía qué le preocupaba: Lenio, alzándose del río de su mente.

—El día antes de que nos fuéramos a Klisura —dijo, y encendió un cigarrillo— tuvimos una comida de despedida en el patio del capitán Vangelis.

Tenía tanta fiebre que la gente decía que le castañeteaban los dientes como el pico de una cigüeña. Ellos también tenían cigüeñas allí, en Kostitsa. *Maestro Cigüeña*, gritaban a su espalda los niños, entre risas. Así que reunió

sus últimas fuerzas y se arrastró a la mesa. Hizo bien, para que Lenio no pensara que era un debilucho. Se tiró en una silla y sonó un acorde horrible, como un gato moribundo, y luego se oyó un ruido como de madera rota. Lo siguiente que supo era que Lenio estaba sollozando a su lado, con una mandolina semiplastada en las manos. «Imposible repararla —dijo el capitán Vangelis, y le quitó importancia con un gesto—. Anda, toma un raki. No te preocupes.»

Durante el resto de su estancia, Lenio se escondió en su habitación, sollozando. Lo odiaba, mi abuelo estaba seguro. La enfermedad lo mataría y nunca volvería a verla.

—Pero te equivocabas —le dije mientras terminaba su cigarrillo en silencio. *San Kosta* había ido a su lado y él tocó su largo cuello y su ala buena suavemente.

—Vamos adentro —dijo, y cuando fue hacia la entrada, la cigüeña lo siguió. Pero yo me demoré un rato, a pesar de los mosquitos.

Algún tiempo atrás, mientras buscaba por el aula que era la primera planta de la casa, había encontrado una mandolina envuelta en una sábana blanca. La mitad de las cuerdas estaban rotas; las otras tenían que afinarse.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó mi abuelo cuando se la enseñé. Y cuando le pregunté si podía tocarla, sólo hizo un gesto de enfado con la mano.

No tocó la mandolina entonces, pero unos días después lo encontré fumando en la terraza, mirando intensamente la sábana doblada del otro lado de la mesa.

—Hijo mío —me dijo, y durante un tiempo masticó su labio inferior—. Este cacharro. Sácalo de aquí, ¿quieres?

Quince

A mi abuelo le costó meses recuperarse de la malaria. De hecho, lo recuerdo terriblemente febril en dos ocasiones cuando yo era niño. Tuvo temperaturas muy altas durante semanas, pero no recuerdo pensar dos veces en el tema. Sólo ahora, años después, me daba cuenta de que lo que, en mi ignorancia infantil, yo había considerado brotes de una fiebre fuerte habían sido recaídas en la malaria; el parásito durmiente en el hígado de mi abuelo volvía a infectar su sangre.

¿Y quién se preocuparía por él esos días de enfermedad sino la chica que, hasta en momentos de buena salud, lo visitaba cada día? Mi abuelo no quería tenerla al lado, pero ahí estaba: empapando una toalla en vinagre y extendiéndola sobre su frente para apagar el fuego, llevándole densa nata de la leche, queso blanco y amarillo, y cuando estuvo más repuesto, caldo de gallo, *sarmi* de hoja de parra.

Al principio la gente hablaba, luego ya no quedaba mucho que decir. Ya no era un cotilleo relevante: Mina, la hija del pastor, llevando una jarra de *banitsa* al maestro. «Entonces, ¿cuándo es la boda?», preguntó una vez el alcalde, riendo, y después, en más de una ocasión, se encargó de decirle a mi abuelo que, a menos que pretendiera casarse con la pobre chica, no debería verla a solas en su habitación con la puerta cerrada.

En octubre, mi abuelo viajó hasta Burgas y en una tienda de la calle mayor compró una nueva mandolina de Cremona. Al principio la dejó envuelta en el grueso papel marrón, pero una noche, fumando en la terraza, con la oscuridad tan negra, y las colinas tan altas y numerosas entre este lugar y Kostitsa, la sacó y la tocó. Hasta el terrible ruido que hacía era mejor que el silencio.

Noche tras noche tocaba las cuerdas, cada tono era una sílaba que enviaba a la noche, al otro lado de la frontera y hacia las colinas. Así hablaba con Lenio.

«Es un instrumento para mujeres», le decía a menudo el alcalde. Pero empezó a visitar la terraza de mi abuelo a menudo. Con los ojos cerrados, fumaba, bebía raki, mientras mi abuelo tocaba. Fue a través del alcalde que mi abuelo oyó por primera vez las historias del capitán Kosta y de la República de Strandja.

La rebelión se había producido el día de la Transfiguración de Jesús en 1903, y rápidamente, con poco derramamiento de sangre, los turcos fueron expulsados de la montaña. A continuación hubo una noche de grandes celebraciones: canciones, vino, cordero asado. Sólo el capitán Kosta se sentó junto al fuego, no comió nada, no bebió nada; observó cómo se retorcían las llamas.

El alcalde, que entonces sólo tenía veinte años, llevó a su capitán algo de cordero, un *meh* de vino tinto. El capitán cogió la carne y comió, luego bebió algo de vino.

—Gracias, Petre —dijo, porque el alcalde se llamaba Petar—. Se me ha olvidado comer. Y beber también se me había pasado. —Luego invitó al chico—: Siéntate y habla conmigo un poco. Estoy asustado.

¿El capitán Kosta, el fiero voivoda —que había luchado contra los serbios en Slivnitsa y los había vencido, que esa misma mañana había asaltado el *konak* turco a la cabeza de sus rebeldes y había echado de allí a Alí Bey como a un perro sarnoso— asustado? El alcalde se quedó sin palabras.

—¿Qué te asusta, capitán? —logró tartamudear, y sintió que no sólo su propia vida, sino la fe de todo el mundo dependía de una sola respuesta.

—La libertad —contestó el capitán Kosta—. Me da miedo, Petre. Porque en este mismo momento somos libres como muy pocos hombres lo han sido antes que nosotros. El sultán no nos gobierna. El zar búlgaro no nos gobierna.

El zar de Rusia no nos gobierna. Somos nuestros. Somos las montañas Strandja. Y el hombre, Petre, no se hizo para ser una montaña.

«Los huesos del hombre son quebradizos —mugía el alcalde en la terraza de mi abuelo, normalmente tomando su tercera copa de raki—. Pero el metal también es quebradizo. Así que, para endurecerlo, lo metes en fuego y en agua, lo golpeas con un martillo. Así es como se hacen las dagas. El martillo me ha golpeado durante toda la vida. Turcos, serbios, griegos, comunistas. Nombres distintos, el mismo martillo. Golpea mis huesos y los convierte en dagas. Toda la vida me han cortado esas dagas. Justo cuando se cura una herida, abren otra.»

Pero a la altura de la quinta copa, el alcalde se quedaba en silencio y escuchaba a mi abuelo tocar la mandolina. «Prométeme —decía— que cuando me pongas en la tumba tocarás una canción dulce para mí. No dejes que ese demonio del sacerdote se acerque.

He pensado a menudo en las palabras del alcalde desde entonces: en los huesos y las dagas. Si esas palabras eran de verdad, las del alcalde o las de mi abuelo, es algo que no puedo saber. Pero la idea de que todas las dificultades de nuestras vidas son un martillo que debe endurecer nuestro armazón me parece extrañamente perturbadora. Creo que dos fuerzas opuestas luchan por el control de nuestra voluntad. El cuerpo busca la calma y la comodidad. *No me hagas daño*, grita, y si una daga corta, lucha por curar la herida. El espíritu, por otro lado, quiere ser herido. *Córtame*, grita, y lucha por mantener cada herida sangrando, porque en la calma y la comodidad el espíritu se marchita. Ahí, he llegado a pensar, está el dilema del hombre que empuña la daga: cortarse o no.

Dieciséis

«Escucha, maestro —le dijo el alcalde a mi abuelo en primavera—. ¿Por qué andarnos por las ramas? Estoy viejo y débil. Tú eres joven y fuerte. Me caes bien. La gente te respeta. Quiero que seas el nuevo *vekilin*, el protector de los *nestinari*.»

No hace falta decir que mi abuelo aceptó. ¿No había visto cómo trataban los danzantes al alcalde? ¿Cómo le besaba la mano Lenio? La mera idea de esos labios sobre sus nudillos era suficiente para dejarlo sin dormir. Se encargaría de todos los danzantes del fuego en el mundo si eso significaba estar cerca de Lenio.

Así que esa primavera mi abuelo ayudó al alcalde a arreglar el santuario bajo el nogal, a limpiar los manantiales santos del bosque, a reparar sus tejados y sus vallas. Cuando llegaron los griegos en junio, mi abuelo estaba allí de nuevo para recibirlos. Los dos capitanes lo abrazaron. Sus hijos estrecharon afectuosamente su mano. Y cuando Lenio se puso delante de él —más hermosa que nunca—, el corazón de mi abuelo latió con tanta fuerza que pensó que todo el pueblo lo iba a oír. Ruborizada, ella fue a besar su mano derecha, pero el capitán Vangelis la detuvo: «Todavía no es el *vekilin*», dijo riendo, y luego le mandó besar la mano del alcalde.

Desde entonces, durante cada ritual mi abuelo seguía al anciano. Le permitían dejar los iconos en el estante del santuario, y fue mi abuelo quien mató el cordero del sacrificio en el patio de la iglesia. «Vergüenza debería darte, camarada maestro —le decía el padre Dionisos, sonriendo con astucia—. Meterte en la brujería por una damisela griega. Y aquí tienes a Mina, la hija del pastor, una chica búlgara estupenda.»

Fuera como fuese, el Pope estaba al tanto de todo. Había vigilado atentamente, su ojo estaba entrenado para detalles como éstos. Y parecía que la propia Mina había llegado a sospechar que mi abuelo estaba enamorado de la chica griega, porque durante la segunda noche de los bailes, la que se hacía en honor de santa Elena, Mina se tiró a las ascuas descalza. Se quemó las plantas de los pies, la llevaron a casa para tratarla, pero no gritó de dolor. *Para impresionar al maestro*, empezó a susurrar la gente. *Loca, loca de amor que está*, decían. *Que san Kosta la perdone por ensuciar su fuego*.

A la hora de la despedida, mi abuelo reunió el coraje para darle a Lenio la mandolina que le había comprado. Fue un momento oportuno, y uno de repetición: la joven se lavaba los pies en el patio, mientras en la casa del alcalde los demás se preparaban para el viaje.

Ella cogió la mandolina y se ruborizó. Luego, sin levantar la vista para mirar a mi abuelo, agarró su mano y le besó los nudillos. Corrió escaleras arriba, sus pies desnudos aleteando y dejando huellas en el patio, una bandada de pájaros negros. Antes de que la bandada se hubiera dispersado por completo en el calor, el padre de Lenio, el capitán Vangelis, salió de la casa con la mandolina envuelta firmemente agarrada. «Gracias, maestro —le dijo a mi abuelo—. Pero es Michalis quien debe darle los regalos.»

—Maestro, maestro —dijo la vieja Baba Vida a mi abuelo esa tarde, después de que los griegos hubieran subido a la montaña—. ¿Ves ahora lo que yo vi antes?

—No veo nada —le dijo mi abuelo, porque, en realidad, todavía había muchas cosas que no lograba vislumbrar.

Diecisiete

Las cigüeñas trazaban círculos en el cielo. La cosecha y la vendimia llegaron y se fueron. Los campos se prepararon para dormir y por primera vez en muchos meses soltaron un poco a la gente. Los niños regresaron al colegio; los jóvenes empezaron a planear sus bodas. Y en Kostitsa, al otro lado de la frontera, Lenio no tardaría en casarse. En la terraza, tocando la mandolina, mi abuelo contaba los días que faltaban para su boda con Michalis.

Ese octubre, un frío invernal tomó Strandja. El hielo cubrió los viejos robles y desde el jardín de los cerezos llegó el rugido de los cañones: los árboles sufrían por el frío, las hojas seguían en las ramas. Al principio la nieve era densa y pegajosa, pero pronto el vendaval la endureció y ni siquiera los niños salían a jugar.

Dos semanas antes de la boda de Lenio, Vassilko, el tonto del pueblo, llevó a mi abuelo una carta. La carta había atravesado la frontera clandestinamente, dijo, y cuando añadió que la había escrito Lenio, mi abuelo levantó la mano para pegarle. Pero cuando abrieron el sobre cayó un mechón de pelo negro atado con un hilo rojo. La carta estaba en griego, que mi abuelo no leía, y como tenía miedo de llevársela al alcalde, en su confusión, mi abuelo hizo lo único que podía hacer.

—No quiere casarse —dijo el padre Dionisos cuando terminó de leer la carta—. Quiere que la salves. —Pero no sonreía y hablaba en voz baja, casi en un susurro.

Durante tres días, mi abuelo no durmió ni un minuto. Olvidó comer, beber, afeitarse, hasta bañarse. «Maestro —reían sus alumnos—, enséñanos tus

dientes y tus oídos. ¡Quítate los calcetines!»

Era una semana antes de la festividad de San Demetrio, la fiesta que había iniciado la temporada de bodas al viejo estilo del 8 de noviembre, cuando mi abuelo volvió a la iglesia, jadeando.

—Tienes que ayudarme a robarla —le dijo al padre Dionisos.

Mi abuelo sabía que desde su nacimiento Lenio estaba prometida con Michalis: las dos familias de danzantes del fuego mantenían su vínculo particular. Lo que todavía no sabía era que Lenio nunca había tenido intenciones de llevar a término esa boda.

Porque Lenio estaba enamorada de otro chico, de su edad y de su pueblo, un tipo zalamero que le había contado muchas mentiras. La salvaría de Michalis; la rescataría de su padre. Ganaría mucho dinero llevando rebaños de ovejas hacia el Egeo. Y con el dinero correrían hacia la libertad. Estambul, le dijo, fumando un cigarrillo sobre un montón de heno en el pajar de su padre. Ahí es donde la llevaría. Vivirían en una casa en el Bósforo: por una ventana verían Asia; por la otra, Europa.

Dulce, dulcemente, el chico contaba sus historias en el pajar. Le dijo que no tuviera miedo. Sólo era un pequeño beso en los labios. Todas las demás chicas lo han hecho. Relájate. Huiremos, te lo prometo.

Tres semanas antes de la boda, Lenio salió a hurtadillas de su casa y se escondió en un extremo del pueblo, junto a la fuente de los siete caños. Ahí es donde habían planeado reunirse. Esperó todo el día. Llovía. Finalmente, al anochecer, vio a sus hermanos corriendo bajo el diluvio. Dios mío, Lenio, gritaban. Estábamos muy preocupados. Hemos puesto el pueblo patas arriba buscándote.

Aquel día, su amado desapareció sin dejar rastro. Nunca volvió a verlo.

Ella sabía bien lo que ocurriría la noche de después de la boda. Lo que su padre, el Carnero Salvaje, lo que todo el pueblo le haría cuando sacaran la sábana al patio, para que todo el mundo la viera, blanca como un copo de

nieve. Hizo planes para huir. Ni siquiera había llegado a la fuente cuando tenía detrás a sus hermanos. *Asustada, pobre paloma*, reían las ancianas. Nada nuevo bajo el sol.

La encerraron en la casa y fue allí donde escribió la carta. ¿Quién más podía ayudarla salvo el nuevo *vekilin*, el protector, el amable maestro, su última y única esperanza verdadera?

—¡Que san Kosta te bendiga! —mugió el capitán Vangelis cuando vio a mi abuelo en la puerta de casa, y a su lado el padre Dionisos, con barbas congeladas, sólidas—. ¡Qué honor, maestro, que hayas venido a la boda!

Durante tres días y tres noches los invitados celebraron, preparándose para el verdadero banquete de boda. No repararon en gastos. Después de todo, el capitán Vangelis tenía una sola hija, más querida para él que las niñas de sus ojos. Vino y raki. Sólo eso podía ahogar su pena: que otro hombre se la llevara. Pero era una pena dulce. El hombre merecía la pena. Michalis. De una digna estirpe.

La noche anterior a la boda, mi abuelo pasó por encima de los invitados borrachos esparcidos por el suelo y abrió la puerta de la celda de Lenio. Ella se había vestido con tanta ropa como pudo, y él le dio una capa con capucha que había robado a un huésped. Mi abuelo no sabía decirme cómo era posible que nadie los hubiera visto salir de casa. Quizá todo el mundo estaba demasiado borracho. Quizá todos pensaron que había un hombre bajo la capa, no la novia, huyendo. Después de todo, mi abuelo había cometido una vez el mismo error. Quizá por ambas razones.

—Señor, ten piedad —murmuró en el exterior el padre Dionisos, y les dio la bendición, y luego a sí mismo, haciendo la señal de la cruz.

Soplaba un huracán feroz —aguanieve que golpeaba como un látigo— que se hacía más fuerte a cada instante.

—Mira el lado bueno —gritó mi abuelo sobre el estruendo—. Nunca nos pillarán con esta tormenta.

—Señor, ten piedad —repitió el Pope.

Y subieron hacia la montaña.

Dieciocho

Y así bebimos, mi abuelo y yo. Y nos emborrachamos de fantasmas y días lejanos. Cuanto más me hablaba de los *nestinari*, más vueltas le daba la cabeza. Cuanto más recordaba a Lenio, más hambriento era el fuego que había tragado su cerebro. En cuanto a mí, ¿no me daba también vueltas la cabeza? ¿Al no pensar en nada más que en Elif y no oír otra cosa que el relato de mi abuelo, de día cuando estaba despierto y en sueños cuando dormía? Lenio y Elif. Mi abuelo y yo. Con cada palabra las fronteras se desmoronaban; los territorios de nuestros corazones se expandían, se solapaban y se mezclaban en uno solo. El anhelo de mi abuelo era el mío. Mi propia tristeza se había convertido en la suya. Y aquel desvanecido coraje suyo fluía vivo en mi sangre, impaciente, salvaje, imposible de dominar.

No me había cortado el pelo desde que había llegado a Klisura. En tres meses no nos habíamos afeitado. Además de a sudor, apestábamos a cebollas y queso. En pocas palabras, representábamos nuestro papel. El viejo capitán con el cerebro comido por el ictus. El joven idiotizado por amor. La cigüeña con el ala rota. Una compañía de rebeldes.

—Abuelo —grité un día en la terraza—. No podemos admitir la derrota de este modo. —Se habían llevado a Elif. El imán había empezado a demoler nuestras casas. ¿Qué otra cosa podíamos perder?

Él sabía exactamente lo que yo iba a pedirle. Y yo, por mi parte, sabía que no me lo iba a negar. Pero aun así, lo dije en voz alta, como si fuera una canción rebelde:

—Tienes que ayudarme a robar a Elif.

Quinta parte

Uno

En mis sueños mido dos metros de alto. Mi camisa es blanca como los huesos, y dos pañuelos de color rojo sangre ondean en mi pecho como alas. Pasadores de plata brillante embridan mis pantalones; puñados de cascabeles de latón me adornan las botas. Guardo dos dagas en mi cinto y tengo un garrote en la mano. Una rosa damascena descansa detrás de mi oreja. Un tallo de geranio salvaje entre mis dientes. Huelo a aceite de rosas y, como un hombre, a sudor. A mis pies, la tierra canta. Cada vez que paso, el aire hierve.

En mis sueños no necesito escaleras. Un solo salto es todo lo que requiere subir el muro. Un solo empujón abre la ventana. «Buenas noches —le digo a Elif, y mi aliento es como agujas de pino—. He venido a robarte.» Su cara se vuelve pálida como el yogur. Quiere que me la lleve, me doy cuenta, pero no así, sin pelear. Me rompe una silla en la cabeza. Me da una patada en la espinilla. Y cuando le pongo la mano en la boca para acallar sus gritos, me clava los dientes hasta el hueso.

Entonces se desvanece. Entonces la echo sobre mi hombro y la llevo hacia la noche. No hay complicaciones en mis sueños. No hay repercusiones.

Pero esto no son mis sueños.

Todo el día sopló un viento tibio desde Turquía. Todo el día vibraron los marcos de las ventanas de las casas abandonadas, los setos aullaron, y las latas vacías rodaban por nuestro patio. Al anochecer, el viento persistía. *San Kosta* se había cansado de perseguir latas. Apostado en un rincón de la terraza, nos observó tirar un dado tras otro y esperar el crepúsculo. Cuando una media luna se levantó sobre las colinas de Strandja, llenamos dos pequeños vasos de raki y los bebimos, de un trago.

El plan —si es que se puede llamar así— era muy sencillo: mi abuelo pediría ver al imán y, mientras los dos hablaban de negocios en el salón, yo subiría a la ventana de Elif. Era lo más lejos que habíamos llegado a planear.

Encerramos a *San Kosta* en el patio y salimos hacia la aldea musulmana. Llevamos nuestra propia escalera: mi abuelo delante y yo tres metros por detrás. Pero para cuando estábamos cruzando el puente, *San Kosta* ya estaba a nuestra altura. Lo más probable era que hubiera saltado la valla, lo que sólo afianzó mi sospecha: su ala no estaba rota. Fingía; por la razón que fuera, se negaba a volar.

Como planeamos, pasamos la escalera por encima de la valla del imán. Como planeamos, mi abuelo entró por la puerta del patio y llamó a la puerta delantera de la casa. No habíamos previsto que la madre de Elif respondiera y le dijese a mi abuelo que, de forma bastante predecible, el imán había ido a la mezquita para la oración de la tarde. No habíamos previsto que la mitad de los peldaños de la escalera se romperían después del lanzamiento sobre la valla.

Pronto quedó claro que la ventana estaba fuera de nuestro alcance. Y así, de una manera mucho menos heroica, empecé a tirar piedrecitas al cristal. Las bisagras crujieron; las cortinas se movieron. Una figura azul cobró forma en la oscuridad y sólo después de oír la voz de Elif, tan dulce y tan triste, comprendí lo mucho que la había echado de menos. Nada más importaba en ese momento: ni vender tierras ni conservarlas. Sentí que había cruzado el océano, que había llegado a Klisura, sin otra razón que estar a su lado.

Y sólo después de oír su voz me di cuenta de lo totalmente absurda que era la situación. El sueño que habían creado las historias de mi abuelo, un sueño que los dos habíamos soñado como si fuéramos uno solo, quedó de pronto reducido a cenizas. Estaba despierto de nuevo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—He venido a robarte.

—¿Como si fuera un autobús? Vete a casa. Estás borracho.

No estaba borracho. Había sido sólo un vaso diminuto. Ella no era ningún autobús, dije, y le pedí que me ayudara.

—Tres semanas —dijo—. No has venido a verme ni una vez. Para comprobar si seguía viva.

—Maldita sea, Elif. Quería venir.

Pero ¿quería? No estaba seguro y ella lo notaba.

—Vete a casa, americano. Aféitate. Dúchate. Duerme la mona.

Y una mierda. Hablé con decisión, esperando que la firmeza de la voz no sólo convenciera a Elif sino también a mí mismo. No era ninguna broma. Sólo lo parecía.

Pero incluso cuando le aseguré que no iba a marcharme lo podía ver: para ella, ya me había ido.

—¡Cásate conmigo! —dije, desesperado. Mi voz cayó, así que repetí, grité.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, y respondí que sí, lo decía con todo mi corazón.

—Eres un hombre cruel —dijo—. Para ti todo es un juego. Vete a casa.

Dos

Lloré mucho aquella noche. Sabía que las lágrimas no eran algo propio de un hombre de verdad, pero después de todo yo no era un hombre de verdad. Sabía que estaba preocupando a mi abuelo, pero no podía evitarlo. Una y otra vez revivía la humillación bajo la ventana de Elif. Ir allí a robarla, como si fuera el autobús del pueblo. Luego pedirle que fuera mi mujer.

Al final, incapaz de dormir, fui a echarme algo de agua en los ojos. El sol seguía detrás de la montaña; una niebla rondaba por el jardín. Y, junto al pozo, Elif estaba esperando. Tenía una mochila en el regazo y en su cara todavía ardía la bofetada de su padre, escarlata. No llevaba pañuelo.

—¿Lo decías en serio? —preguntó en voz tan baja que pensé que lo había imaginado.

Y cuando lo dijo, toda la duda, la vergüenza y el miedo se disolvieron ante la simple verdad.

La abracé con fuerza y ella abrió la boca en busca de aire.

—¡Suéltame, bobo!

Y entonces me besó. Por primera vez era un beso de verdad. No un beso robado, no uno de demostración ante su padre o el mundo. Se lo devolví. Me sentí tan mareado, tan débil por la alegría, que llené el cubo del pozo y lo vacié en mi cabeza. Para alejar la noche. Para empezar de cero. Vacíé el cubo sobre *su* cabeza. De su pelo corto goteaban ríos, ahí en el patio junto al pozo.

—Idiota —gritó. Pero se reía.

Fue entonces cuando oí a mi abuelo llamarme desde la terraza. *San Kosta* chasqueó el pico. ¿Qué lugar había para las palabras, les pregunté, para las

razones y las explicaciones? ¿Qué tiempo teníamos para perder haciendo planes? ¿No era obvio para todo el que quisiera verlo?

Elif y yo nos íbamos a casar.

Tres

Nos prometimos en el patio aquella mañana, con mi abuelo y *San Kosta* como testigos. Llené un calabacino de agua del pozo y lo llevé a los labios de Elif para que bebiera. Ella llevó el calabacino a los míos para que bebiera. Partí un trozo de pan y se lo di; ella partió un trozo y me lo dio. Nos lo estábamos inventando todo, por supuesto. Un tonto ritual para sellar una promesa que era cualquier cosa menos tonta. Le dimos pan a mi abuelo, luego a la cigüeña. Elif rio y lloró, y yo también. Mi abuelo nos besó en la frente.

—Vámonos —dije—. Ahora mismo. Firmaremos en el registro civil de Burgas.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo casarme así. Quiero ser otra chica. ¿Entiendes? Una chica nueva.

Al principio el conductor del autobús se negó a llevarnos. Sin decir una palabra, subimos al autobús y le dimos el dinero del billete. Nos sentamos haciendo manitas. De vez en cuando, yo levantaba su mano y la besaba. De vez en cuando, ella apoyaba la cara en mi hombro. Miramos Strandja por la ventanilla: los árboles agitados por el viento de la mañana, los cielos sin nubes. Y en el cristal, nuestra propia imagen nos observaba, fantasmalmente delgados, transparentes, extranjeros. Era como si otro chico y otra chica hicieran manitas, flotando por el mundo con cada giro que daba el autobús. Ahora en una pendiente lejana, ahora en lo alto de un árbol, en una esquina del cielo, el chico y la chica estaban juntos, hermosos, serenos.

—Míralos —le dije a Elif.

—Somos nosotros —dijo, y me besó.

Al mediodía estábamos en Burgas. Ver el ayuntamiento lleno como estaba me asustó de verdad. El ruido y el hedor de los cuerpos humanos hacían que la cabeza me diera vueltas. Ya no estaba acostumbrado a su presencia. Pero dondequiera que fuéramos, la multitud se abría ante nosotros; cuando nos sentamos en un banco para esperar nuestro turno, los otros esperaron desperdigados.

—Pareces un rebelde de la montaña, un *haidut* —dijo Elif, e hizo una trenza con mi pelo grasiento—. Y hueles como si lo fueras. —Y supongo que olía así, y que lo era.

Al final llegó nuestro turno frente al mostrador.

—Quiero cambiar de nombre —explicó Elif a la funcionaria que se escondía tras él.

La mujer asintió ligeramente. Sus gafas bajaron al extremo de su nariz puntiaguda para ver mejor, primero a Elif y luego a mí.

—¿Qué problema hay con su nombre actual? —preguntó.

—Ya no me gusta.

—Necesita una razón mejor.

—Tengo cien razones mejores. Mi padre.

—Pobre —dijo la mujer, y puso un montón de papeles tras el mostrador—. No puedo permitirme escuchar cien razones.

Golpeó los papeles con una uña, cuya pintura roja había prácticamente desaparecido.

—Escríbalas. Que el tribunal decida.

Llevamos los papeles a un lado. Durante un buen rato Elif masticó el bolígrafo negro. Unas cuantas veces empezó a escribir, para tacharlo luego todo.

—No pienses demasiado —le sugerí—. Lo primero que te venga a la cabeza. Escribe eso.

Estoy cansada de mi nombre turco, escribió. Estoy cansada de que la

gente me llame kaduna. De que mis profesores sean más exigentes al corregir mis exámenes. Estoy cansada de llevar pañuelo y de ir a la mezquita, de que mi padre me trate como si fuera un animal, como una oveja o quizá una cabra. Soy una mujer. Soy mía. Nací en Bulgaria, y quiero un nombre que lo demuestre.

—Elena —dijo para así, y se volvió hacia mí—. ¿Te gusta?

Pero antes de que yo pudiera responder, ella ya estaba escribiendo en el impreso.

Le preguntamos a la funcionaria cuánto tiempo había que esperar para conocer la decisión. Ella cogió los impresos con un risa asqueada. Podíamos haberle preguntado por la combinación ganadora de la lotería y habría sido lo mismo.

—Estará listo cuando lo esté —dijo, y nos pidió que nos apartáramos de la fila.

Cuatro

—Mira —le dije a Elif delante del juzgado, y le enseñé lo que mi abuelo me había dado esa mañana. Una pensión entera. Regalo de compromiso.

—Mira —me dijo, y sacó el fajo que su madre le había dado en secreto: los ahorros de un año entero.

—No nos lo tenemos que gastar todo —repuse.

—Sería muy estúpido hacerlo.

Para ahorrar dinero compramos un par de tijeras. Pero no parecía apropiado que me cortara el pelo en un banco del parque.

—Escucha —le dije—. Ya estamos ahorrando en el barbero. ¿Cuánto nos costaría, en realidad, encontrar un sitio más apartado?

Así que buscamos un hotel y alquilamos una habitación, la primera vez para Elif. Los suelos, las cortinas, el papel de pared: todo apestaba a lejía y tabaco. La televisión se negaba a funcionar, pero había aire acondicionado y eso es lo que la entusiasmó. Lo puso al máximo y se quedó bajo la corriente gélida. Yo la abracé y, con los ojos cerrados, escuché el zumbido del aire acondicionado, su respiración, que se hizo más fuerte, más intensa. Me impresionó sentir cómo se le ponía la piel de gallina, percibir cómo se estremecía en mis brazos.

—Hueles a pies —gritó, y se apartó.

Me cortó el pelo en la habitación y al final se rio mucho, aunque yo no pensaba que el resultado fuera tan malo o tan gracioso. Cuando salí de la ducha, me tiró una bolsa de ropa al pecho. Había ido a comprar: una camiseta nueva, pantalones y chanclas.

—Vístete —dijo, sólo su cabeza se asomaba por la puerta—. Vamos, antes

de que se ponga el sol.

La encontré en el bar del hotel, haciendo rodar un vaso vacío entre las palmas de las manos.

—Es bastante barato —dijo, y deslizó un chupito de vodka por el mostrador—. Para reunir coraje.

—¿Tanto miedo te doy? —Di un sorbo y pregunté dónde quería ir.

Un paseo por la calle mayor estaría bien, dijo. Mientras se ponía el sol. Siempre había querido hacerlo, pero nunca lo había hecho.

—¿Nunca?

—Ni una vez. ¿Y tú?

Asentí. Pedí dos chupitos más.

El sol se ponía. La parte alta de los edificios y de los árboles ardía roja por la luz, pero por debajo caminamos entre las sombras. Avanzamos entre oleadas de turistas. Una música horrible sonaba en cada café, cada uno intentaba ser más ruidoso que el otro, y por encima de todo flotaba el hedor del pescado frito. Elif también hablaba en voz muy alta. Reía y gesticulaba, pero cuanto más caminábamos, más me apretaba el brazo. Y cuanto más caminábamos, más caótico se volvía el mundo a nuestro alrededor. No es que el mundo nos asustara. Era al revés: el mundo notaba nuestro miedo y caía en el caos. O quizá era sólo cosa del vodka.

—Ya está bien —dijo Elif por fin—. Me muero de hambre.

—Hay un restaurante en el hotel.

—Probablemente sea caro.

—¿Tú crees?

Lo era. Y estaba muy vacío, lo que nos gustó. Nos sentamos a una mesa en un rincón, y pasó algo de tiempo antes de que el camarero nos viese.

—Pide en inglés —dijo Elif—. Pide el menú en inglés. ¡Rápido! —Y después de que el camarero nos hubiera traído las cartas—: Baboso de mierda. ¿Has visto qué amable se ha vuelto en cuanto has hablado? ¿Qué es esto? —preguntó, y clavó un dedo en el menú.

—Caballa. Pero está mal escrito.

—Por este dinero, podrían haber aprendido a escribir.

Pedimos una botella de vino blanco para acompañar la caballa.

—¿Cómo se escribe *caballa* en inglés? preguntó Elif—. Igual puedes enseñarme.

—No hay mucho que aprender.

Comimos el pescado en silencio. No era bueno, pero nos daba igual. El vino era mejor. Estábamos terminando la botella cuando apareció una mujer mayor junto a nuestra mesa. Con el pelo blanco revuelto, ropa descolorida y gastada, llegó desde la calle para vendernos flores.

—¿Una rosa para la señorita? —dijo, y sacó una cesta llena de unas cosas un poco blanquecinas. Ninguna de ellas era rosas. No todas eran flores.

Asustada, Elif negó con la cabeza. ¿Era real esa mujer, o era una aparición? ¿Una sombra que nos había seguido desde Klisura, para ajustar cuentas?

Pero la mujer sonrió suavemente y supimos que no había venido a juzgarnos.

No tengáis miedo, decía, sin palabras. *Os traeré flores*.

Fue entonces cuando el pelota del camarero la cogió del hombro y la echó a un lado.

—Ya te lo he dicho —susurró—. No vuelvas.

—Espera —dije en inglés—. ¿Cuánto vale toda la cesta?

—Has pagado demasiado —dijo Elif una vez que la mujer había cogido mi dinero y la habían acompañado de regreso a la calle.

Sin embargo, por la forma en que acunaba la cesta en el regazo, supe que estaba contenta.

—¿Postre? —dijo, repentinamente animada—. ¿Qué dice esto?

—Coñac.

En búlgaro, olvidando nuestros papeles, preguntamos al camarero si podíamos llevarnos una botella a nuestra habitación.

—Sabía que no erais ingleses —dijo—. Id ahí enfrente. Comprad ahí la botella. Es más barato.

—Nos da igual que sea más barato —repliqué.

Así que trajo la botella, pagamos, le dimos demasiada propina y nos llevamos el coñac y las flores al ascensor.

—¿Sabes? —dijo Elif—, hasta hoy nunca había ido en ascensor.

—Vamos a probarlo, entonces.

Apretamos el botón del último piso y el ascensor subió a toda velocidad. Dimos al de la planta baja y volamos de regreso hacia allí. Tomamos sorbos del coñac, con su cabeza en mi hombro y mi mano estirándose para tocar los botones. Otros huéspedes entraron y les ofrecimos, educadamente, apretar el botón de su piso. Les ofrecimos coñac.

—Es como el nogal —dije—, en el nido de las cigüeñas.

Pero ella me calló con la botella.

—No hables de eso. Bebe.

Al final nos cansamos de posponer.

De regreso en la habitación, nos sentamos en la cama, en la oscuridad azul, sin molestarnos en encender las luces.

—No tengas miedo —dije.

—No lo tengo.

Me dijo que mirase a otro lado. Oí el movimiento de las mantas y cuando me volví, estaba metida en la cama, con la sábana subida hasta la barbilla. Sus labios y sus mejillas estaban rojos por la bebida y el rojo destacaba sobre el blanco de la sábana como gotas de sangre contra la nieve del invierno.

Le dije que cerrase los ojos y, mientras los mantenía cerrados, me quité la ropa y me metí bajo la manta. Nos quedamos así, uno junto al otro, sin tocarnos. El calor de su mano me agujoneó cuando cogió la mía. Guio mis dedos hacia el interior de sus antebrazos, muslos, piernas.

—Soy horrible —dijo—. Llena de cicatrices.

¿Qué podía decirle yo, cuando para mí era todo lo bonita que podía ser

una chica?

Me zambullí bajo la sábana. Besé sus cicatrices: sus antebrazos, muslos, piernas. Cuando salí, ella lloraba.

—Tengo mucho miedo —dijo. Buscó mi mano y agarró mi muñeca con sus dedos como si fuera una esposa—. No huyas.

Cinco

Perún, el gran dios de los eslavos, hervía de ira. Lada, la diosa de la juventud y la belleza, su hija más querida, había huido. Una ira ciega partía su cerebro en dos. Una avalancha de fuego bajaba por la montaña y lo quemaba todo a su paso. Llamó a sus hijos, a sus otras hijas, pero nadie se atrevió a plantarse frente a él. Sólo había una diosa que no tenía miedo. Para ella, los gemidos de Perún eran una canción suave. Salió del pantano donde estaba y cuando subió a su trineo —una caja torácica salvaje de la que tiraban ranas, serpientes y carpas—, corrió para reunirse con Perún.

—Se llamaba Starost —le dije a Elif, y la besé en la frente—, la diosa de la vejez.

Elif había cogido la sábana y la había metido en la bañera y ahora estábamos en diagonal en una cama sin sábana. Sólo cuando todo terminó se permitió relajarse un poco.

—Cuéntame un cuento —me pidió en voz baja, y eso hice: las historias que mi abuelo me contaba de niño. De Lada y Atila.

Perún se asustó en cuanto vio a la Vejez. La bruja había aparecido ante su trono sin que él se diera cuenta de cuándo. Pero así es como llegó. A hurtadillas, como un ladrón.

—¿Por qué has venido? —le preguntó el gran dios.

—Para devolverte a tu hija —silbó ella—. Pero primero tienes que darme lo que quiero.

Lo que Starost quería era vida humana.

—Ha nacido un niño —dijo Perún— y Lada lo quiere. ¿Y qué hay para mí? Beso labios podridos, mientras Lada besa labios de hombres y mujeres

jóvenes. Abrazo cuerpos marchitos, mientras Lada acuna bebés en su regazo. ¿Por qué, Padre, por qué me has maldecido de este modo? ¿Por qué me has casado con el mismo Smert?

Perún temía a Starost. Temía que, dios o no, un día también se lo llevara la Vejez y lo llevara no hacia el infierno, donde se reuniría con su hermano Veles, sino a la diosa que mandaba sobre todos los dioses. Zabrava. Lete.

—Si lo que quieres es sentar a bebés en tus rodillas —le dijo Perún a Starost, para complacerla—, que todo hombre y mujer se vuelva un bebé de nuevo en la vejez. Deja que lloren llamando a su madre y que tú, madre de los viejos, los alimentes con tus pechos marchitos.

La Vejez estaba complacida. En su trineo se alejó de la montaña y rápidamente olió el rastro de las peonías ardientes, el humo de la batalla.

Atila y Lada dormían un sueño sin pesadillas en su yurta. Habían puesto la tienda donde, justo un crepúsculo antes, se había levantado un palacio de mármol. La diosa Starost metió sus dedos retorcidos en el polvo de mármol y se empolvó el rostro. Durante un breve segundo, a través de unos ojos soñolientos, Atila pensó que era Lada quien se inclinaba para darle un beso.

Al amanecer, el pelo de Atila era blanco como el hueso. Al mediodía, el sable le resultaba demasiado pesado para levantarlo. Y cuando el sol se escondía tras los Cárpatos ya no podía ponerse en pie.

En vano Lada le tocó las mejillas. En vano le dio su pecho para que lo chupara. La Vejez lo había besado en la boca y ahora lo que oían en el polvo del mármol destruido eran los pasos de Smert. El novio blanco se acercaba.

Gran hombre o no, dios o no, tarde o temprano el novio blanco viene para llevarte. Y después: el Olvido espera. Pero Atila no sería olvidado. Lada le había dado un hijo. Un chico estupendo y fuerte que había crecido junto a su padre hasta convertirse en un hombre. Le había enseñado a montar a caballo, a blandir un sable. ¿Qué más hay que enseñar?

—Adiós, amor —le dijo a Lada.

Pero ella no quería dejarlo marchar.

—Cuando llegues al otro lado —le rogó—, espérame.

Sabía, por supuesto, que nunca lo reconocería allí, porque allí, en el inframundo, todas las sombras humanas vagaban sin rostro. Su tío Veles tomaba cada rostro humano en las puertas y lo llevaba como si fuera el suyo. Sabía que nunca volvería a reunirse con el hombre que amaba, nunca volvería a sentir su tacto, nunca volvería a oír su voz. Pero aun así seguía hablando.

—Ahí abajo hay un árbol —mintió—, cargado de nueces. Espérame bajo sus ramas. Reunidos, saquearemos el inframundo y lo veremos arder.

Atila respondió con una sonrisa.

—No más saqueos, mi amor. Es hora de descansar.

Elif se movió sobre mi pecho. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y me apretó más fuerte.

Cualquier historiador te contará la famosa historia sobre cómo después de su muerte metieron a Atila en un ataúd de hierro, que luego colocaron, como una *matrioska*, en un ataúd de plata, y luego en otro de oro. Se desvió temporalmente un río, y cuando el triple ataúd fue enterrado en su lecho, se permitió que las aguas regresaran. Para mantener el lugar en secreto, todos los hombres que habían cavado la tumba fueron ejecutados.

Pero ésa no era la historia que mi abuelo me contó.

—Para no olvidarlo, Lada ordenó a los hombres de Atila que forjasen un triple ataúd: de hierro, plata y oro, y lo enterrasen en sus trenzas.

—Y así —dijo Elif, y abrió los ojos, por primera vez, para mirarme en la oscuridad—, dondequiera que fuese Lada, Atila la seguía, atrapado en el río de sus cabellos.

Seis

—El Partido empezó a cambiar nuestros nombres otra vez el año que nació. 1984. En un invierno cambiaron un millón de nombres. Cambiaron el mío cuando tenía dos años. Si tiene que ser búlgaro, dijo mi madre, que sea Elena. ¿Quién sabe? Quizá a santa Elena no le importara que yo hubiera nacido turca.

Dormimos un rato y luego nos despertamos. Ninguno de los dos pudo dormirse de nuevo. El aire de la noche estaba cargado. Olía a humo y, con un matiz dulce, a las flores que se marchitaban en la cesta. Los coches chillaban en la calle y de vez en cuando gritaba una gaviota. La cortina delgada, comida por las polillas, se movía en la ventana como si intentara alejarse. Yo veía los oscuros tejados de las casas y los edificios, como escamas que se alejaban hacia el horizonte, y más allá de ellas, las gruesas formas de las grúas de carga, con las luces de señalización parpadeantes y rojas. Más allá de los muelles, lo sabía, estaba el mar. Pero, una vez más, no lo podía ver.

Elif encendió un cigarrillo. La luz del mechero iluminó su rostro sudoroso sólo un momento, pero fue suficiente: incluso después de que hubiera vuelto a las sombras, la veía claramente, con los ojos cerrados como los tenía ahora.

—Por supuesto, no recuerdo nada de esto —dijo—. Vamos, quiero decir: 1986.

Pero había oído historias. Los milicianos y los funcionarios habían ido casa por casa. Habían obligado a la gente a firmar peticiones a los tribunales. Si cooperabas, te dejaban elegir tu nombre. Pero muchos no cedían y les ponían nombres arbitrarios. Pronto había veinte Georgis en Klisura, quince Todors, nueve Liudmilas. De día, mientras la gente estaba en el campo, los

milicianos entraban en las casas; confiscaban pañuelos, alfombras de oración, ejemplares del Corán. Iban al cementerio y ponían yeso sobre las tumbas de los muertos. Hasta los muertos recibían nuevos nombres. Veinte Georgis, quince Todors, nueve Liudmilas.

Estaban a punto de mandar al padre de Elif a un campo de trabajo. Era, después de todo, el imán del pueblo. Pero sobornó a la gente adecuada. Les pagó con un bote de monedas de oro, un tesoro que había encontrado al excavar en el pozo para hacer un nuevo retrete en el patio. No es broma. Coges una pala, empiezas a cavar en Strandja y tarde o temprano encuentras huesos o tesoros escondidos. Algún desdichado refugiado debió de enterrar el bote, huyendo hacia Turquía. Durante la guerra de los Balcanes, la guerra ruso-turca, Dios sabe. No importaba. Lo que importaba era que el oro estaba allí. Cien años más tarde le salvó la vida a su padre.

Cuando llegaron los nuevos pasaportes en la primavera de 1986, nadie quería recogerlos. Sólo había un hombre esperando en la puerta del edificio municipal. El padre de Orhan. «No se dan patadas a un atizador», murmuró en su defensa, o al menos eso es lo que imaginaba Elif. Pero luego resultó que había ayudado a los milicianos a cubrir las tumbas. Era carpintero, y era él quien había grabado los nuevos nombres de los muertos. Así que, naturalmente, los hombres del pueblo fueron a su casa para matarlo. Sólo la imagen de su pobre esposa, y el bebé Orhan en sus manos, sin duda llorando con todas sus fuerzas, los contuvieron. Así que expulsaron a la familia de Klisura. Y quemaron su casa.

Qué lejano me parecía aquel nombre. Qué lejana nuestra expedición nocturna a las viejas ruinas. Orhan el cobarde. Disparando su arma a un pelo de Elif. Ése era el hombre a quien el imán la había prometido en matrimonio. Más tarde ella se enteró de que el padre del chico la había comprado por quince mil marcos alemanes. Calculaba, viejo idiota, que cuando la hija del imán se casara con su hijo toda la vergüenza desaparecería de su nombre.

Pero Elif recordaba otra cosa. La primavera de 1989. Las cigüeñas que

regresaban a la montaña; la gente de Klisura que se marchaba. Tantos coches en las carreteras hacia la frontera que podías caminar sobre capós de aquí a Turquía. Colchones y sillas, y montones de ropa, cacerolas y sartenes atados con cuerdas a los coches, metidos en los maleteros, asomando por las ventanillas. Trescientas mil personas se marcharon a Turquía aquel año. Con visados de turistas. Lo llamaron la Gran Excursión. No era una excursión.

Su familia pasó dos meses en un campo de refugiados, en Estambul, en los suburbios. Gracias a Dios misericordioso, Elif no recordaba mucho de esa época. Sólo que no entendía el idioma. En Bulgaria había pasado los días en la guardería. Allí, estaba claro, no se permitía la entrada de ningún turco. Recordaba el polvo en el campo, siempre. En sus dedos, en su nariz y en su cabello. Recordaba lo mucho que ansiaba la ducha semanal. Y cada tarde su padre volvía del trabajo. La ponía a un lado, tras la tienda, donde los demás no pudieran verla. Sacaba un trozo de periódico del bolsillo y, envuelto en el periódico, un pequeño trozo de delicia turca. Cada noche Elif comía el trozo y lamía el azúcar en polvo del papel. Dios misericordioso, todavía lo notaba en la lengua, tantos años después. La tinta amarga y el polvo salado y el azúcar.

Según su padre, volvieron a Klisura porque una noche en el campo Dios le dijo que lo hicieran. Soñó con que la mezquita estaba ardiendo y era todo por su culpa. Y encerrado en el minarete oía al hijo que había perdido. El hijo que quería tan desesperadamente, llamándole, culpándolo.

Para Elif la sensación era mucho más sencilla. Volvían porque no podían acostumbrarse a su nueva vida. Porque de la mañana a la noche su padre trabajaba en una obra por un salario sobre el que los turcos no se molestarían en escupir. Pero, después de todo, no eran nativos. Refugiados, eso sí.

Era 1991. La mitad de los refugiados que se habían ido a Turquía dos años antes volvían. El Partido se había desmoronado. Los nombres musulmanes habían sido restaurados. Pero llegaban a una Bulgaria diferente. Al irse, muchos habían vendido sus casas. Para evitar la especulación, los

ayuntamientos habían comprado las casas a precios que había establecido el Estado, es decir, baratísimas. Unas setenta mil personas estaban sin hogar.

Los cielos se oscurecieron. El invierno duró años. Las colas para el pan y el queso se prolongaban días. Una riada humana invadió las calles. Donde había habido madres, padres, hermanas y hermanos, ahora se extendía una masa sin rostro.

Era 1991. Elif regresaba a casa desde lo que no había conseguido convertir en su hogar.

Era 1991 y yo me marchaba.

Trescientos mil se habían ido a Turquía.

Cuatrocientos mil a Occidente.

Me volví hacia Elif y la miré fumando su cigarrillo en silencio.

—En el aeropuerto de Ontario —dije—, mis padres compraron tres barritas de Snickers. Demasiado caras, seguro. Pero esto iba más allá del dinero. Nunca habíamos comido Snickers porque no podíamos. Y ahora podíamos. Éramos libres.

»A medio camino, me empezó a doler el estómago. Odio los cacahuetes. El chocolate era demasiado dulce. Y ya había comido un montón de mala comida en el avión. Pero mi padre no quería saber nada. Para él era un gesto simbólico. Me dijo que debía comerlo todo y luego chupar el papel.

»Estábamos esperando el autobús cuando vomité. Encima de mi madre.

—Qué bonito —dijo Elif—. Vomitando por la libertad.

Volvió a apoyar la mejilla en mi pecho.

—Cuéntame más historias de tus potadas.

Siete

Nos quedamos en Burgas cinco días y cuatro noches. Nunca salíamos del hotel antes del mediodía, aunque cada mañana nos despertábamos pronto con esa intención. Cuando al final salíamos de la cama el sol ya había superado su cénit. Muertos de hambre, nos duchábamos rápidamente, nos vestíamos y salíamos a comer. Elif nunca había comido en McDonald's. El primer día devoró un Big Mac, una doble *cheeseburger*, una hamburguesa normal y una docena de McNuggets de pollo. «No es nada especial», decía, pero cada día volvíamos para que pudiera probar nuevas opciones del menú. Todas eran caras, pero no nos importaba. «Ojalá Aysha pudiera probarlo», comentaba a veces, del helado que habíamos comprado en el parque, del algodón, de la mazorca de maíz. «Nunca había estado tanto tiempo lejos de ella», decía.

En ocasiones nos sentábamos en una cafetería, del tipo que antes nos parecía horrible pero ahora no. Bebíamos Fanta con pajita y observábamos a los turistas extranjeros pasear por la calle principal. Nos burlábamos de su aspecto: demasiado gordos, demasiado pálidos y pecosos, demasiado rubios, demasiado delgados; de sus calcetines y chanclas, riñoneras, camisetas sin mangas para hombres. Comprábamos cosas: unas cuerdas nuevas para la mandolina de mi abuelo; para nosotros, ropa nueva: para Elif un largo vestido de seda que le llegaba a los tobillos, y una chaqueta de manga larga que llevaba pese al calor. Yo le decía: «Eres preciosa. No tienes que esconderte», pero ella no parecía escuchar.

Cada tarde bajábamos al mar. ¿Qué más daba si la playa central de Burgas era, bueno, la playa central de Burgas? El mar seguía siendo el mismo: un día en calma y el otro agitado; nunca idéntico salvo en su enormidad. Habíamos

limpiado un lugar en la orilla, lejos de todas las botellas de cerveza vacías, las colillas y los palos de helado, y esperábamos a que la gente se dispersara cuando se ocultaba el sol. Luego ya estábamos sólo nosotros y los gitanos, que recogían grandes trozos de basura en negras bolsas de nailon, y después de ellos el tractor, aplanando la arena, liberándola de todo rastro humano. A veces recogíamos conchas para Aysha. A veces nos metíamos en el agua, a menos de un metro de la orilla, y nos poníamos contra el viento de la tarde, la arena, la tierra que bajo nuestros pies cedía con cada nueva ola. «Vamos a nadar», le decía a Elif, pero ella se limitaba a ceñirse la chaqueta con más fuerza.

El día antes de volver a Klisura encontramos un fotomatón al lado de la calle principal. «Al abuelo igual le hace ilusión una foto», dijo Elif, y nos hicimos cuatro fotos instantáneas, cuatro cuadrados diminutos en una hoja del tamaño de una mano. Esa tarde fuimos al mar y esperamos a que el sol se pusiera detrás de nosotros. Elif apoyaba la cabeza en mi hombro y no creo que dijéramos una sola palabra. Nuestras sombras eran una sola sombra, que se alargaba tanto que al final tocaba el mar y, sin miedo, seguía avanzando.

—Escucha —dijo Elif al final. En el crepúsculo, su rostro era azul. Las luces lejanas de los restaurantes a lo largo de la costa, de los barcos en el horizonte, colgaban en la prisión de sus ojos—. Pueden quitárnoslo todo, pero no estos últimos cinco días. Estos días son nuestros.

Encontró una botella vacía en la arena y arrancó una foto de la hoja. La metió en la botella y, cogiendo arena con las manos, llenó la botella. Caminamos junto al mar: oscuro, estruendoso y con un olor dulce, a sandía y a noche.

—Tírala tan lejos como puedas —me dijo, y lo hice. La botella silbó a través del viento y golpeó las olas con un ruido sordo—. Ocurra lo que ocurra aquí —añadió—, siempre estaremos juntos ahí abajo, en el fondo del mar.

Ocho

Le digo a Petar: Petre, hijo mío, el corazón del hombre es un farol. ¿Y de qué sirve un farol si no tiene llama? Durante dos semanas hemos estado construyendo una casa en Klisura. Hemos puesto una cruz en el tejado, como una iglesia. Tres cruces, como un monasterio. Cuando regresen, los turcos quemarán la escuela. Cogemos sus llamas y encenderemos nuestros faroles. Nuestros huesos serán fuste, Petre, nuestra sangre será aceite. Arderemos con humo negro y Europa lo verá.

En vez de un humo negro, un polvo gris subía por los cielos de Klisura. Oíamos a las cigüeñas que gritaban dentro de las nubes de polvo y las veíamos, sombras negras que giraban en círculos como buitres. Mientras Elif y yo estábamos en Burgas, los bulldóceres habían arrasado otra docena de casas. Habían retirado los escombros y habían aplanado el suelo, para que dos excavadoras pudieran sacar los cimientos. Una grúa había puesto una malla de varas de acero, una hormigonera había echado el cemento. Donde sólo una semana antes había casas y nidos de cigüeña, ahora estaban las bases de cinco torres nuevas.

Encontramos a mi abuelo mirando cómo los obreros echaban hormigón para unos sextos cimientos. Fumaba un cigarrillo y a su lado *San Kosta*, que ya no tenía el ala vendada, excavaba en la tierra con los talones. A causa del polvo, el pelo de mi abuelo, la barba que todavía no se había afeitado y las plumas negras de la cigüeña eran tan grises que los dos parecían iguales a las ruinas.

Cuando hablé con él no pareció oírme. E incluso cuando le tiré de la

manga pareció mirarme con ojos que decían que en realidad no estaba allí.

—Ve con Elif —le dije—. Almuerza. Toma algo de té. Arreglaré este desastre.

Nunca antes había puesto un pie en una mezquita, pero no me detuve para admirar el momento. Como una iglesia, el lugar era oscuro y durante un instante lo único que vi fueron sombras verdes y manchas verdes. Había corrido por el pueblo y ahora el calor me bajaba por la cara en ríos. La sangre palpitaba en mis sienes, y en mis pies las tablas crujían sordamente bajo una gruesa alfombra, y tropecé, pisoteé y el suelo tembló ruidosamente debajo de mí.

—Por favor —dijo alguien.

Por la voz, supe que era el imán, pero lo único que vi fue una figura verde en el umbral.

—He venido a hablar contigo —le dije tan firmemente como podía.

—Muestra un poco de respeto —susurró—. Sal fuera, hablaremos allí.

Respeto, le dije en cuanto estábamos en el patio, era precisamente lo que *él* no estaba mostrando. Respeto por nosotros, por la ley. Y luego ocurrió algo extraño. El rojo de mi rostro, mi falta de aliento, la escasez de mis palabras debieron de conmoverlo, porque dijo:

—Cálmate. Bebe un poco de agua.

Me sentó en un banco bajo un emparrado y me trajo una jarra fría. Me dejó beber en silencio y esperamos a que la sangre se me enfriara un poco.

—Parece —dijo al final— que ha habido una gran confusión. Así que permite que la deshaga. Hace tres años tu abuelo vino a Klisura agitando, de forma muy parecida a ti ahora, una hoja de papel. Un documento que decía que la escuela del pueblo se había construido en su nombre y, por tanto, era suya. Pero yo sabía que ese documento no era válido y tu abuelo también lo sabía.

—Tonterías —grité.

La escritura de propiedad era del todo válida. Y mi abuelo no sólo poseía la escuela, sino todas las demás casas. Las había comprado, limpiamente, y luego las había puesto, tanto la escuela como las casas, a mi nombre.

—Pobre muchacho. —El imán soltó una risa falsa—. ¿Eso es lo que te ha contado?

Y luego, con una autosatisfacción que yo había tomado por amabilidad, me contó el resto de la historia.

Ésa fue la historia que les conté, en voz demasiado alta, a Elif y a mi abuelo. Había corrido hasta casa y los había encontrado comiendo en la terraza.

Aquí estaba el asunto, sin trampa ni cartón: a mediados de los sesenta todas las familias de la aldea cristiana habían sido trasladadas a la ciudad. Un reasentamiento dirigido por el Estado, en toda Bulgaria. A modo de compensación, a cambio de sus casas, las familias habían recibido apartamentos en la ciudad: dos manzanas enteras de pisos en Burgas para gente de Klisura. Por decirlo claramente, a mediados de los años sesenta la aldea cristiana había dejado de ser un pueblo. El Estado había tomado la tierra y la había transformado en una zona de frontera, una defensa.

Hace tres años se reconsideró el estatus de la zona. Pero la tierra seguía siendo propiedad del Estado y fue el Estado quien contrató a una compañía extranjera para que construyera una central eólica. La construcción acababa de empezar —¿ves la torre sin terminar?— cuando mi abuelo apareció con un trozo de papel en la mano.

Todo habitante de Klisura que había poseído una casa había recibido un apartamento a cambio. Todas las escrituras de propiedad se habían anulado. Pero, de alguna manera, mi abuelo había quedado en territorio de nadie. Quizá porque ya no vivía en Klisura, quizá porque algún funcionario había dado por hecho que la escuela ya debía de ser propiedad del Estado. Después de todo, ¿cómo podía una escuela pertenecer a una sola persona?

Pero pertenecía a mi abuelo, o eso demandaba con su papel. Pero el

Estado también tenía papeles, según los cuales ninguna entidad privada podía poseer tierra en la aldea cristiana.

Era una paradoja. Un caso legal. Pero hasta que la escritura de mi abuelo fuera oficialmente anulada, hasta que se resolviera el caso, no se podría hacer la central eólica: la ley no permitía que se erigieran aerogeneradores en terreno residencial.

—Así que te llevaron a juicio, abuelo —dije, y me senté en una silla, agotado—. Pensaron: ¿puede ser muy difícil demostrar que tu escritura de propiedad estaba pasada de fecha y luego anularla? «Durante tres años tu abuelo nos ha estado tocando los cojones», me he dicho el imán en el patio. «Perdona mi lenguaje, pero no encuentro mejores palabras.» Durante tres años, abuelo —le dije a la cara en la terraza—, has seguido con este juicio. Por eso has vendido la tierra de la familia, la mía y la de mi padre. Hasta tu apartamento en la ciudad. Necesitabas dinero para pagar a los abogados.

Mi abuelo sopló y buscó su mechero.

—¿Y tú crees al imán?

Lo observé esforzarse para sacar un cigarrillo del paquete, y me entristecí. Ver a ese hombre así me desgarraba.

—Quiero creerte a *ti* —le dije—. Así que demuéstreme que son nuestras casas. No te he pedido ni una vez ver un papel. Ahora te lo pido.

Temblando, se llevó el cigarrillo al bigote unas cuantas veces. Cuando encontró por fin sus labios, lo encendió y tragó el humo.

—Tenemos un documento —admitió—. Para este edificio escolar, que ahora es tuyo. Nunca he tenido ninguna otra casa.

Luego fumó ávidamente, con los ojos bajos en la mesa. Una podrida pesadez se asentó en mi estómago. Una oleada de náusea. Durante meses me había mentido.

—Mírame, abuelo —le dije. Porque había más cosas en la historia del imán.

Cada vez que había una audiencia, mi abuelo fingía algún tipo de

enfermedad. Cuatro embolias. Un ataque al corazón. Un cólico nefrítico. Seis veces habían ingresado a mi abuelo en el hospital antes de su cita en el juzgado.

—¿Eso es lo que sucedió el mes pasado? ¿Cuando destruyeron las primeras dos casas?

Empezó a murmurar y le cayó el cigarrillo a la mesa. Intentando recuperarlo, convirtió la brasa en un rocío de diminutas pavesas, que Elif alejó. Cuando ésta levantó la vista hacia mí, sus ojos también echaban chispas.

—Le estás haciendo sufrir. ¡Ya basta!

Yo también veía que le estaba haciendo sufrir. Pero no podía parar. ¿Y por qué debería hacerlo? ¿Para que no fingiera otro ictus?

—¿Lo fingiste? —dije.

—Por Dios, hijo mío. Estabas allí. Me viste.

—¿Y qué hay de los otros ictus? ¿El ataque al corazón? ¿También los fingiste?

—Por el amor de Dios. Quizá. Pero entiende mi posición. No les puedo dejar construir una central eólica donde anidan las cigüeñas, en medio de su migración. Las turbinas las matarán a millares, es así de sencillo.

—¿Por qué me mentiste, abuelo? —le pregunté, en voz tan baja que al principio no estaba seguro de si me había oído.

Durante un tiempo luchó por encender un nuevo cigarrillo con el extremo del viejo. Luego dio unas cuantas caladas profundas.

—Tenía miedo —admitió—. Vendí tu tierra y no te dejo nada. Temía que te marchases si te contaba toda la verdad.

Temía bien. Pero iba más allá de la ira.

—Cuéntame, abuelo, ¿qué otras mentiras has contado? ¿Es Lenio mentira? ¿O los *nestinari*? ¿Y qué hay de tus años de maestro?

—Es todo verdad, maldita sea —respondió, y soltó un puñetazo en la mesa.

Los platos sonaron. *San Kosta* saltó en la esquina y, moviendo las alas, nos arrojó una nube de polvo gris.

—¿Todo verdad? —pregunté, y concentré la mirada en mi abuelo, para ver el tipo de llama sucia que iba a encender allí.

—Todo verdad —dijo, esta vez más suavemente.

Y no había fuego en sus ojos, ningún movimiento en su párpado. Me mentía dulcemente, como se miente a un niño pequeño demasiado crédulo como para captar tu engaño, o demasiado débil como para afrontar las cosas tal como son en realidad.

«Ha mentido antes, tu abuelo —me dijo el imán en el patio de la mezquita—. Pregúntale por qué el Partido Comunista lo mandó a dar clase en Klisura. Con qué objetivo. Pregúntale por el tipo de clases que daba a sus alumnos. Por las cosas que nos hicieron él y el sacerdote, su camarada.»

Mi abuelo no había sido exiliado por el Partido tras haber dimitido. El Partido lo había enviado a Klisura con su consentimiento. Su misión era adoctrinar a los musulmanes del pueblo. Encargarse de que crecieran lejos de sus raíces; hacerles creer que eran verdaderos búlgaros.

Pero en ese momento, en la terraza, no podía soportar preguntarle. No cuando me había mentido con tanta dulzura y suavidad. Me oí hablar como si estuviera muy lejos. ¿Creía que las cigüeñas eran tan estúpidas como para volar hacia los aerogeneradores? ¿Y entendía lo que esa central eólica significaría para Klisura? ¿Para toda Strandja, incluso? ¿Podía imaginar los trabajos que crearía, las nuevas inversiones?

—Por favor, ahórranoslo —dijo Elif, y fue su voz, brusca y áspera por el cigarrillo que estaba fumando, lo que me trajo de regreso de la lejanía—. Pareces mi padre.

—¿Y tú? —dije, y durante mucho rato no supe qué más decir, o cómo decirlo—. Pensaba que ibas a la universidad. Pensaba que tenías exámenes. ¿No es por eso por lo que estudiabas y por lo que ibas a Burgas cada día en autobús?

Su cara se puso pálida, luego roja. Y había una buena razón para esa vergüenza. Había dejado la universidad un semestre antes y lo había mantenido en secreto. Demasiados suspensos; demasiadas peleas con los profesores. Además, ir a la universidad nunca había tenido que ver con ir a clase. Tenía que ver con desafiar a su padre.

—Tu padre te había vendido como a una cabra, me dijiste. Por quince mil marcos alemanes. ¿Es ésa la etiqueta del precio que te has asignado? ¿Por qué no más? ¿Veinte o treinta mil? ¿O tienes miedo de que nadie pague tanto por ti?

Hablé de una manera en la que nadie debería hablar. Podía ver que cada palabra era un corte con la daga, que abría heridas profundas. Elif lloraba y mi abuelo temblaba y yo me dije: adelante.

El padre de Orhan no la había comprado. Ella había prometido casarse con Orhan porque sabía que su sucio nombre haría daño a su padre y le traería deshonor. Y ahora me había elegido a mí por la misma razón. «Para escupirme a la cara», había dicho el imán.

—Oye —dije—. Pago veinte mil dólares. ¿Es bastante para comprarte?

Con la mano temblando, saqué el fajo de mi bolsillo y lo tiré sobre la mesa. De nuevo los platos sonaron, de nuevo *San Kosta* saltó en su rincón. Durante mucho rato Elif y mi abuelo observaron el dinero. Veinte mil dólares. Atados con una goma roja, pensaba que el montón sería más grueso. Ella ya no lloraba y él ya no temblaba.

—¿Qué es esto, hijo mío? —me preguntó mi abuelo.

«Te haré una oferta —había dicho el imán en el patio—. La casa de tu abuelo está a tu nombre, pero la escritura no es válida. Es cuestión de tiempo que el juzgado la anule.» La próxima vista en el juzgado iba a ser en septiembre. «Pero no puedes fingir un ictus como tu abuelo. Tendrás que estar presente.» Y entonces, en septiembre, de una vez por todas, tendrían la casa y cerrarían el caso.

Ese septiembre empezaban a construir los aerogeneradores de un modo u

otro. Pero eran dos meses de construcción desperdiciados para nada. Dos meses de pérdidas financieras. Así que ésa era la oferta del imán.

—Les he dado permiso para construir la central eólica —le dije a mi abuelo en la terraza—. He firmado un permiso. Necesito el dinero para pagar la deuda de mi tarjeta de crédito, mis préstamos de estudiante. Tú vendiste mi tierra sin preguntarme y yo he vendido la tuya sin preguntarte. Pero les he convencido de que nos dejen conservar la casa para que puedas quedarte. No hace falta que me des las gracias.

Mi abuelo fumó y me observó un buen rato sin pestañear.

—Idiota —dijo al final—. Estaba muy cerca. —Y entonces se echó a reír. Su pecho silbaba, tuvo un acceso de tos y pronto se estaba limpiando las lágrimas—. En septiembre tú estarás en América. Y ésa es otra cita perdida en el juzgado. Entonces te empezarán a mandar citaciones, pero ¿cuánto tiempo pasará antes de que se arreglara el desastre? ¿Dos o tres años? Para entonces yo seré pasto de los gusanos. ¿Y con esta construcción ilegal que han empezado? Quién sabe, puede que el tribunal decida en nuestro favor. ¡Idiota, estábamos tan cerca!

¿Por eso había transferido la casa a mi nombre, para tocar los cojones al tribunal un poco más? ¿Sin pensar que eso me podía poner en peligro? Me senté en silencio lo que pareció un tiempo tan largo que parecía imposible. Me sentía a la vez fuera de mí y en algún lugar muy profundo. Ese peso me aplastaba, apenas podía respirar. Ni pensar de forma ordenada. Sólo había una cosa de la que estaba seguro: en aquel instante quería estar en cualquier lugar menos en ése.

—¿Por qué esperar a septiembre para verme partir? —dije, y oí las palabras con un gran retraso, como piedras en un muro, cayendo—. Toma —dije, y me vi tirándole las cuerdas de mandolina que le había comprado en Burgas. Y me vi tirándole el dinero a Elif—. Para romper el compromiso. Un regalo de despedida.

Le digo a Petar: Petre, hijo mío, el corazón del hombre es un farol. ¿Y de qué sirve un farol si no tiene una llama? Cuando volvieron los turcos, incendiaron la escuela que habíamos construido. Tomaremos esa llama y encenderemos nuestros faroles. Nuestros huesos serán fuste, Petre, nuestra sangre será aceite. Arderemos con humo negro, y Europa lo verá.

¿Y los turcos que hemos perseguido, capitán?, me pregunta Petar. ¿Las mujeres y los niños? ¿Quién verá el humo negro cuando estén ardiendo?

Nueve

Mido mil metros de alto. El cielo se sostiene firmemente sobre mi corona, pero si bajara un poco la cabeza se derrumbaría. He reunido los vientos y las nubes en mi mano izquierda, pero si apretara un poco más se produciría un diluvio. En mi palma derecha descansa el sol. Cierro el puño y ahí baja la oscuridad. Elif y mi abuelo, el imán y las cigüeñas, Klisura y Strandja yacen postrados a mis pies y a mi merced. Mido mil metros de altura, aquí en el nido de las cigüeñas.

¿A qué otro lugar podía ir? Subí al tronco de un árbol y a mi alrededor las cigüeñas negras lloraban y, horrorizadas, batían las alas. No sé por qué no me atacaban. No sé por qué no había más cigüeñas en el nido en ese momento. Pero la bolsa de nailon de Elif estaba allí, y también estaba la calavera en el paño. Me hice un porro y lo fumé con ansias, rápidamente. Había llegado preparado con un mechero, pero no para el hedor de los pájaros, para las legiones de bichos diminutos —no eran hormigas ni garrapatas, ¿quizá piojos?— que se movían en la paja y entre los palos.

Y, sin embargo, con cada nueva calada, mi repugnancia cedía a la curiosidad, la curiosidad a la fascinación. Cuanto más observaba esas pequeñas criaturas —cada una con el rostro de las demás—, más se unían en un solo arroyo de sangre negra, arrastrándose, pululando, subiendo por el árbol, entre la paja, en mis piernas. Hormigas, garrapatas, piojos, lo que fueran. Eran vida, vida que, como un corazón gigante, impulsaba el árbol, vida que me acariciaba la pierna y me mordía.

Podía acabar con esa vida con un solo gesto. Mi mano bajaba y yo la aplastaba en círculos contra mi pantorrilla. Mi mano brillaba, negra de una

masa sin vida, pero incluso entonces las demás criaturas atareadas y persistentes siguieron atareadas y persistentes, indiferentes a lo que había ocurrido. Me enfadé. Volví a golpear con la mano una y otra vez, hasta que me ardían la mano y las piernas, pegajosas y negras de tripas apestosas. Incluso entonces el flujo seguía circulando. No porque los bichos fueran inteligentes o estúpidos, cobardes o valientes, sino porque *eran*. Porque eso es lo que hacía la vida; seguía viviendo.

Una opresión enorme e invisible bajó por mi pecho, tan fuerte que me costaba respirar. Saqué el paño negro de entre la paja, y luego el cráneo. Qué decepcionantemente ligera me parecía ahora en la palma de la mano esa calavera humana, qué rápidamente los bichos pululantes bajaban de mi mano hacia su hueso amarillo; a través de su cavidad nasal, hacia las cuencas de sus ojos, y como un pulgar curioso —el de mi bisabuelo— junto a la línea de los dientes, en los huecos donde éstos faltaban.

Acerqué la calavera hacia mis labios como si fuera a besarla y susurré con suavidad en el hueco de su ojo. Un huevo malvado tras otro. Las cigüeñas, a las que había sentenciado a muerte con una sola firma. Mi abuelo, a quien había traicionado. Elif, a la que había juzgado y ridiculizado. Los expulsé, uno tras otro. Me purgué y el cráneo se hizo pesado. Pero yo no me volví ligero. ¿Quién era yo para juzgar a Elif, cuando yo mismo no había encontrado fuerzas para acabar el posgrado? ¿Quién era yo para culpar a mi abuelo de cosas que había hecho en su juventud como maestro, por traicionarme, cuando yo mismo lo había traicionado, una y otra vez, en el pasado? Al no coger el teléfono, al no escribirle cartas. ¿Y por qué? ¿Porque me recordaba una vida anterior, oscura, de la que no quería acordarme? Ojalá. Había renunciado a él por pereza. Era tan triste como eso. Tan triste como pasar quince años separados porque un régimen político ha caído y otro ha surgido en su lugar. Porque no hay dinero en Bulgaria para una buena vida. Porque tu padre dice: *¡Tenemos que ir a Occidente!* Y te vas. Dinero y pereza. De todas las razones que hay en el mundo...

Y ahora estaba el dinero. Veinte mil dólares, sujetos con una goma roja. ¿No es por esto por lo que volviste? Para vender tu tierra y pagar tu PlayStation, tu Stratocaster y tu iBook? ¿O viniste por la aventura? Estás en la veintena, ¿no se supone que ésta es la época en la que puedes *encontrarte* a ti mismo? Sé sincero. Te pusiste celoso al enterarte de que tu compañero de primer año en la universidad daba clases de inglés en Tailandia. Tomando sopa de fideos, acostándose con mujeres hermosas y exóticas.

Así que te tomas la sopa hecha en una vasija de barro, con una cuchara de madera. Bebes agua del pozo en una jarra y, seamos claros, te acuestas con una chica que es hermosa y exótica. Susurras tus problemas a un cráneo humano y a tus pies hay huesos, los huesos de tracios, griegos y romanos, eslavos, búlgaros y turcos, como piedras que saltan hasta llegar a ti. O al menos eso es en lo que has intentado convertirlos. Sobre sus huesos, tú mides mil metros de alto. Pero ¿sobre los tuyos? Sé sincero. Ningún cielo se apoya en tu corona. No sostienes vientos, nubes o soles. Agáchate todo lo que quieras; aprieta los puños y haz pucheros. No pasará nada. Salvo que, en sesenta años, como mucho, dejarás una calavera como todos los demás.

Da igual que la calavera que tienes en la mano fuera una vez la de un hombre o la de una mujer. Da igual que sus ojos fueran azules u oscuros, que su nariz fuese aguileña o chata. Para ti todas las calaveras son una calavera y sólo los rostros cambian como máscaras. Admítelo, incluso ahora te sientes orgulloso de esta revelación.

Y hambriento. Dios, ¿qué darías ahora mismo por un trozo de pan y queso blanco, por un buen tomate con aceite de girasol y un poco de albahaca? ¿Por una jarra de esa fresca agua del pozo? Pero eso es la vida para ti, ¿no es así, *amerikanche*? El hambre de pan y queso pone todo lo demás a dormir: la vergüenza, la dignidad, el remordimiento, todo desaparece cuando tienes hambre. Y así continúas viviendo tu vida.

—Te lo juro, americano. Eres raro de cojones.

Me llevó un tiempo saber dónde estaba. Darme cuenta de que Elif estaba

junto al nido, a menos de un codo de distancia.

—Llevas cinco minutos hablando solo —comentó—. ¿Dónde tienes la cabeza?

A mil metros. Y en ella el cielo. En vez de eso, le dije que me dejase en paz.

—Ni de coña —replicó—. Tienes mi alijo.

—Te lo pagaré.

—Ya lo has hecho.

—Elif.

Quería decirle que lo sentía. Quería decirle otras cien cosas que parecían importantes. Pero ¿me entendería?

—¿Por qué estás aquí? —pregunté.

—¿No es obvio? He venido a robarte.

Diez

Y lo hizo. En casa devoré pan, queso y tomates, más dulces de lo que había imaginado, y luego, sin decirles una palabra a Elif o a mi abuelo, me retiré a mi cuarto y dormí como los muertos.

Me desperté con una sed terrible. Los gallos empezaron a cantar en la aldea musulmana, el cielo adoptó una oscuridad más leve y sólo entonces me di cuenta de que Elif estaba en la cama junto a mí, mirando la pared, tan lejos como podía hacerlo estando tendida.

Junto al pozo, bebí directamente del cubo. Se me heló la garganta. Se me hinchó terriblemente el estómago. La cadena golpeó contra la pared del pozo, con un chapoteo, cayó el cubo, y un par de alas se movieron en el amanecer azul. Más allá de las hileras de tomates *San Kosta* dio uno o dos rápidos pasos y, batiendo las alas, se levantó un metro o dos en el aire. Luego estaba otra vez en el suelo, con el ala izquierda temblando, incapaz de extenderla como la otra.

—Se le ha curado mal —dijo mi abuelo con una voz áspera detrás de mí. No lo había visto hasta entonces: en el banco, fumando. Lo más probable era que hubiera pasado la noche ahí—. Eso también es culpa mía —añadió, y cuando se levantó, la ceniza del cigarrillo cayó en su regazo como una lluvia gris.

No hablé con él durante tres días, ni cambié más que unas palabras con Elif. Las cosas iban mal entre nosotros. Íbamos en una dirección peligrosa y ambos lo sabíamos. Cada mañana me sentía peor. Me dolían la cabeza y los músculos. El cuarto día me ardía la frente. Y ese fuego, extrañamente, era lo que nos traería la salvación.

—¿Esto es un lunar? —le pregunté a Elif el tercer día. El calor de su aliento me acarició la espalda como agujas mientras lo observaba.

—¿Un lunar? —repitió ella—. No creo.

—Camarada maestro —le dijo el médico de la ciudad a mi abuelo—, podríamos jugar a los dardos en su espalda, así de claro. —Luego llamó a la enfermera a su consulta para que ella también pudiera verlo.

—De libro —afirmó ella, y el médico me preguntó si le dejaría hacer una foto.

Su sobrino le había traído una Polaroid desde Alemania y él estaba armando un álbum de casos significativos. Agitó la fotografía unas pocas veces y en ella mi espalda y el sarpullido rojo se hicieron evidentes. Un centro escarlata del tamaño de un puño, un círculo de piel clara a su alrededor y luego otro, un círculo escarlata más grande. Una presentación clásica. No tenía sentido malgastar dinero en análisis de sangre.

—¿Y la garrapata? —preguntó.

—La quemé —respondió Elif desde la esquina.

—Me habría gustado hacerle una foto —dijo el médico, y me puso un termómetro en el sobaco—. ¿Por qué habéis esperado una semana entera después de encontrarla? Deberíais haber venido antes.

—Pensábamos que estaba fingiendo —dijo mi abuelo.

El médico sacó el termómetro y lo leyó.

—Treinta y ocho con ocho. Es un actor muy bueno.

—Y me duelen los músculos —me encargué de decir—. Y me duele muchísimo la cabeza.

—Es de libro —volvió a decir el médico, y me extendió una receta.

Tres días de doxiciclina y estaría perfecto.

—Curiosa suerte, camarada maestro —le dijo a mi abuelo en la puerta—. Venir desde América y que le toque.

Pero así era la garrapata. Una criatura que no discriminaba. Americano,

búlgaro, turco o gitano. A la garrapata no le importaba lo que fueras, en realidad. Te picaba de todas formas.

—Todos deberíamos aprender de la garrapata —nos dijo el médico al irse. Y lamentó, una vez más, no haberle hecho una fotografía.

Volvimos a Klisura cuando el sol caía sobre las montañas oscuras. El polvo del solar en construcción bajaba por la carretera en nubes de plata. Cada vez que soplaba el viento, la forma de las nubes cambiaba. Como espíritus traviesos, giraban a nuestro alrededor en busca de atención, nos golpeaban en las mejillas, nos tiraban del pelo y las orejas, robaban las palabras de nuestros labios y dejaban que el aire se las llevase.

Una de esas nubes giró como un embudo ante las puertas del edificio municipal. Con dos metros de alto y ciento cincuenta kilos de peso, su ventosa piel estaba recorrida de cicatrices profundas. No habló conmigo, mugió. Lo que dijo no pude descifrarlo. Cuando pasamos ante la vieja iglesia, las campanas empezaron a sonar. Las habían llevado hacía mucho a la ciudad, pero aun así las oía. Probé su cobre amargo. Nos miraban desde cada tejado y desde cada techo. Sus picos sonaban como metal que chocara contra metal y cuando levanté la vista no vi cigüeñas sino hombres y mujeres metidos en los nidos, afilando largas navajas, los hombres contra sus cintos, las mujeres contra sus pañuelos. Rojos destellos se derramaban en todas direcciones y en cualquier momento el pueblo ardería. En nuestra casa, las nubes de plata cambiaban de forma hasta que una chica se alzó en el patio. Delgada como un mimbre negro, movió las alas, intentó alejarse volando pero no pudo.

—Tenemos que arreglarle el ala —creo que le dije a mi abuelo cuando me metieron en la cama—. Tenemos que dejar que se vaya.

Él me metió un termómetro bajo el sobaco y Elif me puso un apestoso pañuelo sobre la cabeza. El vinagre bajaba por mis sienes, frío como los dedos de los muertos.

—Cuarenta y uno con seis —oí que decía mi abuelo. Y cuando me preguntaron qué tal estaba, les dije que genial, encantado. Mi enfermedad nos arreglaría a todos.

—¿Dónde está la garrapata? —pedí—. Quiero darle las gracias.
O quizá nadie me preguntó. Quizá no dije nada de eso.

Once

El rumor viajó por Klisura como el viento de Turquía: alto, inflexible. El nieto del maestro ardía con la fiebre de san Kosta. Antes de que pasara mucho tiempo las puertas estaban llenas de mujeres. Habían venido de la aldea musulmana para ver... ¿qué, exactamente? ¿Al americano retorciéndose en un colchón empapado de sudor, con labios que derramaban fuego, pies que daban pasos frenéticos en el aire? Y el ruido de sus dientes como los picos de dos cigüeñas peleando. ¿O quizá habían ido para ver al hombre por el que Elif se había enfrentado a su padre?

Guapo es, susurraban. Y rico. La sacaría de la montaña. Al otro lado del mar, a un mundo nuevo. Cómo me odiaban y amaban a partes iguales. Cómo envidiaban a Elif, que escurría un pañuelo mojado en vinagre y lo extendía con delicadeza por mi frente. Cómo deseaban que fuesen sus dedos los que acariciaran mis sienes, sus viejos cuerpos los que se acurrucaran, como serpientes, junto a mí.

No, no eran mujeres jóvenes. Habían vivido sesenta, setenta años. Habían tenido hijos que a su vez habían tenido hijos. Ni una vez habían plantado cara a sus maridos; ni una vez habían hecho lo que deseaban hacer. Ahí había una chica que hacía lo que quería. ¿Cómo se atrevía a esperar felicidad y libertad mientras una fila infinita de mujeres antes que ella sólo habían recibido dolor y dificultades? Ellas también se levantaban, esas mujeres muertas desde hacía tiempo, envidiosas, ultrajadas e indignadas. En nuestras puertas se unían con sus hijas vivas. *Los maldecimos*, decían de mí y de Elif. Y donde habían yacido la tierra se abría, hueca. Sus maridos tanteaban el vacío y mugían: *¿Dónde han ido nuestras mujeres?* En poco tiempo ellos estaban también

cavando; ellos también brotaban como rododendros. Una multitud de hombres muertos hacía mucho se había sumado a sus mujeres muertas desde mucho atrás.

Las vi donde estaban, en el jardín, en la ventana. Las oí llorar. No pedían nada injusto. Sólo que Elif y yo siguiéramos el orden primordial del sufrimiento humano, como ellas habían tenido que hacer.

Baja las cortinas, le rogué a Elif. Échalas, supliqué a mi abuelo.

Sólo es Baba Mina, me dijeron. Te trae infusión de tomillo. Son sólo pastillas, no huesos secos. Aerogeneradores, no un ejército de esqueletos. Pero en ese momento esos asuntos corpóreos se me escapaban.

Como la febril construcción de aerogeneradores en marcha, para la que había firmado mis permisos. O como Elif, que se marchaba a hurtadillas para ver a Aysha. El padre en la mezquita y su madre haciéndola pasar rápidamente, esperando que la bruja de enfrente no las viera. Rompiendo una chocolatina en pequeñas porciones, haciendo té, y las tres charlando, en el suelo, olvidando sus problemas, con la mano en los labios, riendo. Luego el imán irrumpiendo, porque la bruja se había dado cuenta. Su bota golpeando las tazas de té, astillando los cuencos, té caliente sobre la alfombra persa. Aysha llorando, pero Elif y su madre no. Porque para hombres como el imán las lágrimas de una mujer eran miel de acacia. O eso le había dicho a Elif su abuela en una ocasión. *No, cariño, kazam, y el zángano se vuelve hambriento. No les des de comer, querida, aprende a hacerles pasar hambre.*

Doce

Julio se deslizaba hacia agosto. Por las pendientes de Strandja la hierba se volvía amarilla, las hojas de los robles tenían un color verde menos intenso. Vientos secos soplaban por las calles, perseguían cortinas de polvo, nos cortaban los labios. Cigüeñas huérfanas daban largas y cansadas vueltas por encima, inquietas, parecía, por viajar hacia el sur. No había llovido en semanas y un día, a lo lejos, entre las colinas, reconocimos las negras serpientes de humo que se retorcían en el cielo sin nubes: el bosque se había incendiado.

Mi fiebre había durado una semana. Pasaron unos días de debilidad y me curé. Más fuerte que un toro, más listo que un zorro. Las infusiones de tomillo y las nueces me ayudaron. Y los antibióticos.

Mi abuelo y yo nos llevábamos bien. Parecía que me había perdonado que hubiera firmado los papeles, y yo por mi parte le había perdonado que hubiera vendido mis tierras y no hubiese hecho otra cosa que mentirme. Todavía había cosas que aclarar, pero no me apetecía sacarlas en ese momento. Como antes, él pasaba el día en la terraza, fumando, aunque ahora jugaba a las tablas reales con Elif. Nunca iba al solar y pocas veces miraba el cielo. Estaba avergonzado, eso lo sabía.

Elif y yo también nos llevábamos bien. Me había perdonado que le hubiese tirado el dinero de esa forma tan mezquina y yo le había perdonado que... Dios mío. ¿De qué servía seguir haciendo listas, seguir señalando nuestras transgresiones y tachándolas una a una? Habíamos cometido errores y después se nos habían perdonado. Nosotros mismos habíamos perdonado.

En mi delirio había desarrollado un plan, que incluso después de mejorar

parecía persuasivo. Quería casarme con Elif oficialmente en agosto. Luego la llevaría a Estados Unidos. Una cultura distinta, un nuevo idioma; no sería fácil. Pero yo pagaría mis préstamos estudiantiles, encontraría un trabajo sencillo, enseñaría inglés a Elif. Y cuando hubiéramos ahorrado suficiente dinero, marcharíamos en pos de un nuevo futuro.

Cada vez que estábamos solos, intentaba hablarle de mi plan. Y cada vez me tragaba la lengua, aterrado. ¿Tenía miedo de que ella dijera que no, o el plan me parecía una tontería? Hasta eso era algo que temía considerar.

Era el 28 de julio, y no lo olvidaré. Cogimos el autobús hacia Burgas y fuimos directamente al tribunal. Esperamos en fila, llegamos hasta la funcionaria, vimos cómo el cristal se deslizaba ante nuestras caras, el cartel de «Pausa para el almuerzo» vuelto hacia fuera. Esperamos otra hora para que nos informasen de que la petición de cambiar el nombre de Elif todavía no había sido evaluada.

No era, nos dijo la funcionaria, ninguna broma. Llevaba tiempo que el tribunal viera todos los casos.

—Tened paciencia, niños —añadió—. Es una virtud celestial.

Sabía que Elif quería cambiar de nombre oficialmente antes de que nos casáramos. Pero yo no podía esperar tanto tiempo. Así que, cuando de camino a la estación ella entró en una tienda, esperé junto a la puerta e intenté reunir un poco de coraje.

Un mundo nuevo. Libertad. Posibilidad. América.

—No les quedaban —ladró Elif, saliendo rápidamente de la tienda, y tuve que seguirla por la calle hacia otra.

Le pregunté qué buscaba.

—Maldita sea, americano —dijo sin darse la vuelta—. ¿No puedes dejarme en paz ni un segundo?

Yo sabía que la demora del tribunal la había perturbado. Pero ¿de verdad la había molestado yo tanto? Miramos en otras tres tiendas antes de que

finalmente saliera de la cuarta con una bolsa de papel.

Le pregunté si tenía hambre.

—¿Una Big Mac y patatas fritas? ¿Un batido grande?

—¡Para, por favor! —pidió ella—. Por favor, por favor. Para.

En un momento su rostro había perdido todo el color. Sus ojos se metieron más profundamente en las cuencas, como animales asustados que retrocedieran a su madriguera. Hasta el olor que desprendía su cuerpo se volvió instantáneamente acre. Estaba muy cerca de ella y pude notarlo. Una oleada de gente pasaba a nuestro lado en la acera. Algunos miraban, pero no me importaba.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Le cogí la mano, con miedo a que se fuera corriendo y feliz de que no lo hiciese. Durante mucho tiempo, mantuvo la vista en la acera. Unos adoquines bajo nuestros pies estaban sueltos y vibraron. Alguien chocó conmigo, con ella, la multitud nos movía como si fuera un río.

—Tengo un retraso —comentó.

Al principio pensé que había oído mal. Le pedí que repitiera, y repitió.

¿Cuánto?, pregunté. Dos semanas. No. Un poco más. Pero ya le había ocurrido antes: unos años atrás, cuando, para castigar a su padre, se había negado a comer. Había tenido un retraso entonces, se había saltado dos ciclos enteros.

Doblamos una esquina donde la acera estaba extrañamente vacía. Para entonces el sol caía sobre nosotros, se me clavaba en los ojos, hacía que me resultara muy difícil concentrarme.

¿Podía ser el estrés?, quería preguntar. ¿Que la echaran de casa, no ver a Aysha? ¿Podía ser por mi enfermedad?

¿Y cómo? ¡Habíamos tomado precauciones!

En vez de eso, me debí de quedar callado.

—Di algo —me suplicó, ya no sonaba enfadada.

El sol cegaba, se clavaba, irritaba. La aparté de su alcance, bajo la sombra

de un tilo. Cogí su mano en la mía y besé la punta de sus dedos.

En la tienda, Elif había comprado un test de embarazo. Había planeado utilizarlo en la estación, en secreto.

—Haremos la prueba —dije, y cogí la pequeña bolsa—. Pero en casa, en Klisura.

Y eso, por la forma en que buscó mi abrazo, pareció complacerla.

Estuvimos muy callados en el viaje hacia el pueblo. El conductor intentó darnos conversación, pero de inmediato Elif se movió hacia la parte trasera del autobús y yo la seguí. Nos sentamos rígidos, sin tocarnos, sus ojos mirando por la ventanilla, los míos directamente al frente, fijos en los dados de plástico que se mecía en el espejo retrovisor, en el póster de Hristo Stoichkov, en la fotografía de Samantha Fox desnuda. Aunque no las veía. Mi cabeza estaba en cien sitios al mismo tiempo.

Tuve que decirme a mí mismo que no debía agarrar tan fuerte la bolsa. Que aflojara un poco. ¿Qué significaría que la prueba saliera de un modo u otro? Intenté considerar los resultados. Sentir hacia dónde me inclinaba. Pero había demasiadas interferencias, mi cabeza estaba demasiado aturdida, me zumbaba. No sabía qué temía. Sólo que temía, y mucho.

Di algo, pensé. Elif te necesita. Dale la mano otra vez y bésala. Pero cuando intenté hacerlo, mis músculos se habían vuelto líquidos. Estaba paralizado y ni siquiera podía pestañear.

—Míralos —dije, fuera de mí, sobre los magníficos pechos de Samantha Fox—. Son enormes.

—Prefiero mirarte a ti —repuso Elif—. Es más divertido.

—Lo digo en serio. Pobre mujer. Piensa en el dolor de espalda.

—Ahí clavada, desnuda y fría, sin nadie que pueda salvarla.

—Una mártir.

—Una santa, incluso.

Nos echamos a reír. Gruñimos, nos ahogamos, tosimos, seguimos riendo

con ansia.

—¿Qué vamos a hacer, *amerikanche*? —dijo Elif, y se secó las lágrimas.

—La llamaremos Samantha. Eso es todo.

Esto también sonó terriblemente divertido. Y sencillamente no podía creerlo. Un minuto antes estaba tan asustado, tan inseguro... ¿Por qué camino deseaba que nos llevara el test?

Era imposible imaginar una pregunta más absurda.

Sexta parte

Uno

Me desperté convencido de que los molinos habían empezado a girar, así de ruidoso era el zumbido que me había despertado. Era como si las ventanas se movieran. Las latas rodaban por el patio y un frasco estalló en pedazos. Luego oí llantos, locos y tristes. Y a mi abuelo llamando. No estoy seguro de lo que dijo, su voz era demasiado baja y tranquilizadora.

Elif ya estaba en la ventana.

—Tiene un ataque —comentó—. Pobre.

Y la verdad, en el patio, *San Kosta* estaba montando un alboroto. En un momento estaba sobre el banco; en el siguiente se había apartado, moviendo grotescamente las alas. Dos o tres metros y luego caía. Parecía un pez en la orilla, ahogándose. Con el pecho desnudo, como un gladiador tracio, mi abuelo intentó acercarse, la camisa en sus manos era como una red lastrada. Una vez lanzó la camisa, pero *San Kosta* la esquivó, aleteó, gritó y chocó contra la pared, donde se apostó, respirando profundamente. Mi abuelo lo observó, con las manos extendidas como alas, y la camisa que sostenía, brillante en el viento.

Fue entonces cuando vi la razón: gruesos círculos en el cielo, cientos de cigüeñas que volaban en círculos. Empezaban a reunirse. Pronto volarían hacia el sur.

Una vez más, mi abuelo tiró la camisa hacia *San Kosta*, y de nuevo falló. La cigüeña se asustó, perdió el equilibrio y se lanzó a la boca del pozo. Elif chilló, mi abuelo corrió hacia el pozo, maldiciendo. Tiró de la cuerda y el cubo, y pronto tenía a *San Kosta* en los brazos y acariciaba suavemente la base de su cuello.

—Oh, no —dijo Elif—. Aquí viene. Prepárate.

Ella quería el cubo. Yo corrí al pasillo y lo cogí. No era agradable, pero resultaba más rápido de ese modo. Cada mañana, sus mareos parecían peores. El día iba desvaneciéndose pero la náusea no. A las cinco de la tarde tenía náuseas.

—La niña —decía— es una rebelde como su madre.

Creíamos que íbamos a tener una niña.

—Es demasiado pronto para decirlo, *compadre*¹ —dijo el médico en el pueblo. Habíamos ido a verlo por la insistencia de mi abuelo.

Mi abuelo se había enterado sólo unos minutos después de la confirmación de la prueba. Elif y yo salimos hacia la terraza. Nos dábamos las manos sudorosas y estábamos bastante avergonzados. Pero por dentro estábamos a punto de reventar. Cuando nos vio, mi abuelo se puso en pie.

—Abuelo —dije, pero él me mandó callar con un gesto del cigarrillo.

—Déjate de tonterías —dijo—. ¿Es positivo o negativo? He visto la caja en el baño. ¿Positivo o negativo?

Saqué el test, para demostrarlo. De inmediato apagó el cigarrillo en el cenicero. Tiró la caja por la barandilla. Se limpió el polvo de las manos, cogió el test y lo examinó atentamente.

—Ven aquí —ordenó a Elif, que se había vuelto escarlata. La cogió de las mejillas y le plantó un beso en la frente. Su mano grande me golpeó en la nuca, juguetón—. Dios mío —dijo—, ahora soy inmortal. ¡Voy a ser bisabuelo!

Buscó la botella de raki, que en esos días siempre estaba en la mesa a su lado. Luego pareció reconsiderarlo.

—No podemos confiar en un trozo de plástico. Esto es una cosa seria.

Al día siguiente estábamos en la ciudad, en el médico, el mismo que me había salvado de la garrapata, el que había dado a mi abuelo los informes médicos falsos para aplazar el juicio.

—Camarada maestro, puedes confiar por completo en este trozo de

plástico. Pero te voy a dar algo mejor.

Una máquina de ultrasonidos, dijo; su sobrino la había comprado en Múnich. ¿Qué más daba que un matasanos lo hubiera usado allí? Dejó que Elif se tendiera en el sofá y el abuelo y yo nos retiramos, para que pudiera mostrar su vientre. El médico sacó gel de un tubo, lo extendió con el transductor. Elif se estremeció de frío.

—Encuétrame un médico americano —dijo el doctor— que pueda hacer esto mejor con lo que me han dado.

Nos llamó y miramos la pantalla gris. Algunas personas tienen dificultades para distinguir las cosas en una ecografía. Yo no soy de esas personas.

—¿Puedes verlo? —pregunté a Elif, y ella asintió, sólo un leve asentimiento.

—Dios —mugió mi abuelo—. Yo también puedo verlo.

Una cosa diminuta, tan pequeña que dirías que no es nada. Y en esa nada ya latía un corazón y el vacío asumía forma y carne, propósito y sentido.

Dos

El olor del queso blanco le daba náuseas, como el sabor del queso amarillo. La textura de los tomates maduros. La forma en que la corteza del pan se apretaba contra su paladar cuando masticaba. Pero no tenía problemas con el cuscús y eso era lo que comía, en el desayuno, el almuerzo y la cena. A veces lo mezclaba con yogur, a veces con mermelada de ciruelas negras. Lo cogía directamente del plato con los dedos.

—Toda mi vida —decía— he odiado el cuscús. Pero imagino que al bebé le gusta.

Hablábamos mucho del bebé. Sería la niña más guapa, la más sana, la más fuerte. Dormíamos mal, con las arcadas de Elif, y pasábamos la noche inventando cosas. Nos casaríamos justo después de que ella cambiase de nombre. Luego iríamos a Estados Unidos. Todos mis miedos se revelaron infundados. Compartí mi plan con Elif y ella sólo dijo: «Lo mejor es que empieces a enseñarme inglés».

Así que empecé. Llegamos a unas cuantas frases esenciales: *Tengo hambre. Tengo sed. ¿Cuánto vale un paquete de cuscús?* Luego empezamos a llamar al mundo que nos rodeaba: mesa, silla, cielo, montañas. Nos sentíamos como el hombre y la mujer originales, dando rostro a lo que carecía de él.

—¿Te das cuenta, *amerikanche* —dijo Elif una noche—, de cuánto poder tienes sobre mí?

Podía crear para ella un mundo nuevo. Un mundo en el que la mesa era la manzana, la manzana una ventana y ella no tendría manera de saberlo. Habría de creerme.

—Hazlo —dijo una noche—. Hazme un mundo nuevo. ¿Cómo llamas a esto? —preguntó, y pasó los dedos sobre la manta.

—Un océano —dije, la primera palabra que se me ocurrió.

Así que subió el océano hasta nuestras barbillas, con sus arenas y sus arrecifes, cuevas, barcos hundidos, tesoros, tiburones, ballenas, delfines y plancton.

—¿Y esto? —preguntó, y cogió un mechón de su pelo.

—Un río.

Llevé mis labios a sus aguas, frescas y arrulladoras. Qué fácil era cambiar el mundo. Lo único que hacía falta era cambiar tu manera de verlo.

El pelo de Elif había crecido y ahora le caía por debajo de los hombros. Hermosas y brillantes trenzas negras. Ya no tenía ningún deseo de dejárselo como un chico.

—Me siento femenina —dijo en una ocasión—. Por primera vez, una mujer.

Algunos días íbamos a ver los aerogeneradores. La construcción había terminado. Las máquinas habían desaparecido, no había ninguna señal de los trabajadores. Y los cinco aerogeneradores estaban muy limpios, el sol se ponía y sus cuerpos de metal recibían los últimos rayos. Las hélices estiradas como brazos, totalmente quietas, sin girar todavía. Cada aerogenerador era un gigante de muchos brazos. Grandes dioses de otra época, inmersos en profundas meditaciones y al mismo tiempo creadores de vida y destrucción.

—Ojalá que esperen a que se hayan ido las cigüeñas —dije— y que sólo entonces los enciendan.

Por encima de nosotros, las bandadas se habían hecho más densas. Más cigüeñas habían llegado cada día y finalmente, a últimos de agosto, partían en su viaje. Mi abuelo puso tres chupitos de raki: para mí, para él y para *San Kosta*. Los bebimos de un trago y la cigüeña mojó su pico en el cristal y le dio la vuelta.

—¿Viviré para verlas la primavera que viene? —preguntó mi abuelo, y le dije que por supuesto que sí, a lo que contestó—: Espero que no, hijo mío. No creo que pueda soportarlo.

Ese día mi abuelo se quedó en la terraza mucho más tarde tras la puesta de sol. No probó la cena, ni bebió nada de raki. *San Kosta* se había apostado en un rincón y ambos me parecían apagados y derrotados.

—En mi cabeza las imagino volando —me dijo mi abuelo cuando me senté junto a él—. Imagino sus viajes. Dónde están en este preciso instante. Cómo se siente el aire ahí arriba.

Cuando se volvió hacia mí, sus ojos estaban fijos, claros.

—Llévame con vosotros, hijos, ¿de acuerdo? Quiero ir en avión. Quiero ver el Nuevo Mundo.

No estoy seguro de si lo decía en serio o si hablaba por hablar. Pero ¿por qué no? Había visto a hombres mayores cruzar el océano para ver a sus hijos.

¡Claro que sí!, quería decir, pero no dije nada. Sabía que no era lo mejor y cuando mi abuelo sonrió, asintió, supe que él también lo sabía.

Por encima de nosotros volaban las bandadas, sólo que no podíamos verlas. Oíamos el ruido que hacían, como el murmullo de un río celestial que ningún ojo humano debía ensuciar. Fue al filo de la medianoche cuando mi abuelo soltó un silbido. Una canción alta y clara que atravesaba Strandja. *Cuídalos bien*, decía, aunque esta vez nadie respondió.

Tres

Nos llegó la decisión del tribunal el último día de agosto. Un cartero entregó la carta certificada en nuestra puerta, para que Elif pudiera firmar que la había recibido. Yo ni siquiera sabía que el correo regular llegaba a Klisura. Qué tonto me sentí, todo ese tiempo pagando al conductor del autobús.

Elif abrió el sobre en el patio y sus ojos se movieron por toda la página. Su cara era una máscara de piezas oscuras y brillantes, mientras el sol se colaba por un emparrado.

—No lo puedo creer —dijo. Se tiró sobre el banco y releyó la carta—. Me han denegado el cambio de nombre.

El tribunal había considerado las razones insustanciales.

—Me cambian el nombre de cría cuando no quiero. Ahora quiero cambiarlo y no me dejan.

—¿Podemos apelar? —pregunté.

—No lo sé. ¿Podemos?

—Claro. Quizá. Escucha —dije—. Conserva tu nombre. ¿Qué más da?

Las palabras no me habían salido de la boca y ya me arrepentía de ellas. Si su mirada pudiera producir daños físicos, habría resultado gravemente herido.

—No lo entiendes, ¿verdad? —dijo, luego tiró la carta al suelo y fue hacia la casa.

La puerta de nuestra habitación se cerró tres veces, cada vez de forma más ofendida. Mi abuelo me miraba desde la terraza. Se puso una copa de raki.

—¿Tienes idea de lo que ha pasado? —pregunté.

—Parece que tú tampoco.

Tenía razón. No veía la importancia. O, más bien, la veía. Sabía que Elif

quería empezar de cero, ser una persona nueva, pero no lo sentía. ¿Cómo podía el mero cambio de un nombre conseguir exactamente todo eso? Cambiar el nombre era algo artificial. El cambio tenía que llegar del interior, y eso fue lo que le dije.

—Abre la puerta —le rogué desde el pasillo.

Me senté en el suelo y hablé. Intenté explicarle mi punto de vista. Hablé con prudencia y me pareció ser muy convincente. Al final, la silla que había utilizado para bloquear la puerta se movió al otro lado y su mano asomó por el hueco.

Alargué la mano para cogerla, pero ella la alejó con un golpe.

—No, idiota —dijo—. Necesito el cubo.

Cuatro

La noche posterior a que rechazaran su petición de cambio del nombre, Elif tuvo la primera de una serie de pesadillas. Yo estaba despierto, escuchando la oscuridad y la montaña, cuando ella empezó a sollozar. Lloraba en sueños, lo que según una antigua superstición era algo bueno. Pero no era algo bueno. No podía serlo. Siguió llorando después de abrir los ojos. Se negó a decirme qué había soñado, pero la noche siguiente volvió el sueño y ella cedió. Se había visto en el nido, en el árbol de la cigüeña, y a su alrededor había cigüeñas negras. La observaron con ojos grises, humanos. Entonces, de inmediato, las aves empezaron a batir las alas y se levantaron juntas, una masa negra, terrible, horrorosa, hacia arriba, hacia arriba, lejos del viejo árbol. Y ella no podía detenerlo. Quería hacerlo. Tenía que hacerlo. Pero no podía.

—Se lo han llevado —dijo, y las lágrimas corrían por sus mejillas—. No he podido pararlas.

A la mañana siguiente me dijo:

—Es mi padre. Me ha echado una maldición. Es el imán. Me ha maldecido.

—Tonterías —dije. Pero la creía.

Cuando *San Kosta* vino hacia nosotros en el patio, los dos nos asustamos.

—Abuelo —gritó Elif—. ¡Mantenlo a distancia, abuelo!

Una noche mi abuelo nos dijo:

—No soporto veros así.

Todos nos habíamos reunido en la terraza para cenar cuscús. En los últimos días, las náuseas de Elif habían desaparecido por completo, pero

todavía conservaba su vieja palidez.

—No puedo evitarlo —contestó Elif, y se echó a llorar.

Esta vez ni siquiera me acerqué para darle la mano. Me sentía totalmente impotente. No sabía de nada que pudiera hacer para que se sintiera mejor.

Noche tras noche tenía pesadillas y me despertaba cada mañana más fatigado y ansioso. Vientos secos y frescos soplaban por las calles del pueblo. Sus gemidos me oprimían y me vi echando de menos el ruido de las cigüeñas, que tanto me había molestado antes. Observar los aerogeneradores me llenaba de ira. ¿Por qué no giraban las hélices? Toda esa prisa, peleando por construirlos y ahora estaban inmóviles en el viento. ¿Qué esperaba exactamente esa gente? Que lo pusieran todo en marcha de una vez. Generar. Dar energía. Emplear. El poder de lo que siempre sopla. De los espíritus abundantes e invisibles.

San Kosta me incordiaba, como un perro que busca atención, siempre metiéndose por medio, sin duda sólo para molestarme. La forma en que mi abuelo apretaba los labios cuando tomaba raki me ponía de los nervios. La forma en que se rascaba el cuello.

Nuestro tiempo se terminaba, eso lo sabía. Teníamos que hacer algo y hacerlo deprisa. Huir de Klisura, de todo lo que poseía a Elif, lejos de nosotros mismos. Convertirnos en gente nueva y seguir juntos. O seguir siendo la misma gente y alejarnos de nuevo, cada uno en su propia órbita.

—Por favor, no llores tanto —le decía suavemente a Elif—. No es bueno para el bebé.

—Ya sé que no es bueno —decía ella—. Por eso lloro.

Esa noche tuvo otra pesadilla. Las cigüeñas negras volaban. Estaba convencida de que *San Kosta* acechaba en el exterior para llevarse al bebé. Estaba convencida de que su padre lo había enviado. Noté el calor de su cabeza al besarla.

—Está ardiendo —le dije a mi abuelo, y le tomamos la temperatura.

—Dios todopoderoso, chico —dijo mi abuelo en la cocina. Metió un

pañuelo en vinagre—. Dios todopoderoso.

Durante toda la noche Elif se movió y dio vueltas. Yo, por otro lado, estaba helado. No podía pegar ojo, no podía moverme, no podía ni respirar. Una parálisis total del cuerpo. Un cierre completo de la mente. Debí de quedarme dormido por fin, mientras el cielo se volvía más ligero.

Estaba en Estados Unidos, de vuelta en mi apartamento, en mi cama. El árbol que se veía desde mi ventana estaba cargado de cigüeñas negras. Las cigüeñas me observaban.

—No dejes que nos lo quiten, *amerikanche* —dijo Elif en inglés a mi lado—. No las dejes que se vayan.

Luego las cigüeñas empezaron a batir las alas y el mundo a nuestro alrededor comenzó a moverse. Se levantaban, un velo negro. Nada que yo pudiera hacer las detendría.

—Lo siento —me excusé con Elif.

Su rostro estaba caliente como el fuego. Lo apoyó en mi pecho y yacimos así en mi sueño juntos y vimos volar a las cigüeñas negras.

Cinco

El ultrasonido soltó un zumbido bajo. La pantalla gris, un silbido constante, que no se podía obviar. Plano y agudo, podía atravesar montañas, mares, mundos enteros.

—Lo siento mucho —nos dijo la médica.

Era la mejor en la ciudad, una especialista. El antiguo alumno de mi abuelo nos había enviado a ella en una ocasión anterior y teníamos que hacernos una prueba pronto. Pero ahí estábamos, con urgencia. Una gran cola serpenteaba en el exterior de su oficina, pero ella nos hizo pasar.

—Esto es el saco —dijo la médica, y nos lo enseñó—. Esto es el feto. ¿Podéis verlo?

Podíamos verlo. No había latido. Y la doctora dijo que el feto tenía un tamaño de ocho o nueve semanas, que no se había desarrollado más allá de eso. Pero al cuerpo de Elif le había costado reaccionar, en etapas. Primero habían desaparecido las náuseas. Ahora todo esto.

—¿Cuándo empezaste a manchar? —preguntó la médica y Elif se lo dijo.

A mí no me lo había dicho. Lo había mantenido en secreto dos días enteros. Había esperado que desapareciera, encontrarse mejor. Luego nos despertamos y vimos sangre roja sobre la sábana blanca.

Me entró el pánico. Grité:

—¡Tenemos que ir al médico!

Elif parecía más calmada.

—Me quedaré quieta —decía—. Me pondré mejor.

Pero quedarse quieta estaba fuera de discusión. Le dolía la espalda y la hemorragia no paraba. Sabía que no querría que lo hablara con mi abuelo,

pero lo hice.

—No hay autobús hasta mañana. ¿Podemos esperar tanto?

Tiró el cigarrillo.

—No podemos esperar.

Luego salió por la puerta, hacia la carretera. Oí a Elif llamar. *San Kosta* se había metido dentro, se había subido a la silla como si la estuviera observando.

—Sácalo —gritó, y lo hice.

Se resistió. Batió las alas; sus patas rasparon el suelo de madera. Cuando había conseguido que saliera al patio, el jeep militar estaba aparcando. Conducía el imán.

Temía que Elif se enfadase al ver a su padre, pero no dijo nada. Extendimos una manta en el asiento trasero y la tendimos en ella. Yo puse su cabeza en mi regazo, acaricié sus mejillas y su frente. Sequé el sudor con un pañuelo. Notaba que ella sentía dolor, por los ojos, por lo fuerte que apretaba los dientes, pero no hizo ningún sonido. Mi abuelo y el imán también estaban callados. Sólo hablaron al llegar a la ciudad: mi abuelo daba indicaciones para ir a la consulta de la doctora.

Estábamos dentro de la consulta, fresca, oscura, como la mezquita. Un aparato de aire acondicionado soplaba por encima y las cortinas echadas zumbaban cuando el aire las golpeaba. El ultrasonido zumbaba. La pantalla silbaba.

La médica hablaba:

—Les pasa a muchas mujeres. Sufrirás, luego te sentirás mejor. Y tu cuerpo... no ha sufrido ningún daño. Eres joven. Estás sana. Volverás a estar embarazada antes de que te des cuenta.

Luego nos ofreció dos opciones. Podía extraer el feto. O podía esperar hasta que Elif lo expulsara. Yo pensaba que era mejor que lo extrajera. Pero Elif negó levemente con la cabeza. Su cara brillaba bajo la luz de la pantalla: plateada, totalmente en calma, tierna. No soportaba verla. Me levanté. La

médica hablaba. Cuando volviéramos a casa habría más sangre. Dolor de espalda. Contracciones. Luego Elif empezaría a expulsar coágulos de sangre, trozos de placenta. Al final expulsaría el feto. Podría ser mañana o en unos días. Podría ser la semana siguiente. En total, podría llevar hasta seis semanas.

Seis semanas, pensé. Llevar al bebé así seis semanas.

Seis

Hubo más sangre aquella noche. Hubo dolor de espalda. Elif estaba en la cama, bajo una manta de lana, y le castañeteaban los dientes. Estaba helada. Mi abuelo le llevó té, pero ella no quería levantar la cabeza. Mantenía la vista fija en las manos y las manos rígidas sobre el vientre. De tanto en tanto, cuando el dolor se hacía más agudo, sus manos se volvían puños y sus nudillos se transformaban en copos de nieve. De tanto en tanto yo dejaba mi silla y abría la ventana para que la brisa refrescara el aire. Toda la montaña se había hundido en el silencio. Nunca había oído una noche tan callada. Sin viento, sin movimiento. Una ausencia completa.

Debí de quedarme dormido en la silla, hasta que los sollozos de Elif me despertaron. Puse la mano sobre su vientre, pero ella me apartó.

Su voz era áspera, distante:

—Me siento tan vacía. Sin rencor. Sin veneno. Sin odio.

Empezó a sollozar de nuevo y sólo entonces permitió que me sentara en el borde de la cama y le besara la frente.

—Estoy tan limpia —dijo—. Tan nueva.

—Entonces, ¿por qué estás llorando?

Me cogió de las manos y apretó su mejilla contra ellas.

—¿No lo entiendes? Todo está vacío. No queda nada. Nada.

—Pero yo te sigo queriendo —dije.

Apoyó la cara en mi pecho y la abracé.

Siete

No podíamos permitir que la tierra se lo tragara, esas mandíbulas negras. No podíamos dejar que lo hiciera el fuego. Así que subimos al árbol de las cigüeñas. Sacamos la tela negra del nido y lo desenvolvimos.

—Mi *kazam* —dijo Elif—. Cariño.

Apartó el cráneo y dejó a nuestro bebé sobre la toalla. Era una cosa diminuta, pero ya tenía brazos, unas protuberancias por brazos y piernas, y donde estaría el cerebro, una mancha oscura.

Elif lo había expulsado aquella mañana, tras una serie de dolorosas contracciones. Cuatro días después de que hubiéramos visto a la médica.

—¿Y el cráneo? —dije.

—¿Qué?

Dejamos el cráneo tal como estaba, en el cesto, y bajamos.

—No mires atrás —me dijo Elif.

Ocho

Fue en algún momento de octubre cuando Elif mencionó que se iba. Estábamos en la cama, pero lejos el uno del otro. Ahora casi nunca nos tocábamos, y si lo hacíamos, siempre por accidente, saltábamos, asustados, como si nos hubiéramos rozado con un horno.

Los vientos se habían vuelto más fríos. Los días, más breves. Y las lluvias habían vuelto a Strandja. Llovía mansamente, y por la ventana el cielo parecía un mar enorme. Las nubes eran sus olas, y se alejaban enloquecidas de nosotros, lejos de Klisura, hacia el borde del mundo. Ahí se vaciaba el mar. No tenía orillas. La nada lo contenía.

—Tengo que marcharme, *amerikanche* —dijo Elif—. No puedo quedarme aquí.

Mi corazón lo entendía. Pero si intentaba explicármelo a mí fracasaba miserablemente. ¿Por qué no podíamos superar todo lo que había pasado y salir más fuertes juntos? ¿Por qué no podíamos ir a América, empezar una nueva vida?

¿Y qué pasa con Aysha?, quería preguntarle. ¿Qué hará ella sin ti? La respuesta ya la conocía de antemano. Elif no permitiría que su hermana recorriera el mismo camino que había recorrido ella. No respondería a las extorsiones de la niña. Cada noche durante muchos años Elif había suplicado a Alá que cortara la cuerda que la unía a Aysha. Pero Alá no cortaba esa cuerda por ella, y tampoco lo haría por nadie. Durante todo ese tiempo, Elif entendía ahora, había tenido una daga pero había temido usarla. Ahora, al fin, estaba lista. Aysha estaría mejor sin ella.

—¿Dónde irás? —murmuré.

Lo pensó durante un tiempo, aunque no creo que estuviera tomando la decisión. Tenía miedo de decírmelo.

—A Turquía —respondió—. ¿Dónde si no? —Se volvió hacia mí—. Americano, dame un poco de ese dinero. Dos o tres mil.

Le di el fajo del cajón en el que lo guardábamos.

—Cógelo todo —insistí.

—No puedo hacer eso.

—Claro que sí. Me sentiré mucho mejor.

—*Amerikanche* —dijo.

Me sequé las mejillas e intenté reír, como si todo hubiera sido una gran broma. Luego algo se dio la vuelta en mi interior. Casi grité. Espera. Oye. ¡Escucha!

Siempre hay sufrimiento en la vida. Los que vivieron antes que nosotros sufrieron y nosotros también debemos sufrir. Pero también hay felicidad, alegría, satisfacción. Estar vivo es sentir dolor y reír, no sólo una cosa o la otra. Reírte después de estar herido, mientras sientes dolor; eso es algo estupendo. Quédate conmigo, quería decirle. Aprendamos a aceptar el mundo juntos.

Lo único que conseguí fue murmurar que la amaba. Para entonces ella también estaba llorando.

—¿Qué voy a hacer sin ti? —le pregunté, y ella no respondió.

Esa noche me pidió que cortara su largo cabello.

—No puedo ser Lada —explicó—. No te puedo llevar en el pelo.

Extendí periódicos viejos en el suelo de nuestra habitación y, cuando terminamos, envolví los mechones en el papel.

—Quémalos —dijo, y prometí que lo haría. Ella sabía que estaba mintiendo.

De nuevo era como la había visto por primera vez: con un aire de chico, con los pómulos más marcados por el pelo corto. Pero ahora no era la misma,

en absoluto. Llevaba en la cara una gran ligereza.

Pasamos la noche en los brazos del otro, llorando de tanto en tanto, pero sin decir nada. Al alba me besó. Me aparté y, cuando me desperté, ya había pasado el mediodía. La lluvia caía con fuerza en las ventanas. El fajo de dinero yacía intacto donde lo había dejado.

Oí el sonido de los dados en la terraza. Una boba esperanza se apoderó de mí. Salté de la cama, corrí. Mi abuelo estaba jugando solo, fumando. *San Kosta* estaba en su rincón.

—Hijo mío —dijo mi abuelo cuando me vio.

Saqué una silla, me senté en silencio. Pero en mi cabeza ya estaba corriendo. A través del campo, hacia las ruinas, lejos de Klisura. En mi mente cruzaba la valla en la frontera. Ella no podía haberse ido tan lejos. Con algo de suerte podría alcanzarla.

Pero incluso en mi cabeza sabía que era un error. Una noche, cuando se mudó con nosotros, Elif se metió en la cama a mi lado.

—Toda la vida —había susurrado— he pensado que era una rebelde. En un mundo de danzantes de fuego pensaba que yo era el fuego. Pero ahora veo, *amerikanche*, que siempre has sido tú el fuego. Sólo que aún no lo sabes.

Al final yo también lo sabía. El fuego no volvía por donde había pasado una vez. El fuego no ardía hacia atrás.

Séptima parte

Uno

Mira, fíjate: Nazar Aga, alto, terrible, cabalga en cabeza de sus cincuenta soldados: la nueva guardia del sultán, el Ejército Victorioso de Mahoma. Metidos en su cinto rojo estaban su látigo, su daga y su pistola. Y a su lado, el firmán del gran visir.

—Debes ir, Nazar Aga —ordena el visir—, a las montañas de Strandja, a la Hasekiya. Allí debes reunirte con Salih Baba, el gobernador. Y, cuando lo hagas, debes acabar con ellos. Con el lugar y con su gobernador.

Nazar es viejo. Pero aun así no puede cabalgar despacio. Su sangre hierve y su vapor tiñe de color rojo todo lo que ve: el barro, las rocas y los árboles, las montañas. La Hasekiya, piensa, y escupe a la izquierda de su caballo escarlata. Durante cientos de años los cristianos no han tenido que pagar impuestos elevados, han podido adorar a su dios libremente. ¡Y Salih Baba! Nazar escupe hacia la derecha. ¡El gobernador que ha construido para su esposa griega una capilla cristiana en medio de su *konak*; que nunca ha construido una sola mezquita, pero con cuyo permiso el *raya* edifica iglesias! Un derviche de Bektashi, y en otro tiempo un líder de los jenízaros.

No. Escupir no es suficiente para un hombre así. La daga no es suficiente. Ni la pistola.

Nazar Aga saca el látigo y golpea: el caballo, su propia pierna, no presta atención a lo que golpea el látigo. El caballo corre por el camino estrecho; los soldados se esfuerzan por mantenerse al paso. Nubes escarlatas se vuelven densas en el cielo y una lluvia escarlata cae.

—Espérame, Salih Baba. Estoy llegando. Y conmigo llevo un dulce regalo. La voluntad del sultán. El juicio de Alá.

Se sabe que Murad I, el Divino, estableció el Imperio otomano. Puso la mayor parte de los Balcanes bajo su dominio, se llamó sultán por primera vez y fue el primero en instituir el *devshirme*: el reclutamiento, el tributo de sangre. Cada cinco años, los chicos cristianos más fuertes eran arrebatados a sus padres, convertidos a la fe correcta, entrenados con aspereza y transformados en los soldados más fieles del sultán, los jenízaros. Cuando un jenízaro estaba listo para servir, un derviche de Bektashi le daba la bendición. Era la orden Bektashi, una hermandad antigua y mística, que guiaba el orden de los jenízaros. Las dos se unían como el roble y la enredadera.

Los siglos pasaron; los jenízaros se volvieron avariciosos. Primero querían más dinero, y cuando el sultán se negaba, se alzaban en armas contra él. Así que les pagaba más y después, con cada nuevo sultán, su salario crecía. Lo mismo que sus ambiciones: casarse, poseer tierras, hacer negocios privados. Todos esos privilegios se les daban, pero su avaricia no se saciaba. Pasaron de ser sirvientes a amos, pero esto los hizo débiles y vagos. Ya no eran invencibles en la batalla.

Cuando, tras una vergonzosa derrota militar, el sultán Osmán II prometió disolver la orden, los jenízaros se rebelaron y lo mataron. Cuando Salim III intentó reformarlos, ellos lo depusieron.

Al final Mahmud II llegó al poder. Engañó tanto a los jenízaros como a los bektashis; les hizo pensar que era su aliado, pero en secreto conspiró, se rodeó de aliados propios. Un día de junio del año 1826, emitió una fetua: iba a formar un ejército nuevo y moderno. Sabía que los jenízaros se rebelarían y, cuando lo hicieron, quemó sus cuarteles; miles de ellos ardieron vivos. Decapitó a los que no quemó. Exilió a los que no decapitó.

Con el tiempo, los jenízaros desaparecieron, pero las raíces de los bektashis eran profundas. Habían crecido, se habían extendido durante siglos sin fin. Así que ahora está ahí Salih Baba, veinte años más tarde. Todavía gobierna la Hasekiya.

Y ahí está Nazar Aga, galopando por Strandja, y en su cinto, una daga, una pistola, un firmán.

Nazar Aga había sido un jenízaro. Tenía un nombre distinto, un nombre que Mehmed Dede, el santo líder bektashi, le había puesto. Nadie sabe por qué Nazar decidió traicionar a sus hermanos. Pero se sabe que de Nazar fue la mano que llevó la primera antorcha a los cuarteles, y que fue suyo el yatagán que mató a más hombres.

También se sabe otra cosa. Cómo obtuvo Nazar por primera vez la confianza del sultán. Lo que le dijo, lo que hizo.

Esto es lo que Nazar le dijo al sultán cuando los dos se reunieron en la sala del trono. Esto es lo que Nazar hizo para demostrar que podía confiar en él: «Cuando era joven, el mismo Mehmed Dede me dio su bendición —le dijo Nazar al sultán—. Sólo que no me puso la mano en el hombro, como es la costumbre, sino que se inclinó hacia delante y me besó el ojo derecho. Un verdadero honor. Y ahora, para demostrar que puedes confiar en mí, me voy a sacar ese ojo».

Y eso hizo. Ordenó al cristalero que pintara en su ojo de vidrio la señal del Nazar, para que los protegiera de todo mal.

Es una sensación inquietante, dice la gente, estar ante el aga, frente a él. Su ojo izquierdo te observa, negro, humano. El ojo azul te juzga, azur, sin cerrarse nunca, divino.

—He visto la Piedra Negra de la Meca, dorada por el sol —dice Salih Baba, y aspira su chibucuí—, la tumba de Otman Baba, Demir Baba Tekke. Y ahora te he visto a ti, Nazar Aga, el jenízaro que se cegó para complacer al sultán. Que traicionó a sus propios hermanos y los echó a las llamas. Y, por tanto, lo he visto todo, te doy la bienvenida.

Se sientan en el patio del *konak*, bajo las ramas de un moral cargado de

frutos. La lluvia ha terminado, pero las hojas acumuladas en las hojas siguen sonando contra la tela sedosa en la que descansan los hombres, y las moras caen de vez en cuando y manchan la seda como si fueran sangre. Una banda de criados se alinea en las paredes, pero nadie se atreve a moverse antes de que suene la palmada del jefe.

Salih Baba fuma, su chibucú cruje. El aire huele a la tormenta de verano que acaba de terminar, y dulce, a tabaco. Nazar Aga observa, sin moverse, en silencio. Las gotas suenan sobre la seda. Suave, quedamente. Las moras caen.

—Este árbol lo planté yo mismo —dice Salih Baba al final—. Hace treinta años, cuando mis pies tocaron por primera vez el barro de Strandja. Traje conmigo las semillas desde Anatolia. Es mejor plantar un moral sobre las cenizas. Sube muy deprisa al principio. Luego descansa. Crece profundamente en las raíces y abundante en frutos. Le puse un injerto. Ahora sus moras son blancas y negras. Una sombra agradable, un sabor dulce. El árbol siempre ha sido bueno conmigo. Espero que siempre me muestre su amabilidad.

Nazar Aga levanta la mano. Sabe lo que el baba intenta decir y no quiere oírlo. Hadji Bektash Veli, el santo y padre de la orden, plantó de una rama en llamas un moral cuyo extremo, cuenta la leyenda, todavía arde. Cuando habla de los frutos negros el baba se refiere a los derviches, cuando habla de los blancos se refiere a los jenízaros, ambos unidos en un vínculo sagrado. El propio Nazar Aga nunca creció a partir de las semillas: nació infiel, hijo de padres infieles, antes de que se lo llevaran los jenízaros. Pero el baba sabe lo rápido que creció Nazar, hambriento de saber. *Y ahora me pide piedad. Cobarde, me habla con parábolas.*

Nazar Aga se saca un pañuelo blanco de la chaqueta y lo frota en su ojo de cristal. A veces la cuenca supura, cuando la sangre palpita con demasiada fuerza en sus sienes.

—No he venido a hablar de árboles —dice, y se mete el pañuelo, manchado, de nuevo en la chaqueta—. He venido a terminar con todo esto:

con los infieles exentos de impuestos, con un gobernador que no ha construido una sola mezquita. Una iglesia dentro de una *konak* otomana.

Como un disparo, la palmada de Salih Baba resuena en las paredes de piedra. Una criada aparece al instante. Lleva una bandeja de plata y, repiqueteando sobre la bandeja, dos tazas de café y una bolsa de cuero. Tiene los pies descalzos y brillantes con granos de arena que recoge cuando se acerca. Su pelo, azabache y nunca cortado, hasta los pies, casi roza el suelo.

Nazar Aga la observa. Le parece que ha visto a esa chica antes. O no, como si siempre hubiera sabido que la vería.

Entonces la chica levanta la vista y lo ve. Qué miedo. Tropezca con el pelo. La bandeja cae estrepitosamente sobre los adoquines, las copas estallan y monedas de oro caen haciendo ruido de la bolsa.

—Haz lo que tengas que hacer, Aga —le dice después Salih Baba, cuando está claro que ninguna cantidad de palabras o sobornos servirá—. Pero espera otro día. Mañana los cristianos celebran una fiesta. Déjame verlos por última vez. Luego quédate con mi cabeza.

Durante toda la noche, Nazar Aga está inquieto. Durante toda la noche da vueltas. La montaña le habla con el viento, con cigüeñas que llaman. Ve a la chica, descalza, el pelo largo y negro con el que tropieza. Ella cae y él, Nazar Aga, también.

En algún lugar al otro lado de las colinas empieza a cantar un pájaro. Otro responde. Falta mucho para el alba. Y de repente el calor del fuego lo quema. La antorcha que utilizó para incendiar el cuartel de los jenízaros, veinte años atrás. Se ve dentro del fuego: un niño. Todo el pueblo se ha reunido en la plaza. Y en las ascuas, su padre, bailando.

Y ahora, tantos años después, los infieles bailan bajo el moral. Llevan sus iconos sobre las brasas, descalzos, y las brasas no los queman. Desde la terraza, Nazar Aga los observa y la sangre desciende por su cara. Delante de

él, la chica con río de pelo da vueltas. Ahí, Salih Baba, el bektashi, besa los ojos de los santos cristianos y atraviesa con ellos el fuego.

Los tambores suenan, las gaitas chirrían. Como una marejada de olas gigantes, la sangre ruge dentro del aga. Como en un sueño, baja por la escalera de la *konak*, divide la multitud de campesinos en el patio, se pone frente a la chica que baila. Siente el tacto de la madera, un icono sagrado, contra su mano y luego contra sus labios.

Su madre lo llama desde una gran distancia, cantando ese viejo nombre. Su nombre. El del santo.

Y después, el fuego.

Se dice que la mañana después de que se uniera a los infieles en la danza, el propio Nazar Aga cortó el moral. Con el tronco hizo una estaca. Con el tocón, un tajo. Empaló a Salih Baba. Decapitó a los *nestinari*. Luego prendió fuego al pueblo y lo vio arder durante dos días enteros. Al tercer día —o eso se cuenta—, deshonorado y arruinado, puso su propia cabeza en el tocón.

Era una historia que Lenio le contó a mi abuelo: cómo la Hasekiya fue destruida, cómo los *nestinari* supervivientes tuvieron que vagar por Strandja en busca de un hogar. El fuego de Nazar Aga había convertido en cenizas sus iconos, salvo dos: uno de san Constantino y otro de su madre, santa Elena. Y así, éstos fueron los santos que los *nestinari* decidieron seguir.

Eso cantaba Lenio en sus canciones, tocando la mandolina en la terraza.

Es donde estoy sentado ahora, tantos años después. Quizá haya llegado el momento en que yo cuente su historia. O, más bien, que la lleve al final.

Dos

Una oleada de ira silenciosa recorrió Klisura cuando la gente se enteró de la noticia: el maestro había cruzado clandestinamente la frontera y había robado a la hija del capitán Vangelis. En un mes se celebró la boda; no en la iglesia, sino en el jardín de la escuela, junto al pozo, bajo el emparrado blanco por la nieve. Ahí es donde celebró el servicio el padre Dionisos. Pocos lugareños asistieron. El alcalde también se negó a ir. «No me preguntes por qué, hijo mío —le dijo a mi abuelo—. No puedo ir.» Tampoco podía legalizar el matrimonio. Después de todo, Lenio había entrado en secreto en Bulgaria.

Entonces a Lenio se le empezó a notar el embarazo. Y para la gente de Klisura todo estuvo claro. Por eso la había robado el maestro. Por eso se había casado con ella fuera de la iglesia. Y tenían razón, sólo que el bebé no era de mi abuelo. Lo demás era cierto. Mi abuelo había salvado a Lenio de los griegos y cuando, una noche en Klisura, ella había llorado de manera inconsolable —diciendo que había sido deshonrada, que su vida había terminado, que moriría sola—, él se había compadecido y le había dicho: «No llores. Te tomaré por esposa».

Después de eso, Lenio vivió con mi abuelo en la escuela. Él dormía en su habitación, ella en la habitación que más tarde sería la mía. Él le enseñó búlgaro; ella le enseñó griego. Por las tardes, ella tocaba la mandolina, cantaba canciones y le enseñaba a silbar como un pájaro. ¿Qué más daba que él fuera mucho mayor, que ella estuviera embarazada de otro? ¿No estaban casados ante Dios, no vivían bajo el mismo techo?

Una noche de febrero —fue un invierno feroz—, mi abuelo se despertó

con la cara de Lenio apoyada en su pecho. «No llores», dijo, un estribillo viejo y cansado, y la besó. Él tenía miedo de que se alejara, pero ella le devolvió el beso. Y después de eso durmieron en la misma cama y a menudo él le contaba historias sobre el lugar adonde la llevaría cuando llegase la primavera.

Por supuesto, sabía que el Partido no le dejaría marcharse de Klisura. Por supuesto, durante el día, Lenio se negaba a ir a otro sitio. Decía que la montaña la tenía aferrada. San Kosta la sostenía. Pero de noche, en sueños, viajaban libremente, lejos de partidos, montañas, santos.

El bebé nació cuando mayo terminaba. Lo llamaron Kostadin. Luego mi abuelo se tenía que ir. «Eres el *vekilin* —le dijo el alcalde—. Tienes un ritual que vigilar. Haz las maletas. Vamos a ver a los griegos.»

Y así se fueron. El capitán Vangelis los recibió en su jardín, les obsequió con vino, les dio de cenar. Ni una vez habló a mi abuelo de su hija robada. Ni una vez le miraron mal los hermanos de Lenio. Hasta Michalis, con quien Lenio debía casarse, habló con mi abuelo con el respeto que su tarea exigía. Al separarse, en cuanto terminó el baile, las mujeres del lugar le besaron la mano.

¿De verdad es así de fácil?, se preguntó mi abuelo. ¿Todo está perdonado? ¿Todo olvidado?

Por desgracia, no.

Tres

Me había quedado dormido en la terraza, envuelto en una manta, como hacía a menudo. *San Kosta* estaba a mis pies y, cuando se movió, me desperté. Una mandolina sonaba debajo de nosotros, profunda, en las tripas de la casa.

Pronto mi abuelo salió de la vieja aula, con la mandolina Cremona en las manos. Sin decir una palabra, la colocó en la mesa, sustituyó las cuerdas con las que yo había comprado en Burgas, y se puso a afinarla de oído.

Noviembre. Invierno en Strandja. Los días eran breves; las noches eran oscuras y solitarias. Una forma nueva y brusca de viento limpiaba la nieve hasta convertirla en una costra helada. Barría las carreteras, las colinas, golpeaba las palas de los molinos inmóviles. Ya no me importaba que nadie los encendiera. Nada me molestaba esos días.

Cada mañana nos levantábamos al salir el sol, y mientras mi abuelo calentaba el té, yo limpiaba el rincón de *San Kosta*. Vivía con nosotros dentro de la casa, una cosa delgada y enfermiza que, temíamos, quizá no llegaría a la primavera. No sólo su ala se había curado torcida, sino que además había desarrollado una lamentable cojera en la pata. Los tres dábamos pena. Si mi abuelo decía: vamos a comer, comíamos. Si decía: vamos a caminar, caminábamos. Visitamos a Baba Mina y a Dyado Dacho; nos pasábamos por el café. Pero si mi abuelo no decía nada, si cogía la silla a mi lado, yo también me quedaba callado en mi silla. Si no comía, yo tampoco. Si él no caminaba, yo tampoco.

Esa apatía parecía un acuerdo adecuado: yo no sufría. Tampoco era feliz.

—No —decía mi abuelo a veces—. Ríe. Lloro. Pero haz algo. La vida es

eso. La tuya no lo es.

—Pero aquí estoy —le decía yo.

—Hijo mío. Estás en cualquier sitio menos aquí.

Supongo que era cierto. Realmente no me daba cuenta. Desde que Elif se había ido, había perdido la idea de mi posición, en el tiempo y en el espacio.

—Te miro —decía mi abuelo— y me veo a mí mismo. No soporto lo que veo. Y esta cigüeña, que me observa, me juzga. ¡Es demasiado!

Así que una noche sacó la vieja mandolina. Sus dedos ganaban seguridad cada nuevo día, pero yo nunca comenté nada. Pasó noviembre. Llegó diciembre. Me quedé todo lo tranquilo que puede quedarse un hombre. Y después, una noche, en la terraza, mi abuelo habló:

—Al final, el alcalde no podía soportarme. Me odiaba. Pero ¿qué podía hacer? Yo era el Partido. El sacerdote era el Partido. Así que el alcalde hizo lo que le decíamos y nos dejó hacer lo que nos habían enviado a hacer.

Dos años después de que mi abuelo y el padre Dionisos hubieran puesto el pie en Klisura por primera vez, el Partido empezó a cambiar todos los nombres musulmanes. Al final, la campaña no tuvo éxito, pero lo intentaron de nuevo unos decenios más tarde. Sabía que los sacerdotes habían bautizado a gente a diestro y siniestro. Pero mi abuelo había mantenido su propia participación en secreto. Como profesor, se encargó de que los niños de Klisura aprendieran su *a*, *б*, *в*. Les había enseñado que eran búlgaros, no turcos. Para eso los había mandado hasta allí el Partido a él y al Pope: a fin de preparar las cosas para lo que mucho más tarde se llamaría el Proceso de Renacimiento.

Todo había empezado con mi abuelo, todavía un profesor en Pleven. Le gustaba contar historias a sus alumnos. De sus días como combatiente partisano. De cómo se había escondido en una guarida y de cómo, mareado por el hambre, había asaltado las parideras, las granjas lecheras con sus camaradas. Pero el rumor corrió y el director lo llamó a la oficina.

—El gobierno regional ha oído de tus historias. No le gustan.

—¿Qué tienen de malo? —le preguntó mi abuelo.

—¿Cómo, cómo? No puedes decirles a los críos que los partisanos robaban comida.

—Pero *nosotros* robábamos comida —replicó mi abuelo, riendo—. Tú robabas, el gobierno regional robaba.

—Claro que sí. Pero no se trata de eso. El asunto es que el responsable regional quiere dar ejemplo.

—De acuerdo —dijo mi abuelo—. Hablaré con él.

Una gran oficina. Un secretario. Paneles recién laqueados en las paredes. Un escritorio enorme. Tras el escritorio, el primo de mi abuelo, gobernador regional.

—Escucha, primo —empezó mi abuelo—, ¿qué es eso que estoy oyendo de que quieres castigarme?

—Estás ensuciando el nombre del Partido —respondió el responsable regional—. Somos primos y la gente observa. No te puedo dar un trato preferente. Tengo que mantener la cara limpia.

Así que mi abuelo se lo dijo:

—No te preocupaba tu cara en el refugio. Y cuando ese chico con los *kalushari* cayó con una daga clavada en el pecho, tampoco te preocupaba la cara.

El responsable regional se puso tan pálido como un queso fresco.

—¡Largo! —gritó—. ¡Fuera de mi despacho!

Al día siguiente, el director volvió a llamar a mi abuelo:

—Haz las maletas. Te vas a Klisura.

—¿Y si no quiero?

—Entonces Belene. El campo de trabajo.

Bueno, al diablo. Mi abuelo no quería convertirse en comida para cerdos en un campo de trabajo. Con gran vergüenza, aceptó. Adoctrinaría a los musulmanes en ese pueblo lejano si era lo que quería el Partido.

Todo eso ya lo había oído de boca del imán. Pero era distinto oírlo de mi

abuelo.

—También habían obligado al sacerdote, por cierto —me dijo—. Que quede claro. Que Dios le dé paz, era un hombre decente. Que Dios dé paz al alcalde también.

Una mañana encontraron al alcalde en su despacho. Se había disparado en el corazón con una pistola de antes de la guerra de los Balcanes. Cerca de las cajas de los nuevos pasaportes, que habían llegado desde la ciudad. Había dejado una nota. *Dejo esta pistola al maestro. Dejo mi alma al sacerdote. Puede reclamarla cuando llegue al Infierno. El maestro se puede quedar ahora con la pistola.*

—¿Quieres verla? —me preguntó.

Me quedé quieto, muy callado. *San Kosta* se tendió a mis pies y siguió a mi abuelo con sus ojos grises. Pero el anciano volvió enseguida de su habitación, con un fardo amarillento en la mano.

Puso el bulto suavemente ante nosotros, y el otro fardo, el negro, el del nido de la cigüeñas, regresó a mí como desde una distancia enorme. Por primera vez en muchos días, sentí una punzada.

Ahí estaba la vieja pistola. Había pertenecido al capitán Kosta. Una trenza de pelo, gruesa como una cuerda, negra como el alquitrán, enroscaba su cañón como una serpiente.

No hacía falta preguntar de quién era ese pelo.

Cuatro

Y así, dos años después de que mi abuelo hubiera robado a Lenio a los griegos, los griegos volvían para bailar sobre el fuego. Cuidador de los *nestinari*, mi abuelo tenía que reunirse con ellos en Klisura. Pero Lenio no.

—El bebé y tú —le dijo mi abuelo el día en que el pequeño Kostadin cumplió un año— os quedaréis una semana en Burgas. Alquilarémos una habitación en un hotel. Te llevaré allí y, cuando terminen las danzas, iré a buscarte.

Durante mucho tiempo Lenio no dijo nada. Mecía al niño sobre su rodilla; le besaba la frente una y otra vez. Así que mi abuelo siguió hablando hasta que al final supo que había fracasado. Daba igual lo mucho que rogase: ella no se iba a ir de Klisura.

—¡Quédate quieta al menos! —ladró.

No quería. Y cuando le tocó la mejilla descubrió por qué: una semana antes de los bailes ya estaba ardiendo con la fiebre de los *nestinari*.

—No es verdad —gimió ella, y siguió meciéndose en la silla.

Discutieron. Si no en sí misma, gritó mi abuelo, debía pensar en el bebé. ¡Al diablo con el ritual y las danzas, llevaría él mismo al niño a Burgas!

Era el momento de que Lenio se defendiera. Es cierto, su padre era un hombre salvaje, pero, aun así, era un hombre. Y lo mismo eran sus hermanos. ¿No habían recibido a mi abuelo en su pueblo? ¿No lo habían tratado con amabilidad y respeto?

Se había deshonrado, eso era cierto también. Había perdido su vínculo con su carne y su sangre. Pero su vínculo con los santos permanecía. Y si no

podía caminar sobre el fuego, al menos podría estar cerca de aquellos que sí podían.

—Enciérranos en la casa —dijo ella—. No saldré en una semana. Pero déjame oír las gaitas, el tambor sagrado. Y déjame salir sólo cuando mi padre se haya ido de Klisura.

Ahí es cuando mi abuelo los abrazó a ella y al bebé. O al menos es lo que veo cuando cierro los ojos. Los ahoga con besos y Lenio se ríe, la barba áspera le hace cosquillas. El bebé ríe también.

—Suelta —grita ella al final, en broma.

Pero mi abuelo los abraza fuerte. Los besa una y otra vez.

Al menos sé que yo lo haría.

Cinco

Los veo con una claridad inmisericorde: el capitán Vangelis y sus hijos, bajando por la montaña, como cigüeñas negras. Veo el fardo de iconos, enroscados en torno a la espalda del capitán, el barro en los rostros cansados de sus hijos. Veo las dagas en sus cintos, los extremos de sus bigotes curvados hacia arriba como dagas. A cada paso el almizcle se vuelve más denso; el aire se calienta y está a punto de hervir.

Sé que ellos también me ven. Las mandíbulas del tiempo se han cerrado. El gran abismo se ha borrado y no hay nada entre nosotros. Cuando se enfrentan a mi abuelo en las puertas de la casa del alcalde, soy yo a quien tienen delante. Cuando mi abuelo les da la bienvenida, soy yo quien realmente habla.

—Bienvenido, bienvenido, capitán Vangelis —le digo en griego—. Hemos vivido otro año.

—Que san Kosta te dé salud, *vekilin* —dice el capitán, y me agarra el brazo con firmeza, hasta arriba desde el codo.

—Pasad —digo a sus hijos, al capitán Elias y su familia, a las mujeres, a algunas de las cuales no había visto nunca.

En el jardín se lavan los pies. Un agua lodosa fluye hacia las raíces de la parra descuidada. Luego, cena en la terraza.

Han oído las horribles noticias, por supuesto, pero nadie pregunta hasta que hablo.

—El alcalde tuvo una muerte viril —miento—. Por su propia mano. No esperó que la vejez se burlara de él.

—Mañana —me dice el capitán Vangelis— nos llevarás a su tumba.

—Eso haré —digo, y relleno los vasos con raki—. Hay más guiso —digo a una de las mujeres que ya ha vaciado su cuenco—. Hay *banitsa*. Hay pan.

—Maestro, tu griego es muy bueno —me dice uno de los hijos del capitán, y por primera vez percibo la rabia en su voz.

—Pero es un griego de mujer —dice otro.

Eso es lo máximo a lo que llegan. Nadie pregunta por Lenio: si está bien, si está cerca. Pero noto que hay más por venir.

Esa noche dejo a los *nestinari* en casa del alcalde. En la escuela, Lenio camina en círculos, con el bebé en brazos. No me ve al principio y durante un tiempo la observo, escondido. Lleva al niño como haría con un icono sobre las ascuas; sus pasos son frenéticos, su rostro está iluminado y sudoroso.

—Han llegado —digo por fin.

Se asusta y, cuando me mira, tiene los ojos húmedos.

—Es hora de cerrar la puerta —dice.

Seis

Durante tres días descansaron los griegos. Durante tres días Lenio y el bebé permanecieron encerrados en la casa, con un tronco gigante bloqueando la puerta. Cada mañana, una de las mujeres griegas llamaba a mi abuelo en secreto. Cada mañana, le daba algo de la comida que había preparado y le besaba las manos.

—Tía Eleni —adivinó Lenio con el primer mordisco. Conocía el sabor de las dolmas de su tía.

Y sólo cuando comía, con un apetito que mi abuelo no había visto nunca, la tristeza se alejaba del rostro de Lenio. Si no se sentaba junto a la ventana, mecía al niño y miraba con expresión vacía al otro lado del jardín, hacia los tejados, las colinas de Strandja.

Estaba a salvo dentro de la escuela. Y lo estaría cuando los *nestinari* empezaran a bailar. Había oído su tambor, el chirrido de sus gaitas. Su corazón daría un salto y ulularía como un búho. Bailaría, pero lejos de ellos. Y cuando tomasen sus comidas en el *konak*, ella también tomaría su comida. A salvo.

Éste es el final que me gustaría escribir: la noche ha pasado; el sol ha salido. Y pronto los griegos desaparecerán por las colinas. Sólo entonces mi abuelo aparta el tronco. Sólo entonces sale Lenio de prisión, con el bebé acurrucado contra su pecho.

Ay. Ese final no es el suyo.

Siete

Tres de junio. El día la festividad de San Constantino y Santa Elena. A primera hora mi abuelo y los *nestinari* despertaron al padre Dionisos. A primera hora bendijo los iconos de la iglesia y luego los chicos del pueblo, con Vassilko delante, los llevaron al nogal. El *konak*, la primavera de San Constantino, la primavera de Santa Elena. El ritual se siguió paso a paso. Luego el *konak* de nuevo. De regreso a la iglesia, donde mi abuelo mató un carnero *qurban*.

Dos carros de leña se encendieron tras el viejo nogal. La gente se reunió. El sol cayó. Y en la oscuridad los *nestinari* bailaron. Por fin el baile terminó. Callados, exhaustos, los *nestinari* comieron dentro de la cabaña. Fuera, la gente se dispersó y llegó el momento de que mi abuelo también volviera a casa.

En el umbral dio las buenas noches a los griegos. Prometió reunirse con ellos en la casa del alcalde al amanecer. Irían a su tumba una vez más, y después a la carretera y a la montaña.

—Hasta mañana —dijo el capitán Vangelis, demasiado cansado para levantarse del suelo.

—Hasta mañana —respondió mi abuelo.

Cogió los candelabros y la lámpara, y corrió a devolverlos a la iglesia.

El padre Dionisos estaba sentado en las escaleras del templo.

—Entonces, ¿ha terminado esta impiedad tuya?

Cansado, mi abuelo se sentó a su lado. El Pope le ofreció un cigarrillo y mi abuelo lo encendió.

—Estoy cansado, hermano —dijo mi abuelo.

Sabía que tenía que irse a casa con Lenio en cuanto pudiera y, sin embargo, sus pies eran hierro quebradizo arrojado al horno: las suelas, los tendones, cada pequeño hueso estaba en llamas. Sus hombros ardían; su espalda se rompía. Así que sólo un poco de descanso, pensó, y se iría a casa.

—Estoy cansado. Dios mío —dijo otra vez—. ¿Qué estamos haciendo, hermano? Hemos destrozado media Klisura. Cambiando los nombres de esa gente.

—Dios mío —admitió el Pope, y él también encendió un cigarrillo—. Ten piedad de todos nosotros.

Se sentaron así. Era una noche muy oscura. Densas nubes habían tragado la luna. Un poco de descanso, pensaba mi abuelo, un poco de descanso y estaré en camino.

Y entonces un perro empezó a ladrar a lo lejos. Y después de eso un perro más cerca, y luego otro todavía más cerca. El sacerdote se puso en pie. Abrió la puerta y una luz suave salió desde el interior de la iglesia. Fue en esa luz donde vieron a Vassilko, sin aliento, cubierto de polvo, con hierba y hojas secas enredadas en el pelo.

—Respira, maldita sea —gritó mi abuelo, y lo ayudó a ponerse en pie.

Durante mucho tiempo Vassilko fue incapaz de decir una palabra. Tartamudeando, alargó la mano hacia el pecho de su camisa; tartamudeando, sacó un trozo de cuerda y lo puso en las manos de mi abuelo. Por supuesto, no era cuerda. Era una trenza de cabello humano.

Ocho

—Mi padre tiene cien ovejas blancas —le decía a veces a mi abuelo—. No hay ningún soltero en el pueblo que no me quiera por esposa. Pero aquí estoy, en tu puerta, con un tarro de yogur en las manos.

Cada día en la puerta, mi abuelo sacaba yogur del tarro. Sabía bien que pronto tendría que tomar una decisión. Aceptar a la chica y las cien ovejas blancas, o rechazar el tarro antes de romperle el corazón.

La dejó seguir. Día tras día.

Y al final, ¿hay alguna fuerza más oscura que una mujer con el corazón roto?

Nueve

Lenio, la hermosa Lenio. Préstame los ojos para ver todo lo que ves. Préstame tus labios y tus oídos. Qué rosadas son las mejillas del bebé. Qué suave es su piel al besarla. ¿Es su corazón lo que late o es el tuyo el que oigo? ¿O es mi corazón lo que no deja de latir?

Un puño. Sí, un puño que golpea la puerta principal. Y una voz llama.

Mina. La hija del pastor. La huelo, con un perfume a lana húmeda. He visto cómo lo observa, cómo se pone escarlata cuando se acerca. He visto cómo te observa y se vuelve verde de veneno. San Kosta nunca la eligió. El maestro nunca la eligió. ¿Qué quiere, la solterona?

—Lenio, hermosa Lenio, ven sin miedo. Tu padre ha ido a la casa del alcalde y tus hermanos le han seguido. Pero las brasas siguen ardiendo bajo el viejo árbol. Nadie te verá. Nadie te hará daño. Baila en el fuego. Yo me quedaré aquí y cuidaré del bebé.

Lenio atraviesa el jardín, sale por las puertas. Sube por la carretera, se mete entre los arbustos. Le arden los pies, ni siquiera tocan el suelo. Cuando entra en el río, el agua silba. El aire silba mientras ella nada a través de él.

Ahí, bajo el nogal, algunas brasas siguen brillando. Pero cuando tus pies las tocan, todas se levantan en llamas. Métete en las ascuas, Lenio, no sientas nada. Un gigante viene para saludarte. Sale de la cabaña oscura, ahí, ¿puedes verlo? Alto, terrible, apuesto. Dale la mano, no le sueltes.

El fuego en las brasas se vuelve líquido, se convierte en sangre, oscuro y llameante. Cae desde tu pecho, desde mi pecho. Fluye de ti y hacia mí, fuera de mí y hacia ti. En dos sentidos, en dos direcciones. Coge la mano, Lenio, no la sueltes.

La mano de tu padre, la mano del santo. Mi mano, Lenio. Agárrala.

Diez

El baile había terminado, la gente se dispersó. Los *nestinari* se habían retirado a su cabaña, pero pronto se marcharían. Su *vekilin*, el maestro del pueblo, ya se había ido para dejar los candelabros en la iglesia. Hasta las cigüeñas se habían quedado calladas en lo alto de sus nidos. El viento soplaba en las ramas del nogal; densas nubes tapaban la luna, y en la orilla del río se escondía Vassilko. En cuanto los griegos salieran de la cabaña, no habría nadie para verlo. Solo en el mundo, se arrojaría sobre las brasas, invencible, descalzo. ¿Qué más daba si trozos enteros de las ascuas se estaban poniendo negros? Otros seguían brillando. Pero tendría que entrar pronto. ¿Por qué no se iban los griegos?

Y mientras estaba allí tumbado, Vassilko oyó ramas que se partían, el rumor de la hierba. El chapoteo en el agua. ¿Quién vadea el río, cruza los campos o corre hacia el árbol? Esas trenzas que se mecen; Vassilko no puede confundirlas. Es Lenio, la chica del maestro. Pisando las brasas. ¡Las va a apagar!

Se levanta, corre para cruzar el río. Si puede bailar, bailará con ella. Y luego se queda congelado. Alguien ha salido de la cabaña de los *nestinari*: un gigante aterrador. El capitán Vangelis. Su manera de andar es inconfundible, como si odiara la tierra y quisiera herirla a cada paso.

¿Y quién está detrás del capitán? ¿Su hijo mayor? ¿Y después? ¿Los otros dos?

Confundido con la oscuridad, Vassilko observa. Pero lo que ve no lo entiende realmente. ¿Por qué camina Lenio entre las ascuas de ese modo? ¿Por qué corre de un hermano a otro, tropezando con uno, cayendo, luego

cayendo sobre el siguiente como una polilla que avanza en un círculo de luces brillantes?

En lo alto de las nubes las cigüeñas se despiertan. ¿Es el ruido de sus alas lo que oye, el rumor de los pies que corren, el estruendo de su propia sangre? El viento levanta un poco de arena y la estrella contra el rostro de Vassilko. Pestañea, intenta ver.

¿Era eso un grito? ¿La chica? ¿Una cigüeña?

Quiere gritar: ¡*Vuelve!* ¡*Te veo!* Una sola palabra y salvará a la chica. Pero tiene demasiado miedo. Ha visto sus dagas y, por tanto, observa, a menos de cinco metros de distancia.

La chica ha caído al suelo. Yace inmóvil. Un hermano sacude al otro cogiéndolo por los hombros. El capitán Vangelis tira enloquecido de su pelo. Miran como si ellos también se estuvieran despertando de un sueño horrible.

—¡Rápido, corre! —llama el capitán.

Una tímida luz sale de la cabaña y Vassilko oye voces. Las mujeres lloran. Las veía cayendo en picado sobre los hombres. ¡*Qué habéis hecho!* En una bruma, se acerca a la chica griega. Allí yace en las cenizas, en las brasas brillantes.

—Lenio —susurra, y la sacude. No mueve un músculo.

Fuera de sí, saca la navaja, corta un trozo de pelo. *El maestro. Tengo que encontrar al maestro.*

—¡Eh, tú! —oye que grita el capitán.

Y corre. La trenza tan caliente dentro de su camisa. *Vassilko, mi dulce Vassilko*, murmura Lenio en su oído. Dulcemente, dulcemente, como sus trenzas le acarician el pecho.

Once

—Cuando llegamos al prado —dijo mi abuelo, encendiendo un cigarrillo—, ya no había nubes y se veía mejor.

La puerta de la cabaña estaba abierta; el interior, vacío. No quedaba un alma, sólo las cigüeñas por encima gritando algo fiero. Y las ascuas bajo el nogal, cenizas frías, pero esparcidas de manera que podías decir que alguien había luchado en ellas.

—¡Mira! —dijo el padre Dionisos, y a la luz de la lámpara de aceite vieron una huella en la ceniza, como de un cuerpo.

El cuerpo ya no estaba, pero cuando el Pope acercó la lámpara, lo que brillaba era un charco de sangre. La sangre había convertido la ceniza en un barro frío, horriblemente pegajoso.

¿Cuánto tiempo estuvo mi abuelo arrodillado allí? No podía decirme. Un minuto. Mil años. Pero cuando llegó el momento, entendió lo que había pasado. Si querían detener a los griegos, sólo había un camino: por las colinas, al otro lado de la frontera.

Y mi abuelo acababa de agarrar la sotana del Pope y le estaba diciendo que debían ir tras ellos, cuando el grito de una mujer llegó hasta donde estaban. De la oscuridad salió Mina, con el pelo desordenado y el labio cubierto de sangre. Había adivinado que mi abuelo podría estar en la cabaña de los *nestinari* y así fue como lo encontró.

—Maestro —gritó—. ¡Corre! ¡Están robando al niño!

Así que mi abuelo corrió. Más deprisa que el Pope. Más deprisa que Vassilko. Para entonces había perdido la cabeza por completo. Lo único que sabía era que cuando llegó a la escuela el hombre seguía allí. Michalis, el hijo

del capitán Elias. El hombre que debía casarse con Lenio antes de que mi abuelo la robara.

Se reunieron en el patio, y en los brazos del griego el bebé lloraba.

—He venido a buscar a mi hijo —le dijo a mi abuelo.

—¿Tu hijo?

—Mi hijo.

—No es tuyo.

Y mi abuelo se lo dijo: Lenio estaba enamorada de otro chico, este otro chico la había dejado embarazada.

—Yo la dejé embarazada —dijo Michalis—. La tomé sin su permiso. ¿Y qué? Íbamos a casarnos.

—Tu hijo.

—Mi hijo.

El hombre pasó tan cerca que mi abuelo notó el olor dulce del bebé.

Mi abuelo no estaba seguro de que la conversación hubiera sido exactamente así. Tampoco estaba seguro de lo que hizo después. Sólo sabía que el hombre estaba caminando, por la carretera, saliendo del pueblo, y que si dejaba que se fuera nunca volvería a ver al bebé.

Cuando mi abuelo salió de la casa, el Pope y Vassilko estaban llegando.

—¿Por qué llevas esa pistola? —gritó el Pope, y mi padre no podía decírselo, no podía pensar de forma ordenada.

Llegó a la altura de Michalis a la salida del pueblo.

—¡Alto! —gritó—. Tengo una pistola.

Así que el hombre se detuvo y cuando mi abuelo le ordenó que dejara al niño en el suelo, lo hizo.

Entonces mi abuelo le disparó en el pecho, a dos metros de distancia, y lo mató.

Mi abuelo se quedó callado mucho rato. Yo veía en la mesa delante de mí la pistola y el pelo negro de Lenio. Durante mucho tiempo no existió nada más.

Se me secó la garganta, me dolían las sienes, pero apenas me daba cuenta. Veía el rumbo de la historia y no soportaba escuchar.

—Abuelo —logré decir al final, y esa palabra contenía más miedo que otras cien. Por favor, quería decir, ¡no me lo cuentes!

Pero no dije nada. Y me lo contó.

Esa noche, el Pope puso al niño de mi abuelo y Lenio en el carro de la iglesia. Azotó al caballo y el carro se movió y no se detuvo hasta que estaban muy lejos de Klisura, hasta que el sol estaba en el cielo, rojo como el corazón del fuego. Eso es lo que veía mi abuelo cada vez que bajaba los párpados: el fuego, ardiente, loco, que todo lo consumía.

En la ciudad compraron un billete de autobús. A la mañana siguiente mi abuelo y el niño habían cruzado los montes balcánicos. Cuando el sol se ponía de nuevo, habían llegado a Pleven.

—Estoy a tu merced —dijo mi abuelo a la puerta de su primo, el gobernador de la región—. Este chico está a tu merced.

Sin perder mucho tiempo, se metieron en el registro civil. Falsificaron los nuevos papeles de Kostadin: mantuvieron su fecha de nacimiento, pero cambiaron el nombre de su madre. Y luego también cambiaron su nombre.

—Abuelo —dije.

Quería que se tragase lo que estaba a punto de decirme y que nunca volviera a mencionarlo. Quería que lo que había sido un secreto toda mi vida lo siguiera siendo. Pero hacía mucho que habíamos pasado ese punto.

—¿Lo sabe mi padre? —pregunté, apenas un susurro, y cuando no respondió, lo repetí más alto; mi voz brusca y fea sonó contra la quietud de la noche.

—No. Nunca se lo he contado.

—Entonces, ¿no eres su padre? Entonces, ¿tú y yo no somos familia?

Sus manos eran fuego cuando las extendió sobre la mesa.

—Yo soy tu abuelo. *Tú eres mi nieto.*

No podía moverme. La gravedad de lo que me había explicado me tiraba

hacia abajo y me ahogaba como un puño. Como si por primera vez viera a ese hombre como era en realidad. Miedo, vergüenza, deshonra. Los reconocí en su rostro. Reconocí los años de decepción. Pero no había nada de mi padre en su cara. En sus mejillas, nariz, labios y barbilla. Y nada de mí.

Un extraño escalofrío me recorrió el cuerpo. Mi sangre hervía y en un instante se había congelado. Toda la ira y todo el dolor habían desaparecido y no quedaba nada salvo un espacio vacío. En ese momento no sentí ninguna pena por ver a ese anciano derruido. Y cuando al final rechacé su mano, no intentó dármela de nuevo.

Doce

Esa tarde se abrieron los cielos. Durante toda la noche nevó y durante toda la noche estuve en la cama y escuché. No podía creerlo. Cada copo de nieve caía desde una altura terrible, arrastrado sin piedad por el peso del planeta. Todo lo que tocaba la nieve —el armazón nervudo de la parra desnuda, el borde del pozo, el tejado de nuestra casa— lo silenciaba completamente. Klisura, Strandja, el mundo entero. Todo era silencio. Y en ese silencio lo que oía era mi propia sangre, que hablaba de mi abuelo.

Lo odiaba por lo que había hecho. No sólo por mentirme, sino también por engañar a mi padre. ¿Cómo reaccionaría él al enterarse de toda la verdad? ¿Al descubrir que su madre, mi abuela, no había muerto al nacer él? ¿Que las pocas y miserables fotografías que guardábamos como recuerdos sagrados eran de otra mujer? ¿Que la tumba que visitábamos era de otra persona?

Y luego, bajo el odio había dolor. Ese anciano y yo no éramos familia. No era en realidad mi abuelo, y cuanto más pensaba en esa revelación, más terrible parecía. Negaba todo lo demás: el coraje que había reunido para confesar, los problemas que había asumido voluntariamente, educar al hijo de otro como si fuera propio, solo, guardando cada día un secreto horrible. Nada de eso me importaba.

Dolido, me vi tal como me había visto una vez. Un niño torpe. Caía a menudo cuando jugaba, me raspaba las palmas de las manos, me ensangrentaba las rodillas. «Sólo es un rasguño», decía mi abuelo, y me cogía en brazos, pero incluso en sus brazos seguía gritando. Me aterraba la visión de la sangre, mi propia sangre fluyendo irrevocable. En esa época estaba convencido de que el cuerpo humano era como un saco de leche: si hacías un

agujero, la leche se empezaba a escapar. Claro, podías sellar el trozo roto, pero ¿cómo podías recuperar la leche que se había malgastado? ¿Qué sería de mí, preguntaba a mi abuelo, sollozando de terror, cuando toda la leche se hubiera derramado?

Nada de lo que decía me convencía de estar a salvo. Hasta que un día estaba gritando de manera insoportable y mi abuelo cogió un cuchillo pequeño y se hizo un corte en el pulgar. «Toma, bebe esto», dijo, y me metió el dedo en la boca. Bebí su sangre y repuse la mía. Y después, cada vez que sangraba, mi abuelo cogía el cuchillo. Cada vez que mi sangre salía hacia fuera, la suya iba hacia dentro. Hasta que mi madre lo vio. Hasta que se lo contó a mi padre.

Así que ahora, en la cama, ¿qué sangre oía en realidad? ¿La mía o la de mi abuelo?

Lo encontré en la terraza, la nieve se amontonaba sobre la manta bajo la que se ocultaba. Hasta *San Kosta* había tenido el sentido común de meterse dentro. El patio, las colinas, los hombros de mi abuelo: todo brillaba bajo el sol que subía.

Le aparté la escarcha del pelo y sólo entonces se movió.

—Vamos dentro —le dije—. Cogerás un resfriado.

Su cuerpo me siguió distraídamente, pero me parecía que su mente quedaba atrás. Pensé que había confesado el pasado con intención de olvidarlo. Pero la chispa que había vuelto a encender se había convertido en una llama, y esa llama en un fuego. El fuego había ardido toda la noche y había quemado los años uno a uno. Y ahora mi abuelo estaba ahí, pero también estaba de nuevo en su juventud, atrapado para volver a vivirla.

Trece

—Toma, *amerikanche* —dijo Baba Mina—. Te he hecho algo de té.

—Toma, *amerikanche* —dijo Dyado Dacho, y fortaleció el té con algo de raki.

Me sentaron junto a la estufa; echaron una manta sobre mi espalda.

—¿Por qué estás aquí? —preguntaron, los dos sonrientes, encantados de dar la bienvenida a un huésped.

Les dije que había ido a buscar hierbas. Hibisco, camomila, tomillo, menta: lo que Baba Mina pudiera darme. En su estupidez, mi abuelo había estado demasiado tiempo en la nieve y ahora yo temía que pillara la gripe. Y quizá fuera sólo mi imaginación, pero podía jurar que mi frente estaba más caliente de lo que debería. Me picaban los ojos y la espalda...

Balbucí así un tiempo. Me bebí el té y lo sentí al mismo tiempo caliente y frío. Era como si al hablar quisiera retrasar la verdadera razón por la que había ido. No, no era por un remedio contra algún resfriado futuro. Era para interrogar a esa mujer.

En sus celos, había tentado a Lenio y la había enviado a la muerte. Había actuado por rencor y malicia. Por eso yo estaba obligado a odiarla.

Pero ahí estaba, tantos años después, sonriendo amablemente, con los labios extendidos para revelar una boca sin dientes, sirviéndome una tisana hecha de once hierbas diferentes, hierbas que había pasado recogiendo todo el otoño para mí y para Elif.

—Perdóname, *amerikanche* —dijo, y me pasó un frasco de azúcar—. Nos hemos quedado sin la miel que te gusta.

La miré con ojos mareados. Oía el estruendo de mi sangre y el flujo de la

suya. Como dos ríos que chocan. No, no podía odiarla.

Casi cuatro años atrás, mi abuelo había restaurado dos iglesias en Klisura. Había arreglado el colegio él mismo, luego había contratado a un trabajador de la aldea musulmana para restaurar otra casa. Mientras el trabajador pintaba los muros y fregaba los suelos, mi abuelo había reconstruido el corral, había comprado gallinas, había vuelto a plantar el jardín. Luego viajó hasta Burgas, cogió el ascensor para subir al octavo piso de un edificio de apartamentos, llamó al timbre. Baba Mina no lo reconoció hasta que él sacó un tarro de yogur de la chaqueta.

Ella se había jubilado. Dyado Dacho se había jubilado. Odiaban la vida en la ciudad. Y así, antes de que terminara el mes, se trasladaron a Klisura, a la casa que mi abuelo había restaurado para ellos.

No, no, pensé, y balbucí sobre lo mucho que me dolían los músculos. No había ido en busca de un enfrentamiento. Había llegado a reconocer la fuerza de mi abuelo y, como él, a perdonar.

—Gracias, abuela.

La cogí de las manos y las besé, y ella se echó a reír, con ligereza.

—Eres un chico raro —dijo.

—¿Raro? —intervino Dyado Dacho, y olió mi taza vacía—. Más bien *borracho*.

Catorce

—No me pasa nada —intentaba convencerme mi abuelo—. Estoy fuerte como un roble.

Entonces, ¿por qué estaba tan cerca de la estufa?, le pregunté. ¿Por qué le castañeteaban los dientes y por qué sudaba a mares?

—¿Por qué, por qué? —dijo, y se envolvió en su abrigo.

Pero cuando le pasé una taza con la tisana, la cogió con manos temblorosas y la bebió hasta el fondo.

—¿Qué quieres? —gritó—. Tengo sed.

Puse una silla junto a él y dejé que el fuego en el vientre de la estufa me templara. Olas calientes y frías bajaban por mi espalda. Un dolor sordo se establecía en lo profundo de mis músculos. Pero cuando me tomé la temperatura todo estaba bien.

—Juro que me estoy poniendo enfermo —dije, y metí el termómetro a mi abuelo en la boca.

Asqueado, lo escupió. Durante un momento pareció resuelto a luchar, pero luego sacudió el termómetro y se lo puso bajo la axila.

Fui a ponerme más té. Hasta *San Kosta* parecía enfermo bajo su manta en el rincón.

—Está temblando —dije, volviendo a la estufa—. Dejaste que cogiera frío.

—Está bien —me aseguró mi abuelo.

Movió el termómetro en una y otra dirección para leerlo.

—¿Estás contento ahora? —espetó, triunfal—. Nada de fiebre.

Y justo entonces se ahogó. Sus ojos perdieron intensidad.

—No soportaba verte así —dijo—. Resignado. Con el corazón roto. Quería que supieras que no estás solo. Yo también sufrí y seguí viviendo. Pero ahora me siento fatal, hijo mío. Mucho peor. Mucho peor.

San Kosta había ido junto a él y mi abuelo lo acariciaba con manos temblorosas. Y al verlo así sentí una súbita corriente de alegría.

Todo ese tiempo había pensado que sólo me contaba la historia para obtener una especie de alivio. Todo ese tiempo había estado equivocado. De nuevo mi abuelo se había cortado por mí. De nuevo dejaba que su sangre repusiera la mía.

Yo no había ido a Klisura para vender mis tierras y pagar mis deudas. No había ido allí para enamorarme y que me rompieran el corazón, para ayudar a una chica a cortar sus ataduras y ser libre, para proteger a las cigüeñas, ni siquiera para ayudar a un anciano a encontrar la paz a través de una confesión. No había ido para encontrarme a mí mismo. Era mi abuelo lo que había ido a descubrir; para que, por primera vez en nuestras vidas, pudiéramos ser como uno solo.

Al menos eso es lo que quería creer en aquel momento, cuando lo veía sollozar. Y, como lo creía, en ese mismo instante era así.

Quince

Tracios, griegos, romanos, eslavos, búlgaros y turcos: sólo aquellos que nunca pasaron por Strandja no la llevaron a la ruina. ¿Cuántas veces había sido arrasada Klisura? ¿Cuántas veces la habían reconstruido sus habitantes, como por pura rabia? *Que esta escuela sea un símbolo de la libertad, de nuestra fortaleza*, había proclamado una vez el capitán Kosta. *Y si arde, la reharemos, para que Klisura vuelva a nacer de nuevo*. Hasta que al final — después de toda esa desolación— reconstruir la escuela no significaba otra cosa que mala suerte: se volvía a erigir la escuela y, antes de que pasara mucho tiempo, el fuego volvía para consumirla.

Bueno, mi abuelo la había reconstruido a pesar de las advertencias del alcalde. Y parecía natural, incluso *necesario*, que mi abuelo fuera el que volviese a destruir Klisura.

Klisura terminó con una sola palabra: *reasantamiento*; habían desaparecido las granjas cooperativas, las cien ovejas blancas. Habían desaparecido Baba Mina y los *nestinari*. El Partido fue bastante generoso: como compensación por su reubicación, todos los lugareños recibieron apartamentos en un bloque gigantesco. En Burgas, *casi* con vistas al mar.

Y luego, sin habitantes, la aldea cristiana se transformó en una zona fronteriza. Ése fue el final. Y fue todo cosa de mi abuelo. Había hecho espléndidamente su trabajo de adoctrinar a los musulmanes de Klisura. Escuchar su recomendación era lo mínimo que podía hacer el Politburó.

Pasaron los años. Mi abuelo crio a mi padre como a un hombre honesto, inteligente, trabajador. Luego el comunismo cayó y mi padre dijo: *No tenemos ningún futuro aquí*. Huimos, y mi abuelo se quedó atrás. Cuando se

jubiló, tras enterarse por su exalumno de que la escuela de Klisura seguía a su nombre, vendió su apartamento, se embolsó el dinero y volvió a Strandja.

Contrató a un abogado. Empezó el proceso. Ni en sueños iba a permitir que el imán colocara sus condenados aerogeneradores.

Y al final comprendí de qué trataba su obstinada lucha.

Mi abuelo no estaba salvando a las cigüeñas. Estaba salvando a Lenio.

—Cuando muere un *nestinari* —le había dicho Lenio hacía mucho, mucho tiempo, bajo el nogal—, una cigüeña sale del cascarón en un nido. Cuando muere una cigüeña, nace un nuevo danzante del fuego. Cuida, por tanto, maestro, de no mirar con lujuria a otras mujeres cuando yo haya muerto. Porque estaré observando.

Me pregunté si ella estaría mirando. Me pregunté si de verdad podía verlo: sentado ante la estufa tantos años después, acariciando a la cigüeña, cantando las canciones que ella había cantado antes.

Después de todo, yo había visto su mundo a través de sus ojos. Parecía justo que ella los viera a través de los míos.

Dieciséis

Ninguna cantidad de infusiones podía alejar la fiebre. Nuestras frentes ardían; el tuétano de nuestros huesos había llegado al punto de ebullición. Pero teníamos un frío mortal. Nos castañeteaban los dientes, los músculos se contraían y los escalofríos subían y bajaban por nuestras espinas dorsales como agua de un arroyo gélido.

¿Por qué, entonces, el mercurio no subía?

—Dios mío, hijo —decía mi abuelo, y se abotonaba el abrigo—. Deja de fingir.

Pero yo no fingía. Era él. Fingiendo que estaba bien. Poniéndose camisas, chaquetas de lana y un viejo sombrero comido por las polillas y bebiendo litros de infusiones.

—Tienes la habitación muy caliente —decía—. Se me seca la garganta. Estoy sediento.

—En ese caso, Bebe agua. Come nieve.

No. Estábamos ardiendo. Y con cada nuevo día, negarlo resultaba un desafío mayor. Y con cada nuevo día, nuestras cabezas daban vueltas más deprisa. Nos sentábamos en la cocina, junto a la estufa. Incluso trasladamos allí las camas, teníamos demasiado frío para volver a nuestras habitaciones. Pocas veces hablábamos. En vez de eso, escuchábamos el crujir de la madera y el silbido de nuestra respiración. Aspira, espira. Aspira y espira. Un ritmo delirante que también se metía en mis sueños.

A veces soñaba con Lenio. A veces con mi abuelo de joven. Pero sobre todo soñaba con Elif. Cada vez que la veía, ella quería que le devolviera algo. Las trenzas que había cortado pero no había tirado; la pequeña fotografía que

tenía bajo la almohada. «No son tuyas —decía—. Así que dámelas.» Y pronto una línea infinita de almas muertas hacía mucho caminaba en mis sueños. Lenio, que exigía su trenza. Vassilko, que decía que él era el que debería quedársela. El capitán Kosta, que pedía su pistola, y hasta Nazar Aga, que corría tras su cabeza cortada.

Veía refugiados de guerra —búlgaros, griegos, turcos— vagando por las montañas de mi mente, buscando a sus hermanos, hermanas, madres, perdidos hacía tanto tiempo. «Devuélvenoslos —gritaban—, nuestros nombres, nuestros huesos, nuestra sangre. Devuélvenoslos.»

Intenté decirles que no tenía esas cosas. Pero ellos seguían llamando.

—¿Por qué necesitas ese pelo? —pregunté a Elif en un sueño, a Lenio en otro.

—¿Para qué necesitas tu pistola? ¿Tu cabeza?

—Para tirarlos al fuego —respondieron como una sola voz.

Hasta que una noche la hilera de almas apareció ante nuestra puerta.

Mi abuelo fue el primero en oírlas venir. Saltó de la silla y se pegó a la ventana.

—Yo también lo he oído —dije, y me quedé a su lado. Nuestros reflejos nos observaban, enmarcados por la oscuridad.

—Un silbido —dijo mi abuelo.

—Ahí, en la colina.

—No, ha sido más cerca. ¡Escucha!

Abrió la ventana. El viento nos golpeó la cara como si fuera un puñetazo y agitó ante nosotros puñados de hielo cortante. En la lámpara, la llama se apagó y en su rincón *San Kosta* empezó a batir las alas. Sólo el brillo escarlata del horno; a esa luz, nuestras sombras se extendían delgadas como una cuerda por el jardín.

Escuchábamos con atención, pero lo único que oíamos era el viento aullador. Parecía que la montaña, colina tras colina, estuviera llamándonos con silbidos. Así que era natural que mi abuelo respondiera.

Así es como los veíamos entonces: nadando por el jardín entre sus silbidos. Reconocí sus dagas, los iconos unidos a los últimos del grupo. Y entonces, tan rápido como habían llegado, regresaban una vez más a las formas de nuestras sombras alargadas.

—Más vale que dejemos la ventana un poco abierta —dijo mi abuelo—. Más vale que entre algo de aire fresco.

Nos sentamos en las camas, yo le daba la espalda. Notaba que el cuarto daba vueltas: el calor del horno que se filtraba, y la noche que entraba rica y embriagadora. Pregunté por *San Kosta*, pero mi abuelo se hundió más bajo la manta.

—Tenemos la fiebre de los *nestinari*, ¿verdad? —pregunté por fin.

—O igual sólo estamos fingiendo —respondió mi abuelo.

—Diría que estamos haciéndolo muy bien.

—Sí, es bastante convincente.

—Abuelo —me volví hacia él—. ¿Crees que deberíamos ir?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —dijo, y asintió hacia la cigüeña.

Diecisiete

La noche anterior a la gran rebelión. La víspera del día de la Transfiguración de 1903, el capitán Kosta reunió a sus hombres en torno al fuego. «Mañana —les dijo— nos enfrentaremos a los turcos en la batalla. Os he enseñado a disparar vuestros rifles y a manejar vuestras dagas. Pero si os quedáis sin balas, si se desafilan vuestras dagas tras hendir demasiados cráneos turcos, no dejéis de luchar. Encontrad un fuego ardiente y arrojaos a las llamas.»

Entonces el capitán echó un pellizco de pólvora en un cuenco de madera y lo llenó de vino. Los mezcló con su daga y recorrió el círculo, de un hombre al siguiente, para que todos pudieran beber. Sus corazones se llenaron de coraje. Su sangre, de pólvora.

—Abuelo.

Me senté en el borde de su cama y lo desperté a sacudidas. Seguía oscuro en el interior, al sol le faltaba al menos una hora para levantarse.

Al principio no sabía qué era lo que le había puesto en la palma de la mano. Lo miró a la luz de la linterna. Una pequeña caja de cerillas. Dentro había un pellizco de tierra, nuestra propiedad recobrada, el pellizco que me había mandado por correo tantos años atrás. Lo había traído conmigo, pero me había dado vergüenza mostrárselo.

—No tenemos vino consagrado que beber —dije. Llené una jarra de agua, eché la tierra dentro. Se mezclaron lentamente, fibra a fibra, como si una raíz se deshiciera en todas las direcciones—. Pero esto debería servir.

De un trago bebimos nuestra tierra, a nuestros abuelos, nuestros muertos. Y estábamos listos para el fuego.

Dieciocho

Cada año, desde hace trece siglos, los *nestinari* bailan. Cuando llega la primavera, llega mayo y con él la festividad de San Constantino, la festividad de Santa Elena. Hacen altas hogueras; tres cargamentos de madera se encienden y arden hasta quedar reducidos a cenizas. Y entonces, descalzos, llevan la mano invisible y sagrada del santo y la echan sobre las brasas vivas. El tambor suena con frenesí, las gaitas chirrían. La enfermedad y las preocupaciones, la alegría y la felicidad: el fuego lo consume todo. Aquí en las montañas de Strandja, donde los *nestinari* bailan, el fuego no deja nada.

Entonces, ¿qué más daba que la primavera estuviera muy lejos? ¿Qué más daba si no teníamos un tambor y gaitas? Nuestra mandolina sonaba como una campana. Nuestro tablero armaba un ruido tremendo. ¿Y quién necesita iconos cuando teníamos al mismo santo, glorioso, aunque cojeando y con un ala rota, vestido con una chaqueta de lana roja, abriendo paso?

Perdónanos, san Kosta, tenemos que derribar tu cabaña. Permite que nuestra hacha parta esas vigas; permite que las amontonemos bajo el nogal y les prendamos fuego.

Las llamas eran altas, y el extremo de su lengua, negro por el aceite de las lámparas que habíamos utilizado para encender el fuego. Una ráfaga de viento se apoderó del fuego y lo arrastró por las ramas del nogal. Miré cómo cambiaba de forma y subía, libre de cualquier cosa que lo contuviera, disolviéndose en el cielo de color blanco hueso.

Cuando la llama del aceite empezó a apagarse, mi abuelo sacó un montón de papeles de su camisa: las cartas no enviadas que me había escrito durante años, las páginas en las que había copiado el diario del capitán Kosta, su

recuento de todas las víctimas en Strandja durante las guerras recientes. La llama las tragó y se hinchó y las vigas no tardaron en arder.

Había empezado a nevar, los copos descendían como cigüeñas, aterrizaban en mi cabeza, mis hombros, uno a uno me empujaban hacia abajo. Mi abuelo también debió de sentir su peso.

—¿Quieres oír algo gracioso? —dijo—. Empiezo a sospechar que nuestra cigüeña podría ser hembra.

—¿Hembra? —grité—. ¿Cómo lo sabemos?

—Bueno, ésa es la cuestión. No tenemos manera de saberlo.

Pensé en esto un buen rato, mirando la cigüeña que caminaba por el campo. *San Kosta* podía muy bien ser *Santa Elena*, ¿no?

—¿Quieres oír otra cosa divertida? —dijo mi abuelo, de pronto animado.

Cogió el hacha y empezó a arrastrar las vigas. Las chispas volaron ante nuestras caras, pero ni siquiera notaba el calor.

—Lo oí en el Café Pasha la semana que pasada —empezó—, mientras tú estabas en casa, con el corazón roto. Se rumorea que todo forma parte de un plan.

—¿Qué?

—Los aerogeneradores. Los construyen y los dejan ahí. Así lavan dinero de la construcción.

—Y una mierda. ¿Qué dices?

—Digo que es posible que los aerogeneradores nunca funcionen. Según los rumores.

Me tomé un tiempo para pensar en esto. Todas esas luchas, pataleos y gritos para nada.

—¿Tú qué crees? —dijo mi abuelo, y siguió con el rastrillo.

—Pero ¿y si el rumor es totalmente falso?

—¿Y si la cigüeña no es hembra?

Ahí me eché a reír. Y mi abuelo también se echó a reír. Pero al final nuestra risa desapareció y tranquilamente miramos la llama.

—San Kosta —empezó mi abuelo—, he venido a decirte...

Negó con su gran cabeza cubierta de nieve. No había necesidad de palabras. Suavemente, sacó aquel fardo amarillento de su camisa, lo desató y extrajo la trenza de Lenio. El fuego fluía como un arroyo entre los dos, más rápido cuando mi abuelo echó la trenza, y cuando metí el mechón de Elif, todavía más turbulento.

—¡Mira, abuelo! —quería decir, pero sabía que él también podía verlo.

Levantándose con nosotros y con el humo, el capitán Kosta, la cadena interminable de los sufrientes habitantes de Strandja, las chicas que amábamos, al final libres de nosotros, liberadas a través del fuego.

Me sentía ligero. Sentía que mi cabeza estaba ligera. Cómo quería echarme al fuego y dejar que me liberase también a mí...

—Todavía no, hijo mío —dijo mi abuelo—. Las brasas aún no están listas.

¿O quizá fuera mi propia voz la que podía oír? ¿O era la de Lenio? ¿La de Elif? ¿La voz del capitán Kosta, la de Murad el Divino, la de Nazar Aga? Tampoco importaba. La lista de nombres nunca acababa. Como un río, como el viento, como las llamas, siempre cambia de forma. Pero debajo de esa forma siempre está el agua que fluye, el aire, el fuego.

diecinueve

Dondequiera que fuese la diosa Lada, Atila iba detrás, enterrado en las trenzas de su pelo. Cada día, su peso se hacía más grande. Bebía su belleza. Le robaba las fuerzas. Las hermanas de Lada le suplicaban que lo olvidara; sus hermanos le ordenaban que lo dejara ir. Y, sin embargo, añoraba ver su rostro una vez más, oír su susurro. Ojalá pudiera abrir su ataúd y besarle en los labios.

—Nunca lo traerás de regreso así —oyó que decía una voz, tan podrida como la garganta desde la que salía.

Starost, la diosa de la vejez, había abandonado su pantano y ahora sus dedos mortales acariciaban las mejillas de Lada.

—Tu tío Veles te quiere —dijo Starost—. Ve al inframundo y pregunta por él.

Que Veles la quería ya lo sabía Lada. Más de una vez, con el corazón lleno de temor, había pensado en arrodillarse a sus pies y rogar a Atila que regresara. Y, sin embargo, no era el miedo lo que la detenía.

—No sé cómo encontrar el camino a este mundo —decía, avergonzada—. Mis ojos nunca lo han visto.

De qué manera tan malvada sonreía Starost. Qué fea se había vuelto.

—Los míos sí.

Por el camino Lada tropezó, sus ojos eran los ojos de la Vejez. Lo único que veía eran sombras, pero las sombras eran suficientes para señalar el camino, como migajas. A través de las caídas de un fuego purificador la diosa se

lanzó y luego los Vientos Mortales la tomaron, como un gran río se lleva una hoja diminuta. De ese modo fluyó por el inframundo, hacia el Árbol Único.

Un solo árbol crece en el ombligo del submundo, colosal, eterno, con las ramas vivas por el viento. Como la sangre sucia debe renovarse en las cámaras del corazón, también las almas de los hombres deben fluir a través del gran árbol. Una a una, las almas corren a través de las ramas. Una a una, las ramas las atrapan y las desnudan de sus rostros. Luego permanecen, esas máscaras, para toda la eternidad, como frutas, mientras las almas sin rostro se suman a los vientos rugientes. Los vientos de la vida ahora.

Suavemente, Veles se puso una cara; suavemente, la llevó como si fuera suya. Y, con sus labios, Atila le devolvió el beso a Lada.

—He venido a por ti —dijo ella, y buscó su mano. Le sorprendió que él se apartara.

—Lo que fui una vez ha desaparecido —dijo él—. Sólo queda esta máscara. Y yo no soy una máscara.

Quizá ella entendió que tenía razón. Y, sin embargo, ¿cómo podía dejarlo escapar?

Dondequiera que fuese Lada, Atila iba detrás, pudriéndose en las trenzas de su pelo. Lo oía, suplicándole que lo olvidara, su voz inflexible, incesante. Los meses se convirtieron en años, los años en décadas, pero él siguió. En vano, sus hermanas intentaron consolarle. En vano, sus hermanos intentaron cortar el pelo y liberarla. Con la vista debilitada, con el oído afectado, vigiló a Atila y su triple ataúd como el *lamya* guarda una manzana dorada. Su oro era dolor. El dolor la consumía. La volvía loca.

Loca, Lada recorrió campos y bosques, torturada por los gritos de Atila. Por cualquier lugar por el que pasaba, la primavera, con el hedor de la podredumbre, la devoraba. Los cultivos crecían en invierno; los huertos florecían bajo pesadas nieves. Pero en cuanto Lada pasaba, todas las flores se

marchitaban. La hambruna barría a la gente y en su ira era al padre de Lada, el dios Perún, a quien culpaban. Sus fuegos del sacrificio se volvían ceniza y Perún estaba débil. Ya no podía obligar a su hija a regresar a la montaña. Ya no podía controlar a los otros dioses.

Descarada, Starost salió del pantano, se puso ante Lada.

—Hija mía —croó—. Te ayudaré a ahogar su voz en el silencio. Préstame atención y yo te la prestaré a ti.

Con los ojos de la Vejez y los oídos de la Vejez, Lada vagaba por la montaña. Lo único que oía eran sombras: voces como agua que corre, atrapada bajo una gruesa capa de hielo. Pero incluso en la trampa de las sombras, los ojos de Atila seguían sonando con fuerza.

Hasta que un día Lada oyó un susurro. La llamada de un viejo dios, casi olvidado, un dios a quien la Vejez se había llevado mucho antes. Y, siguiendo el susurro, llegó a un templo en las montañas. Allí en el templo las ménades bailaban.

Qué hermosa le pareció a Lada su locura, adorar a un dios que tan pocos recordaban entonces. Qué furiosa su danza. Y en el dulzor de su vino había una ligereza lejana que Lada logró recordar. Cuanto más bebía, más fuerte se hacía su sed y más de prisa olvidaba a su padre. Cuanto más fieramente giraba, más profundamente se hundía Atila en su corazón.

El mimbre cruje, la llama se dobla y nuestras sombras se mecen por la pared y el techo. Soy un niño y mi abuelo es un abuelo, pero la Vejez todavía está lejos de él. Estamos en 1991. Quizá enero. Esta noche, la luz tardará una hora en volver. Es demasiado pronto para ir a la cama, así que aquí estamos: en torno a la vela, en la cocina. Mi padre hojea un periódico en la oscuridad, mi madre remienda uno de mis calcetines. Y mi abuelo me cuenta una historia.

—¡Qué oscura! —dice mi madre—. Todas esas historias que le cuentas. Tan tristes.

—En mi opinión, no es lo *bastante* oscura —dice mi padre, y pasa las páginas de su periódico—. Es bueno que oiga cuentos tristes.

—Es malo para *mí* —dice mi madre, y sigue hablando.

La vela tiembla con su aliento y nuestras sombras se vuelven a mover. La mía conquista la de ella y la de mi abuelo traga a mi padre. Y entonces somos mi abuelo y yo los que estamos junto a la vela. Y nadie más. No hay padres gruñones, no hay molestias por la electricidad, no hay cola para la leche y el pan, no hay masas que pidan revoluciones. Elif todavía no ha sucedido. Las cigüeñas tampoco, ni los aerogeneradores. Incluso América es todavía una premonición, envuelta en la tripa inquieta de mi padre.

Yo soy un niño y mi abuelo es un abuelo. Entre los dos hay una vela, no el océano.

—Cuéntame, abuelo, ¿qué pasó con Lada?

—Bueno, míralo tú mismo. Mira las llamas. Mira las historias que arrastra su corriente. Hermosa Lada, ciega y sorda, hace mucho que ha olvidado a Atila. Pero su cuerpo permanece, enterrado en su pelo. Y así su espíritu no conoce descanso.

Y sin duda los veo, dentro de las llamas. Un rostro que flota en un arroyo de montaña, que da vueltas y vueltas como un pez, boqueando. Lada se ha mojado los pies llenos de ampollas para enfriarlos y el rostro enseguida se mezcla con los dedos de sus pies. La muerde cuando le quita se piel y se lo lleva a la superficie. ¡*Déjame!*, grita. Un rostro hermoso, querido. Suplica que lo olvide. Pide que le permitan descansar.

He visto a la diosa, tropezando por un camino oscuro, siguiendo el sendero de las sombras. Diente, uña, hacha y sable. Todo en vano. Ningún dios, ningún mortal podría cortar las trenzas de su pelo. Ahora está otra vez ante el señor del inframundo y suplica su ayuda. «Libéralos por un día», pide, y, como antes, él no tiene fuerza para decir que no.

Como el agua fría la horda de hunos subió. Cien caballos con sus jinetes, mil. Luego cien mil. Cascos de oro, muertos hacía mucho, cruzaban y volvían

a cruzar las trenzas, y las partían una a una.

Qué pesadas las cuerdas de pelo que cayeron a los pies de Lada. Qué ligera se sentía ahora.

—Enterraron el ataúd de Atila en la montaña —dice mi abuelo—. Bajo las piedras entre las que bailaban las ménades.

—¿Qué fue de los hunos de Atila? —pregunto. Mis dedos agarran la mesa con más fuerza.

La muerte los engañó, pero ahora son ellos los que la han engañado. *Diosa, dicen, hemos probado el sol y el canto de los pájaros de nuevo. ¡No nos devuelvas a Veles!*

—Ella tuvo piedad de ellos como una madre —explica mi abuelo—. Pero ni una madre llena de amor tiene cura para la muerte.

Los dejaré ir, dijo el señor del inframundo cuando Lada le suplicó. *Pero en su lugar tendrás que quedarte conmigo.*

—Convirtió a los hunos de Atila en pájaros de pluma blanca —dice mi abuelo.

—¿Como águilas?

—Claro. ¿Por qué no? O quizá, más bien, como cigüeñas. Y entonces las ménades la sacaron miembro a miembro para que pudiera reunirse con su tío en la oscuridad.

—¿Qué pasó después con las ménades?

—Bueno. ¿Qué crees que les debería pasar?

—También las convirtió en pájaros.

—¿Por qué no? *Es una diosa, después de todo.*

—Pájaros negros. Como cigüeñas.

—Suenan bien. Y después, cada primavera —dice—, el inframundo está abierto para que Lada pueda subir. Y después de ella, las bandadas de cigüeñas suben.

—Cada vez que los árboles y los arbustos florecen.

—Pero en su vuelo siempre vuelven a la montaña —dice—. A ese lugar

donde descansa Atila.

—¿Y nadie sabe todo eso? —pregunto—. ¿Nadie lo recuerda?

—Excepto quizá las cigüeñas, ya sabes. Y quizá la montaña.

—Y tú y yo —digo.

—Y tú y yo.

La diminuta llama de la vela baila. Mis padres vuelven a discutir. Tenemos que irnos de esta ciudad, dice mi padre. ¿Dónde exactamente?, pregunta mi madre. Pero mi abuelo y yo ya no oímos su discusión. Con los ojos cerrados, soñamos. ¿Y quién puede decir lo que ocurre cuando nuestros ojos parpadean? ¿Y quién puede decir que ya no estamos allí, en torno a esa mesa de la cocina, soñando?

Agradecimientos

Es importante señalar que esta historia es ficción y que ciertos lugares (Klisura —que no debe confundirse con la localidad histórica del mismo nombre—, Kostitsa y Byal Kamak), algunos personajes (especialmente el capitán Kosta) y algunas leyendas (especialmente las de la diosa Lada y Atila) son también ficticios.

He intentado ser fiel a la verdad en mi retrato de los rituales y misterios de los *nestinari*. *Ochertsi po balgarskiya folklor*, de Mihail Arnaudov, ha sido particularmente útil, así como mis visitas a los pueblos de Balgari y Kosti, los dos últimos pueblos búlgaros donde todavía bailan los *nestinari*. Los volúmenes de la serie *Zhiva Starina* de Dimitar Marinov fueron muy útiles en mi estudio de los *kalushari* (*călușari*).

Estoy profundamente en deuda con:

Emily Bell.

Nicole Aragi. Duvall Osteen.

Devon Mazzone, Amber Hoover, Abby Kagan, Scott Auerbach, Brian Gittis, y toda la gente de FSG por su apoyo constante.

David Holdeman, Jack Peters, Diana Holt, Kevin Yanowski, Herbert Holl y Meredith Buie. El Institute for the Advancement of the Arts de la Universidad del Norte de Texas. Mis amigos de la UNT, tanto colegas como alumnos.

Michael Ondaatje, por su amabilidad, sabiduría y generosidad.

Jill Morrison y todo el equipo de la Rolex Mentor and Protégé Arts Initiative.

Sorche Fairbank. Carole Welch. Lisa Silverman. Kyle Minor. Raina

Joines.

Boris Nikolaev. Hristo Stankushev. Ivan Chernev.

Isihia. La mayor parte de este libro se escribió mientras sonaba su composición musical *Ipostas*.

Mi mujer, por su paciencia y sus ánimos.

Mis padres, por su amor y apoyo.

Gracias a ti, querido lector, por leer.

Notas

1 . En español en el original.

Mil cigüeñas negras
Miroslav Penkov

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Stork Mountain*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Elisabeth Fredriksson / Arcangel

© Mapa: Miroslav Penkov, 2016

© Miroslav Penkov, 2016
Publicado de acuerdo con Farrar, Straus and Giroux, LLC, New York
© de la traducción, Daniel Gascón, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-322-3474-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!

